Las cartas de Stark Munro

ARTHUR CONAN DOYLE

Traducción y prólogo de Victoria León

Esta novela toma la forma de dieciséis cartas escritas por J. Stark Munro a su amigo Herbert Swanborough, de Massachusetts. Stark Munro es un recién graduado de la escuela de medicina, y en sus cartas detalla las dificultades que tiene para abrirse camino profesional de la mano de su brillante pero poco ortodoxo compañero James Cullingworth. De ese relato epistolar emana el proceso de formación de una mentalidad propia y muy singular que condicionará sus futuras decisiones y afectará a su vida de manera decisiva.

Esta novela del creador de Sherlock Holmes es, en realidad, un relato poco disimulado de las experiencias del propio Arthur Conan Doyle con George Turnavine Budd, con el que estuvo asociado hasta establecer su propia consulta en 1882. Llena de claves autobiográficas, retrata la importancia en su vida de la formación científica, de sus desengaños como médico, de la vacilación vocacional y de su matrimonio, factores sin los que, como confesó abiertamente, no se hubiera dedicado a escribir, y que fueron inspiración para algunas de sus más brillantes creaciones.

«Mi actitud mental aparece descrita con bastante exactitud en *Las cartas de Stark Munro*». — Arthur Conan Doyle.

Arthur Conan Doyle

Las cartas de Stark Munro

ePub r1.0
Titivillus 03-12-2020

Título original: *The Stark Munro Letters*
Arthur Conan Doyle, 1895
Traducción: Victoria León
Prólogo: Victoria León

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Prólogo

De todo autor prolífico que acaba conociendo un gran éxito editorial quedan siempre eclipsadas ciertas obras que no se ajustan al modelo que acaparó la atención de los lectores y la crítica. Es el tiempo el encargado de sacarlas a la luz. Y esa parece haber sido la suerte de esta novela epistolar y abiertamente autobiográfica que Arthur Conan Doyle publicó en su madurez, en plena cumbre de su fama literaria, para contemplar retrospectivamente su juventud, su iniciación en la vida adulta, los comienzos de su ejercicio de la medicina y los albores de su transformación en escritor profesional.

Escritas al final del periodo de Norwood, donde residió entre los años 1891 y 1893, antes de marcharse a Suiza buscando una mejoría en la ya delicada salud de su primera esposa, enferma de tuberculosis, *Las cartas de Stark Munro* se publicaron por primera vez en 1895 (Londres: Longmans, Greens & Co). El mismo año que figura en su edición norteamericana (Nueva York: D. Appleton & Company), e incluso en una edición en lengua inglesa publicada en Alemania (Leipzig: Bernhard Tauchnitz).

La obra nunca había sido traducida al castellano, y al subsanar esa ausencia con nuestra versión, creemos estar poniendo a disposición del lector una pieza clave para entender la psicología singular y el pensamiento heterodoxo de un autor tan conocido como desconocido a la vez para el público, y cuya vida y obra guardan una relación mucho más estrecha e íntima de lo que parece, iluminándose mutuamente.

La biografía de Arthur Conan Doyle es de por sí materia novelesca. Él mismo decía en el prólogo a sus memorias, publicadas en 1924 y tituladas, significativamente, *Memories and Adventures*, que era difícil encontrar una vida más variada y rica en aventuras y experiencias que la suya. En ellas recuerda sus tiempos de estudiante como una época marcada por la responsabilidad y las estrecheces económicas. Y desde el principio parece poco entusiasmado con la carrera que tiene por delante, lejos de contar con una sólida vocación. «Se había decidido que yo fuera médico, principalmente, creo, porque Edimburgo era un centro de larga tradición médica[1]». Pero al

joven aventurero y apasionado, sus años de estudio le parecieron: «Un largo y aburrido periodo empollando botánica, química, anatomía, fisiología y todo un elenco de asignaturas obligatorias, muchas de las cuales tienen muy poca incidencia en el arte de curar».

Finalizados sus estudios, a pesar todo, Conan Doyle trata de abrirse camino como médico. Aunque ya en sus tiempos de estudiante ha llegado a descubrir que puede ganar dinero escribiendo unos cuentos juveniles que ha ido publicando en revistas, circunstancia que lo llevará a dar el primer paso hacia su futura profesionalización como escritor: «Un amigo me señaló que mis cartas tenían una viveza especial, y que estaba seguro de que yo podía vender algunas de las cosas que escribiera […] la observación de mi amigo […] me cogió completamente por sorpresa. Sin embargo, me senté y escribí un pequeño relato de aventuras, que titulé El misterio del valle Sassassa […] recibí por él tres guineas». Pero no sería hasta 1891 cuando, finalmente, desencantado de la medicina y tras consolidarse su éxito como escritor, abandone su primera profesión para dedicarse por entero a la escritura. Las cartas de Stark Munro dejan entrever el inicio de ese proceso de búsqueda de una actividad que verdaderamente colme sus ansias de vida activa en el tiempo que le ha tocado vivir, de ser testigo de la vida y de la historia y llegar a comprender siquiera un poco más el mundo, la condición humana y la naturaleza.

Reflejan también estas páginas de ficción, de manera a veces directa y a veces algo más oblicua, su vida familiar de esos años. Cómo conoció a su primera esposa, Mary Louise Hawkins, la hermana de un paciente al que trató, según relata, de una violenta meningitis cerebral de consecuencias trágicas. La enorme influencia moral e intelectual que ejerció su madre sobre él, patente en la larga relación epistolar que ambos mantuvieron siempre. La relación conflictiva con un padre depresivo y alcohólico que pasó los últimos años de su vida ingresado en un sanatorio, pero a quien, sin embargo, admiraba como genio incomprendido al que el mundo no había permitido desarrollar sus talentos artísticos. «Era un hombre ingenuo y nada práctico, y su familia sufrió mucho por ello», escribía sobré él sin ocultar su dolorida ternura. El padre de Stark Munro, en cambio, es un hombre sensato y lleno de preocupación por su familia que teme que su salud le impida seguir velando por ella.

Pero, sobre todo, la juventud de Conan Doyle se nos presenta por igual en sus memorias y en la novela como una época de crisis intelectual y espiritual que queda reflejada en estas cartas en las que el autor vuelca sus

pensamientos, sus preocupaciones y peripecias cotidianas en forma de confidencias a un amigo de nombre Herbert Swanborough, antiguo compañero de universidad que se ha marchado a vivir a Estados Unidos. En la ficción es Swanborough quien pone en manos de Arthur Conan Doyle la edición de las cartas de Stark Munro.

Stark Munro acaba de licenciarse en Medicina y relata sus intentos de empezar a ejercer la profesión asociándose con un curioso individuo a la vez brillante, disparatado y sin escrúpulos, llamado aquí James Cullingworth. Un personaje que encubre en realidad a George Turnavine Budd, compañero de estudios de Conan Doyle en la Universidad de Edimburgo y destacado jugador de *rugby* (como también lo fue Leonard Stokes, el trasunto real del Watson literario) junto a quien vivió una experiencia similar a la que narra y con idénticos tintes pintorescos al unirse en 1882 a su consulta médica en Plymouth.

G. T. Budd procedía de una prestigiosa dinastía de médicos afincados en Devon y era hijo del célebre pionero de la epidemiología William Budd, aunque se había apartado de su familia al fugarse con su esposa, una muchacha menor de edad. Como en la vida real, la accidentada sociedad de ambos, marcada por las extravagancias y suspicacias de Budd, llevará finalmente al futuro autor de las historias Sherlock Holmes a seguir su camino para establecerse por su cuenta en Southsea, sin socio y prácticamente en la ruina.

De todos los que se narran en estas páginas, tan solo el episodio de lord Saltire, que, según nos dice en sus memorias, le ocurrió a un conocido y no a él mismo, es ajeno a su biografía. Y no es casual la inclusión de esa historia apócrifa, pues la locura, tema clave de dicha peripecia, es una cuestión recurrente y obsesiva de las cartas de Stark Munro, que reflejan el profundo interés de Conan Doyle por indagar en las zonas oscuras del alma humana y deslindar (si es que es posible) qué es en nosotros espíritu y qué naturaleza o tratar de dar respuesta a cuestiones filosóficas como la existencia del mal.

La práctica de la medicina lo hizo enfrentarse a la tragedia y el sinsentido del sufrimiento humano, al que trata insistentemente de encontrar explicación empírica y científica. Para él todos los males de la religión provenían de aceptar cosas imposibles de probar. Y si su educación en varias instituciones jesuitas lo había hecho alejarse muy pronto de la fe de su infancia por rechazo al dogmatismo teológico que siempre censuró en esa orden en particular y en la iglesia católica en general, la experiencia médica le resultó definitivamente incompatible con la existencia de una providencia misericordiosa desde un

punto de vista meramente teológico. «Como en mis años más moldeables yo me había educado en la escuela del materialismo médico […] no había sitio en mi cerebro para teorías que conculcaran mis convicciones arraigadas […] mi postura era la de un materialismo respetuoso que admitía plenamente la existencia de una gran causa inteligente, pero sin ser capaz de discernir cuál era la causa ni por qué esta actuaba de manera tan misteriosa y terrible en la ejecución de sus designios».

La mirada es, como decíamos, retrospectiva, el Conan Doyle adulto y ya formado como intelectual y como escritor contempla al joven inexperto que fue, sumido en las dudas (esa «neblina en que me tenían sumidos mis guías de entonces, Huxley, Mill, Spencer y compañía»), y las incertidumbres de la edad. Y, adoptando ese punto de vista que le permite el desdoblamiento, convierte en materia literaria algunos de los hechos más importantes de su biografía con una mezcla de distancia y nostalgia.

A lo largo de las dieciséis cartas fechadas entre marzo de 1881 y noviembre de 1884 y todas ellas firmadas por su *alter ego*, Stark Munro, Doyle nos ofrece el relato en primera persona de muchas de sus vivencias. Pero, sobre todo, nos ofrece su autorretrato moral de ese tiempo. Era consciente de que se iniciaba una nueva etapa en su vida a la vez personal, profesional e intelectual y, así quiso dejarla reflejada con el propósito de ayudar (e insiste en ello) a otros jóvenes futuros a encontrar su camino.

Igual que otros tantos personajes de su biografía que alimentaron sus narraciones de ficción (el cirujano Joseph Bell que se convirtió en el modelo del mismísimo Sherlock Holmes, o Turner, el profesor de anatomía que inspiró al profesor Challenger), en *Las cartas de Stark Munro* podemos ver al propio Conan Doyle convertirse a sí mismo en personaje literario. Juego de espejos que siempre lo sedujo. «No se puede crear un personaje a partir de la propia consciencia y hacerlo realmente verosímil si no se poseen algunos elementos de ese personaje, confesión peligrosa para quien, como yo, ha dibujado a tantos canallas», diría un autor que en el imaginario colectivo casi llegó a identificarse con sus personajes más populares, los dos célebres moradores del 221B de Baker Street.

Conan Doyle escribió esta novela como ejercicio introspectivo con el que sin renunciar a su amenidad y a su capacidad única de narrar quiso invitar al lector a adentrarse en su personalidad y a contemplar los escenarios en los que, del médico sin vocación de espíritu aventurero, nació el gran escritor que todos sus lectores conocemos hoy.

Las cartas de Stark Munro

Me ha parecido que las cartas de mi amigo el señor Stark Munro formaban un conjunto tan coherente y ofrecían una visión tan nítida de algunas de las que un joven se ve obligado a afrontar al inicio de su carrera que he decido ponerlas en manos del caballero que se dispone a editarlas. En dos de ellas, la quinta y la novena, los cortes se hacen necesarios. Pero confío en que, en general, puedan ser reproducidas sin alteraciones. Estoy convencido de que mi amigo no tendría en mayor estima otro privilegio que el de pensar que algún otro joven, atormentado también por las exigencias de este mundo y por sus dudas acerca del que haya de venir de después, hubiera encontrado fuerzas al leer cómo otro hermano, antes que él, atravesó el mismo valle de sombras.

HERBERT SWANBOROUGH
Lowell, Massachusetts

I.
Hogar,
30 de marzo de 1881.

Querido Bertie:

Desde tu regreso a América te he echado mucho de menos, pues no hay otra persona en este mundo a quien haya sido capaz de abrir mi mente sin reservas como a ti. Ignoro la razón, ya que, ahora que lo pienso, yo no he merecido tu confianza demasiadas veces. Pero eso ha de ser culpa mía. Tal vez no me consideres alguien demasiado comprensivo, aunque tenga todo el deseo de serlo. Solo puedo decirte que yo sí te considero enormemente comprensivo a ti; algo que quizá doy por sentado más de lo que debiera… Pero, no; me dicen todos mis instintos que mis confidencias no te son indiferentes.

¿Te acuerdas de Cullingworth en la Universidad? Nunca estuviste en el grupo de los deportistas, y quizá por eso no lo recuerdes. Supondré que no, y te hablaré de él como si no lo conocieras. Pero estoy seguro de que reconocerías su fotografía, en cualquier caso, aunque solo sea porque era el tipo más feo y con la pinta más rara de nuestra promoción.

Físicamente, era un gran atleta: uno de los más rápidos y decididos delanteros de *rugby* que he conocido, aunque jugaba de forma tan salvaje que nunca consiguió ser internacional. Era alto, de cinco pies con nueve tal vez; cuadrado de hombros, con torso arqueado, y una forma de caminar rápida y brusca. Tenía una cabeza fuerte y redonda erizada de un cabello negro, corto e hirsuto. Su rostro era extraordinariamente feo, pero era la suya esa fealdad que posee el carácter y que resulta tan atractiva como la belleza. Su mandíbulas y sus cejas eran afiladas y ásperas; su nariz, agresiva y roja; sus ojos, pequeños y juntos, de color azul claro, y capaces de adoptar la expresión más cordial lo mismo que la más iracunda y vengativa. Un escaso y tieso bigote cubría su labio superior, y tenía unos dientes amarillos, poderosos y apiñados. Añade a esto que raras veces llevaba cuello o corbata; que su

garganta tenía el color y la textura de la corteza de un abeto escocés y que poseía una voz y, sobre todo, una risa, de toro. Tendrás entonces una idea (si logras unir todos estos elementos en tu mente) del James Cullingworth exterior.

Sin embargo, el hombre interior era el más interesante. No pretendo saber lo que es el genio. La definición de Carlyle siempre me ha parecido una afirmación tajante y clara de lo que *no* lo es. Hasta donde yo he visto, lejos de ser su principal característica una capacidad infinita de esfuerzo, esta consiste en permitir a su poseedor obtener por una especie de instinto resultados que otros hombres solo pueden alcanzar mediante duro trabajo. Y, en este sentido, Cullingworth era el mayor genio que haya conocido nunca. Jamás parecía trabajar y, sin embargo, sacaba la mejor nota en Anatomía por delante de los que estudiaban diez horas diarias. Aunque eso tal vez no dijera demasiado, pues también podía vaguear de forma ostentosa durante todo el día y pasarse las noches leyendo desesperadamente, bastaba tratar cualquier tema con él para comprobar su originalidad y su fuerza. Se le hablaba de torpedos, y empuñaba un lápiz y, al dorso de un viejo sobre que sacaba del bolsillo, esbozaba cualquier novedoso invento para atravesar la coraza de un barco y ganar su costado; uno que, indudablemente, implicaría ciertas imposibilidades técnicas, pero que, cuando menos, sería bastante plausible e innovador. Mientras dibujaba, sus cejas erizadas se contraían, sus ojos pequeños brillaban de emoción, apretaba los labios y terminaba golpeando el papel con la mano abierta y gritando exultante. Creerías que su única misión en la vida era inventar torpedos. Pero, solo un instante después, si expresabas tu asombro por cómo los obreros egipcios lograron subir las piedras a lo alto de las pirámides, volvería a sacar lápiz y sobre y propondría un esquema para llevarlo a cabo con idéntica energía y convicción.

Su ingenio iba unido a un temperamento extremadamente sanguíneo. Mientras se paseaba de un lado a otro con su manera rápida y brusca de andar, hablando de cualquier nueva invención para surcar los aires, conseguía patentes, te recibía como socio en su empresa, la implantaba en todos los países civilizados, veía todas las aplicaciones concebibles, estimaba sus posibles beneficios económicos, planeaba los nuevos métodos en los que invertiría sus ganancias y, finalmente, se retiraba con la más gigantesca fortuna que se hubiera amasado jamás. Y uno se dejaba arrastrar por sus palabras, y lo acompañaba en cada paso de tal modo que suponía un verdadero impacto poner de nuevo los pies sobre la tierra, y encontrarse

recorriendo a pie las calles de la ciudad como un pobre estudiante con la *Fisiología* de Kirk bajo el brazo y apenas lo justo para almorzar en el bolsillo.

Releo lo escrito, y me doy cuenta de que no consigo ofrecerte una idea real de la inteligencia endemoniada de Cullingworth. Sus ideas sobre Medicina eran absolutamente revolucionarias, y yo diría que, si las cosas salen como prometen, quizá tenga mucho que decir sobre eso en el futuro. Con sus dotes brillantes e inusuales, su extraordinario rendimiento atlético, su extraña manera de vestir (el sombrero hacia atrás en la cabeza y el cuello desnudo), su voz de trueno y su rostro feo y poderoso, poseía la más poderosa singularidad que haya conocido.

Quizá pienses que estoy siendo demasiado prolijo al hablarte de esta persona, pero, puesto que parece que su vida se hubiera entrelazado de algún modo con la mía, es objeto de interés inmediato para mí, y estoy poniendo por escrito todo esto con el propósito de revivir mis propias impresiones medio desvaídas y la esperanza de que a ti te resulten entretenidas e interesantes. Y por ello debo darte aún un par de apuntes más para que este personaje se te haga aún más claro.

Había algo heroico en él. En cierta ocasión, se vio en la tesitura de tener que elegir entre comprometer a una dama o saltar desde la ventana de un tercer piso. Sin un momento de duda, se arrojó por la ventana. Quiso la suerte que cayera, atravesando un enorme arbusto de laurel, a un terreno de jardín que estaba humedecido por la lluvia, y de este modo salió sin más daño que una sacudida y algún moratón. Si tuviera que decir algo en contra de este hombre, no sería esto, desde luego.

Era también aficionado a las bromas pesadas, pero resultaba preferible no gastárselas a él, pues nunca se sabía a qué podían conducir. Su temperamento era poco menos que infernal. Lo he visto en la sala de disecciones empezar a bromear con alguien y que, de repente, la diversión desapareciera de su rostro, sus pequeños ojos le brillaran de ira, y ambos acabaran rodando por el suelo y peleándose como perros bajo la mesa. Tenían que separarlo a rastras del otro, jadeante y sin habla por la furia, con el hirsuto pelo erizado igual que el de un terrier de pelea.

Este aspecto pendenciero de su carácter a veces también podía emplearse en dignos fines. Recuerdo una lección que nos daba un especialista eminente de Londres y era interrumpida todo el tiempo por un individuo de la primera fila que se entretenía en hacer comentarios impertinentes. El conferenciante apeló por fin a su audiencia. «Estas interrupciones son insufribles, caballeros», dijo. «¿Nadie querría hacer el favor de librarme de semejante

molestia?». «Eh, usted, señor de la primera fila, muérdase la lengua», bramó Cullingworth con su voz de toro. «Quizá querría usted obligarme», respondió el individuo volviendo un rostro despreciativo sobre el hombro. Cullingworth cerró su cuaderno y comenzó a bajar desde la grada más alta de pupitres para deleite de los trescientos espectadores. Era magnífico ver la manera en que iba eligiendo su camino entre los botes de tinta. Cuando saltó desde la última bancada hasta el suelo, su oponente le asestó un fabuloso golpe de lleno en el rostro. Pero, aun así, Cullingworth lo atrapó en su abrazo de bulldog y lo sacó a la fuerza del aula. Ignoro lo que hizo con él, pero se oyó un ruido como si estuvieran repartiendo una tonelada de carbón, y el campeón de la ley y el orden regresó con el aire sereno del hombre que ha hecho su trabajo. Uno de sus ojos se parecía a una ciruela demasiado madura, pero le dimos tres hurras mientras volvía a su asiento. Luego continuamos con los peligros de la *placenta praevia*.

No era hombre que bebiera demasiado, pero una cantidad mínima de alcohol podía hacerle mucho efecto. Y entonces era cuando las ideas surgían de su cerebro, cada una más fantástica e ingeniosa que la anterior. Y, si alguna vez traspasaba el límite, podía hacer las cosas más sorprendentes. A veces era el instinto de lucha el que lo poseía; a veces el de perorar; a veces el cómico; cuando no era la sucesión de los tres que se iban sustituyendo uno a otro con una rapidez que dejaba asombrados a sus compañeros. La ebriedad conllevaba para él toda clase de pequeñas peculiaridades extravagantes. Una de ellas era que podía caminar o correr perfectamente derecho, pero siempre llegaba un momento en que, inconscientemente, se giraba y volvía sobre sus pasos. Y esto a veces producía extraños resultados, como en el caso que ahora voy a contarte.

Aparentemente muy sobrio desde fuera, pero interiormente frenético, fue hasta la estación una noche e, inclinándose sobre la taquilla, le preguntó al vendedor de billetes en el tono más cortés si podía decirle a qué distancia estaba Londres. El empleado acercaba la cara para responder cuando Cullingworth atravesó con el puño la taquilla con la fuerza de un pistón. El hombre cayó hacia atrás del banco donde estaba sentado y sus gritos de dolor e indignación atrajeron a algunos policías y trabajadores ferroviarios que acudieron a socorrerlo. Persiguieron a Cullingworth; pero este, tan ágil y en forma como un galgo, logró ser más rápido que todos y desapareció en la oscuridad por la calle larga y recta. Sus perseguidores se habían parado y formaban una reunión donde comentaban lo sucedido cuando, al levantar la vista, vieron, para su asombro, que el hombre tras el que iban corría a toda

velocidad hacia ellos. Su pequeña peculiaridad se había manifestado, como ves, y de manera inconsciente se había dado la vuelta en su fuga. Los otros lo derribaron de una zancadilla, se arrojaron sobre él y, tras una larga y desesperada lucha, consiguieron arrastrarlo hasta la comisaría de policía. Presentaron cargos ante el juez a la mañana siguiente, pero él pronunció un discurso tan brillante en su defensa desde el banquillo que se ganó al tribunal y escapó con una multa simbólica. A invitación suya, testigos y policía acabaron acompañándolo en tropel hasta el hotel más cercano, y el asunto se solventó con *whisky* con soda para todo el mundo.

Llegados aquí, si no he logrado, con estos ejemplos, que te hagas una idea sobre este hombre capaz, magnético, desaprensivo, interesante y polifacético, es que entonces debo desesperar de conseguirlo. Supondré, con todo, que no he fracasado, y te contaré ahora, mi confidente armado de paciencia, alguna cosa sobre mi relación personal con Cullingworth.

Cuando empecé a tratarlo estaba soltero. Pero, al final de unas largas vacaciones, un día se encontró conmigo por la calle y me contó con su estruendosa voz de volcán y sus característicos golpes en el hombro que acababa de casarse. Me invitó entonces a acompañarlo para conocer a su esposa, y por el camino me contó la historia de su boda, que era tan extraordinaria como todo lo que hacía siempre. No te la referiré aquí, querido Bertie, pues ya creo haber divagado suficiente, pero era un asunto de lo más entretenido, en el que tuvieron papeles importantes el encierro con llave de una institutriz en su habitación y un tinte de pelo de Cullingworth. Con respecto a este último, jamás pudo deshacerse por completo de las huellas que le dejó, y desde entonces se añadió al resto de sus peculiaridades el hecho de que, cuando la luz del sol le daba sobre el pelo desde ciertos ángulos, este se volviera iridiscente y brillante.

Pues, bien, lo acompañé hasta su alojamiento y allí me presentó a la señora Cullingworth. Era esta una mujer tímida, pequeña, de rostro dulce y ojos grises, con una voz tranquila y unos modales amables. Solo hacía falta ver la manera en que lo miraba para comprender que estaba por completo bajo su control y que hacer o decir lo que él quería era siempre lo mejor para ella. Podía ser obstinada también, de una manera amable y como de paloma, pero su obstinación iba siempre en la dirección del respaldo a cuanto él decía y hacía. Aunque esto, no obstante, solo iba a averiguarlo después, y en aquella, mi primera visita, me causó la impresión de ser una de las mujercitas mal dulces que había conocido.

Vivían de un modo de lo más singular, en un apartamento con cuatro pequeñas habitaciones encima de una tienda de comestibles. Había una cocina, un dormitorio, un salón y una cuarta habitación que Cullingworth insistía en considerar un cubículo insano y un foco de enfermedades, aunque estoy convencido de que no era más que el olor de los quesos que llegaba de abajo lo que lo había hecho concebir tal idea. Sea como fuere, con su energía habitual, no solo había cerrado con llave la habitación, sino que había colocado papel engomado sobre cada grieta de la puerta para impedir que se extendiera aquel contagio imaginario. El mobiliario no podía ser más sobrio. Recuerdo que había solo dos sillas en el salón, de manera que cuando llegaba un invitado (y creo que yo fui el único), Cullingworth solía acuclillarse en un rincón sobre una pila de volúmenes anuales del *British Medical Journal*. Puedo verlo ahora mismo levantándose de su humilde asiento haciendo palanca y paseando por la habitación rugiendo y gesticulando con las manos mientras su esposa permanece sentada en silencio en una esquina, escuchándolo con amor y admiración en los ojos. ¿Qué nos importaba a ninguno de los tres dónde nos sentábamos sentados ni cómo vivíamos mientras la juventud hervía en nuestras venas e inflamaban nuestras almas las posibilidades de la vida? Aún vuelvo la vista a aquellas tardes bohemias en la desnuda habitación que olía queso, como a algunas de las más felices que he conocido.

Yo era un visitante asiduo de los Cullingworth, pues me gustaba lo grato que sentía que era para ellos. No conocían a nadie; ni siquiera les interesaba conocer a nadie. De manera que, desde un punto de vista social, yo era el único vínculo que mantenían con el mundo. E incluso me atrevía a interferir en sus pequeños asuntos domésticos. Cullingworth por entonces había concebido la caprichosa idea de que todos los males de la civilización eran debidos al abandono de la vida al aire libre de nuestros ancestros, y como corolario a su teoría dejaba las ventanas abiertas día y noche. Dado que su esposa estaba, obviamente, frágil de salud y que, aun así, se habría dejado morir antes de pronunciar una sola palabra de queja, terminé asumiendo la responsabilidad de hacerle ver a él que la tos que ella padecía difícilmente iba a mejorar mientras viviera en una perpetua corriente de aire. Él solía enfurruñarse bastante por mi injerencia, y yo creía que estábamos a punto de reñir, pero después se le pasaba, y al final acababa entrando en razón sobre aquel asunto de la ventilación de la casa.

Solíamos ocupar las tardes una manera muy curiosa en aquellos tiempos. Como sabrás, existe una sustancia, llamada materia cerosa, que se deposita en

los tejidos del organismo en el curso de ciertas enfermedades. Lo que esto pueda ser y cómo se forma ha sido causa de numerosas polémicas entre los patólogos. Cullingworth tenía ideas sólidas acerca de la cuestión, y sostenía que la materia cerosa era en realidad lo mismo que el glucógeno que el hígado segrega normalmente. Pero una cosa es tener una idea y otra ser capaz de probarla. Y, sobre todo, necesitábamos materia cerosa con la que experimentar. Pero la fortuna nos favoreció milagrosamente. Nuestro profesor de Patología había adquirido una magnífica muestra de aquella sustancia. Orgulloso, exhibió el órgano en el aula antes de ordenar a su ayudante que lo guardara en un cofre de hielo para ser usado en el microscopio en la clase práctica. Cullingworth vio su oportunidad y actuó en de inmediato. Escapándose de la clase, abrió el cofre de hielo, enrolló la horrible masa brillante en su abrigo Ulster, volvió a cerrar el cofre y se fue caminando tan tranquilo. Estoy seguro de que hasta hoy mismo la desaparición de aquel hígado ceroso sigue siendo uno de los misterios más inexplicables de la carrera de nuestro profesor.

Aquella tarde, y durante otras muchas tardes que vendrían, estuvimos trabajando en nuestro hígado. Nuestros experimentos requerían someterlo todo a altas temperaturas en un intento de separar la sustancia nitrogenada celular de la materia cerosa no nitrogenada. Con nuestros limitados recursos limitados, la única manera que se nos ocurrió consistía en cortarlo en finos trozos y cocinarlo en una sartén de freír. Así que, noche tras noche, se podía asistir al curioso espectáculo de una hermosa muchacha y dos jóvenes muy serios afanados en aquel lúgubre estofado. Nuestro trabajo no dio ningún fruto. Pues, aunque Cullingworth consideraba que había dejado la cuestión absolutamente resuelta y escribió largos textos sobre el tema para publicaciones científicas, lo cierto es que nunca se le dio muy bien exponer sus ideas por escrito, y estoy convencido de que dejó una idea bastante confusa en las mentes de sus lectores acerca a dónde quería ir a parar. Además, al ser un simple estudiante sin título que sirviera de respaldo a su nombre, logró atención muy escasa, y jamás tuve noticia de que hubiera recibido ni una sola adhesión.

A final del año, ambos aprobamos nuestros exámenes y nos convertimos en médicos debidamente acreditados. Los Cullingworth desaparecieron y no volví a saber a tener noticias suyas, pues era hombre que se enorgullecía de no haber escrito una carta jamás. En otros tiempos, su padre había tenido una importante y lucrativa consulta particular en el oeste de Escocia, pero había muerto unos años atrás. Y yo albergaba la vaga idea, fundada en algún

comentario azaroso por su parte, de que Cullingworth tal vez había ido hasta allí a comprobar si el nombre familiar aún podía serle útil. En cuanto a mí, como recordarás que te contaba en mi última carta, comencé a ejercer de ayudante en la consulta de mi padre. Lo que, ya sabes, no obstante, que no nos reporta más de setecientas libras al año sin margen de aumento. Y esto no es suficiente para darnos trabajo a los dos. Además, hay veces en que me doy cuenta de que mis opiniones religiosas molestan al querido viejo. Así que, después de haberlo reflexionado mucho, y por toda clase de razones, he llegado a la conclusión de que lo mejor sería irme de aquí.

He solicitado un puesto en varias líneas navales y por lo menos en una docena de hospitales de cirugía, pero se encuentra la misma competencia cuando se busca un miserable puesto de cien al año que si se tratara del mismísimo virreinato de la India. Normalmente suelo recibir de vuelta mi testimonial sin comentario alguno; la clase de cosas que enseña a un hombre humildad. Por supuesto, me es muy grato vivir con mi madre. Y Paul, mi hermano pequeño, es un as. Estoy enseñándolo a boxear y deberías verlo contraatacar con la de derecha con los pequeños puños levantados. Me golpeó la mandíbula esta tarde y he tenido que pedir huevos pasados por agua para cenar.

Pero todo esto me trae al momento presente y a las últimas noticias. Y es que esta mañana acabo de recibir un telegrama de Cullingworth (tras nueve meses de silencio). Estaba fechado en Avonmouth, la ciudad donde yo sospechaba que se había establecido, y decía sin más: «Ven de inmediato. Te necesito con urgencia. CULLINGWORTH». Por supuesto, iré en el primer tren de mañana. Podría tratarse de algo o no ser nada en absoluto. Pero, en lo más profundo de mí, espero y confío en que el viejo Cullingworth pueda encontrarme algún empleo como su socio o de la manera que sea. Siempre creí que triunfaría y que yo haría fortuna con la suya. Y él sabe que, si bien no soy muy rápido ni muy brillante, soy bastante constante y digno de confianza. Así que aquí es a donde quería llegar con todo esto, Bertie; a que mañana me marcho a reunirme con Cullingworth, y que parece que al fin voy a encontrar una salida para mí. Te he ofrecido un bosquejo de él y su manera de ser para que pudiera resultarte así más interesante el desenlace de mi fortuna; lo que no ocurriría si no supieras nada del hombre que me está tendiendo la mano.

Ayer fue mi cumpleaños, y llegué a los veintidós. Llevo veintidós años dando tumbos. Y con toda seriedad, sin la menor pizca de ligereza y desde lo más profundo de mi alma, te aseguro que en este momento no tengo ni la más remota idea sobre de dónde vengo, a dónde voy ni para qué estoy aquí. Y no

será por no haber indagado en ello, ni por indiferencia. He llegado a dominar los principios de varias religiones. De todas me ha quedado la impresión de la violencia con la que tendría que obligar a mi razón a aceptar los dogmas de cualquiera de ellas. Su moral es, por lo general, excelente. Como también lo es la moral de la ley común de Inglaterra. ¡Pero los esquemas de la creación sobre los que esas morales se sostienen! La verdad es que me resulta lo más asombroso que haya visto en mi corto peregrinaje por el mundo el hecho de que tantos hombres capaces, profundos filósofos, astutos juristas y hombres de mundo con mentes lúcidas puedan aceptar semejante explicación de los hechos de la vida. Y a la vista de su aparente coincidencia, mi pobre opinión no se atrevía más que a merodear la trastienda de mi alma cuando no encontraba valor en recordar que juristas no menos eminentes y filósofos de Grecia y de Roma también habían coincidido en afirmar que Júpiter tuvo muchas esposas y fue aficionado al buen vino.

Ten en cuenta, querido Bertie, que no deseo atacar ni tu opinión ni la de nadie. Quienes pedimos tolerancia debemos ser los primeros en extenderla a los demás. De modo que me limitaré a exponer mi postura, como he hecho antes tantas veces. Ya conozco bien tu réplica. Puedo oír tu grave voz diciéndome que tenga fe. Tu conciencia te permite tenerla. La mía no me lo permite. Veo con bastante claridad que la fe no es una virtud, sino un vicio. Es una cabra en un rebaño de ovejas. Si alguien, deliberadamente, cerrara sus ojos físicos y se negara a usarlos, te parecería como al que más que sería algo inmoral y una traición a la Naturaleza. Sin embargo, le aconsejarías que cerrara ese don mucho más precioso que es la razón y le dirías que se negara a usarlo en la cuestión más profunda de la vida. «En tal cuestión, la razón no sirve», me respondes. Y yo digo a eso que es lo mismo que abandonar la batalla antes de haberla librado. Mi razón sí me servirá y, cuando ya no pueda servirme, continuaré sin su ayuda.

Es tarde, Bertie. Se ha apagado el fuego y estoy temblando, y tú, estoy seguro, estarás ya muy cansado de mis peroratas y herejías. Así que, adiós, y hasta la próxima.

II.
Hogar,
10 de abril de 1881.

Bueno, querido Bertie, aquí estoy de nuevo en tu buzón. No han pasado ni siquiera quince días desde que te escribí aquella larga carta, y ya ves que tengo suficientes noticias para llenar otro mamotreto formidable. Dicen que se ha perdido el arte epistolar. Pero, si la cantidad puede expiar la calidad, he de confesar que, por tus pecados, tienes un amigo que ha preservado dicho arte.

Cuando te escribí por última vez me hallaba en la víspera de partir para reunirme con los Cullingworth en Avonmouth con la esperanza de que me hubieran encontrado algún empleo. Tengo que contarte con cierto detenimiento los detalles de la expedición.

Viajé parte del trayecto junto al joven Leslie Duncan, al que creo que conoces. Tuvo la amabilidad de considerar que un vagón de tercera clase y mi compañía eran preferibles a uno de primera en soledad. Ya sabes que heredó la fortuna de su tío hace algún tiempo, y, tras el delirio inicial, ha vuelto ya a ese mortal estado de desesperación que causa tener todo lo que uno pueda desear en el mundo. ¡Qué absurdas las ambiciones de la vida si yo, que soy bastante feliz, estoy luchando por algo que puedo ver que a él no le ha deparado ni felicidad ni beneficio! Pero, si leo bien mi propio carácter, no es la acumulación de dinero mi verdadero propósito, sino tan solo conseguir el suficiente como para liberar mi mente de sórdidas preocupaciones y permitirme desarrollar mis dotes, cualesquiera que sean, sin que aquellas me perturben. Mis gustos son tan sencillos soy incapaz de imaginar ninguna ventaja que pudiera ofrecerme la riqueza (salvo, desde luego, el placer exquisito de ayudar a un buen hombre o a una buena causa). ¿Por qué la gente concede mérito alguno a la caridad, cuando ha de saber que no existe manera más satisfactoria de emplear su dinero? Le regalé mi reloj a un maestro de escuela arruinado el otro día (no llevaba monedas sueltas en el bolsillo), y mi madre no era capaz de decidir si se trataba de un acto de locura o de nobleza.

Podría haberle dicho con absoluta seguridad que no se trataba de ninguna de ambas cosas, sino de una especie de egoísmo epicúreo, y tal vez, en el fondo, incluso con un toque de presunción. ¿Qué más podía ofrecerme mi cronómetro que aquel sentimiento de satisfacción cuando el hombre me trajo el recibo de la casa de empeños y me dijo que los treinta chelines le habían sido útiles?

Leslie Duncan se bajó en Carstairs, y yo me quedé a solas con un viejo sacerdote católico robusto y de pelo blanco que iba sentado leyendo tranquilamente su oficio en el rincón. Entablamos una estrecha conversación que duró todo el camino hasta Avonmouth (y tan interesado iba que estuve a punto de pasarme la estación sin darme cuenta). El padre Logan (pues ese era su nombre) me pareció un hermoso ejemplo de todo lo que un sacerdote debería ser (sacrificado y de mente pura, con una especie de sencilla astucia y no poco de inocente buen humor). Aunque tenía también los defectos, y no solo las virtudes, de su condición, pues era absolutamente reaccionario en sus ideas. Estuvimos discutiendo sobre religión con fervor. Y su teología era poco menos que del Plioceno temprano. Podría haber conversado con un sacerdote de la corte de Carlomagno y ambos se habrían estrechado la mano después de cada frase. Y esto es algo que él mismo reconocería e incluso reivindicaría como un mérito. Era coherencia a sus ojos. Pero, si nuestros astrónomos, inventores y legisladores hubieran sido igualmente coherentes, ¿dónde estaría nuestra civilización moderna? ¿Es que es la religión el único dominio del pensamiento incapaz de progresar y ha de estar sujeto para siempre a una norma establecida hace dos mil años? ¿No es posible ver que, a medida que evoluciona el cerebro humano, este debe adoptar una perspectiva más amplia? Un cerebro a medio formar crea a un Dios a medio formar. ¿Y quién podría decir que nuestro cerebro esté aún a medio formar siquiera? El sacerdote verdaderamente inspirado es el hombre o la mujer de gran cerebro. La verdadera señal de haber sido elegidos no es el territorio rasurado de la superficie de la cabeza, sino las sesenta onzas de peso de su interior.

Sabes que estás en este momento mirándome con la nariz levantada, Bertie. Puedo verte hacerlo. Pero algún día conseguiré romper el hielo y ya no te quedarán más que evidencias. Aunque me temo que nunca llegaría a ser un buen narrador de historias, pues el primer personaje extraviado que aparece en mis relatos siempre acaba tomándome del brazo y llevándome con él, mientras dejo mi propia historia rezagada.

Pues, bien, iba diciendo que era de noche cuando llegamos a Avonmouth, y, al asomar la cabeza por la ventana del vagón, lo primero con lo que

tropezaron mis ojos fue el amigo Cullingworth parado en el círculo de luz de una lámpara de gas. Llevaba la levita abierta, la parte de arriba del chaleco desabotonada, y el sombrero (un sombrero de copa esta vez) encasquetado hacia atrás en la cabeza de manera que sus cabellos de erizo le asomaban por delante. En todos los aspectos, con la excepción de que llevaba cuello, era el mismo Cullingworth de siempre. Rugió al reconocerme. Me sacó del vagón, cargó con mi maleta, o bolsa de viajero, como tú solías llamarla, y un minuto después caminábamos juntos por las calles.

Yo me hallaba en ascuas, como podrás imaginar, por saber lo que quería de mí. Pero, como él no hacía la menor alusión a aquel tema, yo no quise preguntarle. Así que durante nuestro largo paseo fuimos hablando de cuestiones intrascendentes. Primero fue el fútbol, recuerdo: si Richmond tenía alguna posibilidad contra Blackheath, y el modo en que el nuevo juego de pases estaba destruyendo las viejas líneas de ataque. Luego pasó a los inventos, y se emocionó tanto que tuvo que devolverme mi maleta para poder reafirmar cada una de sus observaciones golpeando con el puño la palma de la mano. Puedo verlo ahora mismo deteniéndose con el rostro adelantado y los colmillos amarillentos que le refulgían a la luz de la lámpara.

«Mi querido Munro». (Este era si estilo). «¿Por qué se abandonó la armadura, eh? ¡Yo te diré por qué! Fue porque el peso del metal que protegía al hombre que lo llevaba de pie era más del que podía soportar. Pero las batallas no las libran hoy hombres que permanezcan de pie. Toda la infantería yace hoy sobre su estómago, y haría falta muy poco para protegerla. ¡Y el acero se ha mejorado, Munro! ¡Acero enfriado! ¡Bessemer! ¡Bessemer! Muy bien. ¿Cuánto hace falta para cubrir a un hombre? Catorce pulgadas por doce que formen ángulo, para desviar la bala. Un corte lateral para el rifle. Ahí la tienes muchacho: la patente Cullingworth de escudo portátil a prueba de balas. ¿El peso? Oh, el peso sería de dieciséis libras. Lo he calculado. Cada compañía llevaría sus escudos en carros y así podrían servir en acción. Dame veinte mil buenos tiradores y yo entraré por Calais y saldré por Pekín. ¡Piénsalo, muchacho! El golpe moral. Un lado está siempre a salvo, y el otro acribilla de balas planchas de acero. Ninguna tropa podría soportarlo. La nación que la consiga primero se pondrá por encima del resto de Europa. Todas se verán obligadas a tenerla al final. Reconozcámoslo. Habrá alrededor de ocho millones de hombres en una guerra de infantería. Supongamos que solo la mitad la posee. Digo solo la mitad porque no quiero ser demasiado optimista. Eso son cuatro millones, y yo me llevaría una regalía de cuatro chelines por pedido al por mayor. ¿Cuánto sería eso, Munro? Cerca de tres

cuartos de millón de libras esterlinas, ¿eh? ¿Qué te parece eso, muchacho? ¿Qué te parece?».

En realidad, no difiere este mucho de su estilo de conversación, ahora que lo pienso, solo que tú te pierdes sus pausas extravagantes, sus repentinos susurros confidenciales, el rugido con que solía responder triunfalmente a sus propias preguntas, los encogimientos de hombros y palmadas, la gesticulación… Pero ni una sola palabra hasta entonces sobre qué lo había empujado a enviarme aquel telegrama urgente que me había hecho ir hasta Avonmouth.

Por supuesto, yo había estado haciendo conjeturas mentales sobre si mi amigo habría tenido éxito o no. Por su apariencia alegre y su conversación animada, se me antojaba bastante evidente que todo le iba razonablemente bien. Pero me sorprendió, sin embargo, que mientras caminábamos por una avenida tranquila y zigzagueante de grandes casas que poseían su propia parcela, se detuviera a abrir la cancela de hierro que conducía a una de las mejores. Había salido la luna y brillaba sobre el alto tejado y los gabletes de cada esquina. Al llamar a la puerta, salió a abrir un criado con lujoso calzón corto de color rojo. Comencé a tener la impresión de que el éxito de mi amigo tenía que haber sido colosal.

Cuando bajamos a cenar al comedor, la señora Cullingworth estaba esperando allí para saludarme. Me apenó ver que estaba pálida y tenía un aspecto cansado. Sin embargo, disfrutamos de una cena alegre al viejo estilo, y la animación de su esposo encontraba reflejo en el rostro de ella, de tal modo que podríamos haber vuelto a la pequeña habitación donde las revistas médicas nos servían de silla, en lugar de seguir en aquella enorme cámara con muebles de roble y cuadros colgados de la pared a la que habíamos sido ascendidos. Aunque ni una sola palabra acerca del objeto de mi viaje todavía.

Cuando acabamos de cenar, Cullingworth me llevó a un pequeño salón donde los dos encendimos nuestras pipas y la señora Cullingworth su cigarrillo. Permaneció durante algún tiempo sentado en silencio, y entonces se levantó bruscamente y se apresuró a ir hasta la puerta y abrirla de par en par. Es una de sus extrañas peculiaridades creer que siempre hay gente escuchando a escondidas o conspirando contra él. Pues, a pesar de su brusquedad y su franqueza aparentes, una extraña vena de suspicacia recorre su naturaleza compleja y singular.

Se dejó caer en el sofá cuando estuvo seguro de que no había espías escuchando. «Munro», dijo punzándome con su pipa. «Lo que quería decirte es que estoy absoluta, desesperada e irremediablemente arruinado».

Mi silla se inclinó sobre sus patas traseras mientras hablaba, y te aseguro que estuve a muy poco de volcar. Igual que un castillo de naipes se derrumbaron todos mis sueños sobre los fabulosos resultados que tendría mi viaje a Avonmouth. Sí, Bertie, no tengo más remedio que confesarlo: mi primer pensamiento fue el de mi propia decepción antes que el del infortunio de mi amigo. Y él debió de percibirlo con intuición diabólica, o mi rostro debe de ser demasiado locuaz, porque, inmediatamente, añadió: «Siento decepcionarte, muchacho. Veo que eso no es lo que esperabas oír». «Bueno», tartamudeé. «Es toda una sorpresa, pues pensé por la… por la…». «Por la casa, y el criado, y los muebles», dijo él. «Han sido ellos los que me han devorado hasta dejarme en los huesos. Estoy acabado a no ser que…». (Al llegar a ese punto vi una pregunta en sus ojos). «A menos que un amigo quiera prestarme su nombre y un poco de papel timbrado». «No puedo hacerlo, Cullingworth», respondí. «Es horrible tener que decir no a un amigo, y si tuviera dinero…». «Espera a que te lo haya pedido, Munro», interrumpió él con la expresión más desagradable. «Considerando que no tienes nada, ni siquiera la menor expectativa, ¿de qué demonios iba a servirme a mí tu nombre en un papel?». «Eso me gustaría saber», dije sintiéndome algo mortificado, a pesar de todo. «Mira esto, muchacho», dijo señalando una pila de cartas a la izquierda de la mesa. «Sí». «Son demandas de pago. ¿Y ves los documentos de la derecha? Bien, pues son citaciones del juzgado. ¿Y ves esto, ahora?». Cogió un pequeño libro de contabilidad y me enseñó tres o cuatro nombres garabateados en la primera página. «Estas son las consultas», rugió, y rompió a reír hasta que sus gruesas venas parecieron ir a salírsele de la frente. Su esposa también rio, exactamente igual que habría llorado de haberlo él dispuesto de ese modo. «Es así, Munro», dijo cuando se hubo recobrado de su paroxismo. «Probablemente habrás oído (te lo he dicho yo mismo, en realidad) que mi padre tenía la mejor consulta de Escocia. Hasta donde se me alcanza, no era un hombre de capacidad alguna, pero ahí lo tienes. La consiguió».

Asentí con la cabeza y di una calada a la pipa. «Bien, pues hace siete años que murió, y cincuenta redes cayeron entonces en su pequeño estanque de peces. Pero, aun así, cuando aprobé los exámenes, pensé que mi mejor opción sería venir al lugar del viejo y ver si podía recuperarlo todo. El nombre tenía que servir de algo, pensé. Y no iba a servir de nada hacer las cosas a medias. Eso es inútil, Munro. El tipo de gente que acudía a él era adinerada, y tenía que ver una buena casa y a un hombre con librea. ¿Qué oportunidad había de atraerlas a una casa de cuarenta libras al año con ventanas salientes y una

doncella de rostro mugriento a la puerta? ¿Qué supones que hice? Muchacho, me quedé con la casa del gobernador, que estaba libre (la misma casa por la que él pagaba cinco mil libras al año). Empecé con este raro estilo, y empleé hasta mi último céntimo en mobiliario. Pero es inútil. No puedo sostenerlo más. Me llegaron dos accidentes y una epilepsia: veintidós libras con ochenta y seis penique. ¡Eso es todo!». «¿Qué harás ahora?», pregunté. «Para eso quería tu consejo. Por eso te telegrafié. Siempre he respetado tu opinión, muchacho, y pensé que era el momento de contar con ella».

Pensé que si me la hubiera pedido nueve meses atrás habría tenido más lógica. ¿Qué demonios podía hacer yo ante semejante enredo? Pero, a pesar de todo, no pude evitar sentirme halagado cuando alguien tan independiente como Cullingworth se dirigía a mí de aquella manera. «¿De verdad piensas que es inútil seguir resistiendo aquí?», le dije. Se levantó de un salto y empezó a caminar por la habitación con su errática vehemencia característica. «Escarmienta por mí, Munro», dijo. «Tienes que empezar ahora. Acepta mi consejo y ve a donde nadie te conozca. La gente confía pronto en un desconocido; pero si puede recordarte como un chiquillo que corría por ahí en bombachos y que recibía tundas con un cepillo por robar ciruelas, no va a poner su vida en tus manos. Está muy bien hablar de amistades y relaciones familiares, pero cuando a un hombre le duele el estómago no le importa una higa nada de eso. Yo lo haría grabar en letras doradas en todas las aulas de Medicina, y hasta en la puerta de la Universidad: si un hombre quiere amigos, ha de buscarlos entre extraños. Aquí todo ha terminado, Munro; es inútil tu consejo de resistir».

Le pregunté cuánto dinero debía. La cantidad ascendía a setecientas libras. Solo la renta suponía doscientas. Ya había obtenido dinero vendiendo mobiliario, y todos sus activos no llegaban a diez libras. Por supuesto, solo había un consejo que pudiera darle.

«Debes reunir a tus acreedores», le dije. «Verán por sí mismos que eres joven y enérgico, y que es seguro que tarde o temprano triunfarás. Si te arrinconan ahora no podrán obtener nada. Házselo ver. Si empiezas de nuevo en otra parte y prosperas, podrás pagárselo todo. No veo otra salida posible».

«Sabía que dirías eso, y es justo lo que yo mismo había pensado. ¿No es así, Hetty? Bien, entonces eso lo soluciona, y te estoy muy agradecido por tu consejo. Y esto es todo lo que hablaremos del asunto por esta noche. He errado el tiro. La próxima daré en el blanco. Y no tardaré».

Su fracaso no parecía pesar demasiado en su mente, pues unos minutos después estaba vociferando con el vigor acostumbrado. Sirvieron *whisky* y

agua caliente para que todos pudiéramos brindar por la segunda aventura. Y aquel *whisky* nos llevó a lo que podría haber sido un asunto problemático. Cullingworth, que se había bebido un par de vasos, esperó hasta que su esposa hubo dejado la habitación, y entonces comenzó a hablar de su dificultad para hacer ejercicio desde que tenía que pasarse todo el día esperando la llegada de pacientes. Esto nos llevó a la manera de poder ejercitarse uno dentro de casa, y de ahí pasamos al boxeo. Y entonces Cullingworth sacó un par de juegos de guantes de un armario y propuso que lucháramos un par de asaltos.

De no haber sido un estúpido, Bertie, no habría aceptado jamás. No poder resistirme a que alguien, hombre o mujer, me proponga cualquier cosa parecida a un reto es una de mis muchas debilidades. Pero yo conocía las formas de Cullingworth, y ya te conté en mi última carta qué clase de carácter tenía. Y, a pesar de todo, empujamos la mesa para hacer sitio, pusimos la lámpara en alto y nos quedamos el uno frente al otro.

En el momento en que miré su rostro me olí la jugarreta. Había un brillo de malicia aposentado en su mirada. Y creo que era mi negativa a respaldar su crédito lo que pasaba por su cabeza. Pero, fuera lo que fuese, su aspecto no podía ser más peligroso con aquel rostro enfurruñado algo inclinado hacia adelante, las manos cerca de los labios (pues su forma de boxear, como todo en él, no era nada convencional) y la mandíbula colocada como una trampa de ratas.

Pegué primero yo, y entonces él empezó a golpearme con las dos manos gruñendo como un cerdo a cada golpe. Por lo que acertaba a ver de él, no era en absoluto un boxeador, sino un formidable luchador bruto y agresivo. Me estuve defendiendo con ambas manos durante medio minuto, y entonces caí derribado, y mi cabeza golpeó la puerta casi atravesando uno de los paneles. Pero él no se detuvo, a pesar de que sabía que yo no tenía espacio para hacer retroceder los codos, sino que me soltó un derechazo que me habría puesto en el pasillo si yo no lo hubiera esquivado consiguiendo volver al centro de la habitación. «Oye, Cullingworth», le dije. «No hay mucho de boxeo en esta pelea». «Sí. Doy duro, ¿verdad?». «Si sigues machacándome de esta forma, no voy a tener más remedio que responder», dije. «Preferiría una pelea más suave, si no te importa».

Las palabras no habían terminado de salir de mi boca cuando ya lo tenía encima como un rayo. Lo esquivé de nuevo. Pero la habitación era tan pequeña y su agilidad de gato era tal que no había forma de escapar de él. Lo tenía encima otra vez con un tipo de ataque habitual en el fútbol que me hacía perder el equilibrio. Antes de saber dónde estaba me encontraba con su

izquierda en la marca y su derecha en mi oído. Tropecé con un taburete, y antes de haber podido recuperarme, volvió a golpearme el mismo oído y mi cabeza empezó a sonar igual que una tetera. No podía estar más satisfecho de sí, sacando pecho y golpeándoselo con las palmas cuando volvía a ocupar el centro de la habitación.

«Avísame cuando hayas tenido suficiente, Munro», dijo. Aquello tenía bastante de fanfarronería, teniendo en cuenta que yo lo superaba en dos pulgadas de altura y en casi los mismos kilos de peso, además de ser el mejor boxeador de los dos. Su energía y el tamaño de la habitación habían jugado en mi contra hasta entonces, pero él no iba a hacer todo el trabajo duro en el siguiente asalto si yo podía impedirlo.

De nuevo atacó con una de sus embestidas de molino. Pero esta vez lo estaba esperando. Le descargué un buen golpe en la cara con la izquierda cuando venía hacia mí, y entonces, esquivando la suya, contraataqué con un golpe en la mandíbula que lo tumbó en la alfombra de la chimenea. Un instante después estaba de pie con cara de loco.

«¡Canalla!», gritó. «¡Quítate esos guantes y pelea con las manos!». Él tiraba de los suyos para quitárselos. «¡Vamos, pedazo de asno! ¿Así se puede pelear?». Estaba enloquecido de furia, y tiró los guantes debajo de la mesa. «Por Dios, Munro», gritó. «Si no te quitas esos guantes, iré a por ti los tengas o no puestos». «Tómate un vaso de soda», le dije. Él se burló de mí: «Me tienes miedo, Munro. Eso es lo que te pasa».

La cosa se calentaba demasiado, Bertie. Comprendí la insensatez de la situación. Yo creía que podía darle una paliza, pero al mismo tiempo sabía que estábamos tan igualados que los dos podríamos malherirnos con cualquier objeto. Así que me quité los guantes y pensé que tal vez fuera lo más sabio, después de todo. Si Cullingworth pensaba en algún momento que podía tener ventaja sobre ti, quizá lo lamentaras más tarde.

Pero quiso el destino que nuestra pequeña riña fuera cortada de raíz. La señora Cullingworth entró en la habitación en ese instante, y gritó al ver a su esposo. La nariz le sangraba y tenía la mejilla toda manchada de sangre; así que no me extraña que le causara impresión. «¡James!», gritó. Y a continuación se dirigió a mí: «¿Qué es esto, señor Munro?». Tendrías que haber visto el odio en sus ojos de paloma. Sentí un demencial impulso de ir hasta ella y besarla.

«Tan solo estábamos disputando un breve asalto, señora Cullingworth», dije. «Su esposo se quejaba de que nunca hacía ejercicio». «Todo está bien, Hetty», dijo él poniéndose de nuevo el abrigo. «No seas tonta. ¿Se han ido ya

los criados a dormir? Podrías traerme un poco de agua en un cuenco de la cocina. Siéntate, Munro, y vuelve a encender tu pipa. Tengo un centenar de cosas de las que hablar contigo».

Y ese fue el final del asunto, y todo siguió como la seda el resto de la noche. Pero, después de aquello, su esposa me verá para siempre como un bruto y un matón. Y, en cuanto a Cullingworth… Bueno, es bastante difícil decir lo que Cullingworth pensará al respecto.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, él estaba en mi habitación, y tenía un aspecto de lo más extraño. Su camisón de dormir yacía sobre una silla, y él estaba levantando una pesa de cincuenta y seis libras sin un solo trozo de tela encima. La naturaleza no le había dado un rostro muy simétrico ni tampoco la más dulce de las expresiones, pero su figura era la de una estatua griega. Me divirtió ver que tenía algo de sombra en torno a los dos ojos. Pero le tocó sonreír a él cuando yo me levanté y descubrí que mi oreja tenía la misma forma y consistencia de una seta venenosa. En cualquier caso, estuvo pacífico aquella mañana, y charlamos de la manera más amigable.

Yo iba a volver a casa de mi padre aquel día, pero pasé un par de horas con Cullingworth en su consulta antes de irme. Estaba en su mejor forma, y repleto de un centenar de planes fantásticos en los que yo le ayudaría. Su principal objetivo era conseguir que su nombre apareciese en los periódicos. Esa era la base de todo éxito, según su punto de vista. A mí me pareció que estaba confundiendo la causa y el efecto, pero no discutí la cuestión. Y reí hasta que empezaron a dolerme los costados ante las grotescas sugerencias que proponía. Yo tendía que caer sin sentido en la calle para que una multitud compasiva me condujera hasta él mientras su criado corría a llevar la noticia a los periódicos. Pero también cabía la posibilidad de la que la multitud pudiera llevarme a otro médico. Así que bajo distintos disfraces tendría que ir fingiendo ataques de puerta en puerta para proporcionar material a la prensa local. Luego moriría (expiraría del todo), y en toda Escocia resonaría la noticia de que el doctor Cullingworth, de Avonmouth, me había resucitado. Su ingenioso cerebro concibió mil variaciones sobre la idea, y su bancarrota inminente salió de sus pensamientos con aquella marea de estrategias entre serias y en broma.

Aunque lo que terminaba con toda su diversión y hacía que se lo llevaran los demonios paseándose y maldiciendo por la habitación era ver a cualquier paciente subir los escalones que llevaban hasta la puerta de Scarsdale, su vecino de enfrente. Scarsdale tenía una consulta bastante concurrida y atendía de diez a doce, así que tuvo ocasión de acostumbrarme a ver a Cullingworth

levantarse bruscamente de la silla y correr despotricando hasta la ventana. Incluso diagnosticaba los casos, también, y calculaba su valor económico hasta que casi dejaba de decir una sola cosa con sentido.

«¡Ahí lo tienes!», gritaba de repente. «¡Mira a ese hombre que cojea! Viene todas las mañanas. Cartílago semilunar desplazado, y un trabajo de tres meses. ¡Y mira ahí! Que me cuelguen si la mujer con artritis reumática no está en su silla de baño de nuevo. Es toda piel de foca y ácido láctico. Sencillamente enferma ver cómo acuden en multitud a ese hombre. ¡Y vaya individuo! Tú no lo has visto. Y mejor para ti. No sé de qué demonios te estás riendo, Munro. No veo dónde está la diversión».

Bueno, fue una breve experiencia aquella visita a Avonmouth, pero creo que la recordaré durante toda mi vida. Dios sabe lo cansado que ya estarás del tema; al empezar a extenderme tanto, he tenido la tentación de abandonar. Pero todo terminó con mi regresó por la tarde, después de que Cullingworth me asegurara que reuniría a sus acreedores, tal como yo le había aconsejado, y que me haría saber el resultado en unos días. La señora C. apenas quiso estrecharme la mano cuando fui a despedirme, pero la aprecio aún más por ello. Él ha de albergar algo bueno en su interior. Pues, de lo contrario, no habría podido ganarse de esa forma el amor y la confianza de ella. Quizá haya otro Cullingworth tras las bambalinas (un hombre más dulce y más tierno, capaz de amar y despertar amor). Si existe, nunca he estado cerca de él, desde luego. Pero tal vez yo no haya pasado de su caparazón. ¿Quién sabe? Si vamos al caso, es bastante probable que él tampoco haya llegado nunca a conocer al verdadero Johnnie Munro. Pero tú sí, Bertie. Y creo que esta vez incluso ya has tenido bastante de él, aunque tú mismo hayas alentado estos excesos con tu comprensión.

Bien, ya he alcanzado el límite que el correo ordinario aceptará por cinco peniques, así que concluiré comentando tan solo que han pasado quinces días y no he tenido noticia alguna de Avonmouth, cosa que no me sorprende lo más mínimo. Si supiera algo alguna vez, lo que es más que dudoso, puedes estar seguro de que pondría final a esta larga historia.

III.
Hogar,
15 de octubre de 1881.

Sin una pizca de retórica, puedo decirte que me avergüenzo de veras al acordarme de ti, Bertie. Te envío dos cartas interminables, cargadas, hasta donde recuerdo, de toda clase de detalles inútiles. Y luego, a pesar de tus amables respuestas y tu compresión, que apenas merezco, te olvido por completo durante más de seis meses. Por esta pluma te juro que no volverá a suceder, y esta carta servirá para tender un puente sobre ese vacío y ponerte al día de mis pobres asuntos, por los que nadie más que tú se interesa.

Por comenzar con lo más importante, puedes estar seguro de que lo que me decías en tu última carta sobre religión contó con mi mayor interés. Siento no tenerla cerca para citarla (se la presté a Charlie), pero creo conservar su contenido en la memoria. Es curioso, como dices, que un no creyente pueda ser tan fanático como cualquier ortodoxo o que alguien pueda ser dogmático precisamente al oponerse al dogma. Tales hombres son los verdaderos enemigos del pensamiento libre. Si algo pudiera persuadirme de volverme un traidor a mi razón, lo serían, por ejemplo, esos dibujos blasfemos y estúpidos que publican ciertos periódicos agnósticos.

Pero todo movimiento tiene su multitud de simpatizantes que acaba rezagada y dispersa. Y nosotros somos como un cometa de cabeza brillante que se desvanece en mero gas al final. Pero cada hombre habla por sí mismo, y no me siento aludido por tu acusación. Yo solo soy fanático en contra del fanatismo, y eso sostengo que es tan legítimo como emplear la violencia contra el violento. Cuando consideramos el efecto que la perversión del instinto religioso ha tenido a lo largo de la historia del mundo, las guerras encarnizadas entre cristianos y musulmanes y entre católicos y protestantes, las persecuciones, las torturas, los odios domésticos los mezquinos rencores, con *todos* los credos igualmente manchados de sangre, uno no puede sino sorprenderse de que la voz unánime de la humanidad no haya situado el

fanatismo a la cabeza de los pecados mortales. Pues no hay duda de que ni la viruela ni la peste han traído tanta desgracia sobre el ser humano.

No puedo ser fanático, amigo mío, cuando digo desde el fondo de mi corazón que respeto a todo buen católico y a todo buen protestante, y que reconozco que cada una de esas formas de fe ha sido un poderoso instrumento en las manos de la inescrutable Providencia que gobierna las cosas. Igual que, en el curso de la historia, hallamos que los efectos más admirables y de mayor alcance han podido tener origen en un crimen, así en la religión, aunque un credo se funde en una concepción totalmente inadecuada del Creador y Sus actos, ello no impide que pueda ser el mejor y más práctico para las gentes y el tiempo que lo han adoptado. Pero, si estuvo bien que aquellos para los que resultó intelectualmente satisfactorio lo adoptasen, también lo está para aquellos a los que no resulta satisfactorio protestar contra él; de modo que, en ese proceso, la masa de la humanidad vaya fermentando poco a poco, y avance unos pasos más en su camino ascendente.

El catolicismo es el más riguroso. El protestantismo, el más razonable. El protestantismo se adapta a la civilización moderna. El catolicismo espera que la civilización moderna se adapte a él. El pueblo trepa de una gran rama a otra, y cree haber obrado un cambio prodigioso cuando el tronco principal sigue podrido debajo, y una y otra, en su forma actual, acabarán tarde o temprano en una ruina común. El movimiento del pensamiento humano, aunque lento, sigue la dirección de la verdad, y las distintas religiones que el hombre muda a medida que avanza (cada una admirable en su tiempo) servirán lo mismo que esas boyas que arrojan los barcos para medir el ritmo y la dirección de su progreso.

Pero ¿cómo sé qué es la verdad? Me estarás preguntando. No lo sé. Pero sí sé bien lo que no lo es. Y, sin duda, eso es importante. No es verdad que la gran Mente central que planeó todas las cosas sea capaz de celos o venganza, de crueldad o injusticia. Esos son atributos humanos, y el libro que se los otorga al Infinito ha de ser humano también. No es verdad que las leyes de la Naturaleza hayan sido caprichosamente perturbadas; que las serpientes hayan hablado; que las mujeres se hayan convertido en sal; que las varas hayan hecho brotar agua de las rocas. No me negarás que, si tales cosas se nos presentaran por primera vez cuando ya somos adultos, nos sonreiríamos ante ellas. No es verdad que la Fuente de todo sentido común pueda castigar a toda una raza por una ofensa venial cometida por una persona muerta hace mucho, para luego aumentar la grosera injusticia haciendo caer todo el castigo sobre un único e inocente chivo expiatorio. ¿Es que no ves la falta de justicia y de

lógica, por no hablar de la falta de misericordia, que implica semejante concepción? ¿No las ves, Bertie? ¿Cómo puedes seguir ciego ante ella? Aparta la vista de los detalles por un momento, y contempla la idea raíz de la fe predominante. ¿Es su concepción general coherente con una infinita sabiduría y misericordia? Y, si no es así, ¿en qué convierte eso los dogmas, los sacramentos, el esquema que se asienta sobre ese banco de arena? ¡Coraje, amigo mío! En el momento oportuno, todo quedará a un lado, igual que el hombre refortalecido abandona el bastón que ha sido tan fiel amigo para él en la debilidad. Pero sus cambios no acabarán entonces. Su cojear se convertirá en caminar, y su caminar en carrera. No existe finalidad (*no* puede haberla; pues la cuestión concierne al finito). Todo esto que te parece demasiado avanzado hoy, parecerá reaccionario y conservador dentro de mil años.

Y ya que estoy abordando este tema, ¿podría añadir solo una cosa más sin llegar a cansarte? Dices que una crítica como la mía es meramente destructiva, y que no tengo nada que ofrecer en lugar de aquello que derribo. Pero no es del todo cierto. Creo que hay ciertas verdades elementales a nuestro alcance que no requieren la fe para ser aceptadas y bastan para proporcionarnos una religión, y que hay tanto de razón en ellas que pueden atraer a los hombres de pensamiento a su redil sin apartarlos de él.

Cuando todos hayamos vuelto a esos hechos elementales y demostrables, habrá ciertas esperanzas de poner fin a las mezquinas guerras entre credos y de incluir a toda la familia humana en un solo sistema de pensamiento general.

Cuando abandoné por primera vez la fe en la que había sido educado, por supuesto que sentí durante un tiempo como si mi salvavidas se hubiera desgarrado. No exageraré diciendo que me sentí destrozado ni hundido en la más profunda oscuridad espiritual. La juventud rebosa demasiada acción para eso. Pero era consciente de una vaga inquietud, de una constante ausencia de reposo, de un vacío y una crudeza que no había advertido en la vida hasta entonces. Había identificado hasta tal punto la religión con la Biblia que no era capaz de concebirlos por separado. Cuando la premisa se demostró falsa, toda la estructura traqueteó en mis oídos. Y, cuando el viejo Carlyle vino a rescatarme, en parte gracias a él y en parte gracias a mis propias meditaciones, construí mi propia cabaña, que me ha amparado desde entonces e incluso me ha servido para dar refugio a un par de amigos en su interior.

Lo primero y principal fue sentar de una vez por todas que la existencia de un Creador y una señal de Sus atributos no depende en forma alguna ni de unos poetas judíos ni de ninguna forma de papel ni tinta de imprenta

humanas. Al contrario, todos esos esfuerzos por comprenderlo a Él no han podido más que subestimarlo, reduciendo el Infinito a los estrechos límites del pensamiento humano en un momento en que el pensamiento era, en general, menos espiritual que en el presente. Incluso las mentes modernas más materialistas serían reacias a pintar a la Divinidad ordenando ejecuciones indiscriminadas y despedazando reyes sobre los cuernos de un altar.

Habiendo preparado tu mente para una más alta (y quizá también más vaga) idea de la Divinidad, procede a estudiarlo a Él en Sus obras, que no pueden ser falsificadas ni manipuladas. La Naturaleza es la verdadera revelación de la Divinidad para el hombre. El campo verde más cercano es la inspirada página en la que puede leerse todo lo que es necesario saber.

Confieso que nunca he logrado entender la postura del ateo. En realidad, incluso he llegado a no creer en su existencia y a considerar la palabra un mero reproche teológico. Tal vez pueda representar una situación transitoria, una fase mental pasajera, una reacción desafiante contra un ideal antropomórfico. Pero me resulta imposible concebir que alguien persista en examinar la Naturaleza y negar que existen leyes en funcionamiento que demuestran inteligencia y poder. La misma existencia de un mundo comporta la prueba de un creador del mundo igual que la mesa garantiza la preexistencia del carpintero. Y, admitiendo esto, uno puede formarse la concepción que quiera sobre ese Creador, pero no puede ser un ateo.

Sabiduría, poder y medios dirigidos a un fin recorren todo el esquema de la Naturaleza. ¿Qué prueba necesitamos en libro alguno? Si el hombre que observa la infinidad de las estrellas y considera que son infinitos satélites que se mueven por los cielos con serena dignidad, cada uno oscilando en su propia órbita separada de las otras, si (iba diciendo) el hombre que ve esto no puede advertir los atributos del Creador sin ayuda del libro de Job, entonces es que su visión de las cosas queda más allá de mi entendimiento. Y no es solo en las cosas grandes donde vemos la sempiterna solicitud de alguna fuerza inteligente. Nada es demasiado pequeño para esa amorosa atención. Vemos el minúsculo probóscide del insecto ajustado cuidadosamente para entrar en el cáliz de la flor, así como el cabello o la glándula más microscópica con su función definida e intencionada. ¿Qué importa que vengan de una creación particular o de la evolución? Sabemos que en realidad vienen de la evolución, pero eso únicamente define la ley. No la explica.

Si esa fuerza se ha preocupado de que la abeja sea tal como es para proporcionarle su bolsa de miel y sus fórceps recolectores, y de que la humilde semilla posea mil estrategias para encontrar el suelo adecuado,

¿acaso es concebible entonces que nosotros, el fruto más alto de todos, hayamos sido pasados por alto? Eso no es concebible. La idea resulta incoherente con el esquema de la creación tal como lo contemplamos. Pero repito que no se necesita la fe para llegar a la certidumbre de una Providencia vigilante.

Y con esta certidumbre, indudablemente, tenemos todo lo necesario para una religión elemental. Sea lo que fuere lo que venga tras la muerte, nuestros deberes en la vida se hallan claramente definidos ante nosotros. Y el modelo ético de todos los credos concuerda con el resto hasta tal punto que no es probable que exista diferencia alguna de opinión en cuanto a eso. La última reforma simplificó el catolicismo. La próxima simplificará el protestantismo. Y, cuando el mundo esté maduro para ello, otra vendrá y seguirá simplificando. La mente, siempre en proceso de mejora, nos dará un credo en permanente ensanchamiento. ¿No es glorioso pensar que la evolución aún sigue viva y actuante; que, si tenemos a un simio antropoide como ancestro, podemos tener arcángeles como descendencia?

Pero no era en realidad mi propósito castigarte con todo esto, Bertie. Pensé que podría dejar clara mi postura en cosa de una página. Ya ves cómo un asunto ha llevado a otro. E incluso todavía me dejo mucho sin decir. Estoy seguro de lo que ahora mismo estarás diciendo exactamente: «Si deduces una buena Providencia con el bien que hay en la naturaleza, ¿qué harás entonces con el mal?». Esa pregunta estarás haciéndome. Baste decir que yo me inclino a negar la existencia del mal. No diré una palabra más al respecto, pero si tú mismo vuelves a ello, considéralo.

Recordarás que la última vez que te escribí acababa de volver de visitar a los Cullingworth en Avonmouth, y que mi amigo me había prometido informarme de los pasos que fuese dando para tranquilizar a sus acreedores. Como esperaba, ni una palabra suya desde entonces. Pero, de una manera indirecta, sí que me han llegado algunas noticias de lo que ocurrió. Según este relato de segunda mano, y tal vez esté exagerando, Cullingworth hizo justo lo que le recomendé, y, tras reunir a todos sus acreedores, les expuso su situación con detalle. Aquellas buenas personas quedaron tan conmovidas por el cuadro que él les presentó de un hombre valioso en lucha con la adversidad que varias de ellas derramaron lágrimas, y no solo hubo completa unanimidad en cuanto a dejar en suspenso sus facturas, sino que hubo quien incluso llegó a hablar de una posible colecta para ayudar a Cullingworth en su carrera. Según tengo entendido, ha dejado Avonmouth, pero nadie tiene la menor idea de lo que ha sido de él. La suposición más extendida es que se ha marchado a

Inglaterra. Es un individuo raro, pero le deseo suerte a dondequiera que haya ido a parar.

A mi regreso, yo volví a la rutina de la consulta de mi padre, a esperar allí a que algo surgiera. Y tuve que esperar durante seis meses; seis meses que han resultado agotadores. Comprenderás que no puedo pedir dinero a mi padre (o, al menos, que no puedo permitirme aceptar ni un solo penique innecesario de su bolsillo), pues sé cuánto tiene que luchar para mantenernos a todos bajo techo y pagar el modesto carruaje y el caballo que para su negocio es tan necesario como la plancha para el sastre. ¡Es indignante esa tasa del avaricioso recaudador de impuestos que nos grava por él con un par de guineas argumentando que se trata de un lujo! No tenemos más que lo justo para ir tirando, y no le pediría ni una libra para mí. Pero entenderás, Bertie, que es humillante para un hombre de mi edad tener que ir por ahí sin dinero en el bolsillo. Ello me afecta de muchas pequeñas maneras. Cualquier hombre humilde tiene conmigo alguna muestra de generosidad, y yo me veo obligado a pasar por mezquino a sus ojos. Quiero regalar una flor a una muchacha y no me queda más remedio que parecer poco galante. No sé por qué me avergüenza, ya que no soy culpable de mi situación, y espero que nadie más se dé cuenta de que me avergüenzo de ello. Pero, a ti, mi querido Bertie, no me importa confesarte que esto hiere mi amor propio terriblemente.

A menudo me he preguntado por qué quienes escriben no intentan el retrato de la vida interior de un joven desde la pubertad hasta la edad en la que empieza a encontrar mínimamente su lugar en el mundo. Los hombres son muy aficionados a analizar los sentimientos de sus heroínas, de los que no tienen forma posible de saber nada en absoluto, en tanto que parecen no tener nada que decir del desarrollo interior de sus héroes masculinos, que es una experiencia que sí han vivido por sí mismos. A mí me gustaría intentarlo, pero ello requeriría una dosis de ficción, y jamás he tenido ni la más leve pizca de imaginación necesaria. Lo que sí tengo es un vívido recuerdo de lo que yo experimenté. En aquel momento pensé, como todo el mundo, que se trataba de una experiencia única. Pero, después de haber oído las confidencias que me han hecho los pacientes de mi padre, estoy convencido de que se trata de un destino común. La retraída y horrible timidez en alternancia con ocasionales y absurdos ataques de audacia que representan la reacción contra ella; el anhelo de la amistad íntima; las agonías de los desaires imaginarios; las extraordinarias dudas sexuales; los mortales miedos causados por enfermedades inexistentes; la vaga emoción que nos producen todas las mujeres; la emoción medio temerosa que nos producen algunas en concreto;

la agresividad que causa el miedo a tener miedo; la profunda desconfianza en uno mismo. Apostaría a que tú también has sentido cada una de esas cosas, Bertie, igual que yo (y apostaría a que el primer muchacho de dieciocho años que veas pasar desde tu ventana también las estará sintiendo ahora).

Pero todo esto no es más una digresión a propósito de que llevo seis meses en casa y estoy harto, y encantado con el nuevo curso de las cosas que me dispongo a contarte. La consulta aquí, aunque no remunerada, es concurrida, con sus visitas de tres y seis peniques y sus ingresos de guinea, así que tanto el viejo como yo hemos tenido mucho que hacer. Sabes cuánto lo admiro, pero temo que exista entre nosotros escasa empatía intelectual. Él parece pensar que esas opiniones mías sobre religión y política que brotan acaloradamente de lo más profundo de mi espíritu las he adoptado o por indiferencia o por bravuconería. Así que he dejado de hablar de temas tan vitales con él, y, aunque fingimos ignorarlo, ambos sabemos que existe ahí una barrera. En cuanto a mi madre… Ah, mi madre requiere un párrafo para ella sola.

¡Tú la conociste, Bertie! Seguro que recuerdas su dulce rostro, su boca dulce, sus ojos penetrantes y miopes, su manera general de recordar a una gallinita rolliza que permanece alerta vigilando a sus polluelos. Pero no imaginas lo que supone para mí en la vida doméstica. ¡Esos dedos tan útiles! ¡Esa mente compasiva! Desde que puedo recordar ha sido la más singular mezcla entre ama de casa y mujer de letras con la dama de espíritu más refinado en los cimientos de una y otra condición. Es una dama tanto si regatea con el carnicero como si se transforma en inquieta limpiadora o revuelve unas gachas; lo que la veo hacer con el palo de remover en una mano mientras sostiene en la otra su *Revue des deux Mondes* a dos pulgadas de la nariz. Esa ha sido siempre su lectura favorita, y no puedo pensar en ella sin acordarme de sus cubiertas de color entre amarillo y marrón.

Es una mujer muy culta mi madre. Es ella quien nos mantiene al día tanto en la literatura francesa como en la inglesa. Y es capaz de hablar de los Goncourt, de Flaubert y de Gautier a pesar de que trabaja tanto todo el tiempo y es un misterio cómo consigue embeberse de todo lo que sabe. Lee mientras teje; lee mientras friega e incluso lee mientras alimenta a sus bebés. Solemos bromear con ella contando que una vez, durante la lectura de algún pasaje interesante, depositó una cucharada llena de leche con galletas en el carrito de mi hermana cuando la niña giró la cabeza en el instante crítico. Tiene las manos gastadas de trabajar y, sin embargo, ¿dónde está la mujer ociosa que haya leído tanto como ella?

Y luego está su orgullo familiar. Esa es una parte vital de mi madre. Tú sabes lo poco que a mí me importan esas cosas. Si el título de señor fuera a serme recortado para siempre de mi nombre, yo me sentiría más ligero. Pero ¡*ma foi*! (Por usar su improperio favorito). Ni se me ocurriría decirle eso a ella. Por la rama Packenham (ella es una Packenham) la familia puede presumir de hombres de calidad (hablo de línea directa), pero cuando nos desviamos hacia ramas secundarias no hay monarca sobre la tierra que no se encuentre en ese enorme árbol de familia. Ni una ni dos veces, sino tres, tres veces los Plantagenet emparentaron por matrimonio con nosotros; los duques de Bretaña buscaron nuestra alianza, y los Percy de Nortumbria se entremezclaron con todo nuestro ilustre linaje. Cuando era niño, ella solía disertar sobre dicha materia con la escoba de la chimenea en una mano y un guante lleno de cenizas en la otra mientras yo permanecía sentando balanceando mis piernas con pantalones cortos y me henchía de orgullo hasta que el chaleco me apretaba, igual que una piel de salchicha, al contemplar el abismo que me separaba del resto de los niños pequeños que balanceaban las piernas sentados sobre una mesa. Hasta hoy mismo, si por casualidad consigo hacer algo que ella apruebe vivamente, mi adorada madre no hace otra cosa que decir que soy todo un Packenham, y, cada vez que me aparto del buen camino, dice suspirando que hay cosas en las que me parezco a los Munro.

Tiene una mente abierta e intensamente pragmática en su estado normal, aunque también expuesta a ataques de romanticismo. Puedo recordarla viniendo a verme a una estación por la que pasaba mi tren después de seis meses de ausencia y antes de otros seis que seguirían a aquellos. Hablamos durante cinco minutos mientras yo sacaba la cabeza por la ventana del vagón. «Lleva la franela encima de la piel, niño mío, y no creas nunca en el castigo eterno», fue su último consejo cuando salíamos de la estación.

Y, para finalizar su retrato, no necesito decirte a ti, que la has visto, que su aspecto es juvenil y hermoso para ser la madre de casi treinta y cinco pies de humanidad. Era ella la que iba en un vagón de tren mientras yo me hallaba en el andén el otro día. «Será mejor que su esposo suba, o nos iremos sin él», dijo el guardia. Cuando nos despedimos, madre estaba buscando algo en su bolsillo a tientas, desesperadamente, y estoy seguro de que se trataba de un chelín.

¡Ay, de cuántas habladurías he sido objeto! Y todas llevaban a la única conclusión de que no habría podido permanecer en casa estos seis meses de no haber sido por la compañía y el amor de mi madre.

Bien, ahora quiero hablarte del lío en el que me he metido. Supongo que debería poner cara de circunstancias, pero por mi vida que no puedo evitar que me entren ganas de reír. Te he tenido más o menos al tanto de mi historia, pues lo que voy a contarte me ocurrió la misma semana pasada, aunque no deba mencionar aquí ningún nombre, ni siquiera a ti. Pues ya sabemos que la maldición de Ernulfo, que incluye cuarenta y ocho imprecaciones menores, caerá sobre todo caballero que cometa una indiscreción.

Sabrás, así pues, que dentro de las fronteras de esta ciudad habitan dos damas, madre e hija, a las que llamaré en adelante señora y señorita Laura Andrews. Son pacientes del jefe, y se han convertido en cierta medida en amigas de la familia. *Madame* es galesa, de apariencia encantadora, modales dignos y fe en la High Church. La hija es un poco más alta que la madre, pero en todo lo demás guardan un asombroso parecido. La madre tiene treinta y seis años, y la hija dieciocho. Las dos son extraordinariamente encantadoras. Si hubiera tenido que elegir entre ellas, creo, *entre nous*, que la madre me resultaría más atractiva, pues soy más bien de la opinión de Balzac en lo que se refiere a las mujeres en su treintena. En cualquier caso, era algo muy distinto lo que el destino iba a disponer.

Fue la vuelta a casa después de un baile lo que nos llevó a coincidir a Laura y a mí por vez primera. Ya sabes lo fácil y repentinamente que estas cosas suceden, comenzando con coqueteos intrascendentes y terminando con algo ligeramente más apasionado que la amistad. Aprietas el fino brazo que toma el tuyo; te aventuras a tomar la pequeña mano enguantada; dices buenas noches con una absurda lentitud a la sombra de un portal. Es tan inocente y tan sumamente interesante cuando el amor prueba sus alas en un primer intento de echar a colar. Se mantendrá en el aire por más tiempo más adelante, y aún ha de adquirir práctica. Ni jamás se planteó compromiso alguno entre nosotros ni tampoco se causó el menor daño. Ella sabía que yo era un pobre diablo sin medios ni perspectivas, y yo sabía que la voluntad de su madre era para ella ley, y que su camino ya le había sido marcado por esta. Intercambiamos pequeñas confidencias, aun así, e intentamos dar algo de brillo a nuestras vidas sin ensombrecer las de nadie. Puedo verte mover la cabeza y protestar aquí, con la comodidad del hombre casado que ya eres, diciendo que tales relaciones son muy peligrosas. Lo son, muchacho. Pero a ninguno de los dos nos importaba: a ella, por inocencia, y a mí, por irreflexión, pues desde el principio toda la culpa fue mía.

Bien, pues las cosas estaban en esta situación cuando un día, la semana pasada, llegó una nota para mi padre que decía que la criada de la señora

Andrews se había puesto enferma y le rogaba que fuera de inmediato. El viejo tenía un ataque de gota; así que me vestí de profesional y partí, pensando que tal vez pudiera combinar placer y negocios e intercambiar algunas palabras con Laura. Como era de esperar, mientras recorría el paseo de grava que llegaba zizgagueando hasta la puerta, miré a través de la ventana del salón y la vi pintando de espaldas a la luz. Era evidente que claro que no me había oído llegar. La puerta de entrada a la casa estaba entreabierta; la abrí. No encontré a nadie en el vestíbulo. Y el repentino impulso de una travesura se apoderó de mí. Empujé la puerta del salón muy lentamente, me deslicé de puntillas sin hacer ruido y, arrodillándome, besé a la artista en la nuca. Ella se dio la vuelta con un grito. ¡Era la madre!

No sé si alguna vez te has visto en un aprieto peor, Bertie. Para mí fue espantoso. Recuerdo que sonreí mientras retrocedía por la alfombra escabulléndome de aquella insensata aventura. No volví a sonreír aquella tarde. Aún me turbo cada vez que pienso en ello.

Quedé en evidencia de la peor forma. Al principio, la buena señora, que, como te dije, era muy digna y bastante reservada, no podía dar crédito a sus sentidos. Pero cuando toda la fuerza de mi enormidad se le impuso como evidencia, se irguió hasta parecerme la mujer más alta y fría que había visto nunca. Fue una entrevista con un refrigerador. Me preguntó qué había observado yo en su conducta que me hubiera alentado a someterla a semejante ultraje. Y comprendí, por supuesto, que cualquier justificación por mi parte la habría puesto sobre la verdadera vista y habría delatado a la pobre Laura. Así que me quedé con el pelo erizado y el sombrero de copa en la mano mostrando, estoy seguro, una facha absolutamente inaudita. Aunque lo cierto es que el aspecto de ella misma era extraño también, con su paleta en una mano, su pincel en la otra, y la pálida estupefacción en el rostro. Balbuceé algo así como que esperaba no haberla molestado que no hizo sino enfurecerla aún más. «La única excusa posible para su comportamiento, señor, es que esté usted bajo el influjo de la bebida», dijo ella. «No será necesario que le diga que no necesitamos los servicios de un médico en ese estado». No intenté sacarla del error, pues la verdad es que no era capaz de encontrar una explicación mejor que aquella; así que me batí en retirada en un estado notable de zozobra. La mujer le escribió una carta a mi padre donde se lo contaba todo por la noche, y ni que decir tiene que el viejo se enfadó muchísimo. Por lo que respecta a mi madre, ella tiene firme como el acero, y está dispuesta a demostrar que la pobre señora A. es una persona intrigante que le tendió una trampa a su inocente Johnnie. Así que ha habido un enorme

alboroto, y ni un alma tiene la menor idea de lo que en realidad pasó salvo tú, ahora que estás leyendo esta carta.

Imaginarás que esto no ha contribuido precisamente a hacerme la vida aquí más cómoda, pues mi padre no es capaz de perdonarme. Por supuesto, no me extraña su ira. Yo mismo estaría igual de enfadado. Parece una escandaloso quebrantamiento del honor profesional y una lamentable desconsideración hacia sus intereses. Si supiera la verdad, entendería que no fue más que una inoportuna y tonta travesura infantil. Pero, pase lo que pase, no la sabrá nunca.

Y ahora hay cierta posibilidad de empezar a hacer algo. Nos llegó una carta esta noche de los abogados de Christie & Howden donde decían que desean entrevistarse conmigo con vistas a un posible puesto. No somos capaces de imaginar de qué se trata, pero estoy lleno de esperanzas. Mañana voy a verlos y te haré saber el resultado.

¡Adiós, mi querido Bertie! Tu vida sigue un curso firme y la mía un torrente entrecortado. Pero quiero saber de ti con todo detalle.

IV.
Hogar,
1 de diciembre, 1881.

Quizá esté siendo injusto contigo, Bertie, pero me parece que en tu última carta había indicios de que la libre expresión de mis ideas sobre la religión te había causado desagrado. Estoy preparado para que estés en desacuerdo conmigo. Pero que te opusieras a una libre y sincera discusión de tales temas sobre los que, por encima de todos los demás, todos los hombres deberían ser sinceros, te confieso que me decepcionaría. El librepensador se ve en esta desventaja en la sociedad común: que, mientras se consideraría de muy mal gusto por su parte imponer su opinión no ortodoxa, la misma consideración no supone obstáculo alguno para aquellos con los que está en desacuerdo. Hubo un tiempo en que exigía coraje ser cristiano. Ahora hace falta para no serlo. Y, si es necesario ponerse una mordaza y esconder nuestros verdaderos pensamientos incluso cuando escribimos en confianza a nuestros más íntimos… Pero, no. No puedo creerlo. Tú y yo hemos enfrentado muchos pensamientos juntos y los hemos perseguido hasta dondequiera que nos llevaran, Bertie; así que escríbeme y dime que soy un idiota. Hasta que obtenga esa reconfortante seguridad, pondré en cuarentena cualquier cosa que hipotéticamente pudiera resultarte ofensiva.

¿No te parece la locura una cosa escalofriante, Bertie? Es una enfermedad del alma. ¡Pensar que puedes estar ante a un hombre de mente noble, lleno de todas las altas aspiraciones, y que una horrible causa física como la caída de una espícula ósea de la faceta interior de su cráneo en la superficie de la membrana que recubre su cerebro pueda convertirlo en una criatura obscena con atributos bestiales! Que la individualidad de un hombre darse la vuelta por completo y que una vida haya de contener esas dos personalidades contradictorias, ¿no es asombroso?

Yo me pregunto dónde está el hombre, la más recóndita esencia del hombre. Fíjate en todo lo que puedes sustraer de ella sin tocarla. No se

encuentra en los miembros que le sirven de herramientas, ni en el aparato que le sirve para digerir, ni en aquel que le permite inhalar el oxígeno. Todos estos son meros accesorios, los esclavos del dueño interior. ¿Pero, dónde está este, entonces? No se encuentra en los instrumentos que sirven para expresar sus emociones, ni tampoco en los ojos ni en los oídos, de los que pueden prescindir ciegos y sordos. Tampoco en la armazón de hueso que es la percha sobre la que la naturaleza cuelga su velo de carne. En ninguna de esas cosas se halla la esencia del hombre. Y, entonces, ¿qué queda? Una masa arqueada y blanquecina parecida a masilla, unas cincuenta onzas de peso con una serie de filamentos blancos colgando de ella y aspecto no muy distinto del de las medusas que flotan en nuestros mares en verano. Pero esos filamentos solo sirven para conducir la fuerza nerviosa hasta los músculos y órganos que sirven a propósitos secundarios. Pueden, por tanto, descartarse. Y no termina aquí nuestra eliminación. Esa masa central de materia nerviosa puede ser reducida al mínimo por todas partes sin que parezca que hayamos encontrado el asiento del alma. Algunos suicidas se han volado de un tiro los lóbulos frontales del cerebro y han vivido para arrepentirse. Algunos cirujanos han eliminado distintas secciones de él. La mayor parte sirve meramente al propósito de proporcionar los impulsos del movimiento, y muchas de ellas al de la recepción de impresiones. Todo eso puede dejarse a un lado en la búsqueda del asiento físico de lo que llamamos el alma (la parte espiritual del hombre). ¿Y qué queda? Un pequeño amasijo de materia, un puñado de masa de nervios, unas pocas onzas de tejido, pero allí (allí, en algún lugar) habita esa semilla impalpable de la que el resto de nosotros no es más que el envoltorio. Los antiguos filósofos que situaban el alma en la glándula pineal no estaban en lo cierto, pero, después de todo, casi estuvieron a punto de dar en el blanco inusitadamente.

Quizá tú encuentres mi fisiología incluso peor que mi teología, Bertie. Mi manera de contarte las cosas es bastante natural si tienes en cuenta que siempre me siento a escribir bajo el influjo de las últimas impresiones que he tenido. Toda esta digresión sobre el alma y el cerebro ha surgido, simplemente, de la circunstancia de haber pasado las últimas semanas con un loco. Te contaré cómo sucedió de la manera más clara posible.

Recordarás que en mi última carta te explicaba lo incómodo que había estado encontrándome en casa, y cómo mi estúpido error había enojado a mi padre y había hecho mi situación aquí muy difícil. Creo que mencioné que había recibido una carta de los abogados de Christie & Howden. Pues, bien, adecenté mi sombrero de los domingos, y mi madre se subió a una silla y me

aterrizó dos veces en la oreja con un cepillo de ropa en la creencia de estar haciendo el cuello de mi abrigo más presentable. Espaldarazo con el que salí al mundo mientras mi querida madre se quedaba en las escaleras mirándome marchar y deseándome éxito.

La verdad es que me hallaba en un estado de considerable agitación cuando llegué a la oficina, pues soy una persona mucho más nerviosa de lo que cualquiera de mis amigos creerá nunca que soy. Sin embargo, me llevaron de inmediato a ver al señor James Christie, un tipo de hombre enjuto, afilado, de labios finos, con maneras abruptas y esa especie tan escocesa de precisión del discurso que da una impresión de claridad de pensamiento tras él.

«Tengo entendido por lo que me ha dicho el profesor Maxwell que busca usted un empleo, señor Munro», dijo.

Maxwell me había dicho que me ayudaría en lo posible, pero recordarás que tenía reputación de hacer tales promesas con bastante facilidad. Aunque si he de hablar por experiencia propia, para mí ha sido un excelente amigo.

«Me encantaría saber de cualquier puesto», respondí.

«De su cualificación médica no hace falta hablar», prosiguió repasándome con la vista de la manera más inquisitiva. «Su licenciatura en Medicina responderá por eso. Pero el profesor Maxwell pensó que usted era particularmente adecuado para esta vacante por razones físicas. ¿Puedo preguntarle cuánto pesa?».

«Noventa kilos».

«Y alcanza usted, según estimo, unos seis pies de estatura».

«Exactamente».

«Acostumbrado, deduzco, al ejercicio muscular de toda índole. Bien, no hay duda de que es usted el hombre idóneo para el puesto, y estaré encantado de recomendarlo a lord Saltire».

«Olvida usted —dije— que no sé aún de qué puesto se trata, ni tampoco los términos de su oferta».

Se echó a reír al oír esto. «Ha sido un tanto precipitado por mi parte —dijo—, pero no creo que vayamos a discutir por el puesto ni por los términos. Quizá haya oído hablar usted de la lamentable desgracia de nuestro cliente, lord Saltire. ¿No? Para resumirlo, entonces, su hijo, el excelentísimo James Derwent, heredero de su patrimonio y su único hijo, sufrió una insolación mientras pescaba sin sombrero el pasado julio. Su mente nunca se ha recuperado, y ha permanecido desde entonces en un estado crónico de hosquedad melancólica con ocasionales estallidos de manía violenta. Su padre

no permite que lo saquen de Lochtully Castle, y es su deseo que haya un médico allí para asistir a su hijo en todo momento. Su fuerza física sería, por supuesto, muy útil para refrenar esos violentos ataques de los que le he hablado. La remuneración será de doce libras al mes, y se le pedirá que empiece a desempeñar usted su trabajo mañana mismo».

Volví caminando a casa, mi querido Bertie, con el corazón dándome saltos y como si el suelo fuera algodón bajo mis pies. No llevaba más de ocho peniques en el bolsillo, y empleé hasta el último en un cigarro de primera para celebrar la ocasión. El viejo Cullingworth siempre ha sido muy partidario de los lunáticos para principiantes. «¡Consíguete un lunático, muchacho! ¡Consíguete un lunático!», solía decir. Y no solo se trataba del puesto, sino de las excelentes conexiones que me abriría. Me parecía ver exactamente lo que iba a suceder. Hay alguien caería enfermo en la familia (quizá el propio lord Saltire, o su esposa). No habría tiempo de mandar a nadie pedir otro consejo. Me consultarían a mí. Me ganaría así su confianza y me convertiría en el médico de la familia. Y ellos me recomendarían a sus adinerados amigos. No podía estar todo más claro. Ya me debatía, al llegar a casa, entre si merecería la pena o no dejar una lucrativa consulta rural para aceptar la cátedra que iban a ofrecerme.

Mi padre se tomó la noticia con bastante filosofía, no sin cierto comentario algo sardónico acerca de mi paciente y de mi idoneidad para estar en su compañía. Pero para mi madre fue un relámpago de alegría seguido de un trueno de consternación. Solo disponía de tres camisetas interiores, pues mi mejor ropa blanca había ido a Belfast para que le repasaran delanteras y puños; los camisones de dormir aún no llevaban las iniciales, y había una docena más de dificultades domésticas en las que los hombres nunca pensamos. Atormentaba a mi madre la terrible visión de *lady* Saltire examinando mis cosas y descubriendo el agujero en el talón de alguno de mis calcetines. Juntos dimos un largo paseo, y antes de la noche su espíritu podía descansar, y yo me había gastado mi primer mes de salario por adelantado. De camino a casa, iba orgullosa por la importancia de las personas a cuyo servicio yo iba a entrar. «En realidad, querido —decía—, en cierto modo, son parientes tuyos. Estás ligado muy estrechamente a los Percy, y los Saltire tienen sangre Percy también. Ellos pertenecen a una rama secundaria, y tú estás más cerca de la línea principal, pero no podemos negar la conexión». Me provocó un sudor frío cuando me sugirió que, para facilitar las cosas, le escribiría a lord Saltire y le explicaría nuestras respectivas posiciones. Varias

veces durante la noche la oí murmurar en tono complaciente que ellos no eran más que la rama secundaria.

¿No soy el narrador más lento del mundo? Tú me animas a serlo con tu generoso interés por los detalles. Pero, aun así, procuraré ir un poco más rápido ahora. A la mañana siguiente me hallaba de camino a Lochtully, que, como sabes, se halla al norte de Perthshire. Este se encuentra a tres millas de la estación, y es un enorme edificio gris con pináculos y dos torres que sobresalen de los bosques de abetos igual que las orejas de una liebre de una mata de hierba. Cuando nos dirigíamos a la puerta, me sentí bastante intimidado (y en absoluto como habría debido sentirse la línea principal al condescender a visitar a la rama secundaria). En el vestíbulo apareció un hombre de aspecto grave y cultivado a quien, en mi nerviosismo, a punto estuve de estrechar la mano cordialmente. Por fortuna, él impidió el inminente saludo explicando a tiempo que era el mayordomo. Y me hizo pasar a un pequeño estudio, donde todo apestaba a barniz y a cuero marroquí, para que esperase allí al gran hombre. Este resultó al llegar una figura mucho menos formidable que su sirviente. Y lo cierto es me sentí completamente tranquilo en cuanto empezó a hablar. Es un hombre canoso, de rostro enrojecido y rasgos afilados, con una expresión entrometida y, aun así, benevolente, muy humana y con una pizca de vulgar. Su esposa, sin embargo, a la que fui presentado después, es una persona de lo más deprimente (rostro pálido y frío de cuchillo con párpados caídos y venas azules muy prominentes en las sienes). Ella volvió a cohibirme justo cuando empezaba a relajarme bajo la influencia de su esposo. Pero lo que más me interesaba era ver a mi paciente, a cuya habitación me condujo lord Saltire después de que tomáramos una taza de té.

La habitación era una amplia y desnuda situada al final de un largo pasillo. Cerca de la puerta había un criado sentado, al que habían dejado allí para cubrir el hueco entre los dos médicos, y pareció considerablemente aliviado por mi llegada. Junto a la ventana (que estaba provista de un refuerzo de madera, como los de las habitaciones de los niños), había sentado un joven alto de cabellos y barba amarillos que levantó un par de ojos azules sobresaltados cuando entramos. Estaba pasando las páginas de un ejemplar atado del *Illustrated London News*.

«James, este el doctor Stark Munro, que ha venido a cuidar de ti», dijo lord Saltire.

Mi paciente murmuró algo para sus adentros que me pareció sospechosamente parecido a algo así como «¡el maldito doctor Stark

Munro!». Y el par, evidentemente, debió de pensar lo mismo, pues me hizo a un lado tomándome del codo.

«No sé si le han dicho que James es ahora algo brusco en sus modales», dijo. «Su carácter se ha deteriorado mucho desde que le ocurrió esta calamidad. No debe ofenderse usted por nada que él haga o diga».

«En absoluto», respondí.

«Hay una mancha de esta índole en la familia de mi esposa —susurró el pequeño lord—; los síntomas de su tío eran idénticos. El doctor Peterson dice que la insolación fue la causa desencadenante. La predisposición ya estaba ahí. Puedo decirle que el criado siempre estará en la habitación contigua de manera que usted pueda llamarlo si necesita ayuda».

Entonces lord y criado se marcharon y me dejaron a solas con mi paciente. Pensé que no debía perder tiempo en establecer una relación amable con él, así que acerqué una silla a su sofá y empecé a hacerle algunas preguntas sobre su salud y hábitos. No pude obtener ni una sola palabra en respuesta. Permaneció sentado, hosco como una mula, y con una especie de mueca de desprecio en su bello rostro que me demostraba muy bien que lo había oído todo. Lo intenté una y otra vez, pero no conseguí arrancarle ni una sílaba; así que, finalmente, le di la espalda y comencé a ojear unos periódicos ilustrados que había sobre la mesa. Él no lee, al parecer, y no hace más que mirar las imágenes. Pues, bien, pues yo estaba sentado medio vuelto de espaldas, cuando podrás imaginar mi sorpresa al sentir que algo tiraba suavemente de mí y ver una enorme mano marrón intentando deslizarse en el bolsillo de mi abrigo. La sujeté por la muñeca y me volví rápidamente, pero demasiado tarde para impedir que mi pañuelo escapara y fuera a esconderse tras el excelentísimo James Derwent, que se quedó sonriéndome igual que un mono travieso.

«Vamos, puede hacerme falta», dije intentando tratar el asunto como si fuera una broma.

Él empleó cierto lenguaje que resultó más bíblico que religioso. Vi que no tenía intención de rendirse, pero yo estaba decidido a no dejarlo salirse con la suya. Tiré del pañuelo y él, con un gruñido, me cogió la mano con las suyas. Tenía un agarre poderoso, pero logré apoderarme de su muñeca y retorcérsela hasta que, con un aullido, soltó mi propiedad.

«Qué divertido», dije fingiendo reír. «Hagámoslo de nuevo. Veamos si puedo recuperarlo otra vez».

Pero él había tenido suficiente juego. Aunque, no obstante, parecía de mejor humor que antes del incidente, y logré obtener unas pocas y breves

respuestas a las preguntas que le hice.

Y a esto venía que empezara a disertar acerca de la locura al comienzo de esta carta. ¡Qué cosa tan extraña! El hombre, por lo que he sabido de él, pasa repentinamente de un extremo a otro de su carácter. Está lleno de altibajos. Pero, a pesar de todo, sigue siendo la misma persona. Me han dicho que solía ser exquisito tanto en su manera de vestir como de hablar hace solo unos meses. ¡Ahora no es más que un malhablado grosero! Tenía un excelente gusto literario. Ahora se te queda mirando con los ojos fijos si hablas de Shakespeare. Y, lo más extraño de todo: solía ser un *tory* redomado en sus opiniones. Ahora le encanta airear las ideas más demócratas, y de un modo innecesariamente ofensivo. Cuando, finalmente, intimé con él, descubrí que no había nada tan fácil sobre lo que hacerlo hablar como la política. Debo decir que, en esencia, creo que sus nuevas opiniones son probablemente más sensatas que las antiguas, pero la sinrazón está en su súbito cambio incomprensible y en los violentos exabruptos de su discurso.

Con todo, me llevó algunas semanas ganarme su confianza hasta el punto de sostener una auténtica conversación con él. Durante bastante tiempo se mantuvo sumamente hosco y suspicaz, molesto ante la constante vigilancia a la que lo sometía. Y esta no admitía descanso, pues estaba lleno de trucos simiescos. Un día se hizo con mi petaca y metió dos onzas de mi tabaco en el largo cañón de una pistola oriental que colgaba de la pared. Lo abarrotó por completo con el escobillón, y no fui capaz jamás de sacarlo. En otra ocasión arrojó una escupidera de loza por la ventana, y la habría seguido el reloj si yo no lo hubiera impedido. Todos los días lo llevaba a dar un paseo de dos horas, salvo cuando llovía, y entonces caminábamos por la habitación durante el mismo tiempo. ¡Ay, pero qué vida terrible y deprimente aquella!

Se suponía que no debía perderlo de vista en todo el día, con dos horas de descanso cada tarde y una noche libre los viernes. ¿Pero de qué podía servirme una noche libre cuando ni había cerca ninguna población ni yo tenía amigos a los que visitar? Leí bastante, pues lord Saltire me dejó disponer de su biblioteca. Gibbon me proporcionó un par de semanas deliciosas. Tú sabes el efecto que produce. Pareces flotar serenamente sobre una nube, contemplando desde arriba ejércitos y flotas de pigmeos, con un sabio Mentor siempre a tu lado para susurrarte el significado interior de ese todo majestuoso.

De vez en cuando, Derwent introducía cierta emoción en mi vida rutinaria. En cierta ocasión, mientras paseábamos por el campo, tomó de pronto una pala que había en un cuadro de césped y persiguió a un inofensivo

ayudante de jardinero. El hombre corrió implorando a gritos por su vida mientras mi paciente le pisaba los talones maldiciéndolo y conmigo mismo a unos pocos pasos tras él. Cuando al fin logré agarrarlo del cuello, arrojó el arma y estalló en una carcajada. Se trataba de simple travesura, no de ferocidad, pero, después de aquello, cada vez que el ayudante de jardinero nos veía venir se alejaba con una cara blanca como la leche. Por la noche el cuidador dormía en una cama plegable a los pies de la del paciente, y mi habitación era contigua a la suya, de manera que podían llamarme si era necesario. ¡No era una vida muy estimulante!

Solíamos bajar a comer con la familia cuando no había visitas, y allí formábamos un cuarteto curioso: Jimmy (como él quería que yo lo llamara), taciturno y silencioso; yo con el rabillo del ojo siempre pendiente de él; *lady* Saltire con sus párpados condescendientes y sus venas azules, y el buen par, quisquilloso aunque amable, y siempre bastante apagado en presencia de su esposa. Ella daba la impresión de que podía sentarle muy bien una copa de buen vino, y a él parecía que más bien le conviniese la abstinencia. Por lo que, de acuerdo con la habitual asimetría de la vida, él bebía abundantemente y ella no tomaba otra cosa que zumo de lima y agua. No podrías imaginar una mujer más ignorante, intransigente y de mentalidad más estrecha que ella. Si al menos se hubiera contentado con quedarse callarse y dejar oculto aquel pequeño cerebro suyo, no habría importado. Pero su agrio y exasperante parloteo no tenía fin. ¿Qué era ella, después de todo, sino una pequeña tubería para comunicar la enfermedad de una generación a otra? Se dirigía a la demencia en todas direcciones. Tomé la resolución de evitar toda discusión con ella; pero ella sabía, con su instinto de mujer, que estábamos tan alejados como los polos, y se deleitaba en agitar la bandera roja ante mí. Cierto día prodigaba su elocuencia contra el crimen de que un pastor de la iglesia Episcopaliana oficiara cualquier servicio en una capilla presbiteriana. Algún pastor vecino lo había hecho, al parecer, y si lo hubieran sorprendido en una taberna ella no habría hablado con mayor odio. Supongo que mis ojos se hallarían menos bajo mi control que mi lengua, pues, de repente, se dirigió a mí:

«Veo que no está usted de acuerdo conmigo, doctor Munro».

Respondí tranquilamente que no, e intenté cambiar de conversación, pero no estaba dispuesta a permitir que le dieran esquinazo.

«¿Puedo preguntarle por qué no?».

Expliqué que, en mi opinión, la tendencia de la época era la de acabar con esos ridículos aspectos doctrinales tan inútiles, y que durante tanto tiempo

habían sido motivo de polémica. Añadí que esperaba que pronto llegase la hora en que las buenas personas de todos los credos arrojaran aquel lastre por la borda y unieran sus manos.

Ella medio se incorporó, casi sin habla de indignación.

«Supongo que es usted una de esas personas que querrían separar Iglesia y Estado», dijo.

«Absolutamente», respondí.

Ella permaneció erguida en una especie de gélida furia y abandonó la habitación con arrogancia. Jimmy empezó a reírse por lo bajo, y su padre se quedó mirando perplejo.

«Lamento que mis opiniones sean ofensivas para *lady* Saltire», dije.

«Sí, sí; es una pena; una pena —respondió él—. Claro que uno ha de decir lo que piensa, pero es una pena lo que piensa usted, una gran pena».

Yo ya esperaba que me despidiesen por aquel asunto, y lo cierto es que, de forma indirecta, puedo decir que así fue. Desde aquel día *lady* Saltire fue tan grosera como pudo conmigo, y no dejó pasar una sola oportunidad de atacar lo que ella imaginaba que serían mis opiniones. No me di por aludido nunca, pero, finalmente, un mal día, me atacó a bocajarro sin dejarme posibilidad de escapar. Fue al final del almuerzo, cuando el sirviente había dejado la habitación. Ella había estado hablando sobre el viaje de lord Saltire a Londres para votar sobre alguna cuestión en la Cámara de los Lores.

«Tal vez, doctor Munro —dijo dirigiéndose ácidamente a mí—, esta tampoco sea una institución que tenga la fortuna de que usted la apruebe».

«Esa es una cuestión, *lady* Saltire, que preferiría con mucho no discutir», respondí.

«Oh, ya podría usted tener el coraje de sus convicciones», dijo ella. «Puesto que desea saquear la Iglesia Nacional, sería bastante natural que quisiera también destruir la Constitución. He oído decir que los ateos son siempre republicanos rojos».

Lord Saltire se levantó deseando, sin duda, poner fin a la conversación. Jimmy y yo nos levantamos también, pero de repente vi que, en lugar de moverse hacia la puerta, estaba yendo tras su madre. Conociendo sus trucos, pasé mi mano bajo su brazo y traté de desviarlo. Pero ella se dio cuenta e intervino.

«¿Querías hablar conmigo, James?».

«Quería susurrarte algo al oído, madre».

«Le ruego que no se altere, señor», dije intentando de nuevo detenerlo. *Lady* Saltire arqueó sus aristocráticas cejas.

«Creo, doctor Munro, que lleva usted su autoridad demasiado lejos cuando se atreve a interferir entre una madre y su hijo», dijo ella. «¿De qué se trata, hijo mío?».

Jimmy se inclinó y susurró algo a su oído. Entonces la sangre le encendió el pálido rostro y se apartó de él como si la hubiera golpeado. Jimmy empezó a reír disimuladamente.

«Esto es cosa suya, doctor Munro», gritó enfurecida. «Ha corrompido la mente de mi hijo y lo ha alentado a insultar a su madre».

«¡Querida! ¡Querida!», dijo su esposo tratando de contemporizar, mientras yo silenciosamente conducía al recalcitrante Jimmy escaleras arriba. Le pregunté qué le había dicho a su madre, pero solo obtuve risitas por respuesta.

Tuve el presentimiento de que el asunto traería consecuencias, y no me equivoqué. Lord Saltire me llamó a su estudio por la noche.

«Lo cierto es, doctor —dijo—, que *lady* Saltire se halla muy enojada y apenada por lo ocurrido hoy durante el almuerzo. Se imaginará usted que semejante expresión, viniendo de su propio hijo, la escandalizó más de lo que puedo decirle».

«Le aseguro, lord Saltire —respondí—, que no tengo la menor idea de lo que pasó entre *lady* Saltire y mi paciente».

«Bien —dijo él—, sin entrar en detalles, puedo decirle que lo que le susurró era un deseo blasfemo de lo más groseramente expresado sobre el futuro de la Alta Cámara a la que tengo el honor de pertenecer».

«Lo lamento mucho —dije—, y le aseguro que jamás he alentado en él sus ideas políticas extremas, que me parecen síntomas de su enfermedad».

«Yo estoy convencido de que lo que usted dice es cierto —respondió—, pero, por desgracia, *lady* Saltire piensa que es quien ha instilado esas ideas en él. Usted sabrá que a veces resulta difícil razonar con una dama. Pero no me cabe la menor duda de que todo se suavizaría si usted fuera a ver a *lady* Saltire y le asegurara que no ha interpretado bien sus ideas sobre la cuestión y que es personalmente un partidario de la Cámara Hereditaria».

Aquello me arrinconó, Bertie, pero tomé una decisión al instante. Desde la primera palabra había leído mi despido en cada mirada inquieta de aquellos ojos pequeños.

«Me temo —dije—, que no estoy dispuesto a ir tan lejos. Creo que, dado que durante algunas semanas ha habido cierta fricción entre *lady* Saltire y yo, tal vez lo mejor sería dimitir del puesto que desempeño en su casa. Estaré

encantado de permanecer aquí hasta que hayan encontrado a alguien que me sustituya».

«En fin, siento que haya habido que llegar a esto, pero quizá lleve usted razón —dijo él con una expresión de alivio—. En cuanto a James, no habrá dificultad, pues el doctor Patterson podría venir mañana».

«Que sea mañana, en ese caso», respondí.

«Muy bien, doctor Munro; me ocuparé de que tenga listo su cheque antes de irse».

¡Y ese fue el final de mis bonitos sueños de médico de aristócratas y extraordinarios contactos! Creo que la única persona en toda la casa que lamentó que me marchara fue Jimmy, que quedó bastante abatido por la noticia. Su pena, no obstante, no le impidió cepillar al revés mi nuevo sombrero de copa la mañana en que me fui. No me di cuenta hasta que llegué a la estación, y mi aspecto debía de ser de lo más ridículo.

Así que aquí termina la historia de un fracaso. Tengo tendencia al fatalismo, como sabes, y no creo en cosas tales como el azar; así que no me queda más remedio que pensar que esta experiencia me fue dada por algún propósito. Tal vez se tratara de una especie de calentamiento a medio galope antes de la gran carrera. Mi madre se llevó una desilusión, pero hizo todo lo que pudo por no mostrarla. Mi padre se mostró un tanto sardónico sobre la cuestión. Temo que la distancia entre nosotros se agrande. Por cierto, que una sorprendente postal de Cullingworth había llegado durante mi ausencia. «Eres mi hombre. Recuerda que te vendrás conmigo cuando llegue el momento», decía. No llevaba fecha ni dirección, pero el sello postal era de Bradfield, en el norte de Inglaterra. ¿Significaba algo aquello? ¿O podía significar cualquier cosa? Tendremos que esperar y ver.

Adiós, viejo amigo. Háblame de tus cosas no menos por extenso que yo te hablo a ti de las mías. ¿Cómo fue el asunto Rattray?

V.
Merton on the moors,
5 de marzo de 1882.

Me alivió mucho, querido amigo, que me asegurases que nada que hubiera dicho o pudiera decir sobre religión te ofendería. Resulta difícil describirte la satisfacción y el alivio que me dejó tu cordial carta. No tengo a nadie más con quien hablar de tales cuestiones. Me hallo encerrado en mi interior, y el pensamiento se echa a perder cuando se deja estancado de esa forma. Es magnífico poder compartirlo todo con un oyente comprensivo (y, más aún, tal vez, cuando este ve las cosas desde un punto de vista diferente). Nos mantiene sólidos y lúcidos.

Las personas más queridas para mí son las que menos comprensión muestran hacia mis conflictos. Me hablan de tener fe como si se tratara de un acto de voluntad. Del mismo modo podrían decirme que tuviera el pelo negro en vez de rojo. Yo podría fingirlo, quizá, renunciando por completo a emplear mi razón en cuestiones religiosas. Pero jamás traicionaré el don más alto que Dios me ha dado. La seguiré usando. Pues me parece más moral usarla y equivocarse que renunciar a ella y acertar. No es más que una pequeña regla con la que tengo que medir el Everest. Pero es todo lo que tengo, y no la abandonaré mientras respire.

Con todo mi respeto hacia ti, Bertie, es muy fácil ser ortodoxo. Un hombre que quisiera paz mental y progreso material en este mundo elegiría serlo, sin duda. Como dice Smiles: «Un pez muerto puede flotar a favor de la corriente, pero hace falta un hombre para nadar contra ella». ¿Qué puede haber más noble que el comienzo del Cristianismo y su iniciador? ¡Qué hermosa la lucha por el ascenso de una idea, igual que una dulce flor que se abre entre escombros y cenizas! ¡Pero, ay! ¡Decir que aquella idea era una idea final! ¡Que aquel esquema de pensamiento estaba por encima de la razón! ¡Que aquel noble filósofo era esa suprema inteligencia a la que no podemos imaginar una personalidad sin ser irreverentes! Todo eso acabará

igualándose con los más extraños delirios de la humanidad. ¡Y, entonces, cuánta niebla cubrirá el bello amanecer del Cristianismo! Sus representantes han ascendido del pesebre al palacio, de la barca de pescador a la Cámara de los Lores. Y no es que el antiguo potentado del Vaticano, con sus tesoros artísticos, su guardia y sus bodegas de vino se halle en una posición más lógica. Todos son hombres buenos y dotados, y en el mercado de las mentes valen tal vez tanto como reciben. ¿Pero cómo pueden pasar como representantes de un credo, que, tal como ellos mismos lo exponen, se basa en la humildad, en la pobreza y el sacrificio? Ninguno citaría sin darla por buena la parábola del Banquete de Boda. Pero probemos en la próxima recepción de Corte a poner a cualquiera de ellos por detrás del lugar que le correspondería. Sucedió no hace mucho con un cardenal, y las protestas se oyeron en toda Inglaterra. ¡Qué ceguera no ver que ocuparían el verdadero lugar de preferencia si lo que reclamaran, como emblema de su maestro, fuera el último sitio!

¿Qué podemos saber? ¿Qué somos? Pobres estúpidos de medio cerebro que contemplan desde dentro el universo con aspiraciones de ángeles e instintos de bestias. Pero, sin duda, todo ello nos corresponde. De no ser así, Aquel que nos hizo habría de ser malvado; lo que no es posible pensar. ¡Sin duda todo nos corresponde!

Al releer esta carta me siento avergonzado. Mi mente sigue cadenas de pensamiento completas de las que a ti te llegan tan solo los toscos extremos que sobresalen de la maraña. Haz lo que puedas con ellos, mi querido Bertie, y créeme: todo sale de lo más hondo de mi corazón. Por encima de todo deseo evitar convertirme en partisano. Quiero templarme en la verdad para defender mi causa. Solo déjame agarrarme con una mano a sus faldas, y que ella me lleve a donde quiera si al menos vuelve a mí su rostro de vez en cuando para permitirme conocerla.

Por la dirección de esta carta habrás visto, Bertie, que he dejado Escocia y estoy en Yorkshire. He pasado aquí tres meses, y me hallo ahora en la víspera de marcharme en las circunstancias más extrañas y con las más peregrinas expectativas. El bueno del viejo Cullingworth ha triunfado, como siempre supe que sucedería. Pero, como de costumbre, estoy empezando por el extremo equivocado, así que aquí van algunos antecedentes para darte una idea de lo que ha estado ocurriendo.

Te hablé en mi última carta de la aventura lunática y mi ignominioso regreso de Lochtully Castle. Cuando hube saldado las cuentas por las camisetas de franela que mi madre había encargado tan espléndidamente, solo

me quedaron cinco libras de mi paga. Con estas, como era el primer dinero que ganaba en mi vida, le compré una pulsera de oro. Así que mírame reducido a mi habitual situación de bolsillos vacíos. Pero, bueno, ya era algo solo sentir que *había* ganado dinero. Ello me daba la seguridad de que podría hacerlo otra vez.

No llevaba en casa más que unos días cuando mi padre me llamó a su estudio tras el desayuno una mañana y habló muy seriamente conmigo sobre nuestra situación financiera. Comenzó la entrevista desabotonándose el chaleco, y me pidió que auscultara su quinto espacio intercostal, dos pulgadas a la izquierda de la línea del esternón. Así lo hice, y me causó una gran impresión oír un muy marcado murmullo mitral regurgigante.

«Es viejo —dijo él—, pero últimamente he tenido una hinchazón en los tobillos y algunos síntomas renales que muestran que está empezando a dar la cara».

Intenté expresar mi pesar y compasión, pero él me cortó en seco con cierta aspereza.

«La cuestión es —dijo— que ninguna aseguradora aceptaría un seguro de vida mío y que he sido incapaz de ahorrar nada, debido a la competencia y a nuestros gastos en aumento. Si muero pronto (lo que, entre nosotros, no es algo en absoluto improbable), debo dejarte a cargo de tu madre y de los niños. Mi consulta es tan absolutamente personal que no creo poder dejarte suficiente para que te ganes la vida con ella».

Me acordé del consejo de Cullingworth sobre marcharse a donde se fuera menos conocido.

«Creo —dije— que mis posibilidades serían mayores si me marchara de aquí».

«Entonces no debes perder tiempo en establecerte por ti mismo», dijo. «Tu situación sería de gran responsabilidad si algo me sucediera ahora. Creí que habías encontrado un excelente empleo con los Saltire, pero me temo que difícilmente vas a triunfar en el mundo, muchacho, si te dedicas a insultar las opiniones religiosas y políticas de tus empleadores sentado a su propia mesa».

No era momento de discutir, así que no dije nada. Mi padre sacó un ejemplar del *Lancet* de su escritorio y mostró un anuncio que había marcado con lápiz azul. «Lee esto», dijo.

Lo tengo delante mientras escribo. Dice así: «Ayudante cualificado. Se necesita de inmediato en importante consulta rural en zona de minas de carbón. Indispensables buenos conocimientos de obstetricia y prescripción de

medicamentos. Saber montar y conducir. 70 libras al año. Solicitudes al Dr. Horton, en Merton on the Moors, Yorkshire».

«Puede haber un empleo ahí», dijo él. «Conozco a Horton, y estoy seguro de que puedo conseguirte una entrevista. Eso, al menos, podría servirte como oportunidad de darte una vuelta por allí y ver si hay alguna vacante. ¿Cómo crees que te iría?».

Ni que decir tiene que solo podía responder que estaba deseando empezar en algo. Pero esa conversación ha dejado huella en mí (una profunda pesadumbre siempre presente al fondo de mi alma de la que soy consciente incluso cuando su causa se ha ido por un instante de mi pensamiento).

Ya había vivido suficientes experiencias de las que hacen a un hombre madurar cuando tuve que enfrentarme al mundo sin dinero ni influencia. Pero ahora pensar en mi madre, mis hermanas y el pequeño Paul como personas dependientes de mí cuando no puedo sostenerme ni yo mismo… Es una pesadilla. ¿Puede haber algo más terrible en la vida que ver a los que amas pidiéndote ayuda y ser incapaz de proporcionársela? Pero tal vez las cosas no lleguen a eso. Tal vez mi padre resista durante años. En todo caso, venga lo que haya de venir, no tengo más remedio que pensar que las cosas son dispuestas de una determinada forma para bien; aunque el bien sea remoto, y nosotros, con nuestros ojos de escarabajo no seamos capaces de ver más allá de tres pulgadas por delante, hace falta cierta confianza en los principios generales para resistir.

Así que de esa forma quedó todo dispuesto, y yo me vine a Yorkshire. Mi ánimo no era el mejor de los posibles cuando partí, Bertie; pero fue empeorando y empeorando a medida que me acercaba a mi destino. Cómo la gente puede vivir en tales lugares escapa a mi comprensión. ¿Qué puede ofrecerles la vida a cambio de esas mutilaciones al rostro de la naturaleza? Sin bosques, la hierba escasa, entre chimeneas que escupen humo, arroyos de color pizarra, montículos inclinados de coque y escoria culminados por las grandes ruedas y bombas de las minas. Caminos cubiertos de ceniza, negros como si los hubieran manchado los exhaustos mineros que los recorren con fatiga, llevan a través de campos ensuciados hasta las filas de cabañas manchadas por el humo. ¿Cómo puede ningún joven soltero aceptar ese destino mientras quede una sola hamaca vacía en la armada o una litera en el castillo de proa de un barco mercante? ¿Cuántos chelines a la semana vale respirar la riqueza del mar? Yo creo que si fuera un hombre pobre… Bueno, la verdad es que ese *si* resulta bastante gracioso cuando pienso que muchos de

los moradores de esas cabañas humeantes ganan dos veces mi salario con la mitad de mis gastos.

Pero, como decía, mis ánimos empeoraron y empeoraron hasta tocar fondo cuando, al mirar a través de aquella creciente pesadumbre, vi el letrero de «Merton» impreso en las farolas de la espantosa y deprimente estación. Me bajé, y me hallaba junto a mi baúl y mi sombrerera esperando a un mozo de cuerda cuando apareció un muchacho de aspecto alegre y me preguntó si yo era el doctor Stark Munro. «Soy Horton», dijo, y nos estrechamos la mano cordialmente.

En aquel paraje melancólico su visión fue como la de un fuego en una noche helada. En primer lugar, iba alegremente vestido: pantalones a cuadros, chaleco blanco, flor en el ojal. Pero él mismo me agradaba mucho. Era un rubicundo de ojos oscuros con una buena figura corpulenta y aspecto sincero y cordial. Sentí al estrecharle la mano en la neblinosa y lúgubre estación que acababa de conocer a un hombre y a un amigo.

Su carruaje estaba esperando y nos llevó hasta su residencia, *The Myrtles*, donde inmediatamente me presentó tanto a su familia como a los demás empleados de su consulta. La primera es pequeña; la segunda, numerosa. Su esposa murió, pero su madre, la señora White, se ocupa de la casa, y hay dos niñas pequeñas de cinco y siete años. Y luego están un ayudante no titulado y un joven estudiante irlandés que, junto con tres doncellas, el cochero y el muchacho del establo, integran toda la plantilla. Si te digo que tenemos cuatro caballos trabajando al máximo de su capacidad, tendrás una idea del terreno que llegamos a cubrir.

La casa, una grande de ladrillo que posee su propio terreno, está construida sobre una pequeña colina en un oasis de campos verdes. Tras él, sin embargo, a un lado y a otro, el velo de humo cuelga sobre la tierra, con las bombas y chimeneas de las minas sobresaliendo de él. Sería un lugar terrible para un hombre ocioso, pero todos estamos tan ocupados que apenas nos queda tiempo de reparar en el paisaje.

Trabajamos día y noche, y, aun así, los tres meses han sido bastante agradables si los miro retrospectivamente.

Te daré una idea de cómo es un día de trabajo aquí. Desayunamos a eso de las nueve, e inmediatamente después empiezan a gotear los pacientes de la mañana. La mayoría son gentes muy pobres que pertenecen a las mutualidades de las minas de carbón, cuyo principio consiste en que sus miembros pagan poco más de medio penique a la semana durante todo el año, estén enfermos o sanos, y a cambio obtienen medicinas y atención

gratuitamente. «No es gran cosa para los médicos», te dirás, pero resulta asombroso cómo compiten entre ellos por conseguir una cita. Como ves, se trata de algo seguro, que lleva indirectamente a otros pequeños ingresos. Además, crece de forma sorprendente. Estoy seguro de que Horton obtiene quinientas o seiscientas al año solo de sus mutualidades. Por otra parte, te imaginarás que los pacientes de esas asociaciones, en la medida en que pagan lo mismo en cualquier caso, no dejan que sus males avancen demasiado antes de pasarse por la consulta.

A las nueve y media ya estamos en plena oleada. Horton ve a los mejores pacientes en la sala de consulta. Yo entrevisto a los más pobres en la sala de espera. Y McCarthy, el irlandés, dispensa las prescripciones de medicamentos a toda velocidad. Según las normas de las mutualidades, los pacientes tienen que aportar sus propias botellas y corchos.

Por lo general se acuerdan de la botella, pero siempre se olvidan del corcho. «Debe usted pagar un penique o poner el dedo», dice McCarthy. Tienen la idea de que toda la fuerza de la medicina se va si la botella está abierta, así que salen corriendo con el dedo metido en el cuello de la botella. Sus ideas sobre los medicamentos son bastante singulares. «¡Es tan fuerte que la cuchara se queda de pie en él!», me dice un hombre. Sobre todo, les encanta tener dos botellas, una de ellas con una solución de ácido cítrico, y la otra con carbonato de sosa. Cuando la mezcla empieza a burbujear entienden que en verdad existe una ciencia médica.

Esta clase de labor, además de vacunaciones, vendajes y cirugías menores nos lleva hasta cerca de las once, cuando nos reunimos en la sala de Horton para hacer la lista. Los nombres de todos los pacientes en tratamiento se prenden de un gran tablón. Nos sentamos alrededor con los cuadernos abiertos y nos repartimos entre nosotros quién debe ver a cada uno. Para cuando hemos acabado de hacer esto y han llegado los caballos, son las once y media. Entonces todos salimos *volando* a nuestras distintas tareas: Horton en un carruaje de dos caballos a ver a los empleadores; yo en un *dog-cart* a ver a los empleados, y McCarthy con sus buenas piernas irlandesas a ver a los casos crónicos en los que un titulado no puede hacer nada, pero tampoco alguien sin título puede hacer daño alguno.

Y, bueno, todos volvemos de trabajar a las dos, cuando encontramos la comida esperándonos. Quizá hayamos terminado nuestras rondas o quizá no. Si no están lejos, volvemos. Si lo están, Horton dicta sus prescripciones y se marcha a la cama con su negra pipa de arcilla en los labios. Es el fumador más empedernido que he conocido jamás, y por la noche recoge el tabaco sin

quemar que ha quedado en sus pipas para fumárselo a la mañana siguiente en el patio del establo antes del desayuno. Cuando él se ha marchado a dar su cabezada, McCarthy y yo nos ponemos a trabajar en las medicinas. Habrá que preparar tal vez cincuenta botes de píldoras, ungüentos, etc. Son más de las cuatro y media cuando los tenemos colocados sobre la repisa para sus respectivos enfermos. Entonces disponemos de aproximadamente una hora de tranquilidad que pasamos fumando, o leyendo, o encerrados con el cochero en el cuarto de arreos. Tras el té comienza el trabajo de la tarde. De seis a nueve la gente viene en busca de sus medicinas o llegan nuevos pacientes a consulta. Acabado esto, tenemos que volver a visitar los casos más graves que queden en la lista. Y, así, a eso de las diez, solemos encontrar otro rato para fumar o jugar a las cartas. Luego es raro que transcurra una noche sin que alguno de nosotros tenga que darse una caminata para atender un caso que puede llevarnos lo mismo un par de horas que diez. Como ves, es un trabajo duro. Pero Horton es tan buen tipo, y él mismo trabaja tanto que a uno no le importa lo que hace. Y todos somos como hermanos en la casa; nuestra conversación es un chispear de bromas, y los pacientes son tan familiares como nosotros mismos, así que el trabajo se convierte en algo placentero para todos.

Sí, Horton es un verdadero buen hombre de los pies a la cabeza. Tiene un corazón grande, amable y generoso. No hay nada mezquino en él. Le gusta ver felices a quienes lo rodean, y la visión de su figura robusta y su rostro rojo y alegre hace mucho porque sea así. La naturaleza lo creó para ser un sanador, pues es capaz de iluminar una habitación de enfermo igual que la estación de Merton la primera vez que lo vi. Pero no imagines por mi descripción que es de ningún modo alguien blando. No hay nadie sobre quien no se pueda imponer. Su temperamento es tan fácilmente inflamable como apaciguable. Un error en la dispensa de medicamentos lo enciende y lo hace entrar en la sala de operaciones como un huracán con las mejillas enrojecidas, los bigotes erizados y los ojos enfurecidos. Se golpe la agenda, los botes repiquetean, el mostrador es aporreado y luego vuelve a salir haciendo oír cinco portazos tras él. Podemos rastrear el progreso de su mal humor por el ruido decreciente de los golpes. Puede ser que McCarthy haya etiquetado el preparado para la tos como colirio o haya enviado una caja de píldoras vacías con la exhortación de tomar una cada cuatro horas. En cualquiera de los casos el ciclón llega y se va, y en la siguiente comida todo está en paz de nuevo.

He dicho que los pacientes son muy familiares. Cualquiera puede venir aquí a que le quiten rigideces. Yo confieso que al principio no estaba de acuerdo. Cuando en una de mis primeras mañanas un paciente de mutualidad

me llegó con su bote bajo el brazo y me preguntó si yo era el hombre del médico, lo envié a ver al mozo de cuadra al establo. Pero pronto uno se acostumbra a esos modos. No se pretende ofender. ¿Por qué, entonces, ofenderse? Son gente amable y generosa, y si no respetan tu profesión en abstracto y en ese sentido hieren tu dignidad, aun así son los más leales y honestos contigo si logras ganarte su respeto. A mí me gusta el apretón de sus manos grasientas y ennegrecidas.

Otra peculiaridad de la zona es que muchos de los manufactureros y propietarios de minas de carbón han surgido de entre los obreros y han conservado (al menos, en algunos casos) sus viejos modales, e incluso su vieja vestimenta. El otro día la señora White, la suegra de Horton, sufría un violento dolor de cabeza y, como todos apreciamos mucho a la amable anciana, intentábamos mantener el mayor silencio posible en la planta de abajo. De repente se oyó un ¡bang, bang, bang! en la aldaba, y un instante después otra serie de golpes, como si un burro amarrado estuviera intentando patear el panel. Después de todos nuestros esfuerzos para conseguir silencio, aquello nos resultó exasperante. Me apresuré a ir hasta la puerta, donde encontré a una persona de apariencia zarrapastrosa que en ese momento levantaba la mano para comenzar un nuevo bombardeo. «¿Qué demonios pasa?», pregunté, aunque quizá incluso fui algo más enfático. «Un dolor en la quijada», dijo. «No tiene que hacer tanto ruido», respondí. «Hay otras personas enfermas junto a usted». «Si pago mi dinero, joven, puedo hacer el ruido que me dé la gana». Y, con verdadera sangre fría, inició un nuevo asalto sobre la puerta. Habría continuado armando aquel jaleo toda mañana si no me lo hubiera llevado camino abajo y lo hubiera atendido lejos de las instalaciones. Una hora después Horton entraba como un remolino en la sala de operaciones precedido de una cadena de portazos. «¿Qué pasa con el señor Usher, Munro?», preguntó. «Dice que fuiste violento con él». «Había un paciente de mutualidad aquí que no paraba de dar aldabonazos», dije. «Temí que pudiera molestar a la señora White, y lo hice parar». Los ojos de Horton comenzaron a despedir centellar. «Muchacho —dijo—, ese paciente de mutualidad, como tú lo llamas, es el hombre más rico de Merton, y me hace ganar cien al año». Estoy seguro de que logró apaciguarlo con alguna historia acerca de mi ruina y mi degradación, pero no he vuelto a saber del tema desde entonces.

Ha sido bueno para mí estar aquí, Bertie. Me ha puesto en estrecho contacto con las clases trabajadoras y me ha hecho darme cuenta de lo buenas personas que son. Porque un borracho vuelva aullando a su casa un sábado

por la noche, somos demasiado propensos a ignorar a las noventa y nueve personas decentes que hay sentadas junto a su chimenea. Yo no volveré a cometer ese error. La generosidad del pobre con el pobre hace que uno se avergüence de sí mismo. ¡Y qué decir de su dulce paciencia! En función de ella, si alguna vez hubiera un levantamiento popular, los males que la hubiesen provocado habrían tenido que ser monstruosos e indefendibles. Yo creo que los excesos de la Revolución Francesa son terribles en sí, pero también indicio de los lentos siglos de miseria contra los que fueron una protesta desesperada. ¡Y luego está la sabiduría del pobre! Es asombroso leer al charlatán de periódico que escribe sobre la ignorancia de las masas. No sabrá la fecha de la Carta Magna ni con quién se casó Juan de Gante; pero pongámosle delante un problema práctico de hoy, y veremos lo inequívocamente que lo aborda de la manera acertada. ¿Acaso no aprobaron ellos el Acta de Reforma a pesar de la oposición de la mayoría de las supuestas clases ilustradas? ¿Acaso no respaldaron al Norte frente al Sur cuando casi todos nuestros líderes se equivocaron? Cuando lleguen el arbitraje universal y la eliminación del tráfico de alcohol, ¿no es seguro que lo harán gracias a la presión ejercida por estas gentes humildes? Contemplan la vida con mayor claridad y mirada menos egoísta. Me parece un axioma que, para elevar la sabiduría de una nación, necesariamente debemos extender el sufragio.

A menudo he tenido mis dudas, Bertie, sobre la existencia del mal. Si honestamente fuéramos capaces de convencernos a nosotros mismos de que no existe, ello nos ayudaría a formular una religión racionalista. Pero no debemos tensar la verdad ni siquiera con un objeto como ese. Reconozco que existen ciertas formas de vicio: la crueldad, por ejemplo, para la que es difícil encontrar ninguna explicación salvo que, desde luego, es una degradada reminiscencia de la ferocidad guerrera que quizá una vez fuera útil para ayudar a proteger la comunidad. No; déjame ser franco y admitir que no consigo meter la crueldad en mi esquema. Pero cuando descubres que otros males, que a primera vista parecen totalmente negativos, en realidad tienden, a la larga, al bien de la humanidad, quizá pueda esperarse que aquellos que aún siguen desconcertándonos resulten servir, al cabo, al mismo fin de alguna manera que ahora nos resulta inexplicable.

Me parece que el estudio físico de la vida exige los principios morales del bien y el mal. Pero cuando lo consideras detenidamente, la cuestión es si un mal para la comunidad de hoy no podrá resultar un bien en interés de la posteridad. Sonará esto tal vez un tanto vago, pero haré más aclararé mejor lo

que quiero decir si explico que me parece que bien y mal son ambos instrumentos movidos por esas grandes manos que dan forma a los destinos del universo; que ambos actúan por la mejora, pero que la acción de uno es inmediata, y la del otro más lenta, aunque ninguno menos cierto que el otro. Nuestra distinción entre bien y mal está demasiado fundada en la inmediata conveniencia de la comunidad, y no indaga con suficiente profundidad en el efecto último.

Tengo mis propias ideas acerca de los métodos de la Naturaleza, aunque siento que es como si un escarabajo diera sus opiniones sobre la vía láctea. Con todo, poseen el mérito de ser consoladoras, pues si pudiéramos en conciencia ver que el pecado sirve a un propósito, y a uno bueno, ello haría desaparecer algo de la negrura de la vida. A mí me parece, así, que la Naturaleza, que aún trabaja en las líneas de la evolución, fortalece la raza de dos modos. Uno consiste en mejorar a aquellos que son moralmente fuertes, lo que hace al incrementar el conocimiento y ensanchar las miras religiosas; el otro, y no menos importante, es llevar a la extinción a aquellos que son moralmente débiles. Esto es lo que logran el alcohol y la inmoralidad. Y estas son dos de las fuerzas más importantes que operan en la perfección última de la raza. Yo las imagino como dos grandes manos invisibles que se mueven por el jardín de la vida arrancando las malas hierbas. Contempladas un día, solo podemos ver que producen degradación y miseria. Pero, pasada una tercera generación, ¿qué habrá ocurrido? La línea de los borrachos y los libertinos, tanto física como moralmente debilitada, estará o extinta o en vías de extinción. Estruma, tubérculos, enfermedades nerviosas, todas ellas han prestado su mano para podar esa rama podrida, y la media de la raza se ha visto así mejorada. Creo, por lo poco que he visto de la vida, que se trata de una ley que actúa con asombrosa rigidez la de que una mayoría de borrachos jamás se perpetúa, y cuando esa maldición es hereditaria, la segunda generación acostumbra a ver su fin.

No me malinterpretes ni me cites diciendo que es bueno para una nación que tenga muchos borrachos. Nada de eso. Lo que digo es que, si una nación tiene gentes moralmente débiles, entonces es bueno que haya medios para controlar esos elementos más débiles. La Naturaleza posee sus mecanismos, y la bebida es uno de ellos. Cuando no existan más borrachos ni degenerados, significará que la raza ha avanzado tanto que ya no necesita ese duro tratamiento. Y entonces el omnisciente Ingeniero nos hará avanzar de otro modo.

He estado pensando mucho últimamente en la finalidad del mal y la poderosa arma que es en manos del Creador. Anoche todo ello cristalizó de manera bastante súbita en un puñado versos. Te ruego que te los saltes si te aburrieran.

CON AMBAS MANOS

La buena voluntad demuestra Dios
igual que la peor Suya se cumple.
Mas buena o mala, última o primera,
Él todo lo dispuso.
Pues todo es bien si bien sabemos entenderlo
(ojalá de esta forma lo entendiéramos).
Y bien y mal son instrumentos Suyos
que Sus manos orquestan.

La meretriz junto al anacoreta,
el mártir junto con el libertino,
Él los crea, hábilmente, para bien
y que su papel cumplan en la vida.
Es Su sabiduría la hace guiar la savia
para llegar a los más altos brotes;
la rama débil mata la lujuria
y el exceso de alcohol el árbol poda.

Sólido al corazón del tronco vuelve
lo sagrado, y que fiebres y epidemias
hagan que todo cambie de continuo.

En el pulmón Él pone los microbios;
en el cerebro el coágulo de sangre.
Somete a los mejores a una prueba tras otra.

Los cuerpos y las mentes pone a prueba;
los cambia sin cesar y, si se rompen,
de ellos se deshace y de nuevo los crea.

La garganta del niño Él obstruye;
Él libera el fermento y forma el limo

que bloquea la arteria.

Él deja al joven soñador que guarde
los más grandes proyectos en su mente
hasta soltar la espora de ese hongo
que al cabo para siempre los deshace.
Él la leche almacena que al infante
alimenta, y embota el nervio torturado,
y concede los goces sensoriales
donde apenas de nada estos ya sirven.
Y la rama del bien sigue guiando,
la de las altas flores, mientras poda
con las tijeras de los males su árbol.

Así leo esto yo y, mientras trato
de escribirlo más claro en el papel,
siento un segundo dedo sobre el mío
que desliza la pluma con que escribo.

Débiles son los ojos con que miro,
y oscuro cuanto veo, pero si me equivoco
el mal es Tuyo, como siempre ha sido.

Me da bastante vergüenza haber sido tan didáctico. Pero es bueno pensar que el mal tiene un objeto y puede actuar hacia el bien. Mi padre dice que parezco mirar el universo como si fuera de mi propiedad, y que no estoy contento si no marcha todo en él como debe. Pero lo cierto es que me produce una sensación de bienestar vislumbrar la luz tras de las nubes.

Pero, ahora, las grandes noticias que van a cambiar mi vida por completo. ¿De quién crees que recibí una carta el martes de la semana pasada? Nada menos que de Cullingworth. No tenía principio ni final, toda la dirección era errónea, y estaba escrita con una pluma muy gruesa al dorso de una receta. Cómo me llegó resulta asombroso. Decía así:

> Empecé aquí en Bradfield en junio. Éxito colosal. Mi ejemplo tiene que revolucionar la práctica médica. Haciendo fortuna rápidamente. Tengo un invento que vale millones. Si nuestro Ministerio de Marina no lo acepta, convertirá a Brasil en la primera potencia naval. Ven en el siguiente tren en cuanto recibas esta. Tienes mucho que hacer aquí.

Eso era todo lo que decía la inusitada carta. No llevaba nombre; lo que hasta cierto punto era razonable, pues nadie más que él podría haberla escrito. Y, conociendo a Cullingworth tan bien como lo conocía, me la tomé con reservas y traté de hacer deducciones. ¿Cómo habría logrado un éxito tan rápido y absoluto en un lugar donde debía de ser un completo desconocido? Resultaba increíble. Y, sin embargo, tenía que haber en ello algo de verdad; de lo contrario, no me habría invitado a ir y comprobarlo. Teniendo todo en cuenta, pensé que lo mejor sería actuar con cautela en el asunto, pues era feliz y me sentía cómodo donde estaba, y seguía ahorrando para poder establecerme en mi propia consulta. Solo son unas pocas libras hasta ahora, pero en cosa de un año podría llegar a ser algo. Le escribí a Cullingworth, así pues, agradeciéndole que se hubiera acordado de mí y explicándole la situación. Me había costado mucho encontrar un empleo, le decía, y ahora que tenía uno era reacio a abandonarlo por otro que no fuera permanente.

Pasaron días durante los cuales Cullingworth guardó silencio. Entonces llegó un enorme telegrama.

> Con tu carta delante. ¿Por qué no me llamas mentiroso de una vez? Te digo que he visto a treinta mil pacientes durante el último año. Mis ingresos actuales ascienden a más de cuatro mil libras. Todos los pacientes vienen a mí. No cruzarías la calle para ver a la reina Victoria. Puedes tener todas las visitas, todas las cirugías, todos los partos. Haz lo que quieras. Te garantizo trescientas libras el primer año.

La verdad es que aquello comenzaba a parecer un buen negocio (especialmente después de esa última frase). Le llevé el telegrama a Horton y le pedí consejo. Él me dijo que tenía todo que ganar y nada que perder. Así que terminé telegrafiando en respuesta para aceptar la asociación (si es que se trata de una asociación) y mañana mismo parto hacia Bradfield con grandes esperanzas y pequeño equipaje. Sé lo mucho que te interesaba la personalidad de Cullingworth (como le ocurre a todo aquel que, incluso indirectamente, se halla al alcance de su influjo), por lo que puedes confiar en que te daré completo y detallado informe de todo cuando suceda entre nosotros. Tengo enormes deseos de volver a verlo, y confío en que esta vez no tengamos ninguna pelea.

Adiós, viejo amigo. Tengo el pie en el umbral de la fortuna. Felicítame.

VI.
The Parade Bradfield,
7 de marzo de 1882.

Solo han pasado dos días desde que te escribí, querido amigo mío, y ya estoy preparado para disparar. He llegado a Bradfield. He vuelto a ver al viejo Cullingworth, y he encontrado que todo lo que me había contado era cierto. Sí, por increíble que suene, este tipo extraordinario parece haber montado una gran consulta en poco más de un año realmente. Es, en verdad, con todas sus excentricidades, un hombre muy notable, Bertie. No parece tener oportunidad de mostrar sus verdaderas capacidades en esta civilización madura nuestra. La ley y la costumbre le son obstáculos. Es la clase de hombre que iría directamente al frente de una Revolución Francesa. O que, si fuera emperador de cualquiera de esos pequeños estados de Sudamérica, en cuestión de diez años estaría en la tumba o se habría hecho con el continente. Sí; Cullingworth es apto para luchar por algo más alto que una consulta médica de una ciudad de provincias inglesa. Cuando leo sobre Aaron Burr en tu historia, siempre lo imagino como un hombre como C.

Tuve la más cordial despedida de Horton. Si se hubiera tratado de mi hermano, no se habría mostrado más afectuoso conmigo. No pensaba que pudiera encariñarme tanto con alguien en tan poco tiempo. Se ha tomado el mayor interés en mi aventura y pienso escribirle contándosela con todo detalle. Me regaló al despedirnos una vieja pipa de espuma de mar negra (la mayor muestra de afecto posible de un fumador). Fue grato para mí sentir que, si las cosas no salían bien en Bradfield, me quedaba un pequeño puerto en Merton al que poner rumbo. Pero, agradable e instructiva como era la vida allí, no podía cerrar los ojos al hecho de que me llevaría un tiempo espantosamente largo ahorrar lo suficiente para pagar mi participación en una consulta (uno, probablemente, más largo del que podrían resistir las fuerzas de mi pobre padre). Ese telegrama de Cullingworth en que, como recordarás, me garantizaba trescientas libras al año, me dio esperanzas de una carrera

mucho más rápida. Estoy seguro de que convendrás conmigo en que actué sabiamente al irme con él.

Viví una aventura en el camino a Bradfield. El vagón en que viajaba albergaba a un grupo de tres personas a las que miré sin prestar la menor atención antes de sumergirme en el periódico del día. Había una señora mayor con un rostro brillante y sonrosado, lentes de oro, y un toque de terciopelo rojo en el sombrero. Con ella iban dos acompañantes de menor edad, que tomé por hijo e hija suyos. Ella, una muchacha con agradable apariencia de unos veinte años vestida de negro, y él un joven rechoncho de corta estatura un par de años mayor. Las dos damas se habían sentado la una junto a la otra en el rincón más alejado, y el hijo (lo que supuse que era) se sentó frente a mí. Llevaríamos viajando algo más de una hora sin que yo hubiera prestado más atención al pequeño grupo familiar que algún fragmento de conversación que no pude evitar oír entre las dos damas. La más joven, a la que se dirigían como Winnie tenía (me di cuenta) una voz muy dulce y acariciadora. Llamó «madre» a la mayor, lo que me demostró que había acertado en cuanto a su parentesco.

Seguía allí sentado, así pues, leyendo mi periódico, cuando me sorprendió recibir una patada en las espinillas del joven que tenía enfrente. Moví mis piernas, pensando que había sido accidental, pero un instante después recibí otra aún más fuerte. Solté mi periódico con un gruñido, pero tan pronto como lo miré me di cuenta de lo que pasaba. Su pie se movía espasmódicamente, sus manos contraídas se golpeaban en el pecho y tenía los ojos vueltos hacia arriba de manera que tan solo se podía ver el borde del iris. Salté sobre él, le desgarré el cuello de la camisa, le desabotoné el chaleco y le empujé la cabeza hacia abajo sobre el asiento. Uno de sus talones rompió la ventana del tren, pero me las arreglé para sentarme sobre sus rodillas mientras le sujetaba las muñecas.

«¡No se alarmen!», grité. «¡Es epilepsia, y se le pasará pronto!».

Al levantar la vista, vi que la muchachita estaba sentada muy pálida y callada en el rincón. La madre había sacado una botella de su bolso y se mostraba serena y servicial.

«Los sufre a menudo», dijo. «Es bromuro».

«Ya está pasando», respondí. «Ocúpese de Winnie».

Hablé sin pensar, porque su cabeza parecía balancearse como si estuviera a punto del desmayo. Pero lo absurdo de la situación se nos hizo evidente a todos al instante, y la madre rompió a reír seguida de su hija de y de mí mismo. El hijo había abierto los ojos y había dejado de luchar.

«Debo pedirle perdón», dije mientras lo ayudaba a incorporarse. «No sabía su apellido y me hallaba tan apurado que no tuve tiempo de pensar en lo que decía».

Ellas volvieron a reír del mejor talante y, tan pronto como el muchacho se hubo recuperado, todos nos sumamos a una charla bastante familiar. Resulta extraordinario cómo las realidades de la vida barren por completo las telarañas de la etiqueta. En media hora, todos lo sabíamos todo de cada uno, o, por lo menos, yo lo sabía todo sobre cada uno de ellos. Señora La Force se llamaba la madre, una viuda con aquellos dos hijos. Habían dejado su residencia y encontraban más agradable vivir en apartamentos, viajando de un balneario a otro. Su único problema era la debilidad nerviosa del hijo, Fred. Se hallaban de camino a Birchespool, donde esperaban que a este le hiciera algún bien el aire vigorizante. Yo les recomendé la dieta vegetariana, que había descubierto que actuaba de maravilla en tales casos. Tuvimos una charla muy animada, y creo que todos nos sentimos apenados cuando llegamos a la estación de empalme donde ellos tenían que cambiar de tren. La señora La Force me dio su tarjeta, y prometí visitarla si alguna vez pasaba por Birchespool.

Todo esto habrá tenido que resultarte bastante superfluo. Pero ya conoces mis costumbres a estas alturas, y no esperarás que me ciña a la historia principal sin desviarme. Me dispongo ahora a encarrilarme, no obstante, e intentaré que no vuelva a pasar.

Pues, bien, serían casi las seis y la noche ya estaba cayendo cuando llegamos a la estación de Bradfield. Lo primero que vi al mirar por la ventana fue a Cullingworth, exactamente igual que siempre, caminando a su manera brusca y característica por el andén con el abrigo abierto, la barbilla adelantada (es el hombre con mentón más saliente que haya visto) y sus grandes dientes brillantes igual que los de un sabueso amistoso. Rugió de alegría al verme, me estrujó la mano y me dio palmadas entusiastas en el hombro.

«¡Mi querido amigo!», dijo. «Vamos a conquistar esta ciudad. Te lo digo yo, Munro, no dejaremos otro médico en ella. Todo lo que pueden hacer ya es ponerle mantequilla al pan, y cuando empecemos a trabajar juntos tendrán que comérselo seco. ¡Escúchame, muchacho! En esta ciudad viven ciento veinte mil personas, todas pidiendo a gritos consejo, y no hay un solo médico que sepa distinguir una píldora de ruibarbo de un cálculo. Muchacho, lo único que tenemos que hacer es atraerlos. El dinero me rebosa en los bolsillos sin hacer más».

«¿Pero cómo sucede?», pregunté mientras nos abríamos camino entre la multitud. «¿Tan pocos médicos hay?».

«¡Pocos!», rugió. «¡Diablos, bloquean las calles! No te puedes caer de una ventana en esta ciudad sin matar a un médico. Pero de todos los… Bueno, ya lo verás por ti mismo. Fuiste a pie hasta mi casa en Avonmouth, Munro. No permito que mis amigos vengan a pie a mi casa en Bradfield. ¿Qué te parece, eh?».

Un coche bien equipado con dos buenos caballos negros se acercó a la entrada de la estación. El elegante conductor se tocó el sombrero cuando Cullingworth abrió la puerta.

«¿A cuál de sus casas, señor?», preguntó.

Los ojos de Cullingworth se volvieron de inmediato a mí para comprobar lo que pensaba yo de semejante pregunta. Entre nosotros, no tengo la menor duda de que él mismo había dado instrucciones al hombre para que la hiciera. Siempre tenía buen ojo para los golpes de efecto, pero solía equivocarse al subestimar la inteligencia de quienes tenía alrededor.

«¡Ah!», dijo frotándose la barbilla como alguien que duda. «Llévenos a la residencia de la ciudad».

«¡Cielo santo, Cullingworth!», dije al ponernos en marcha. «¿Cuántas casas habitas? Parece que te hubieras comprado toda la ciudad».

«Bueno, bueno», dijo riendo. «Nos dirigimos a la casa donde vivo normalmente. Nos viene muy bien, aunque aún no he sido capaz de amueblar todas las habitaciones. Luego tengo una pequeña granja de algunos centenares de acres a las afueras de la ciudad. Es un lugar agradable para los fines de semana, y allí enviamos a la niñera con el chico…».

«¡No sabía que hubieras fundado una familia, querido amigo!».

«Sí, es un fastidio infernal. Pero así están las cosas. Obtenemos la mantequilla y otras cosas de la granja. Y luego, por supuesto, tengo mi casa para el negocio en el corazón de la ciudad».

«Consulta y sala de espera, supongo».

Me miró con una especie de expresión medio ofendida y medio asombrada. «No eres capaz de imaginar nada, Munro», dijo. «Nunca he conocido a un tipo con una imaginación más sosa. Confiaría en ti para que me describieras algo que has visto, pero jamás para hacerte una idea de algo de antemano».

«¿Cuál es el problema ahora?», pregunté.

«Bueno, que te he escrito sobre mi consulta, te he puesto un telegrama hablándote de ella, y aquí estás sentando preguntándome si trabajo en dos

habitaciones. Tendré que alquilar la plaza del mercado cuando acabe, y ni siquiera entonces tendré espacio para mover los codos. ¿Es capaz tu imaginación de llegar a una gran casa con gente esperando en todas las habitaciones, abarrotadas hasta los topes, y hasta dos filas más agachadas en el sótano? Bien, pues esa es mi casa para los negocios en un día normal. La gente viene de todo el condado recorriendo hasta cincuenta millas, y come pan con melaza en la puerta, para ser los primeros cuando llegue el ama de llaves. El oficial médico de salud presentó una queja oficial sobre las aglomeraciones de mis salas de espera. Esperan en los establos y se sientan junto a los comederos y bajo el vientre de los caballos. Te enviaré algunos a ti, muchacho, y entonces sabrás un poco mejor de lo que hablamos».

Bueno, como imaginarás, Bertie, todo esto me dejó bastante estupefacto. Pues, con todas las reservas debidas a la manera exagerada de hablar de Cullingworth, tenía que haber algo de verdad. Iba pensando para mí que debía mantener la cabeza fría y verlo todo con mis propios ojos cuando el coche se detuvo y nos apeamos.

«Esta es mi casita», dijo Cullingworth.

Era la casa que hacía esquina de una hilera de buenos edificios, y me pareció más un hotel de buen tamaño que una mansión particular. Tenía una ancha escalinata que conducía hasta la puerta, y alcanzaba hasta cinco o seis plantas con pináculos y un asta de bandera en el tejado. Antes de que Cullingworth la ocupara, había sido uno de los principales clubs de la ciudad, pero su comité la había abandonado debido a su elevada renta. Una elegante doncella abrió la puerta, y un momento después yo le estrechaba la mano a la señora Cullingworth, que fue toda amabilidad y cordialidad. Parecía haber olvidado el pequeño incidente de Avonmouth, cuando su esposo y yo habíamos peleado.

El interior de la casa era aún más enorme de lo que me había parecido desde fuera. Tenía más de treinta dormitorios, me informó Cullingworth mientras me ayudaba a subir mi equipaje por las escaleras. El vestíbulo y el primer tramo de escaleras estaban espléndidamente amueblados y alfombrados, pero todo mobiliario desaparecía al llegar al descansillo. Mi habitación tenía una pequeña cama de hierro y una pequeña palangana colocada sobre un cajón de embalaje. Cullingworth tomó un martillo de la repisa y empezó a golpear unos clavos tras la puerta.

«Esto servirá para que cuelgues tu ropa», dijo. «Espero que no te importe algo de incomodidad hasta que lo dispongamos todo».

«En absoluto».

«Comprenderás —explicó— que no sirve de nada poner cuarenta libras en un dormitorio y luego tener que desperdiciarlas para hacerle espacio a uno de cien libras. ¡No tiene ningún sentido, Munro! ¿Qué te parece, eh? Voy a amueblar esta casa como no se haya amueblado otra nunca. ¡Diablos! Traeré a la gente desde cien millas a la redonda solo para verla. Pero he de ir haciéndolo habitación por habitación. Baja conmigo a ver el comedor. Tendrás hambre después del viaje».

Este estaba en verdad maravillosamente amueblado (nada aparatoso y todo magnífico). La alfombra era tan espléndida que mis pies parecían hundirse como en un mullido musgo. La sopa estaba ya sobre la mesa, y la señora Cullingworth sentada a ella, pero él seguía tirando de mí para enseñarme algo nuevo.

«Vamos, Hetty», gritaba volviendo la cabeza por encima del hombro. «Solo quiero enseñarle esto a Munro. Mira estas simples sillas de comedor, ¿cuánto crees que cuestan cada una, eh?».

«Cinco libras», me aventuré a decir.

«¡Exacto!», exclamó con enorme deleite. «Treinta libras por las seis. ¡Ya lo has oído, Hetty! Munro ha adivinado el precio a la primera. Y, ahora, dime, muchacho, ¿cuánto crees que costó el par de cortinas?».

Era un magnífico par de cortinas de terciopelo carmesí estampado en relieve con una cenefa dorada de dos pies encima. Concluí que era preferible no poner en peligro mi recién ganada reputación de adivinador.

«¡Ochenta libras!», rugió golpeándolas con el dorso de la mano. «¡Ochenta libras, Munro! ¿Qué opinas de eso? ¡Todo lo que tenga en esta casa va a ser lo mejor! ¡Mira, si no, a esta doncella del servicio! ¿Has visto una más pulcra?».

Tiró de la muchacha hacia mí agarrándola del brazo.

«No seas tonto, Jimmy», dijo la señora Cullingworth suavemente, mientras él rugía de risa dejando relucir los colmillos bajo su bigote erizado. La muchacha se acercó a su señora con aspecto medio temeroso y medio irritado.

«¡Está bien, Mary, no quería molestar!», exclamó. «Siéntate, amigo Munro. Trae una botella de *champagne*, Mary, y brindaremos por más fortuna».

Bueno, la verdad es que tuvimos una cena muy agradable. Nada es lento cuando se trata de Cullingworth. Es uno de esos hombres que saben crear una especie de atmósfera magnética, de manera que uno se siente entusiasmado y estimulado en su presencia. Su mente es tan ágil y sus pensamientos tan

extravagantes que la de uno mismo abandona su ritmo habitual y lo sorprende por su actividad. Te sientes satisfecho de tu propia inventiva y originalidad cuando en realidad eres como el pajarillo que vuela a hombros del águila. Recordarás que el viejo Peterson solía tener un efecto similar sobre ti en los tiempos de Linlithgow.

En mitad de la cena desapareció. Luego regresó con una bolsa redonda como del tamaño de una granada en la mano.

«¿Qué crees que esto, eh, Munro?».

«No tengo ni idea».

«Nuestras ganancias del día. ¿Has visto, Hetty?». Soltó una cuerda y, en un instante, una pila de oro y plata repiqueteaba sobre el mantel, girando y tintineando las monedas entres los platos. Una de ellas rodó por la mesa y fue capturada por la doncella en una esquina.

«¿Qué es, Mary? ¿Medio soberano? Quédatelo. ¿A cuánto asciende el montón, Hetty?».

«A treinta y ocho libras».

«¡Ya has visto, Munro! Un día de trabajo».

Metió la mano en un bolsillo de su pantalón y sacó una pila de soberanos, que balanceó sobre la palma de la mano.

«Mira esto, muchacho. Algo distinto a como eran las cosas en Avonmouth, ¿eh? ¿No te parece?».

«Eso serán buenas noticias para tus acreedores», sugerí.

En un instante estaba gruñéndome con toda su vieja ferocidad. No puedes imaginarte una criatura de aspecto más salvaje que Cullingworth cuando pierde los nervios. Pone una expresión perfectamente demoníaca en sus ojos azules, y el cabello todo se le eriza igual que una cobra a punto de atacar. No es precisamente una belleza en sus mejores momentos, pero en los peores es verdaderamente monstruoso. A la primera señal de peligro su esposa ya había mandado salir de la habitación a la doncella.

«¡Qué tonterías dices, Munro!», gritó. «¿Supones que voy a obstaculizarme yo mismo durante años permitiendo que esas deudas me lastren?».

«Creí entender que lo habías prometido», dije. «De todas formas, por supuesto, no es asunto que me concierna a mí».

«Confío en que no lo sea», gritó. «Un hombre de negocios se expone a ganar o perder. Deja un margen para las deudas imposibles. Yo habría pagado de haber podido. No pude; así que dejé limpia la pizarra. Nadie en sus cabales

soñaría con gastar todo el dinero que he hecho en Bradfield en los hombres de negocios de Avonmouth».

«Supón que vinieran a buscarte».

«Bueno, nos preocuparíamos de eso cuando sucediera. Mientras tanto, pienso pagar al contado todo lo que entre por estas puertas. Aquí tienen tan buena opinión de mí que habría podido amueblar todo el sitio igual que un palacio, desde las tuberías al mástil de bandera, pero decidí ir ocupándome por turnos de cada habitación en el momento debido. Hay casi cuatrocientas libras bajo este techo».

Se oyó un golpecito en la puerta, y entró entonces un muchacho con librea.

«Si le parece bien, señor, el señor Duncan desea verlo».

«¡Hazle llegar mis saludos al señor Duncan y dile que puede irse al diablo!».

«¡Jimmy, querido!», exclamó la señora Cullingworth.

«Dile que estoy cenando, y que, si todos los reyes de Europa estuvieran esperando en el vestíbulo con sus coronas en la mano, no cruzaría esa alfombra de la puerta para verlos».

El muchacho desapareció, pero regresó al instante.

«Por favor, señor: no quiere marcharse».

«¡No quiere marcharse! ¿Qué quieres decir?». Cullingworth estaba sentado con la boca abierta y sujetaba el cuchillo y el tenedor de pie. «¿Qué quieres decir, mocoso? ¿Qué estás mirando boquiabierto?».

«Es su factura, señor», dijo el aterrorizado muchacho.

El rostro de Cullingworth se volvió hosco, y las venas comenzaron a hinchársele en la frente.

«Su factura, ¿eh? ¡Mira!». Sacó su reloj y lo extendió sobre la mesa. «Faltan dos minutos para las ocho. A las ocho voy a salir, y si lo encuentro ahí cuando salga, lo desparramaré en la calle. Dile que sus trozos llegarán hasta la parroquia. Tiene dos minutos para salvar su vida, y uno de ellos casi se ha pasado ya».

El muchacho salió como un relámpago de la habitación, y un instante después oímos cerrarse con fuerza la puerta principal y a continuación el ruido de unos pasos que bajaban la escalinata. Cullingworth se arrellanó en su silla y estalló en carcajadas hasta que le brillaron lágrimas en los ojos, mientras su esposa se agitaba con empática alegría.

«Lo volveré loco», sollozó de risa Cullingworth por fin. «Es un tipo nervioso y cobarde, y cuando lo miro se vuelve del color de la masilla. Si

paso por su tienda suelo dejarme caer en ella y quedarme allí mirándolo. Nunca le hablo; solo lo miro. Lo paraliza. A veces la tienda está llena de gente, pero es igual».

«¿Pero, quién es?», pregunté.

«Es mi proveedor de maíz. Decía antes que pagaba a todos mis proveedores sobre la marcha, pero él es la única excepción. Me la ha jugado un par de veces, ya sabes. Y por eso trato de devolvérsela. Aunque mañana podrías enviarle veinte libras, Hetty. Ya es hora de pagar una de las cuotas».

Me creerás un chismoso, Bertie. Pero, una vez que empiezo, mi memoria lo recuerda todo con tal nitidez que sigo escribiendo y escribiendo casi inconscientemente. Además, este tipo contiene tal mezcla de cualidades que jamás podría darte una idea de él por mí mismo, y por eso intento repetirte lo que dice y hace, para que puedas hacerte tu propio retrato del hombre. Sé que siempre te ha suscitado interés, y más que nunca ahora que nuestros destinos han vuelto unirse.

Tras la cena, volvimos al cuarto interior, que no podía hacer un contraste más extraordinario con el delantero, pues no tenía más que una escueta mesa de pino y media docena de sillas de cocina esparcidas sobre un suelo de linóleo. En un extremo había una batería eléctrica y un gran imán. En el otro, un cajón de embalaje con varias pistolas y un montón de cartuchos encima. Había un rifle para cazar grajos apoyado de punta sobre él, y, al echar un vistazo alrededor, vi que los muros estaban acribillados de marcas de bala.

«¿Qué es esto?», pregunté recorriéndolo todo con la vista.

«Hetty, ¿qué es esto?», preguntó él con su pipa en la mano y la cabeza ladeada.

«La supremacía naval y el dominio de los mares», dijo ella igual que una niña que repitiera la lección.

«Eso es», gritó apuñalándome con el ámbar de la pipa. «La supremacía naval y el dominio de los mares. Todo ello lo tienes justo delante de tu nariz. Te digo, Munro, que podría irme a Suiza mañana y decirles: “Miren esto; ustedes no tienen costa ni puertos, pero búsquenme un barco, icen su bandera en él, y yo les entregaré cada océano que hay bajo los cielos”. Barrería los mares hasta que no quedara una sola caja de cerrillas flotando sobe ellos. O podría proporcionárselos a una compañía, y unirme al consejo de administración para entrar en el reparto de acciones. Tengo hasta la última gota de agua salada en el hueco de esta mano».

Su esposa le puso las manos sobre el hombro con admiración en sus ojos. Yo me volví para sacudir mi pipa y sonreí mirando hacia la chimenea.

«Oh, puedes sonreírte», dijo él. (Era extraordinariamente rápido en adivinar lo que estabas haciendo). «Sonreirás un poco más cuando veas llegar los dividendos. ¿Cuánto cuesta ese imán?».

«¿Una libra?».

«Un millón de libras. Ni más ni menos. Y será una ganga para la nación que lo compre. Estoy dispuesto a deshacerme de él por esa cantidad, aunque podría ganar con él diez veces lo que pido. Se lo presentaré al Ministro de Marina en un par de semanas, y si resulta ser una persona civilizada y digna, haré negocios con él. No pasa todos los días que un hombre entre en tu despacho con el Atlántico bajo un brazo y el Pacífico bajo el otro, ¿eh?».

Sabía que aquello lo pondría hecho una furia, pero me eché hacia atrás en la silla y me estuve riendo hasta no poder más. Su esposa me miraba con expresión de reproche, pero tras un instante de negrura, él rompió a reír también, dando zapatazos por la habitación y agitando los brazos.

«Por supuesto que te parece absurdo», exclamó. «Bueno, también me lo parecería a mí si hubiera sido idea de cualquier otro. Pero puedes creerme cuando te doy mi palabra. Hetty, que está presente, puede responder de ello. ¿Verdad, Hetty?».

«Es algo espléndido, querido».

«Y ahora te lo demostraré, Munro. ¡Qué judío escéptico eres al tratar de fingir interés y reírte por lo bajini! En primer lugar, he descubierto un método (que no te voy a contar) de multiplicar por cien la capacidad de atracción de un imán. ¿Has tomado nota?».

«Sí».

«Muy bien. También estarás al tanto, supongo, de que los proyectiles modernos están hechos de acero o tienen punta de acero. Tal vez haya llegado a tus oídos que los imanes atraen el acero. Permíteme ahora mostrarte un pequeño experimento». Se inclinó sobre su aparato y, de repente, oí un chasquido eléctrico. «Esto —prosiguió dirigiéndose al cajón de embalar— es una pistola de salón, y será exhibida en los museos del próximo siglo como el arma con la que se inauguró la nueva era. Coloco en el cargador un cartucho Boxer, especialidad dotada de una bala de acero con propósitos experimentales. Apunto al trozo de lacre en la pared que está cuatro pulgadas por encima del imán. Soy un tirador infalible. Disparo. Ahora te acercarás y podrás comprobar por ti mismo que la bala está aplastada a un extremo del imán, tras lo cual te disculparás conmigo por esa sonrisa».

Miré, y ciertamente era como él decía.

«Te diré lo que haré», exclamó. «Estoy listo para poner el imán en el sombrero de Hetty y dejar que le dispares seis veces directamente al rostro. ¿Qué te parece como demostración? ¿Te importaría, Hetty? ¿Eh?».

No creo que ella hubiera puesto impedimento, pero me apresuré a rechazar toda participación en semejante experimento.

«Entenderás que todo irá en aumento, por supuesto. Mi barco de guerra del futuro lleva en proa y popa un imán que será mayor que este en la misma proporción que un gran proyectil es mayor que esta pequeña bala. O podría contar con un bote independiente, quizá, para transportar mi aparato. Mi barco entra en acción. ¿Qué sucede entonces, Munro, eh? ¿Qué? Cada disparo que lancen contra él impactará en el imán. Hay un depósito debajo en el que irán cayendo los proyectiles cuando el circuito eléctrico se interrumpa. Después de cada acción se venderán en subasta como metal antiguo, y lo recaudado se repartirá entre la tripulación como botín. ¡Piensa en ello, muchacho! Te digo yo que es absolutamente imposible que ningún proyectil dé en el blanco de ningún barco provisto de mi aparato. Y luego mira su bajo coste. No necesitas coraza. No necesitas nada. Cualquier barco que flote se hace invulnerable con esto. El barco de guerra del futuro no costará más que siete libras con diez. Estás sonriendo de nuevo, pero si me das un imán y un arrastrero de Brixton con un cañón de siete libras, le enseñaré lo que es bueno al mejor barco de guerra que haya a flote».

«Bueno, puede haber algunos fallos», sugerí. «Si tu imán es tan poderoso como para eso, podría hacer que tus propias andanadas se volvieran contra ti igual que un boomerang».

«¡Ni hablar de eso! Hay una gran diferencia entre un disparo que sale desde tu posición, con toda la velocidad que le da la potencia del cañón, y otro que viene hacia ti y no necesita más que una ligera desviación para impactar en el imán. Además, interrumpiendo el circuito puedo eliminar su influencia cuando esté disparando mi propia andanada. Luego lo vuelvo a conectar, e instantáneamente soy invulnerable».

«¿Y tus clavos y tornillos?».

«El barco de guerra del futuro estará ensamblado con madera».

Y, bueno, no habló de nada más en toda la noche que de que aquella maravillosa invención suya. Tal vez no haya nada en ella (probablemente no la hay), pero ilustra la naturaleza polifacética del hombre que no dijera una sola palabra acerca de su fenomenal éxito aquí (del que estoy, naturalmente, ansioso por saber), ni sobre la importante cuestión de nuestra asociación, y que no pensara ni hablara de otra cosa más que de su extraordinario invento

naval. Dentro de una semana, con toda probabilidad, lo habrá abandonado y estará inmerso en algún plan para reunir a los judíos y asentarlos en Madagascar. Pero, de todo lo que ha dicho y todo lo que he visto, no puede haber duda de que de alguna manera ha logrado un gran éxito, y mañana hablaré de ello. Pase lo que pase, me alegra haber venido, pues las cosas prometen ser interesantes. No consideres este el final de una carta, sino de un párrafo. Tendrás la conclusión mañana mismo, o el jueves, como mucho. Adiós, y dale recuerdos a Lawrence si lo ves. ¿Cómo está tu amigo de Yale?

VII.
The Parade Bradfield,
9 de marzo de 1882.

Pues, bien, ya ves que soy hombre de palabra, Bertie, y aquí tienes la crónica completa de este extraño caso sacado de la vida real al que imagino que jamás asistirán otros ojos que los tuyos. Le he escrito a Horton también, y, por supuesto, a mi madre, pero no entro en detalles con ellos como me he acostumbrado a hacer contigo. Tú sigues asegurándome que no tienes inconveniente, así que caiga sobre tu propia responsabilidad si poco a poco mis anécdotas se te van haciendo tediosas.

Cuando desperté por la mañana y vi a mi alrededor aquellas paredes desnudas y la palangana sobre el cajón de embalaje, apenas sabía dónde me hallaba. Cullingworth entró a la carga en mi habitación en camisón, sin embargo, y me levantó con eficacia poniendo las manos en la barra a los pies de la cama y dando una voltereta que acabó con sus talones en mi almohada de un batacazo. Estaba de muy buen humor, y acuclillado sobre la cama, se extendió sobre sus planes mientras yo me vestía.

«Te diré una de las primeras cosas que quiero hacer, Munro», dijo. «Quiero tener mi propio periódico. Empezaremos con un semanario aquí, tú y yo, y congregaremos a todo el mundo. Tendremos nuestro propio órgano, igual que cualquier político francés. Si alguien nos molesta, le haremos desear no haber nacido. ¿Qué te parece, muchacho, eh? ¿Qué piensas? Tan inteligente, Munro, que todo el mundo tenga que leerlo, y tan mordaz que saque ampollas cada vez. ¿No crees que seríamos capaces?».

«¿Qué políticos?», pregunté.

«¡Oh, al diablo la política! Buen picante, esa es mi idea un periódico. Llámalo *El Escorpión*. Tomémosle el pelo al alcalde y a los concejales hasta que convoquen una reunión y se cuelguen. Yo haría los párrafos afilados, y tú podrías encargarte de la ficción y la poesía. Pensé en ello durante la noche, y

Hetty ha escrito a Murdoch’s para pedir un presupuesto de los gastos de impresión. Podríamos sacar nuestro primer número en esta misma semana».

«¡Querido amigo!», resoplé.

«Quiero que empieces una novela esta mañana. No tendrás muchos pacientes al principio, y te sobrará tiempo».

«Pero yo no he escrito una línea en mi vida».

«Un hombre bien equilibrado puede hacer cualquier cosa que se proponga. Tiene todas las cualidades posibles en su interior, y todo lo que necesita es la voluntad de llevarlo a cabo».

«¿Podrías tú escribir una novela?», pregunté.

«Por supuesto que podría. Una novela, Munro, que la gente, nada más leer el primer capítulo, acabara pidiendo a gritos el segundo. Harían fila delante de mi puerta con la esperanza de oír qué pasaba a continuación. ¡Diablos, voy a empezar ahora mismo!». Y, con otra voltereta hasta el extremo de la cama, salió corriendo por la puerta con las borlas del camisón de dormir aleteando tras él.

Diría que, a estas alturas, ya habrás llegado a la conclusión de que Cullingworth es sencillamente un interesante caso patológico (un hombre en la primera fase del lunatismo o de una parálisis general). Puede que no estuvieras tan seguro si te hallaras en estrecho contacto con él. Pues justifica sus desafueros más disparatados con lo que hace. Suena grotesco puesto en negro sobre blanco, pero habría sonado igualmente grotesco si hace un año hubiera dicho que establecería una consulta médica gigantesca en un periodo de doce meses. Ahora vemos que lo ha hecho. Sus posibilidades son inmensas. Hay una energía inmensa al fondo de su fértil inventiva. Temo, al reconsiderar todo lo que te he escrito, que haya podido darte una falsa impresión del individuo al demorarme demasiado en aquellos incidentes en los que ha mostrado el lado más extraño y violento de su carácter y omitir los intervalos en los que su sabiduría y su criterio han tenido una oportunidad. Su conversación, cuando no se sale por la tangente, está llena de fondo y de ideas. «El mayor monumento jamás erigido en honor de Napoléon Bonaparte ha sido la deuda pública británica», dijo ayer. O: «Nunca debemos olvidar que la principal exportación de Gran Bretaña a los Estados Unidos han sido los Estados Unidos». O, hablando del cristianismo: «Lo que es intelectualmente frágil no puede ser moralmente sólido». Es capaz de disparar toda una pila de aforismos en una sola tarde. Me gustaría que siempre hubiera alguien con un cuaderno de notas junto a él para recoger lo que va dilapidando. No; no debes dejar que te dé una falsa impresión de la capacidad

de este hombre. Por otra parte, sería deshonesto negar que lo creo por completo falto de escrúpulos, y lleno de muy siniestras cualidades. Pero no creo equivocarme tampoco si digo que hay también buenos estratos en su natural. Es capaz de elevarse a las alturas lo mismo que de sumirse en las profundidades.

Pues, bien, después de desayunar subimos al coche y nos dirigimos a la casa de los negocios.

«Supongo que te habrá sorprendido que Hetty nos acompañe», dijo Cullingworth dándome una palmada en la rodilla. «Hetty, Munro se está preguntando qué demonios haces aquí, solo que es demasiado cortés como para preguntarlo».

Lo cierto era que me había sorprendido que ella nos acompañara a nuestros negocios como si fuera cosa natural.

«Ya lo verás cuando estemos allí», exclamó con una risita. «Llevamos este asunto a nuestra manera».

No era muy lejos, y pronto nos hallamos ante un cuadrado edificio encalado con un enorme «Dr. Cullingworth» sobre una gran placa junto a la puerta. Debajo se leía: «Consulta gratuita de diez a cuatro». La puerta estaba abierta, y distinguí a una multitud de gente que esperaba en el vestíbulo.

«¿Cuántos hay?», preguntó Cullingworth al criado.

«Ciento cuarenta, señor».

«¿Todas las salas de espera están llenas?».

«Así es, señor».

«¿El patio lleno?».

«Sí, señor».

«¿El establo lleno?».

«Sí, señor».

«¿La cochera llena?».

«Aún queda espacio en la cochera, señor».

«Ah, lamento que no tengamos hoy un día abarrotado para ti, Munro», dijo. «Por supuesto, no mandamos en estas cosas, y debemos tomarlas como vienen. A ver, a ver, abran paso, ¿pueden?», dijo esto último a sus pacientes. «Ven a ver la sala de espera. ¡Uf! ¡Vaya atmósfera! ¿Por qué demonios no abren ustedes mismos las ventanas? ¡Nunca he visto una gente igual! Hay treinta personas en esta habitación, Munro, y ni una con el suficiente buen juicio como para abrir una ventana que lo salve del ahogo».

«Yo lo intenté, señor, pero hay un tornillo atravesado en el bastidor», exclamó un individuo.

«Ah, muchacho, nunca te irá bien en el mundo si no eres capaz de abrir una ventana sin levantar un bastidor», dijo Cullingworth dándole una palmadita en el hombro. Tomó el paraguas del hombre e hizo palanca con él entre las dos hojas de la ventana.

«¡Así hay que hacerlo!», dijo. «Ya ves, muchacho, que el clavo ha salido. Ahora, vamos, Munro, pongámonos a trabajar».

Subimos por una escalera de madera sin alfombrar dejando debajo todas las habitaciones, hasta donde podía ver, atestadas de pacientes. En lo más alto había un pasillo desnudo con dos habitaciones, una enfrente de la otra en un extremo, y una sola habitación al otro.

«Esta es mi sala de consulta», dijo mientras me conducía a una de ellas. Se trataba de una cámara cuadrada, de buen tamaño, absolutamente vacía salvo por dos simples sillas de madera y una mesa sin barnizar con dos libros y un estetoscopio encima. «No parece esto cosa de cuatro o cinco mil libras al año, ¿verdad? Hay otra exactamente igual enfrente que puedes quedarte para ti. Te enviaré allí a todos los casos quirúrgicos que se presenten. Hoy, sin embargo, creo que harás mejor en quedarte conmigo y ver cómo hago las cosas».

«Me gustaría mucho», respondí.

«Hay un par de reglas elementales que observar en la manera de manejar a los pacientes», observó sentándose sobre la mesa con las piernas colgando y balanceándose. «La más obvia es que jamás debes permitir que vean que tú los necesitas. Ha de ser pura condescendencia por tu parte dignarte a verlos, y cuantas más dificultades les pongas en el camino, más lo pensarán. Domina pronto a tus pacientes y mantenlos a tus pies. Jamás cometas el fatal error de ser cortés con ellos. Muchos jóvenes estúpidos incurren en él y se arruinan a consecuencia. Y esta es mi fórmula». Saltó hacia la puerta y, poniéndose las dos manos junto a la boca, gritó: «¡Dejad ya ese maldito parloteo ahí abajo! ¡Parece que estuviera encima de una pelea de gallos! Ya lo ves —añadió dirigiéndose a mí—, así me tendrán siempre en mayor consideración».

«Pero ¿no se ofenden?», pregunté.

«Me temo que no. Tengo un nombre gracias a esta clase de cosas y ellos ya las esperan. Pero un paciente ofendido (me refiero a uno insultado de verdad) es la mejor publicidad del mundo. Si se trata de una mujer, esta corre a contárselo a sus amigas hasta que tu nombre se convierte en una palabra doméstica, y todas fingen compadecerla mientras convienen entre sí que tú debes ser un hombre de singular buen juicio. Una vez discutí con un hombre acerca del estado de su vesícula y terminé empujándolo por las escaleras.

¿Cuál fue el resultado? Que habló tanto de ello que el pueblo entero del que venía, sano y enfermo, vino a verme en masa. El insignificante médico rural que había estado untándolos en mantequilla durante un cuarto de siglo descubrió que bien podía cerrar sus postigos. Es la condición humana, muchacho, y no puedes cambiarla. ¿Qué te parece, eh? Bajas los precios y te abaratan. Te cotizas alto y te estiman así. Supón que me estableciera en Harley Street mañana, y que lo hiciera todo amable y fácil en horario de diez a tres, ¿crees que conseguiría algún paciente? Me moriría de hambre primero. ¿Cómo la haría funcionar? Pues haría saber que solo vería pacientes entre la media noche y las dos de la mañana, y que los calvos tendrían que pagar el doble. Eso pondría a hablar a la gente, estimularía su curiosidad, y, pasados cuatro meses, la calle estaría bloqueada toda la noche. ¿Qué te parece, eh? Muchacho, tú vas por tu cuenta. Ese es mi principio aquí. A menudo llego por la mañana y mando a todo el mundo a volver a sus quehaceres; les digo que me marcho al campo por un día. ¡Renuncio a cuarenta libras que valen cuatrocientas en publicidad!».

«Pero entendí por la placa que las consultas eran gratuitas».

«Lo son, pero tienen que pagar por los medicamentos. Y si un paciente quiere salir de la cola tiene que pagar media guinea a cambio del privilegio. Hay, por lo general, unos veinte cada día que prefiere pagar antes que esperar varias horas. ¡Pero, te lo advierto, Munro, no te hagas ninguna idea equivocada de esto! Nada llegaría a ninguna parte si no tuvieras algo en la manga. Yo los curo. Esa es la cuestión. Acepto casos que otros han dado por imposibles y los curo de inmediato. Lo demás es solo para atraerlos. Pero, una vez aquí, los conservo por mis méritos. Todo sería flor de un día de lo contrario. Ahora, ven conmigo y visitemos el despacho de Hetty».

Fuimos por el pasillo hasta la otra habitación. Estaba concienzudamente dispuesta como dispensario, y allí, con un elegante y pequeño mandil, la señora Cullingworth se afanaba en preparar píldoras. Arremangada y rodeada de recipientes y botellas, se reía igual que una niña entre sus juguetes.

«¡La mejor dispensadora del mundo!», exclamó Cullingworth dándole una palmadita en hombro. «Ya ves cómo lo hago, Munro. Escribo en una etiqueta las prescripción, y hago una señal que muestra hasta dónde tiene que llegar. El hombre viene por el pasillo y deja la etiqueta en el casillero. Hetty la rellena, dispensa el bote y recibe el pago. Y ahora vamos a sacar a alguna de esta gente de la casa».

Me resulta imposible darte una idea de la larga cola de pacientes que permanecía en fila hora tras hora en aquella habitación sin mobiliario para

luego marcharse; algunos risueños, y otros temerosos, con sus etiquetas en las manos. Las excentricidades de Cullingworth superan lo creíble. Me reí hasta que pensé que la silla de madera que tenía debajo iba a hacerse pedazos. Él rugía, despotricaba, juraba, les daba palmadas en la espalda, los empujaba contra la pared y, de vez en cuando, se dirigía a la escalera para arengarlos en masa. Pero, al mismo tiempo, tras todas aquellas payasadas, observando sus prescripciones podía ver una rapidez de diagnóstico, un conocimiento científico y un audaz y poco convencional uso de los medicamentos que me convencían de que estaba en lo cierto al decir que, bajo toda aquella charlatanería, su éxito se fundaba en bases sólidas. Y lo cierto es que «charlatanería» no es una palabra apropiada aquí, pues esta describe a un médico que aplica medios artificiales y convencionales con sus pacientes más que a uno que es absolutamente franco y honesto con su naturaleza extraordinaria.

A algunos de sus pacientes ni les decía una sola palabra ni les permitía decir alguna. Con un contundente «cállese», acostumbraba a echárseles encima, golpearles el pecho, auscultar su corazón, escribirles sus etiquetas y empujarlos hasta la puerta por los hombros. A una pobre anciana la recibió con un auténtico grito. «¡Ha estado usted bebiendo demasiado té!», exclamó. «¡Está sufriendo un envenenamiento de té!». A continuación, sin dejarla decir lo más mínimo, la agarró por el crujiente manto negro, la arrastró hasta la mesa y colocó sobre ella un volumen de la *Jurisprudencia médica* de Taylor. «Ponga la manos sobre el libro», tronó. «Y jure que durante catorce días no beberá otra cosa que cacao». La mujer juró con los ojos vueltos hacia lo alto y fue instantáneamente despachada al dispensario con su etiqueta en la mano. Me podía imaginar que hasta el último día de su vida la anciana señora seguiría hablando de su entrevista con Cullingworth, y podía entender a la perfección que la aldea de la que había venido enviara sin cesar nuevas remesas de pacientes para bloquear sus salas de espera.

Otra persona corpulenta fue agarrada por las sisas del chaleco en el momento en que abría la boca para explicar sus síntomas, empujada por el pasillo, escaleras abajo, y, finalmente, hasta la calle, para inmenso deleite de los pacientes congregados: «Comes mucho, bebes mucho y duermes mucho», rugía Cullingworth tras él. «Ve y noquea a un policía y vuelve cuando te dejen salir». Otra paciente se quejó de «sensación de estar hundiéndose». «Querida, tome su medicina, y si no le hace bien, tráguese el corcho, pues no hay nada más útil cuando uno se hunde», le dijo.

Hasta donde me era posible juzgar, la muchedumbre de pacientes se antojaba cualquier mañana en la consulta de Cullingworth un entretenimiento público fascinante solo atemperado por la inquietud de ser el siguiente en convertirse en objeto de exhibición.

Con media hora de almuerzo, este extraordinario negocio se prolongó hasta las cuatro menos cuarto de la tarde. Cuando el último paciente se hubo marchado, Cullingworth me guio hasta el dispensario, donde todos los pagos se habían ordenado sobre el mostrador según su cuantía. Había veintisiete soberanos y medio, setenta y tres chelines y cuarenta y seis florines o, lo que es lo mismo, treinta y dos libras con ocho y seis peniques en total. Cullingworth las contó, y, a continuación, mezclando el oro y la plata en un montón, se sentó a recorrerlo con los dedos y a juguetear con él. Por último, lo metió en la bolsa de lienzo que yo había visto la noche anterior y lo ató con un cordón de bota.

Volvimos a casa caminando, y aquel paseo me resultó lo más extraordinario del día. Cullingworth desfilaba lentamente por las calles principales con su bolsa de lienzo llena de dinero extendida a todo lo largo de su brazo. Su esposa y yo caminábamos cada uno a un lado como dos acólitos que asistieran a un sacerdote, y así fue nuestra solemne vuelta a casa mientras las gentes se detenían a vernos pasar.

«Siempre me aseguro de pasar por el barrio de los médicos», dijo Cullingworth. «Estamos atravesándolo ahora. Todos salen a la ventana y les rechinan los dientes hasta que nos pierden de vista».

«¿Por qué te enfrentas a ellos? ¿Cuál es el problema?», pregunté.

«¡Uf! ¿De qué sirve andarse con evasivas al respecto?», dijo. «Todos querríamos rebanarnos el cuello unos a otros, ¿por qué ser hipócritas? Ellos no tienen ni una sola palabra buena para mí, así que me gusta fastidiarlos».

«Debo decir que no le veo el más mínimo sentido a eso. Son tus hermanos en la profesión, con la misma formación y el mismo conocimiento. ¿Por qué adoptar una actitud ofensiva hacia ellos?».

«Eso es lo que yo digo, doctor Munro», exclamó su mujer. «Es muy desagradable sentir que se está rodeado de enemigos por todas partes».

«A Hetty la saca de quicio que sus esposas nunca la visiten», exclamó él. «Mira esto, querida», dijo haciendo tintinear su bolsa. «Esto es mejor que tener a un montón de mujeres sin seso bebiendo té y soltando risotadas en tu salón. Tengo una gran tarjeta impresa, Munro, donde dice que no deseamos aumentar el círculo de nuestros conocidos. La doncella tiene órdenes de mostrársela a toda persona sospechosa que se presente».

«¿Por qué no puedes ganar dinero en tu consulta y, aun así, mantener buenas relaciones con tus hermanos de profesión?», dije. «Hablas como si ambas cosas fuesen incompatibles».

«Es que lo son. ¿Qué tiene de bueno marear la perdiz, muchacho? Todos mis métodos son antiprofesionales, y me salto todas las leyes de la etiqueta médica tan a menudo como se me antoja. Sabes muy bien que la Asociación Médica Británica se llevaría las manos a la cabeza horrorizada si pudiera ver lo que tú has visto hoy».

«Pero ¿por qué no ceñirse a la etiqueta profesional?».

«Porque yo sé más. Muchacho, soy el hijo de un médico, y llevo vistas muchas cosas. Nací dentro de la máquina, y conozco cada uno de los cables. Toda esa etiqueta es una artimaña para mantener el negocio en manos de los viejos. Es para contener a los jóvenes y taponar los resquicios por los que podrían deslizarse hasta la primera línea. He oído a mi padre decir eso mismo una docena de veces. Él tenía la consulta más importante de toda Escocia, y sin embargo carecía absolutamente de cerebro. Conseguía abrirse camino mediante caballerosidad y decoro. No empujando, sino esperando turno. Eso está muy bien, muchacho, cuando estás al principio de la fila, pero ¿qué pasa cuando acabas de ocupar tu sitio en el último lugar? Cuando esté el primero miraré hacia atrás y diré: “Ahora, jovencitos, vamos a imponer una etiqueta muy estricta, y os ruego que os acerquéis despacio y no me desalojéis de mi cómoda posición”. Al mismo tiempo que, si hacen lo que les digo, los miraré como a un hatajo infernal de cabezas de zoquete. ¿Qué te parece, eh, Munro?».

Yo solo pude volver a decir que pensaba que tenía en muy poca estima la profesión y que no estaba de acuerdo ni con una sola de las palabras que había dicho.

«Bien, muchacho, puedes estar tan en desacuerdo como quieras, pero, si vas a trabajar conmigo, ¡tienes que mandar al diablo la etiqueta!».

«No puedo hacer eso».

«Bien, si eres demasiado delicado para el trabajo, puedes marcharte. No podemos retenerte aquí contra tu voluntad».

No dije nada, pero cuando volvimos, subí e hice mi equipaje completamente decidido a volver a Yorkshire en el tren nocturno. Él subió a mi habitación, y cuando vio lo que hacía, se deshizo en disculpas que habrían satisfecho incluso a alguien más exigente de lo que yo soy.

«Harás exactamente lo que quieras, querido amigo mío. Si no te gusta mi método, puedes probar el tuyo propio».

«Me parece justo», respondí. «Pero es poner a prueba el amor propio de un hombre decirle que se marche cada vez que surge una diferencia de opinión».

«Bueno, bueno, no había intención de ofender, y no ocurrirá de nuevo. Creo que no puedo decir más; así que ven a tomarte una taza de té».

Y así se resolvió el asunto, pero mucho me temo, Bertie, que esto no ha hecho más que empezar. Tengo el presentimiento de que, tarde o temprano, mi situación aquí se hará insostenible. Aunque, a pesar de todo, le daré una oportunidad justa mientras me lo permita. Cullingworth es un individuo al que le gusta no tener más que inferiores y subalternos a su alrededor. Pero yo quiero mi sitio y poder pensar por mi cuenta. Si él me deja, nos llevaremos bien, pero si sé algo de él es que acabara exigiendo una sumisión que no estoy dispuesto a ofrecerle. Tiene derecho a mi gratitud; cosa que admito sin reservas. Me ha encontrado un empleo cuando necesitaba desesperadamente uno y no tenía ninguna perspectiva inmediata. Pero, aun así, incluso por algo como eso el precio que uno pague puede ser demasiado alto, y sentiría que es lo que estoy haciendo si tuviera que renunciar a mi individualidad y mi virilidad.

Tuvimos un incidente esta noche tan característico de él que no tengo más remedio que contártelo. Cullingworth posee una pistola de aire que dispara dardos de acero. Con ella hace excelentes disparos de prueba desde una distancia de veinte pies, la longitud del cuarto trasero. Estábamos tirando al blanco después de cenar cuando me preguntó si estaría dispuesto a sostener medio penique entre el índice y el pulgar y permitirle hacer puntería. Al no haber medio penique disponible, sacó una medalla de bronce del bolsillo de su chaleco y yo la sostuve como blanco. «¡Cling!», sonó la pistola de aire, y la medalla rodó hasta el suelo.

«En todo el centro», dijo él.

«Nada de eso», respondí, «¡no has llegado ni a rozarla!».

«¡Que no he llegado ni a rozarla! ¡He tenido que darle!».

«Estoy seguro de que no».

«¿Dónde está el dardo, entonces?».

«Aquí», dije levantando un dedo sangrante del que sobresalía la punta de la pluma del dardo.

En toda mi vida jamás he visto a alguien deshacerse en disculpas por algo tan abyectamente. Empleó términos de autorreproche que habrían resultado extravagantes si me hubiera disparado una bala en un brazo o una pierna. Nuestros papeles se invirtieron, y fue él el que se derrumbó abatido en una

silla mientras yo, con el dardo aún en mi dedo, me inclinaba sobre él y le quitaba hierro entre risas al asunto. La señora Cullingworth salió corriendo en busca de agua caliente, y enseguida sacamos al intruso con unas pinzas. No sentí apenas dolor (aunque hoy me duele más que ayer), pero, si alguna vez te llaman para que identifiques mi cadáver, podrás buscar una estrella en la punta de mi índice derecho.

Cuando se hubo completado la cirugía (con Cullingworth retorciéndose y gimoteando todo el tiempo), mis ojos repararon por casualidad en la medalla que había dejado caer y yacía sobre la alfombra. La tomé y la miré, deseoso de encontrar algún tema de conversación más agradable. Grabado en ella podía leerse: «A James Cullingworth, por su gallardía como salvavidas. Enero, 1879».

«Vaya, Cullingworth», le dije. «¡Nunca me habías contado nada de esto!».

En un instante había adoptado su más extravagante estilo.

«¿Qué? ¿La medalla? ¿Es que tú no tienes una? Pensé que todo el mundo la tenía. Tú prefieres ser selecto, supongo. Yo era un muchachito. No tienes idea del trabajo que me costó meterlo».

«Querrás decir sacarlo».

«Querido muchacho, ¡no lo entiendes! Cualquiera puede sacar a un niño del agua. Lo difícil es meterlo. Uno se merece una medalla por ello. Y luego están los testigos: cuatro chelines al día tuve que pagarles, y dos pintas de cerveza por las noches. Como es natural no puedes elegir a un niño sin más y llevarlo hasta el borde de un muelle y empujarlo. Tendrías toda clase de problemas con los padres. Has de ser paciente y esperar hasta que se presente una oportunidad legítima. Pillé unas anginas paseándome arriba y abajo por el muelle de Avonmouth antes de ver mi oportunidad. Era un niño gordo muy tonto, y estaba sentado pescando en el mismo borde. Le di con la suela del zapato en la espalda y salió disparado a una distancia increíble. Tuve alguna dificultad para sacarlo, pues su sedal se me enredó dos veces en las piernas, pero todo terminó bien, y los testigos fueron muy leales. El niño vino a darme las gracias al día siguiente, y dijo que había salido ileso salvo por un moratón en la espalda. Sus padres me envían una pareja de aves cada Navidad».

Yo permanecía sentado con el dedo metido en agua caliente escuchando este embrollo. Cuando hubo terminado, salió corriendo en busca de su petaca y pudimos oír cómo el rugido de sus carcajadas se desvanecía a medida que iba subiendo la escalera. Yo seguía mirando la medalla que, a juzgar por las muescas que tenía por toda su superficie, a todas luces había sido utilizada muchas veces como blanco, cuando sentí que me tocaban tímidamente la

manga. Era la señora Cullingworth, que me miraba ansiosamente con una expresión de gran angustia en su rostro.

«Cree usted demasiadas cosas de las que James le cuenta», dijo. «Usted no lo conoce en absoluto, señor Munro. No mira las cosas desde su punto de vista, y nunca logrará entenderlo a él hasta que lo haga. No se trata de que él se proponga contar ninguna mentira, sino de que su fantasía se enciende, y él se deja llevar por la idea que sea, tanto si esta habla en su favor como si no. A mí me duele, señor Munro, ver al único hombre en el mundo hacia el que ha tenido algún sentimiento de amistad malinterpretarlo tan completamente, pues muy a menudo incluso cuando no dice nada su rostro revela de forma muy clara lo que está pensando».

Solo pude responder sin demasiada convicción que lo sentía mucho si había juzgado mal a su esposo de cualquier forma, y que nadie apreciaba más vivamente que yo algunas de las cualidades que él poseía.

«He visto lo severamente que usted lo miraba mientras le contaba esa absurda historia sobre haber empujado a un niño pequeño al agua», continuó, y, mientras hablaba, sacó de algún lugar de la delantera de su vestido un trozo de papel muy arrugado. «Solo eche un vistazo a esto, por favor, doctor Munro».

Era un recorte de periódico que ofrecía el verdadero relato del incidente. Baste decir que se había tratado de un accidente en el hielo, y que Cullingworth se había comportado en realidad de una manera heroica y había sido rescatado inconsciente con el niño tan fuertemente abrazado que hasta que hubo recobrado la consciencia no pudieron separarlos a los dos. Apenas acababa de terminar de leerlo cuando oímos sus pasos en la escalera y ella, guardándose de nuevo el papel en el pecho, volvió al instante a ser la misma mujer silenciosamente vigilante de siempre.

¿No es este hombre un enigma? Si a ti te interesa en la distancia (y estoy dando por sentado que lo que dices en tus cartas no son meros cumplidos convencionales), puedes imaginar lo apasionante que resulta en la vida real. He de confesar, no obstante, que jamás consigo deshacerme de la sensación de estar viviendo con una criatura caprichosa que con frecuencia gruñe y a veces puede morder. Pero no tardaré mucho en escribirte de nuevo, y para entonces probablemente ya sabré si voy a encontrar alojamiento permanente aquí o no. Lamento saber de la indisposición de la señora Swanborough. Sabes lo profundamente que me interesa todo lo que te afecta. Aquí me dicen que parezco bastante en forma, pero yo creo que deberían añadirle el adjetivo «voluminosa».

VIII.
The Parade Bradfield,
6 de abril de 1882.

Escribo esto, querido Bertie, sentado a una mesita me han instalado junto a la ventana de mi dormitorio. Todo el mundo en la casa duerme menos yo, y todo el ruido de la ciudad ha quedado en silencio. Sin embargo, mi cerebro se halla singularmente activo, y tengo la impresión de que emplearé mejor el tiempo sentándome a escribirte antes que dando vueltas en la cama. A menudo me reprochan que estoy soñoliento durante el día, pero de vez en cuando la Naturaleza iguala las cosas teniéndome anormalmente despierto durante la noche.

¿Eres consciente del sosegado influjo que ejercen las estrellas? Para mí son lo más relajante que la Naturaleza posee. Me enorgullece decir que no sé el nombre de una sola. Su encanto y su romanticismo se desvanecerían si todas acabaran clasificadas y etiquetadas en nuestro cerebro. Pero, cuando un hombre está exaltado y frenético, invadido por sus insignificantes y agitadas preocupaciones y sus desgracias infinitesimales, un baño de estrellas es lo más extraordinario del mundo. Son tan grandes, tan serenas y maravillosas. Me dicen que los espacios interplanetarios están llenos de residuos de asteroides disgregados, por lo que tal vez incluso entre ellas existan cosas como la enfermedad y la muerte también. Pero solo mirarlas ha de servir para recordarle a un hombre qué clase de microbio es (siendo la raza humana al completo como una especie de pizca de polvo impalpable sobre la superficie de uno de los más insignificantes volantes de una máquina monstruosa). ¡Pero hay en ella orden, Bertie, hay orden! Y donde hay orden ha de haber una mente, y donde hay mente ha de haber sentido de la Justicia. No admito que pueda haber ninguna duda en cuanto a la existencia de esa Mente central o a que esta posea ciertos atributos. Las estrellas me ayudan a comprenderlo. Es extraño, cuando uno las mira, pensar que las iglesias aún siguen discutiendo aquí cuestiones tales como si agrada más al Todopoderoso vaciar el agua de

una cucharilla de té sobre la cabeza de nuestros bebés o esperar unos pocos años para zambullirlos de cuerpo entero en una pileta. Resultaría cómico si no fuera tan trágico.

Esta cadena de pensamiento es el resultado de una discusión con Cullingworth que he tenido esta noche. Él sostiene que la raza humana se deteriora mental y moralmente. Argumenta la zafiedad que confunde al Creador con un joven Filósofo Judío. Yo intenté demostrarle que eso no es prueba de degeneración, pues el Filósofo Judío, al menos, representaba una idea moral y se hallaba, por tanto, en un plano infinitamente superior al de las divinidades sensuales de los antiguos. Sus propias ideas acerca del Creador me parecen a mí una degeneración más evidente. Él afirma que al mirar a su alrededor a la Naturaleza no puede ver más que crueldad y brutalidad. «O el Creador no es todopoderoso o no es totalmente bueno», dice. «O puede detener estas atrocidades y no quiere, en cuyo caso Él no es totalmente bueno, o querría detenerlas y no puede, en cuyo caso no es todopoderoso». Es un dilema del que resulta difícil zafarse para alguien que profesa mantenerse apegado a la razón. Por supuesto, si apelas a la fe, siempre puedes salir airoso. Y me vi obligado a servirme de ese escudo con el que tantas veces tú has hecho frente a mis embestidas. Dije que el dilema surgía de nuestro dar por sentado que lo que parecía mal era realmente *mal*. «Está en ti demostrar que no es así», dijo él. «Podemos confiar en que no lo sea», dije. «Espera a que alguien te diga que tienes un cáncer en el extremo pilórico del estómago», respondió, y volvió a gritarme lo mismo cada vez que yo intenté renovar el argumento.

Pero de verdad pienso, Bertie, que muchas de las cosas que parecen más tristes en la vida podrían ser muy diferentes si las enfocásemos de la manera adecuada. Ya intenté exponerte mis ideas al respecto en la cuestión del alcohol y la inmoralidad. Pero, en el plano físico, creo que estas se aplican de manera más obvia que en el plano moral. Todos los males físicos de la vida parecen culminar en la muerte. Y, sin embargo, tal como yo la he visto, esta no ha sido un proceso doloroso ni terrible. En muchos casos, los hombres mueren sin haber sufrido ni de cerca tanto dolor en el transcurso de su enfermedad fatal como habrían sufrido a causa de una supuración o de un absceso en la mandíbula. Y son a menudo esas muertes que parecen más terribles para el observador las que los son menos para el que las sufre. Cuando un hombre es arrollado por un tren expreso y hecho pedazos o cuando cae desde la ventana de un cuarto piso y queda hecho un montón de astillas, los desafortunados espectadores convulsionan de horror y encuentran pretexto

para perspectivas pesimistas sobre la Providencia que permite que tales cosas sucedan. Sin embargo, resulta más que dudoso que el fallecido, si pudiera hablar, recordase nada en absoluto de lo ocurrido. Sabemos, como estudiantes de Medicina, que aunque el dolor suele asociarse con el cáncer y con las afecciones abdominales, en muchas fiebres, en la apoplejía, en afecciones de la sangre, en enfermedades de los pulmones y, en suma, en la mayor parte de las enfermedades graves, hay muy poco sufrimiento.

Recuerdo lo mucho que me impresionó la primera vez que vi el cauterio actual aplicado en un caso de enfermedad de la médula espinal. El blanco acero al rojo vivo fue impreso con fuerza en la espalda del paciente sin usar ningún anestésico, y ante la visión y el olor nauseabundo de la carne quemada me puse enfermo y me desmayé. Sin embargo, para mi asombro, el paciente no se retorció de dolor en ningún momento y no movió un músculo de la cara cuando, al preguntarle más tarde, me aseguró que el procedimiento fue absolutamente indoloro, afirmación que corroboró el propio cirujano. «Los nervios quedan tan completa e instantáneamente destruidos que no tienen tiempo de transmitir una impresión dolorosa», explicaba. Si esto es así, ¿en qué convierte a todos los mártires en la estaca, y a las víctimas de los indios piel roja y todas las gentes desdichadas ante cuyos sufrimientos y entereza nos hemos asombrado? Quizá la Providencia no solo no sea cruel ella misma, sino que no permita al hombre ser cruel tampoco. Haz lo peor, y ella responderá con un: «No, no permitiré que este pobre hijo mío sufra». Y es entonces cuando aparecen el abotargamiento de los nervios y el letargo que deja a la víctima fuera del alcance de su tormento. David Livingstone bajo las garras del león pudo haber parecido una lección práctica del lado malo de las cosas, y, sin embargo ha dejado testimonio de que sus propias sensaciones fueron más bien placenteras. Estoy muy convencido de que si el niño recién nacido y el hombre que acaba de morir pudieran comparar sus experiencias, el primero demostraría haber sido el que más sufrió. No en vano la primera cosa que hace el recién llegado a este planeta es abrir su boca sin dientes y protestar enérgicamente contra su destino.

Cullingworth ha escrito una parábola para nuestro maravilloso semanario:

> Las bacterias del queso han debatido —dice— sobre quién ha hecho el queso. Algunas piensan que carecen de datos sobre los que basarse; otras, que se han reunido por una solidificación de vapor o por la atracción centrífuga de los átomos. Unas cuantas conjeturan que la quesera podría haber tenido algo que ver, pero ni las más sabias han sido capaces de deducir la existencia de una vaca.

Estamos de acuerdo, él y yo, en pensar que el infinito está más allá de nuestra percepción. Tan solo Diferimos en que él ve el mal y yo el bien en la acción del universo. ¡Ah, qué gran misterio es todo! Seamos honestos y humildes y pensemos amablemente los unos de los otros. Hay una línea de estrellas parpadeando ante mí sobre el tejado de enfrente (haciendo guiños traviesos a la insignificante personita con pluma y papel que se toma tan en serio cosas que no entiende).

Pero, bueno, volveré ahora a algún asunto práctico. Ha pasado casi un mes desde la última vez que te escribí. La fecha se me ha quedado grabada en la memoria porque fue el día después de que Cullingworth me disparase el dardo en el dedo. La zona se infectó, y ello me impidió escribir a nadie durante un par de semanas, pero ya se me ha curado. Tengo muchas cosas de muy distinta clase que contarte. Aunque, en realidad, cuando me paro a pensarlo, tampoco son demasiadas después de todo.

En primer lugar, la consulta. Te conté que iba a tener una sala justo enfrente de la de Cullingworth, y que todos los casos quirúrgicos iban a serme derivados. Durante algunas días no tuve nada que hacer salvo escucharlo corretear y reñir a sus pacientes o soltarles discursos desde lo alto de las escaleras. Pero, a pesar de todo, un gran «Dr. Stark Munro, Cirujano» se ha colocado junto a la puerta de abajo, frente a la placa de Cullingworth, y bien orgulloso que me sentí la primera vez que lo tuve ante mis ojos. Al cuarto día, sin embargo, llegó un caso. Poco podía sospechar aquel paciente que era el primero en toda mi vida que yo tenía para mí solo. Tal vez no habría parecido tan contento de haberlo sabido.

El pobre hombre tampoco es que tuviera muchos motivos de alegría. Era un soldado veterano que había perdido una considerable cantidad de dientes, pero seguía encontrando espacio entre nariz y barbilla para su pipa corta de arcilla negra. Recientemente había aparecido una pequeña llaga en su nariz que se le había extendido y había acabado encostrándose. Al palparla, me pareció sentirla dura igual que una mancha de pegamento, y le producía constantes molestias en forma de punzadas al recorrerla. No podía caber duda en cuanto al diagnóstico. Era un cáncer epiteliomatoso causado por la irritación del humo caliente del tabaco. Lo mandé de vuelta a su aldea y dos días después me desplacé hasta allí en el carruaje de dos ruedas de Cullingworth y eliminé el tumor. No recibí más que un soberano a cambio. Pero esta puede convertirse en una fuente de futuros casos. El viejo se recuperó de la manera más admirable, y acaba de pasar por aquí (con una curva de lo más aristocrática en el orificio nasal) para decirme que se ha

comprado una caja de pipas de capillero. Fue mi primera operación, y diría que me hallaba más nervioso que mi paciente, pero el resultado me ha proporcionado confianza. Estoy por completo decidido a no dejar que nada me sobrepase. Venga lo que tenga que venir, estoy preparado para hacerlo. ¿Por qué habría que esperar? Por supuesto, conozco a muchos hombres que lo hacen, pero no hay duda de que mis nervios ahora son más fuertes, así como mis conocimientos más frescos de lo que serán dentro de veinte años.

Los casos llegan goteando día tras día (todos de personas muy pobres y capaces de pagar muy pocos estipendios), pero aun así no pueden ser más bienvenidos para mí. La primera semana gané (incluidos los honorarios por aquella operación) una libra con diecisiete y seis peniques. La segunda, exactamente dos libras. La tercera gané dos libras y media, y ahora descubro que esta pasada semana he ganado dos libras con dieciocho; así que estoy avanzando en la dirección apropiada. Por supuesto, la comparación con las veinte libras diarias de Cullingworth es bastante ridícula, y mi pequeño y sereno remanso parece un extraño contraste con la ruidosa corriente que afluye a su sala de continuo. Sin embargo, estoy bastante satisfecho, y no tengo la menor duda de que su cálculo inicial de trescientas libras durante el primer año se cumplirá de sobra. Es reconfortante pensar que, si algo llegase a ocurrir en casa, yo sería capaz de servir de alguna ayuda. Si las cosas continúan tal como han empezado, pronto estaré bien asentado sobre mis pies.

Por cierto, me he visto obligado a renunciar a un empleo que, unos meses atrás, me habría parecido la cumbre misma de mis ambiciones. Has de saber (seguro que te lo he dicho) que inmediatamente después de aprobar el examen, me inscribí como candidato para un puesto de cirujano en los libros de varias compañías marítimas. Lo hice con remota esperanza, pues normalmente hay que esperar varios años hasta que te llega el turno. Pero justo una semana después de haber empezado aquí, recibí un telegrama de Liverpool: «Únase al *Decia* como cirujano antes de las ocho de la tarde de mañana». Era de Staunton & Merivale, la famosa compañía sudamericana, y el *Decia* es un barco de pasajeros de seis mil toneladas que hace el trayecto de Bahía y Buenos Aires a Río y Valparaíso. Lo pasé mal, te lo aseguró. No creo que nunca haya estado tan indeciso sobre algo en toda mi vida. Cullingworth estaba totalmente en contra de mi marcha, y su influencia fue decisiva.

«Querido muchacho —me dijo— acabarías tumbando de un puñetazo al primer oficial, y él te colocaría en el cabrestante. Te atarían de los pulgares a las jarcias. Te alimentarían de agua pestilente y galletas podridas. He estado leyendo una novela sobre el servicio en barcos mercantes, y lo sé».

Al reírme de sus ideas acerca de los barcos modernos, intentó otra línea de ataque.

«Eres más tonto de lo que yo creía si te vas», dijo. «¿Para qué; a dónde crees que puede conducirte? Todo el dinero que ganes se te irá en comprarte un abrigo azul y llenarlo de encajes. Creerás que llevas rumbo a Valparaíso, y acabarás en el hospicio. Tienes aquí un puesto difícil de encontrar y todo a tu disposición. No volverás a encontrar otro como este».

Y todo terminó cuando acabé enviándoles un telegrama donde les decía que no podría presentarme. Es extraño cuando llegas a un punto del camino en que tu vida obviamente se bifurca, y eliges una senda u otra tras haber intentado en vano estar seguro de lo que señala el indicador. Creo que, después de todo, elegí sabiamente. Un cirujano de barco solo puede quedarse en cirujano de barco, mientras que aquí no hay límite a mis posibilidades.

El amigo Cullingworth sigue prosperando tan alegremente como siempre. Decías en tu última carta que no lograbas entender cómo había conseguido hacerse con esa clientela en tan breve tiempo. Ese es justamente el punto sobre el más difícil me ha resultado a mí arrojar algo de luz. Me contó que a su llegada no tuvo ni un solo paciente durante el primer mes, y que llegó a hallarse tan desalentado que estuvo a punto de huir a la luz de la luna. Al final, sin embargo, llegaron unos cuantos casos, y él, o bien logró curas extraordinarias, o bien los impresionó con su excentricidad hasta tal punto que consiguió que no se dejara de hablar de él. Algunos de sus resultados milagrosos llegaron a la prensa local. Aunque, tras mi experiencia de Avonmouth, no aseguraría que no los hiciera llegar él mismo. Me mostró un almanaque que había tenido gran difusión en la zona.

Tenía una entrada donde se leía lo siguiente:

> 15 de agosto. Aprobación de la Ley de Reforma, 1867.
>
> 16 de agosto. Nacimiento de Julio César.
>
> 17 de agosto. Extraordinaria cura del Dr. Cullingworth de un caso de hidropesía en Bradfield, 1881.
>
> 18 de agosto. Batalla de Gravelotte, 1870.

Como si se tratara de uno de los grandes hitos de la última mitad de siglo. Le pregunté cómo demonios había llegado hasta allí, pero lo único que conseguí averiguar fue que la cintura de la mujer medía cincuenta y seis pulgadas, y que la había tratado con elaterio.

Lo que me lleva a otra cuestión. Me preguntas si sus curas son, verdaderamente, tan notables y, de ser así, cuál es su sistema. Te respondo sin

la menor vacilación que sus curas son, en efecto, muy notables y que lo considero una especie de Napoleón de la medicina. Su idea es que las dosis farmacopeicas resultan insuficientes en casi todos los casos. Una timidez excesiva las ha reducido hasta que estas han dejado de producir verdadero efecto sobre las enfermedades.

Los médicos, según su perspectiva, han temido causar envenenamientos con sus drogas. Para él, por el contrario, todo el arte de la medicina consiste en un envenenamiento juicioso. Y, cuando el caso es de gravedad, sus remedios son heroicos. Donde, para la epilepsia, yo habría recetado dosis de treinta gramos de bromuro o de cloral cada cuatro horas, él recetaría dos dracmas cada tres. Sin duda te parecerá cosa de matar o curar, y yo mismo temo que una sucesión de investigaciones forenses pueda frenar la carrera de Cullingworth, pero hasta ahora no ha habido ningún escándalo público, en tanto que los casos que ha devuelto a la vida han sido numerosos. Es el individuo más audaz que conozco. Lo he visto administrar opio a un enfermo de disentería hasta que se me ha erizado el pelo. Pero sus conocimientos, o su buena suerte, siempre lo hacen salir bien parado.

Luego hay otras curas que creo que dependen de su propio magnetismo personal. Es tan robusto y habla tan alto y tan efusivamente que hace que un paciente de condición nerviosa débil se vaya recargado de vitalidad. Sus pacientes están tan plenamente seguros de que puede curarlos que los vuelve a ellos plenamente seguros de que pueden curarse, y ya sabes de qué manera, en los casos nerviosos, la mente y el cuerpo reaccionan unidos. Si decidiera conservar muletas y bastones, como hacían en las iglesias medievales, estoy seguro de que podría llenar toda su consulta con ellos. Uno de sus recursos favoritos con un paciente impresionable es el de nombrar la hora exacta de su curación. «Querida —dirá zarandeando a alguna muchacha de los hombros con su nariz a tres pulgadas de la de ella—, te sentirás mejor mañana a las diez menos cuarto, y a las diez y veinte estarás mejor que nunca. No pierdas de vista el reloj, y comprueba si estoy equivocado». Al día siguiente es más que probable que su madre aparezca llorando lágrimas de alegría y otro milagro se haya añadido a la lista de Cullingworth. Quizá esto huela a charlatanería, pero es tremendamente útil para el paciente.

Con todo, debo confesar que no hay nada en Cullingworth que me ponga tan nervioso como la baja opinión que tiene de nuestra profesión. Ni logro reconciliar mis ideas con las suyas ni tampoco convencerlo a él de las mías; lo que supone un abismo que, tarde o temprano, acabará separándonos por completo. No admite ningún aspecto filantrópico en la cuestión. Una

profesión, bajo su punto de vista, es un medio de ganarse la vida, y el hacer el bien a nuestro prójimo, un asunto secundario.

«¿Por qué demonios tendríamos que hacer siempre el bien, Munro?», vocifera. «¿Por qué, eh? ¿No haría el bien a la humanidad un carnicero que despachara gratis sus piezas por la ventana? Sería un auténtico benefactor, pero sigue vendiéndolas a chelín la libra, a pesar de todo. Tomemos el caso de un médico entregado de forma altruista a la ciencia sanitaria. Hace drenajes y controla la infección. ¡Tú lo llamarás filántropo! Yo lo llamo un traidor. ¡Eso es, Munro, un traidor y un renegado! ¿Has oído hablar alguna vez de algún congreso de abogados para simplificar la ley y desalentar del litigio? ¿Para qué sirven la Asociación Médica y el Consejo General y todas esas instituciones, eh, muchacho? Para velar por los intereses de la profesión. ¿Y supones que cumplen ese cometido velando por la salud de la gente? Ya casi es la hora de un motín entre los médicos generalistas. Si yo pudiera emplear la mitad de los fondos que la Asociación posee, gastaría parte de ella en obstruir drenajes, y el resto en el cultivo de gérmenes infecciosos y en la contaminación del agua potable».

Por supuesto, le dije que sus ideas eran diabólicas. Pero después de la advertencia que su esposa me hizo, la verdad es que tampoco doy credibilidad a nada de lo que dice. Empieza en la sinceridad, pero, a medida que habla, la exageración se apodera de él, y acaba en cosas que jamás habría sostenido a sangre fría. Sea come sea, queda el hecho de que diferimos ampliamente en nuestra visión de la vida profesional, y temo que la cuestión pueda llegar a ser un problema.

¿Qué crees que hemos estado haciendo últimamente? Nada menos que construir un establo. Cullingworth quería tener otro en el lugar de trabajo, creo que tanto para sus pacientes como para sus caballos, y con sus modos audaces de siempre decidió que lo construiría él mismo. Así que pusimos manos a la obra él y yo, el cochero, la señora Cullingworth y la esposa del cochero. Cavamos cimientos, transportamos carretadas de ladrillos, hicimos nuestra propia argamasa y creo que acabará quedándonos un trabajo muy bien hecho. No es tan plano como desearíamos, y creo que si yo fuera un caballo en su interior tendría cuidado de no rozarme con el muro, pero, aun así, servirá para mantener fuera el viento y la lluvia cuando esté terminado. Cullingworth habla de construirnos nosotros mismos una nueva casa, pero como tenemos ya tres enormes no parece existir ninguna necesidad acuciante.

A propósito de caballos, el otro día tuvimos un buen lío aquí. A Cullingworth se le metió en la cabeza que quería un caballo de montar de

primera, y como ninguno de los caballos de los carruajes lo satisfacía, encargó a un tratante que le consiguiera uno. El hombre nos habló de un caballo de guerra del que uno de los oficiales de la guarnición estaba intentando deshacerse. No ocultó el hecho de que la razón por la que este deseaba venderlo era que lo consideraba peligroso, pero añadió que el capitán Lucas había pagado ciento cincuenta y estaba dispuesto a venderlo por setenta. Esto animó a Cullingworth, y ordenó que ensillaran y trajeran al caballo. Era un hermoso animal de color negro carbón con cuello y hombros magníficos, aunque con una fea inclinación hacia atrás de las orejas, y una forma desagradable de mirar. El tratante de caballos dijo que nuestro patio era demasiado pequeño para probar al animal allí, pero Cullingworth se encaramó a su espalda y tomó formalmente posesión de él pegándole entre las orejas con el mango de hueso de su fusta. A continuación siguieron unos diez minutos más animados que puedo recordar. La bestia justificó su reputación, pero Cullingworth, aunque no era un jinete, aguantó igual que una lapa. Hacia atrás, hacia adelante, hacia los lados, sobre sus patas delanteras y sobre las traseras, con el lomo arqueado y hundido, corcoveando y pateando, no hubo cosa que el animal no intentara. Cullingworth se sentaba alternativamente sobre sus crines y sobre la raíz de la cola (nunca, ni por casualidad, sobre la silla); había perdido las dos espuelas y tenías las rodillas levantadas y los talones hundidos en las costillas del animal mientras sus manos se agarraban a las crines, la silla, las orejas o cualquier cosa que tuvieran delante. Conservaba la fusta, sin embargo, y, en cuanto la bestia se calmaba un poco, Cullingworth volvía a golpearla con el mango de hueso. Supongo que su idea era la doblegar el espíritu del animal, pero se había sobrestimado. El caballo juntó los cuatro pies, bajó la cabeza, arqueó el lomo igual que un gato que se desperezara y dios tres saltos convulsivos en el aire. Al primero, las rodillas de Cullingworth se hallaban en su sitio en la silla; al segundo, los tobillos mantenían un agarre tembloroso; al tercero él volaba hacia adelante igual que una piedra lanzada por una honda, esquivando por muy poco la albardilla del muro, rompía con su cabeza la barra de hierro que sostenía la alambrada y caía con un ruido sordo en el patio. Se levantó con la sangre chorreándole del rostro, y después de correr hasta nuestros establos a medio terminar tomó un hacha y, con un bramido de ira, se fue hasta el caballo. Yo lo agarré del abrigo y cargué con un lastre de ochenta y cuatro kilos mientras el tratante de caballos (pálido como un queso) huía con su caballo por la calle. Cullingworth se deshizo de mi abrazo y, maldiciendo de forma incoherente, con la cara manchada de sangre y el hacha balanceándose sobre su cabeza,

salió corriendo del patio (con el más diabólico aspecto de criminal que puedas imaginarte). Pero, por suerte para el tratante, había conseguido ya una buena ventaja, y Cullingworth se convenció de volver y lavarse el rostro. Le vendamos la brecha y no lo encontramos demasiado mal, salvo de su mal genio. Creo que, sin ninguna duda, habría estado dispuesto a que su demencial estallido de ira contra el animal le costara setenta libras.

Quizá te parezca extraño que te hable tanto acerca de este individuo y tan poco sobre cualquier otra persona, pero lo cierto es que aquí no conozco a nadie más, y que todo mi círculo se limita a mis pacientes, a Cullingworth y a su esposa. No visitan a nadie y nadie los visita. Vivir con ellos acarrea también sobre mi cabeza el mismo veto del resto de la fraternidad médica, aunque yo jamás haya hecho nada antiprofesional. ¿Creerías que el otro día me encontré en la calle a los McFarlane, a quienes recordarás de Linlithgow? Fui tan estúpido como para proponer matrimonio a Maimie McFarlane en una ocasión, y ella tuvo la sensatez de rechazarme. Qué habría hecho de haberme aceptado, ni siquiera lo sé, pues eso fue hace tres años, y tengo más ataduras y menos perspectivas de matrimonio ahora que entonces. Pero, bueno, de nada sirve lamentarse por lo que no puedes tener. No hay otra persona en el mundo a la que le hablaría de este tema. Pero la vida es terrible y solitaria cuando un hombre no tiene a nadie a su lado. ¿Por qué iba a estar aquí, sentado a la luz de luna, escribiéndote si no ansiara simpatía y compañerismo? También los recibo de ti (tanto como un amigo puede obtenerlos de otro), pero hay algunos aspectos de mí no puedo compartir ni con una esposa, ni con un amigo, ni con nadie. Si vas abriendo tu propio camino, la soledad es lo único que puedes esperar.

¡Vaya! Casi está amaneciendo y estoy más despierto que nunca. Está helando y me he envuelto en una manta. He oído que esta es la hora favorita de los suicidas, y veo que yo mismo estoy derivando hacia la melancolía. Acabaré con un nota más ligera citando el último artículo de Cullingworth. Debo decirte que sigue entusiasmado por la idea de tener su propio periódico, y su cerebro se halla en plena erupción, lanzando una perpetua corriente de párrafos difamatorios, malos versos, sátiras sociales, parodias y artículos. Me los trae todos a mí, y ya se han ido apilando sobre mi mesa. Aquí tengo el último, que ha traído a mi habitación después de desvestirse. Era el resultado de ciertos comentarios que yo había hecho acerca de la dificultad que tendrían nuestros lejanos descendientes para determinar el propósito de algunos de los objetos más comunes de nuestra civilización y lo mucho que deberíamos

cuidarnos de no ser dogmáticos al opinar sobre los antiguos romanos o los egipcios:

> En la tercera reunión anual de la Sociedad Arqueológica de Nueva Guinea se ha leído el informe de unas recientes investigaciones sobre la supuesta ubicación de Londres, junto con ciertas observaciones de cilindros huecos que usaron los antiguos londinenses. Varios ejemplos de estos cilindros metálicos o tuberías se exhibieron en la sala y fueron examinadas por el auditorio. El erudito conferenciante abrió sus observaciones haciendo notar que, debido al enorme lapso de tiempo que los separaba de los días en que Londres fue una floreciente ciudad, se hacía necesario que fueran muy cautos en cualquier conclusión acerca de los hábitos de sus habitantes. La reciente investigación parece haber determinado satisfactoriamente el hecho de que la fecha de la caída definitiva de Londres fue algo posterior a la de la erección de las pirámides egipcias. Un gran edificio ha sido recientemente desenterrado cerca del cauce seco del río Támesis, y no puede haber duda por los testimonios existentes de que fue la sede del consejo legislador entre los antiguos britanos —o anglicanos, como se los llama a veces—. El conferenciante prosiguió señalando que el lecho del Támesis había sido excavado por un monarca de nombre Brunel que algunos autores suponían había sido el sucesor de Alfredo el Grande. Los espacios abiertos de Londres —continuó su disertación—, debían de ser muy poco seguros, pues huesos de leones, tigres y otras formas de carnívoros extintos se habían descubierto en Regent’s Park. Después de referirse brevemente a las misteriosas estructuras conocidas como *buzones de correos* que se hallaban dispersas en gran número por la ciudad, y que debieron tener carácter religioso en su origen o servir para señalar las tumbas de los jefes anglicanos, el conferenciante pasó a tratar las tuberías cilíndricas. Estas habían sido explicadas por la escuela de Patagonia como un sistema universal de pararrayos. Él (el conferenciante) no estaba de acuerdo con esta teoría. A lo largo de una serie de exámenes que se habían alargado durante varios meses, había descubierto el importante hecho de que esas líneas de tubos, si eran seguidas, invariablemente conducían a unos grandes depósitos metálicos huecos que estaban conectados a calderas. Nadie que supiera lo adictos que los antiguos britanos eran al uso de tabaco podía dudar de su propósito. Evidentemente, enormes cantidades de esa hierba se quemarían en la cavidad central, y el aromático y narcótico vapor sería

> conducido a través de las tuberías hasta la casa de cada ciudadano para que este pudiera inhalarlo a su gusto. Habiendo ilustrado sus afirmaciones con una serie de diagramas, el conferenciante concluyó diciendo que, aunque la verdadera ciencia era invariablemente cauta y contraria al dogmatismo, no por ello era menos incontestable que se había arrojado tanta luz sobre la antigua Londres que cada acto de la vida cotidiana de sus ciudadanos era ya conocido, desde su baño matutino hasta que, tras beberse su cerveza negra, se teñían de azul antes de irse a descansar.

Después de todo, yo diría que esta explicación sobre las tuberías de gas de Londres no es más absurda que muchos de nuestros palos de ciego a propósito de las pirámides o de los babilonios.

Bueno, adiós, viejo amigo. Es esta una carta intrascendente y tonta, pero la vida ha sido más tranquila y menos interesante en los últimos tiempos. Tal vez tenga algo más emocionante que contarte en la próxima ocasión.

IX.
The Parade Bradfield,
23 de abril de 1882.

Tengo el recuerdo, querido Bertie, de haberte escrito una carta fragmentaria e inconexa, hace unas tres semanas, que concluía diciéndote que tal vez tuviera algo más interesante que contarte en la siguiente. Pues, bien, ¡así ha resultado! Todo ha terminado aquí, y viajo ahora por raíles nuevos. Cullingworth seguirá su camino y yo el mío. Me alegra decir que no habido ningún conflicto entre nosotros. Pero, como de costumbre, he empezado mi carta por el final; me esforzaré ahora a conciencia para que sepas exactamente cómo han sido las cosas.

Y, en primer lugar, gracias por las dos largas cartas que tengo delante de mí mientras escribo. Hay pocas noticias de carácter personal en ellas, pero puedo entender bien que la tranquila rutina feliz de tu vida discurre muy serenamente de semana en semana. Aunque, por otro lado, me das sobradas pruebas de que esa vida interior es para mí mucho más interesante. Después de todo, podemos estar de acuerdo en la disensión. Tú consideras demostradas cosas en las que yo no creo. Te parecen edificantes algunas cosas que a mí no me lo parecen. Pero, bueno, sé que eres absolutamente honesto en tu fe. Y estoy seguro de que, por tu parte, me concedes el mismo mérito. El futuro dirá quién de los dos tiene razón. Creo que la supervivencia de lo que es más verdadero constituye una ley constante, aunque sea preciso reconocer que es muy lenta en su actuación.

Cometes un error, sin embargo, al dar por sentado que quienes piensan como yo son una triste minoría. Toda la esencia de nuestro pensamiento es la independencia y el juicio individual, por lo que no nos unimos en grupos singulares como hacen las iglesias y no tenemos oportunidad de demostrar nuestro peso. Hay, sin duda, toda clase de matices de opinión entre nosotros, pero si incluyes a aquellos que en lo más íntimo de sí descreen de las doctrinas normalmente aceptadas y creen que las iglesias sectarias tienden al

mal antes que al bien, creo que las cifras serían bastante sorprendentes. Al leer tu carta, hago una lista de los hombres con los que he conversado íntimamente sobre tales cuestiones. Llego hasta diecisiete nombres, entre los cuales no cuento más que cuatro ortodoxos. Cullingworth probó a hacerlo y llegó hasta doce nombres con solo un ortodoxo en su lista. En todas partes se oye que no hay iglesia que no se lamente de la ausencia feligreses varones. Las mujeres predominan triplicándolos en número. ¿Acaso las mujeres son más sinceras que los hombres? Yo creo que es todo lo contrario. Que los hombres siguen su razón y las mujeres sus emociones. Son las mujeres las únicas que mantienen viva la ortodoxia.

No, no debes estar tan seguro de esa mayoría vuestra. Si nos ceñimos a las clases científicas, médicas y profesionales, me pregunto si existe siquiera. El clero, afanado en sus propios círculos limitados y en contacto solo con aquellos que están de acuerdo con él, no ha advertido lo ampliamente que la generación que surge lo ha superado. Y (con excepciones como tú mismo) no son los más relajados, sino los *mejores* jóvenes, los de mentes más amplias y corazones más generosos, los que se han deshecho más claramente de la vieja teología. Y estos no pueden soportar su falta de caridad, sus restricciones de los favores de Dios, sus apelaciones a una especial Providencia, su dogmatismo sobre lo que parece falso, su conflicto con lo que sabemos que es verdadero. *Sabemos* que el hombre ha ascendido y no descendido. ¿De qué le vale un esquema de pensamiento que depende de su supuesta caída? *Sabemos* que el mundo no fue hecho en seis días; que el sol nunca pudo detenerse, puesto que nunca se movió, y que jamás ha habido nadie que viviera dentro de un pez durante tres días. ¿En qué deja eso la inspiración de un libro que contiene semejantes afirmaciones? «¡La verdad, aunque me aplaste!».

¡Ya ves lo que pasa al agitar el trapo rojo! Pero déjame hacer una concesión para tranquilizarte. Creo que el cristianismo, en sus diferentes formas, ha sido lo mejor para el mundo durante toda esta larga época bárbara. Por supuesto que ha sido lo mejor, pues, de lo contrario, la Providencia no lo habría permitido. Los ingenieros saben bien qué herramientas usar para hacer su máquina más fuerte. Pero cuando dices que esta es la mejor y la última herramienta que se usará, estás forzando la ley demasiado.

Aunque, ahora, antes que nada, quiero hablarte de cómo han ido las cosas en la consulta. La semana después de mi última carta se mostró un ligero retroceso. Solo gané dos libras. Pero en la siguiente salté súbitamente hasta las tres libras con siete chelines, y esta última semana he ganado tres libras con diez. Así que iba prosperando ininterrumpidamente, y en verdad veía el

camino despejado ante mí, cuando, de pronto, todo se precipitó. Había razones que hicieron que no me sorprendiera, a pesar de todo, y estas son las que he de explicarte ahora.

Creo que ya mencioné, al esbozarte un pequeño retrato de mi querida madre, que tenía un concepto muy elevado del honor familiar. Ella en verdad intenta vivir a la altura de esa mezcla Plantagenet que se dice corre por nuestras venas, y tan solo nuestros bolsillos vacíos impiden que navegue por la vida como la gran dama que es, derrochando largueza a diestro y siniestro con la cabeza alta y el alma en las nubes. A menudo la he oído decir (estoy bastante convencido de que era lo quería decir) que antes preferiría vernos a cualquiera de nosotros en la tumba que habiendo cometido cualquier acto de deshonra. A pesar de toda su dulzura y femineidad, sería capaz de congelar el acero ante la sola sospecha de una bajeza, y he visto cómo la sangre la enciende desde el sombrero blanco hasta el cuello de encaje solo con oír hablar de una acción mezquina.

Pues, bien, ya le llegaron noticias de ciertos detalles sobre los Cullingworth que la disgustaron cuando empecé a tratarlos. Luego vino el choque de Avonmouth, y a mi madre le fueron gustando cada vez menos. Era reacia a que volviera reunirme con ellos en Bradfield, y solo gracias a mi rápido movimiento final pude escapar a una segura prohibición. Cuando llegué allí, lo primero que me preguntó (al hablarle de su prosperidad) fue si habían pagado a sus acreedores. No tuve más remedio que decir que no. En respuesta, ella me escribió implorándome que regresara, y diciendo que, pobre como era nuestra familia, ninguno sus miembros había caído jamás tan bajo como para asociarse con un hombre de carácter tan inescrupuloso y dudosos antecedentes. Respondí que Cullingworth hablaba a veces de pagar a sus acreedores; que la señora Cullingworth también estaba a favor de ello, y que me parecía poco razonable esperar que sacrificara un buen empleo por algo con lo que yo no guardaba ninguna relación. Le aseguré que si Cullingworth, a partir de ese momento, hacía cualquier cosa que me pareciera poco honorable, rompería mi sociedad con él, y mencioné que ya había rechazado adoptar algunos de sus métodos profesionales. Pues, bien, en respuesta a esto, mi madre me escribió una carta bastante violenta sobre lo que pensaba de Cullingworth que condujo a otra en la que yo lo defendía y demostraba que había ciertos rasgos hondos y nobles en su carácter. Esa tuvo como resultado otra aún más franca de ella, y así prosiguió la correspondencia, ella atacando y yo defendiendo, hasta que pareció abrirse una importante brecha entre nosotros. Me abstuve de escribir por último, no

por enfado, sino porque pensé que, si le daba tiempo se calmaría, y adoptaría tal vez una perspectiva más razonable sobre la cuestión. Mi padre, por la breve nota que me envió, parecía considerar absolutamente irregular todo el asunto y se negaba a creer lo que le contaba acerca de la consulta y las prescripciones de Cullingworth. Y esta doble oposición de las mismas personas por cuyos intereses yo más había estado velando al emprender aquello hizo que mi desilusión fuera menos de lo que habría sido en otras circunstancias cuando todo acabó. En realidad, yo mismo ya estaba bastante decidido a ponerle fin cuando lo hizo por mí el Destino.

Ahora le toca a los Cullingworth. La mujer es tan afable como siempre, y, sin embargo, si no me engaño, ha cambiado algo en sus sentimientos hacia mí. Me he vuelto hacía ella de repente más de una vez y he capturado el destello de una mirada que era poco menos que maligna. En un par de pequeñas cuestiones también he detectado en ella una dureza que nunca había observado antes. ¿He invadido demasiado su vida familiar? ¿Me he interpuesto entre el marido y la esposa? Dios sabe que me he esforzado con todo el poco tacto que poseo por evitarlo. Y, sin embargo, muchas veces he sentido que mi posición era falsa. Quizá es que un hombre joven concede demasiada importancia a las miradas y gestos de una mujer. Desea asignar un claro significado a cada uno de ellos cuando puede que no sean más que el capricho pasajero de un instante. Pero, en fin, no tengo nada que reprocharme y, en cualquier caso, todo habrá acabado pronto.

También he notado algo similar en Cullingworth. Aunque él es un ser tan extraño que nunca doy a sus cambios demasiada importancia. Pero me mira como si estuviera furioso algunas veces, y, luego, cuando le pregunto qué ocurre, gruñe: «¡Oh, nada!». Y se da la vuelta. En cambio, otras veces se muestra tan cordial y amistoso que casi se excede, y acabo preguntándome si no estará actuando. Ha de parecerte descortés que hable así de un hombre que ha sido mi benefactor, y a mí también me lo parece, pero esa *es* la impresión que me deja a veces. Es una idea absurda también, pues, ¿qué posible propósito podrían tener él o su esposa para fingir ser amables si no es lo que sienten en realidad? Pero tú conoces esa sensación que se tiene cuando alguien te sonríe con los labios pero no con los ojos.

Una noche fuimos al salón de billar del Central Hotel para jugar una partida. Nuestra habilidad es casi la misma, y habríamos paso un rato de lo más grato de no haber sido por ese extraño temperamento suyo. Había estado de un humor taciturno durante todo el día, fingiendo no oír lo que se le decía o dando respuestas lacónicas con aire de nube de tormenta. Yo estaba

decidido a no tener bronca, así que pasé por alto sus continuas provocaciones; cosa que, en lugar de apaciguarlo, pareció animarlo a volverse más agresivo. Al final de la partida, cuando faltaban dos bolas para ganar, metí la blanca en la tronera. Gritó que era una falta. Repliqué que era absurdo no hacerlo cuando faltaban solo dos bolas para terminar el juego, y como continuó protestando, apelé al árbitro, que fue de mi misma opinión. Esta oposición solo hizo aumentar su ira, y, de repente, estalló empleando el más violento lenguaje e insultándome con términos desmedidos. Yo le dije: «Si tienes algo que decirme, Cullingworth, salgamos a la calle y dilo allí. Es de mal gusto hablar así delante del árbitro». Levantó su taco, y pensé que iba a golpearme con él, pero lo arrojó al suelo con estrépito y lanzó media corona al hombre. Cuando salimos a la calle, comenzó de nuevo en un tono más ofensivo que nunca.

«Es suficiente, Cullingworth», dije. «He soportado más de lo que soy capaz».

Nos hallábamos bajo la luz brillante de un escaparate en ese momento. Él me miró, y luego volvió a mirarme por segunda vez, inseguro sobre cómo actuar. En cualquier momento podría haberme encontrado en una desesperada pelea callejera con el hombre que era mi socio médico. No lo provoqué, pero me mantuve alerta. Entonces, de repente, para mi alivio, rompió a reír (una carcajada que hacía que la gente se detuviera al otro lado de la calle), y, tomándome del brazo, me llevó calle abajo con prisa.

«Vaya carácter de mil demonios que tienes, Munro», dijo. «Caramba si es peligroso salir contigo. Nunca sé lo que vas a hacer a continuación, ¿eh? Pero no debes irritarte conmigo, pues mi intención es buena hacia a ti, como vas a ver antes de que terminemos».

Te he contado esta escena trivial, Bertie, para mostrarte el extraño modo en que Cullingworth busca pelea conmigo; de repente, sin la menor posible provocación, adopta un tono de lo más ofensivo para luego, cuando ve que me ha empujado hasta el límite de mi paciencia, convertirlo todo en una broma. Esto ha ocurrido una y otra vez en los últimos tiempos, y unido al cambio en el comportamiento de la señora Cullingworth, me hace sentir que algo ha ocurrido para cambiar la relación. De qué pueda tratarse, te doy mi palabra de que lo ignoro tanto como tú. Pero entre su frialdad y mi tensa correspondencia con mi madre, he lamentado muchas veces no haberme embarcado en el transatlántico sudamericano.

Cullingworth está preparando la salida de nuestro periódico. Ha llevado el asunto con su habitual energía, pero no sabe lo bastante de los asuntos locales

como para poder escribir sobre ellos, y la cuestión es si será capaz de captar el interés de las gentes de aquí por ninguna otra cosa. En este momento estamos preparados para llevar el periódico sin ayuda de nadie; trabajamos siete horas al día en la consulta; estamos construyendo un establo, y en horas perdidas hacemos pruebas con nuestro proyecto naval magnético, que sigue satisfaciendo a Cullingworth, aunque aún quiere perfeccionarlo más antes de presentarlo al Ministerio de Marina.

Tiene ahora la mente puesta más en la arquitectura naval, y ha estado trazando un ingenioso método para impedir que los costados de madera de los barcos queden inutilizados por el fuego de artillería. No espero mucho de su aparato magnético, pues me parece que aun si tuviera todo el éxito que él asegura, solo tendría el efecto de sustituir el acero por cualquier otro metal en la fabricación de proyectiles. Pero este nuevo proyecto tiene más posibilidades. Esta es la idea, expuesta con sus propias palabras, y, como apenas ha estado hablando de otra cosa en los últimos dos días, debería ser capaz de recordarlas:

«Si vas allí con tu coraza, muchacho, la atravesarán», dice. «Dame cuarenta pies de acero de espesor y construiré un arma que los haga dentífrico en polvo. Detonará y dejará a la gente tosiendo después de haber disparado. Pero no puedes perforar una coraza que solo se inclina cuando el proyectil la ha atravesado. ¿De qué sirve eso? Bueno, mantiene fuera el agua. Eso es lo principal, después de todo. Yo lo llamo la pantalla de persianas Cullingworth. ¿Qué te parece, eh, Munro? No aceptaría un cuarto de millón por la idea. Tú ves cómo funcionaría. Las persianas cubren toda la parte superior de los macarrones del barco, donde suelen estar las hamacas. Están en secciones de tres pies de ancho, más o menos, y son capaces al bajar de alcanzar la quilla. ¡Muy bien! Solo una delgada película, ya ves, pero suficiente para formar un tapón temporal. El ariete enemigo golpea las secciones B, C, D del costado. ¿Qué haces? ¿Irte a pique? En absoluto; bajas las secciones B, C, y D de la pantalla de persianas Cullingworth. O abres un agujero en una roca. Lo mismo de nuevo. Resulta una imagen absurda ver un gran barco irse a pique cuando una precaución tan simple podría ponerlo por completo a salvo. Y es igualmente eficaz para los acorazados. Un disparo a menudo levanta sus placas y permite que entre el agua sin llegar a romperlas. Abajo con las persianas, y todo solucionado».

Esta es su idea, y está trabajando ahora en un modelo hecho con el acero de los corsés de su esposa. Suena razonable, pero él tiene la habilidad de

hacer que parezca razonable cualquier cosa en cuanto se le deja dar una palmada.

Los dos estamos escribiendo sendas novelas, pero me temo que los resultados no apoyarán su teoría de que cualquiera puede hacer todo aquello que se proponga. Pensaba que la mía no estaba mal (llevo acabados nueve capítulos), pero Cullingworth dice que lo ha leído todo antes y que es demasiado convencional. Debemos cautivar la atención del público desde el principio, dice. Desde luego, la suya está pensada para ello, pues a mí me parece una sandez disparatada. El final de su primer capítulo es el único momento tolerable que ha logrado. Un anciano *baronet* fraudulento está amañando carreras de caballos a campo traviesa. Su hijo, que acaba de cumplir la mayoría de edad, es un joven inocente. Las noticias sobre la gran carrera del año acaban de llegar:

> *Sir Robert entró tambaleándose en la habitación con los labios secos y el rostro demacrado*.
>
> —*Mi pobre muchacho* —exclamó—. Prepárate para lo peor.
>
> —¡Nuestro caballo ha perdido! —exclamó el joven heredero saltando de la silla.
>
> El anciano se arrojó en agonía sobre la alfombra.
>
> —¡*No, no*! —gritó—. ¡HA GANADO!

La mayor parte es material bastante pobre, y los dos estamos de acuerdo en pensar que el otro no está hecho para novelista.

Hasta aquí nuestros asuntos domésticos, y todos esos pequeños detalles de los que dices que te gusta saber. Pero ahora debo hablarte del gran cambio en mi situación y cómo sobrevino.

Ya te he hablado del extraño y hosco comportamiento de Cullingworth, que ha ido haciéndose más profundo día a día. Pues, bien, la situación pareció alcanzar el clímax esta mañana, y de camino a nuestra consulta apenas fui capaz de arrancarle una palabra. El lugar estaba bastante atestado de pacientes, pero el número de los míos se hallaba considerablemente por debajo de la media. Cuando hube terminado, añadí un capítulo a mi novela, y esperé hasta que él y su esposa estuvieron listos para la vuelta a casa con la bolsa diaria.

Dieron las tres y media antes de que él acabara. Lo oí salir hecho una furia al pasillo, y un momento después entraba dando golpes en mi sala. Comprendí en un instante que había estallado algún tipo de crisis.

«Munro», exclamó, «¡esta consulta se está yendo al diablo!».

«¡Ah!», respondí. «¿Y cómo es eso?».

«Se está rompiendo en pedazos, Munro. He estado haciendo números, y sé de lo que estoy hablando. Hace un mes estaba viendo seiscientos pacientes a la semana. Luego cayeron a quinientos ochenta y cinco; luego a quinientos setenta y cinco; ahora a quinientos sesenta. ¿Qué piensas de eso?».

«Para ser honesto, no le doy gran importancia», respondí. «Se acerca el verano. Estás perdiendo toses, enfriamientos e irritaciones de garganta. Todas las consultas se resienten en esta época del año».

«Todo eso está muy bien», dijo paseándose de un lado para otro por la habitación con las manos metidas en los bolsillos y las grandes cejas pobladas fruncidas. «Puedes atribuirlo a eso, pero yo creo otra cosa bastante distinta».

«¿A qué lo atribuyes, entonces?».

«A ti».

«¿Y cómo es eso?», pregunté.

«Bueno —dijo—, debes reconocer que es una coincidencia muy extraña (si es que una coincidencia) que desde el día en que se colocó tu placa mi consulta haya ido a peor».

«Lamentaría mucho pensar que se trata de una relación de causa y efecto», respondí. «¿Cómo crees que mi presencia ha podido perjudicarte?».

«Te lo diré con franqueza, muchacho», dijo adoptando, de pronto, esa especie de sonrisa forzada que siempre me parece que tiene algo de burla. «Ya ves que muchos de mis pacientes son gente simple de campo, medio imbécil en su mayor parte, pero la media corona de un imbécil es tan buena como cualquier otra. Llegan a mi puerta y ven dos nombres, y sus estúpidas mandíbulas empiezan a moverse, y se dicen unos a otros: “Así que hay dos aquí. El doctor Cullingworth es el que queremos ver, pero, si entramos, lo más probable es que nos encontremos con el doctor Munro”. Y esto termina en ciertos casos con que no entran a ver a ninguno. Luego están las mujeres. A las mujeres no les importa un bledo que seas Salomón o que acabes de salir de un manicomio. Todo es personal para ellas. Las consigues o no. Yo sé cómo trabajar con ellas, pero no van a venir si piensan que van a ser derivadas a otro. A eso atribuyo el descenso».

«Bueno —dije—, eso se arregla fácilmente». Abandoné la habitación y bajé la escaleras con Cullingworth y su esposa detrás de mí. Salí al patio y, después de coger un martillo enorme, busqué la puerta principal con la pareja aún pegada a mis talones. Metí el extremo en forma de tenedor del martillo debajo de la placa, y, con un buen tirón, di con ella en el suelo estrepitosamente.

«Ya no interferirá más en tu negocio», dije.

«¿Qué vas a hacer ahora?», preguntó.

«Oh, encontraré muchas cosas de las que ocuparme. No te preocupes por eso», respondí.

«Pero todo esto son tonterías», dijo recogiendo la placa. «Sube y consideremos la situación».

Caminamos en fila de nuevo, él delante con la enorme placa que decía «Dr. Munro» bajo el brazo, después, la mujer menuda, y luego este bastante perturbado y confundido joven. Él y su esposa tomaron asiento en la mesa de madera de la sala de consultas, igual que un halcón y una tórtola posados sobre la misma percha, mientras que yo me apoyé en la repisa de la chimenea con las manos en los bolsillos. No podía ser todo más prosaico e informal, pero yo sabía muy bien que me hallaba en un momento crítico de mi vida. Hasta entonces, había tratado de elegir entre dos caminos. Ahora mi camino principal se había desvanecido de repente y debía retroceder o encontrar un camino secundario.

«Así son las cosas, Cullingworth», dije. «Te estoy muy agradecido, igual que a la señora Cullingworth, por toda vuestra generosidad y benevolencia, pero no he venido a malograr tu consulta y, después de lo que me has dicho, me resulta imposible seguir trabajando más aquí».

«Bueno, muchacho», dijo él. «Yo también me inclino a pensar que lo mejor que podemos hacer es separarnos, y esa es también la idea de Hetty, solo que ella es demasiado cortés para decirlo».

«Es hora de hablar claro», respondí. «Y quizá de ese modo podamos entendernos perfectamente. Si he dañado tu consulta de la manera que sea, te aseguro que lo lamento y que haré todo lo que pueda para repararlo. No puedo decir más».

«¿Qué vas a hacer, entonces?», preguntó Cullingworth.

«O me iré al mar o estableceré mi propia consulta».

«Pero no tienes dinero».

«Tampoco tú lo tenías cuando empezaste».

«Ah, eso era distinto. Pero quizá tengas razón. Te resultará difícil abrirte camino al principio».

«Estoy preparado para eso».

«Bueno, ya sabes, Munro, que me siento responsable de ti hasta cierto punto, pues yo te convencí de no tomar ese barco el otro día».

«Fue una pena, pero ya no se puede hacer nada».

«Debemos hacer lo posible por enmendarlo. Te diré ahora lo que yo estoy dispuesto a hacer. Lo estuve hablando con Hetty esta mañana, y ella pensaba como yo. Si te pasáramos una libra a la semana hasta que pudieras sostenerte por ti mismo, eso te ayudaría a establecerte por tu cuenta, y podrías devolvérnoslo en cuando te fuera posible».

«Es muy generoso por vuestra parte», respondí. «Si os parece bien dejar reposar la cuestión en este momento, me gustaría dar un breve paseo a solas y considerarlo todo».

Así que los Cullingworth hoy hicieron solos su procesionar con bolsas a través del barrio de los médicos, y yo caminé hasta el parque, donde me senté en un banco, encendí un cigarro y estuve dando vueltas al asunto. Al principio me sentí deprimido por mi mala suerte, pero el aire templado y el olor a primavera de las flores nacientes pronto me hicieron sentirme bien otra vez. Empecé mi última carta bajo las estrellas, y me inclino a terminar esta entre las flores, pues son singulares compañeras cuando la mente de uno se llena de preocupaciones. La mayoría de las cosas del mundo, desde la belleza de una mujer al sabor de una nectarina, parecen los diferentes cebos con que la Naturaleza atrae a sus estúpidos gobios. Estos comerán, se propagarán, y, en aras de autocomplacerse, se precipitarán por el camino que les ha sido marcado. Pero no acecha anzuelo alguno en el aroma ni en la belleza de las flores. Su encanto carece de segunda intención.

Bien, pues me senté allí a rumiar. En lo más profundo de mí era incapaz de tragarme que Cullingworth hubiera podido alarmarse por tan insignificante descenso. Esa no podía ser su verdadera razón para apartarme de la consulta. Me había visto interponerme en su vida doméstica, sin duda alguna, y había inventado esa excusa para deshacerse de mí. Cualquiera que fuese el motivo, quedaba bastante claro que todas mis esperanzas de establecer una consulta quirúrgica en paralelo a su consulta médica se habían acabado para siempre. Después de todo, teniendo en la mente la oposición de mi madre y los continuos roces que habíamos tenido durante las últimas semanas, tampoco lo sentía demasiado. Por el contrario, un curioso y repentino estremecimiento de alegría se apoderó de algún lugar detrás de mi estómago, y al tiempo que una especie de bandada de grajos pasaba graznando por mi cabeza, yo también comencé a graznar en mi estallido de dicha.

Luego, mientras caminaba de vuelta, estuve considerando hasta dónde podía serme útil aquel dinero de Cullingworth. No era mucho, pero sería una locura empezar sin él, pues envié a casa lo poco que había ahorrado trabajando con Horton. No tenía más que seis libras por todo patrimonio.

Llegué a la conclusión de que aquel dinero no supondría ninguna diferencia para Cullingworth, con sus grandes ingresos, mientras que para mí representaría una enorme. Podría devolvérselo en un año o, como mucho, en dos. Quizá me fuera lo bastante bien como para poder prescindir de él casi de inmediato. No cabía duda de que habían sido las fabulaciones de Cullingworth sobre mis perspectivas de futuro en Bradfield las que me habían hecho rechazar el magnífico puesto en el *Decia*. No precisaba por tanto de ningún escrúpulo al aceptar alguna ayuda transitoria de sus manos. A mi regreso, le dije que había decidido hacerlo al mismo tiempo que le di las gracias por su generosidad.

«De acuerdo», dijo. «Hetty, querida, trae una botella y brindaremos por el éxito de Munro en su nueva aventura».

Parece que fue ayer mismo cuando brindábamos por mi entrada en la sociedad, ¡y aquí estamos ahora los tres, bebiendo por mi buena suerte al abandonarla! Me temo que la segunda ceremonia ha sido por ambas partes la más sincera de las dos.

«Debo decidir ahora dónde empezar», comenté. «Lo que necesito es alguna pequeña ciudad llena de ricos y enfermos».

«Supongo que no te importaría establecerte aquí mismo, en Bradfield», dijo Cullingworth.

«Bueno, no le veo demasiado sentido a eso. Si te he perjudicado como socio, podría hacerlo más como rival. Si tuviera éxito, podría ser a tu costa».

«Bien —dijo—, entonces elige lugar, y mi oferta seguirá en pie».

Encontramos un atlas y extendimos el mapa de Inglaterra sobre la mesa ante nosotros. Ciudades y aldeas como una profusión de pecas se mostraron ante mí, pero no había nada que me llevara a decidirme por una antes que por otra.

«Creo que debería ser algún lugar lo bastante grande como para dejar espacio de sobra a tu expansión», dijo él.

«No demasiado cerca de Londres», añadió la señora Cullingworth.

«Y, sobre todo, un lugar donde no conozca a nadie», dije. «Puedo arreglármelas para vivir sin comodidades yo solo, pero no puedo permitirme mantener apariencias ante visitas».

«¿Qué dices de Stockwell?», dijo Cullingworth colocando el ámbar de su pipa sobre una población a unas treinta millas de Bradfield.

Yo apenas había oído hablar del lugar, pero levanté mi copa. «Bien, ¡pues aquí tenemos Stockwell!», exclamé. «Iré allí mañana por la mañana a estudiar las posibilidades». Todos brindamos por ello (como harás tú en Lowell

cuando leas esto), y así quedó todo, y puedes estar seguro de que te daré noticia completa y minuciosa del resultado.

IX.
Cadogan Terrace, Birchespool, 21 de mayo de 1882.

Querido amigo, han estado sucediendo cosas, y debo hablarte sobre ellas. Es algo extraño la simpatía, pues aunque nunca te veo, el mero hecho de que ahí, en Nueva Inglaterra, estés vivamente interesado por lo que hago o pienso hace mi propia vida en la vieja Inglaterra mucho más interesante para mí. Pensar en ti es como un bastón en mi mano.

Lo inesperado ha estado sucediendo de forma tan continuada en mi vida que ha dejado de merecer tal nombre. Recordarás que en mi última carta acababa de recibir mi despido y me hallaba en la víspera de partir hacia la pequeña población rural de Stockwell para ver si allí había algún indicio de que fuera posible establecer mi consulta. Bien, pues por la mañana, antes de bajar a desayunar, estaba metiendo un par de cosas en una bolsa cuando se oyó un tímido golpe en mi puerta, y allí estaba la señora Cullingworth en bata y con el pelo suelto por la espalda.

«¿Le importaría bajar a ver a James, doctor Munro?», dijo. «Ha tenido un comportamiento muy extraño durante toda la noche, y temo que esté enfermo».

Bajé y encontré a Cullingworth con la cara muy roja y los ojos un tanto enfebrecidos. Estaba sentado en la cama, con el cuello del camisón de dormir abierto y un ángulo agudo de velludo pecho expuesto. Tenía delante de él, sobre la colcha, una hoja de papel, una pluma, y un termómetro clínico.

«Diablos, qué interesante, Munro», dijo. «Ven a ver esta gráfica de temperatura. He estado tomándomela cada cuarto de hora porque no podía dormir, y sube y baja como si fueran las montañas de los libros de geografía. Introduciremos algunas drogas (¿qué te parece, eh, Munro?), y vaya si revolucionaremos todas sus ideas sobre la fiebre. Escribiré un panfleto basado en la experimentación personal que hará que todos sus libros queden desfasados, y tendrán que arrancarles las páginas para envolver bocadillos».

Hablaba de esa manera atropellada de quien está alterado. Miré su gráfica y vi que estaba casi en 39 grados. Su pulso rataplaneaba bajo mis dedos y su piel me dejó brilló en la mano.

«¿Otros síntomas?», pregunté sentándome a un lado de su cama.

«La lengua como un rallador de nuez moscada», dijo sacándola. «Dolor de cabeza frontal, molestias renales, falta de apetito y un mordisqueo de ratón dentro del codo izquierdo. Eso es todo lo que tenemos por ahora».

«Te diré de qué se trata, Cullingworth», dije. «Tienes algo de fiebre reumática, y tendrás que hacer un poco de reposo».

«¡Al diablo con el reposo!», exclamó. «Tengo a un centenar de personas que ver hoy. Si me queda un estertor en la garganta, muchacho, allí tengo que estar. No he levantado una consulta para dejar que la arruinen unas pocas onzas de ácido láctico».

«James, querido, podrías fácilmente levantar otra», dijo su esposa con su voz de susurro. «Debes hacer lo que te dice el doctor Munro».

«Bueno —dije—, necesitarás que alguien cuide de ti y de tu consulta, y yo estoy dispuesto a hacer ambas cosas. Pero no asumiré la responsabilidad a menos que me des tu palabra de que harás lo que se te ha dicho».

«Si tengo que recibir cuidados médicos deben ser los tuyos, muchacho», dijo. «Pues, si tuviera que acudir ahí fuera, no hay un solo hombre aquí que hiciera otra cosa que firmar mi certificado de defunción. Diablos, bien podrían mezclar las sales y el ácido oxálico si llegaran a tratarme, pues no nos tenemos mucha simpatía. Pero quiero que vayas a ocuparte de la consulta igualmente».

«Eso está fuera de discusión. Conoces las secuelas de esta enfermedad. Sufrirás endocarditis, embolismos, trombosis, abscesos metastásicos… Sabes del peligro tan bien como yo».

Se dejó caer hacia atrás en la cama, riendo.

«Tomaré mis males uno a uno, gracias», dijo. «No voy a ser tan codicioso como para quedarme con todos (¿no, Munro?) cuando otros muchos pobres diablos no tienen ni un dolor de espalda». Los cuatro postes de su cama temblaban con su risa. «Haz lo que te plazca, muchacho, solo te digo que, por favor, si algo me sucediese, no quiero tonterías sobre mi tumba. Si colocas una sola piedra allí, te aseguro, Munro, que volveré de entre los muertos por la noche y la plantaré en la fosa de tu estómago».

Casi tres semanas transcurrieron hasta que pudo volver a tenerse en pie. No fue tan mal paciente, después de todo. Pero complicó bastante mi tratamiento trayendo toda clase de viales y polvos y probando experimentos

con sus propios síntomas. Era imposible mantenerlo tranquilo, y nuestro único medio de retenerlo en la cama era permitirle todo el trabajo que pudiera hacer allí.

Escribió copiosamente, trazó modelos de su patente de pantalla y disparó con pistolas a su objetivo magnético, que había colocado sobre la repisa de la chimenea. Pero La Naturaleza le ha dado una constitución de acero, y se recuperó de su enfermedad de forma más rápida y completa que los pacientes más dóciles.

Entretanto, la señora Cullingworth y yo estuvimos llevando la consulta. Como sustituto fui un terrible fracaso. Los pacientes no confiaban en mí en absoluto. Me sentía tan insípido como un vaso de agua tras una copa de *champagne*. Yo no era capaz de arengarlos desde las escaleras, ni de tratarlos a empujones, ni de hacer profecías a mujeres anémicas. Era demasiado solemne y tímido para lo que estaban acostumbrados. Pero, a pesar de todo, mantuve lo mejor que pude las cosas en su sitio, y no creo que él encontrara la consulta mucho peor que la dejó cuando pudo regresar. No fui capaz de rebajarme a hacer lo que consideraba contrario a la profesionalidad, pero hice lo que pude para mantener en funcionamiento la maquinaria.

Bueno, sé que soy un pésimo narrador de historias. Solo intento llevar las cosas lo más cerca de la verdad que puedo. Ojalá supiera darles color para hacer más grata la lectura. Puedo arreglármelas si no paso de una línea, pero cuando tengo que incorporar una segunda línea de acontecimientos entiendo lo que C. quiere decir al asegurarme que jamás seré capaz de ganar ni para plumillas con la literatura.

Esta segunda línea es que yo había escrito a mi madre la misma noche que te escribí a ti por última vez diciéndole que ya no tendría que seguir existiendo ni la más leve sombra de desavenencia entre nosotros, pues todo estaba arreglado y yo iba a dejar a Cullingworth inmediatamente. Y solo un par de correos después tuve que volver a escribirle y anunciarle que mi marcha se había pospuesto indefinidamente y que me hallaba a cargo de toda la consulta. La verdad es que mi querida madre enfureció. Supongo que no entendió muy bien el carácter temporal de la necesidad sobrevenida, ni lo imposible que me habría resultado dejar a Cullingworth en la estacada. Mi madre guardó silencio durante casi tres semanas, y entonces me escribió una carta muy hiriente (cuando quiere, maneja los adjetivos de la manera más eficaz). Llegó hasta el punto de decir que Cullingworth era un «estafador arruinado» y que yo había arrastrado por el barro el honor familiar con mi prolongada sociedad con él. Esa carta llegó en la mañana del último día en

que mi paciente permaneció confinado en la casa. Cuando volví de trabajar lo encontré sentado en camisón en el piso de abajo. Su esposa, que había vuelto a casa en coche, estaba junto a él. Para mi sorpresa, cuando lo felicité por hallarse en condiciones de trabajar de nuevo, sus modales (que habían sido de lo más amables durante su enfermedad), fueron tan descorteses como antes de nuestra última discusión. También su esposa parecía eludir mi mirada y ladeaba la barbilla hacia mí al hablarme.

«Sí, volveré a hacerme cargo mañana», dijo él. «¿Cuánto te debo por haberte estado ocupando?».

«Mi trabajo no ha tenido nada de particular», respondí.

«Gracias, pero prefiero ser estricto en el asunto», respondió. «Sabes estar en tu sitio, pero un favor es algo que no tiene fin. ¿Qué precio le pones?».

«Nunca lo he considerado bajo esa luz».

«Considéralo ahora, entonces. Un médico suplente me habría costado cuatro guineas a la semana. Cuatro por cuadro, dieciséis. Que sean veinte. Te prometí una libra a la semana que tú me devolverías. Pondré veinte libras a tu favor en tu cuenta y te llegará semanalmente con la misma puntualidad con que llega el sábado».

«Gracias», respondí. «Si tan deseoso estás de convertirlo en un asunto de negocios, puedes disponerlo así». No podía imaginar, ni puedo imaginarlo todavía, qué había ocurrido para enfriarlos de tal modo, pero supuse que habían estado hablándolo, y llegué a la conclusión de que había vuelto a repetir demasiado los viejos patrones, y que ellos no habían tenido más remedio que recordarme que tenía instrucciones de irme. Aunque podrían haberlo hecho con más tacto.

Para resumir, el mismo día en que Cullingworth pudo retomar su trabajo yo partí hacia Stockwell, llevándome conmigo una sola bolsa, pues solo se trataba de una expedición de ojeo, y me proponía regresar por mi equipaje si veía alguna razón de esperanza. ¡Pero, ay! No hallé siquiera la más mínima. La visión del lugar habría desalentado al hombre más optimista que haya existido. Es uno de esos pintorescos pueblecitos ingleses con historia, y poco más. Una trinchera romana y una fortaleza normanda son sus productos principales. Pero para mí lo más asombroso fue el enjambre de médicos que se había asentado allí. Una doble hilera de placas de metal flanqueaba la calle mayor. Era incapaz de imaginar de dónde venían sus pacientes, a menos que se dedicaran a curarse unos a otros. El mesonero de la taberna donde tomé mi modesto almuerzo explicaba el misterio hasta cierto punto diciendo que, como todo era puro campo, sin apenas una sola cabaña en casi doce millas a

la redonda, debía de ser que en aquellas casas rurales dispersas donde los médicos de Stockwell encontraban sus pacientes. Mientras conversaba con él, un hombre de mediana edad y botas polvorientas pasó caminando fatigosamente calle arriba. «Ese es el doctor Adam», dijo. «No es más que un recién llegado, pero dicen que un día de estos se estará subiendo a su propio su carruaje». «¿Qué quiere decir con un recién llegado?», pregunté. «Oh, que apenas llevará aquí diez años», dijo el propietario. «Gracias», respondí. «¿Puede decirme cuando sale el próximo tren a Bradfield?». Y así fue cómo regresé, con que el corazón lleno de pesadumbre, y habiendo desperdiciado diez o doce chelines de los que me costaría prescindir. Mi infructuoso viaje no era nada, sin embargo, si pensaba en el flamante stockwelliense y en aquellos diez años de polvo en sus botas. Puedo caminar con esfuerzo por una senda que, aunque sea difícil, al menos conduzca a algo, ¡pero que el Destino quiera mantenerme lejos de todos los callejones sin salida!

Los Cullingworth no me recibieron con cordialidad a mi regreso. Había una singular mirada en sus rostros que me pareció que quería decir que se sentían decepcionados por aquel obstáculo para librarse de mí. Cuando pienso en su absoluta amabilidad de solo unos días antes, y sus modales claramente hoscos de ahora, no soy capaz de encontrarle sentido. Le pregunté a Cullingworth sin tapujos qué significaba, pero solo me respondió con una forzada sonrisa y algún comentario absurdo sobre mi suspicacia. Creo ser el último hombre del mundo que se ofendería donde nadie hubiese pretendido causarle ofensa, pero, sea como sea, estoy decidido a poner fin a la cuestión marchándome de Bradfield de inmediato. Me pareció, durante mi viaje de vuelta de Stockwell, que Birchespool podría ser un buen lugar. Así que al día siguiente me puse en marcha llevándome mi equipaje conmigo y despidiéndome definitivamente de Cullingworth y su esposa.

«Confía en mí, muchacho», dijo C. con algo de su antigua cordialidad cuando nos estrechamos la mano al despedirnos. «Consíguete una buena casa céntrica, coloca tu placa y no te rindas. Cobra poco o nada hasta que consigas algún contacto, y nada de remilgos profesionales o eres hombre arruinado. Me ocuparé de que tus máquinas no se detengan por falta de carbón».

Y con esa reconfortante promesa los dejé en el andén de la estación de Bradfield. ¿Verdad que las palabras parecen amables? Pues, sin embargo, aceptar su dinero me crispa hasta el último nervio de mi cuerpo. En cuanto sea capaz de vivir a pan y agua por mí mismo, prescindiré de él. Pero hacerlo ahora sería actuar como el que sin saber nadar se deshace de su salvavidas.

He tenido tiempo de sobra de camino a Birchespool para reflexionar sobre mis perspectivas y mi situación presente. Mi equipaje consistía en una enorme placa de metal, un pequeño baúl de cuero y una sombrerera. La placa con mi nombre grabado en ella se iba balanceando sobre mi cabeza en la repisa. Mi baúl contenía un estetoscopio, varios libros de medicina, un segundo par de botas, dos trajes, mi ropa interior y mis utensilios de aseo. Con esto, cinco libras y cinco chelines que me quedaban en la bolsa, iba en busca de un sitio donde tenerme en pie y ganarme el derecho a vivir entre los hombres. Pero, al menos, en aquello había cierta posibilidad de permanencia, y si bien era una promesa de pobreza y privaciones, lo era también de libertad. No tendría a ninguna *lady* Saltire que me torciera la barbilla porque tuviera mis propias ideas sobre las cosas, ni a ningún Cullingworth que me vendiera humo. Sería mi propio dueño. Iba haciendo cabriolas por el vagón mientras lo pensaba. A fin de cuentas, tenía todo que ganar y nada que perder en el ancho mundo. Y tenía juventud, y fuerza, y energía, y toda la ciencia médica almacenada entre mis orejas. Me sentía tan exultante como si fuera a tomar posesión de una consulta ya dispuesta para mí.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando llegué a Birchespool, que está a cincuenta y tres millas en tren de Bradfield. Quizá no sea más que un nombre para ti y, desde luego, hasta que puse el pie en él, yo mismo tampoco sabía nada del lugar. Pero puedo decirte ahora que tiene una población de ciento treinta mil almas (aproximadamente la misma que Bradfield), que es moderadamente industrial, que se halla a una hora de viaje del mar, que tiene un suburbio occidental aristocrático y un pozo mineral y que los alrededores son extraordinariamente hermosos. Es lo bastante pequeño como para tener su propio carácter y lo bastante grande como para permitir la soledad, que sigue siendo el gran atractivo de todas las ciudades en contraste con la agresiva publicidad del campo.

Cuando bajé con mi placa, mi baúl y mi sombrerera al andén de Birchespool, me senté y empecé a preguntarme cuál debería ser mi primer movimiento. Cada penique iba a ser de vital importancia para mí, y debía planificarlo todo en el compás de aquella bolsa exigua. Mientas me hallaba allí sentado cavilando, se produjo algo interesante, pues oí un estallido de vítores y el estruendo de una banda de música al otro lado de la estación, y entonces las primeras filas de un regimiento entraron marchando por el andén. Llevaban sombreros de sol blancos y se dirigían a Malta en anticipación de la guerra de Egipto. Eran soldados jóvenes (ingleses, a juzgar por el color blanco), con un coronel cuyos bigotes le llegaban a los hombros y cierto

número de subalternos de rostros frescos y piernas largas. Sobre todo recuerdo a uno de los abanderados, un hombre de tamaño inmenso y rostro feroz que se apoyaba sobre su Martini, con dos gatitos blancos que asomaban sobre cada uno de sus hombros de las solapas de su mochila. Me emocionó tanto la visión de aquellos jóvenes que iban a hacer todo lo que podían por su amado y viejo país que me subí de un salto a mi sombrerera, me quité el sombrero y comencé a vitorearlos. Al principio la gente que había junto a mí me miró con expresión bovina (como una fila de vacas por encima de un muro). Luego muchos se me unieron, y finalmente mi propia voz dejó de oírse entre las suyas. Me di la vuelta y seguí mi camino, y los soldados continuaron por el suyo, y me pregunté a quién de nosotros aguardaría la lucha más larga y difícil.

Dejé mi equipaje en la consigna y salté a un tranvía que paraba en la estación para ir en busca de alojamiento en alguna pensión, pues me pareció que sería más barato que un hotel. El conductor se interesó por mis necesidades de esa manera tan personal que siempre me hace pensar que las clases más humildes de Inglaterra se cuentan entre las razas más amables del mundo. Policías, carteros, guardias ferroviarios, conductores de autobús, ¡qué buenas personas deseosas de ayudar son todos ellos! Aquel lo tuvo todo en cuenta: tal calle era céntrica y cotizada, aquella poco conocida y barata, hasta que por último me dejó en una especie de calle a mitad de camino entre lo descuidado y lo elegante llamada Cadogan Terrace, con instrucciones de recorrerla hasta abajo y comprobar cómo me gustaba.

No podía quejarme de que no hubiera dónde elegir, pues los «se alquila» y los «apartamentos» asomaban prácticamente de una de cada dos ventanas. Entré en la primera casa atractiva que vi, y me entrevisté con la bastante obtusa y avariciosa anciana que era su propietaria. Un salón dormitorio costaba trece chelines a la semana. Como yo nunca había alquilado habitaciones antes, no tenía la menor idea de si esto era barato o caro, pero concluí que era esto último, puesto que al alzar yo las cejas a modo de experimento, ella instantáneamente bajó a diez chelines y seis peniques. Probé entonces con otra mirada y una nueva exclamación de sorpresa, pero, pues se mantuvo firme esta vez, deduje que había tocado el fondo.

«¿Sus habitaciones están lo bastante limpias?», pregunté, pues había un artesonado de madera que sugería ciertas posibilidades.

«Muy limpias, señor».

«¿No hay bichos?».

«Los oficiales de la guarnición vienen a veces».

Esto último me dio que pensar. Había sonado mal, pero saqué en conclusión que había querido decir que estaba fuera de duda la limpieza cuando aquellos caballeros quedaban satisfechos. Así que cerramos el trato, y pedí que me tuvieran preparado el té en una hora mientras yo volvía a la estación para recoger mi equipaje. Un mozo de estación me lo trajo por ocho peniques (¡ahorrándome cuatro peniques de un coche!), y así fue cómo me hallé en el corazón de Birchespool con una base de operaciones asegurada. Miré por la pequeña ventana de mi habitación en la pensión los tiestos pestilentes y los tejados grises inclinados con un par de agujas que asomaban entre ellos, y agité mi cucharilla de té de forma desafiante. «Tendréis que poder conmigo —dije— y demostrar que no soy lo bastante hombre como para poder con vosotros».

Difícilmente esperarías que alguien viviera su primera aventura durante su primera noche en una ciudad extraña, pero yo la viví (una trivial, es cierto, pero bastante emocionante mientras duró). Parece más bien algo novelesco, pero te doy mi palabra de que todo ocurrió tal como voy a contarte.

Cuando me hube terminado el té, estuve escribiendo algunas cartas (una para Cullingworth y otra para Horton). Luego, como hacía una tarde agradable, decidí dar un paseo y ver qué a clase de lugar me había llevado el Destino. «Lo mejor comienza cuando te propones avanzar», pensé. Así que me puse el frac, cepillé cuidadosamente mi sombrero de copa y me puse en camino con mi muy respetable bastón con puño de metal en la mano.

Caminé hasta el parque, que es el centro principal de la ciudad, y hallé que todo lo que vi me gustaba. Hacía buena tarde y el aire era fresco y suave. Me senté y estuve escuchando a la banda durante una hora, observando a las familias, y sintiéndome particularmente solo. La música casi siempre me conduce a la melancolía, así que llegó un momento en que no pude soportarla más, y me puse en camino para volver a mi pensión. Después de todo, sentía que Birchespool era un lugar en el que un hombre podía llevar muy bien una vida feliz.

A un extremo de Cadogan Terrace (donde me alojo) hay un amplio espacio abierto donde varias calles se encuentran. En el centro se alza una gran farola en medio de un ancho pedestal de piedra de alrededor de un pie de alto y diez o doce de largo. Pues, bien, mientras caminaba, observé que algo ocurría alrededor de aquella farola. Se había congregado una multitud, con un remolino en el centro. Yo estaba, por supuesto, absolutamente decidido a no meterme en ninguna pelea, pero no pude evitar abrirme camino entre la muchedumbre para ver de qué se trataba.

No era una visión agradable. Una mujer esquelética y desaliñada con un bebé en brazos estaba siendo golpeada por un individuo corpulento y bruto que juzgué su marido por el modo en que la trataba. Era uno de esos hombres de cara roja y ojos oscuros que pueden mirar de una forma peculiarmente maligna cuando quieren. Resultaba evidente que estaba medio enloquecido por la bebida y que ella habría estado intentando sacarlo a la fuerza de algún antro. Llegué justo a tiempo de ver cómo le daba una patada con impulso entre los gritos de «¡vergüenza!» de la multitud, y luego tambalearse hacia adelante de nuevo con la clara intención de propinarle otra mientas la multitud seguía protestando vagamente.

Si hubieran sido, Bertie, mis viejos tiempos de estudiante, me habría lanzado directamente hacia él, igual que habrías hecho tú o cualquier otro. Mi aversión hacia aquella bestia me ponía la carne de gallina. Pero también tenía que pensar en lo que yo era, en dónde me hallaba y lo que había ido a hacer. Aunque hay cosas que un hombre no puede tolerar. Así que avancé un par de pasos, puse mi mano en el hombro del individuo, y dije en el tono más conciliador y amable que me fue posible: «Vamos, hombre. Cálmese».

En lugar de «calmarse», casi acabó conmigo a golpes. Estuve ausente por un instante. Se había vuelto como un rayo hacia mí, y me había golpeado en la garganta justo bajo la barbilla, teniendo yo la cabeza ligeramente atrasada en ese momento. Me hizo tragar un par de veces, te lo aseguro. Repentino como fue el golpe, yo había respondido de la manera automática de cualquiera que sabe algo de boxeo. Fue solo desde el codo, sin llevar el cuerpo detrás, pero sirvió para mantenerlo a raya por el momento, mientras yo comprobaba mi tráquea. Luego volvió a atacar con furia, y mientras la multitud se arracimaba alrededor entre aullidos de deleite los dos fuimos empujados, casi encerrados en los brazos del otro sobre aquel gran pedestal del que hablaba. «¡Vamos, bajiti! ¡Dale su merecido!», gritaba la multitud, que había perdido de vista por completo el origen de la refriega y ya solo veía que mi oponente era por dos pulgadas el hombre más bajo de los dos. ¡Así que allí estaba yo, querido Bertie, solo unas pocas horas después de mi llegada a esta ciudad, con el sombrero de copa hasta las orejas, mi muy profesional frac y mis guantes de piel de cabra, peleando contra un matón de baja estofa sobre un pedestal en uno de los lugares más públicos y en medio de una multitud chillona y hostil! ¿Te parece o no mala suerte?

Cullingworth me dijo antes de partir que Birchespool era un lugar animado. Durante los siguientes cinco minutos me pareció el más animado que había visto nunca. El individuo pegaba golpes redondos, pero tan fuerte

que requería vigilancia. Un golpe redondo es, como sabes, más peligroso que uno directo si da en su objetivo, pues el ángulo de la mandíbula, la oreja y la sien son los tres puntos más débiles que dejas expuestos. Yo puse especial cuidado en que mi hombre no alcanzara su objetivo, pero, por otra parte, temo que yo tampoco logré hacerle gran daño. Él atacaba bajando la cabeza, y yo, como un idiota, me rompía los nudillos sobre su cráneo impenetrable. Por supuesto, teóricamente, yo tendría que haber retrocedido e intentado un *undercut* o atraparlo en una llave de cabeza; pero he de confesar que me sentía frenético y nervioso por el golpe recibido y por lo súbitamente que había sucedido todo. Sin embargo, me iba calmando, y me atrevería a decir que al fin habría hecho algo racional, cuando la refriega encontró un final repentino e inesperado.

Todo fue debido a la impaciencia y la excitación de la multitud. La gente de atrás, ansiosa por ver lo que estaba pasando, empujaba a la que estaba delante, hasta que media docena de los más adelantados (entre los que parece que se encontraba una mujer) nos cayeron encima. Uno de ellos, un tipo duro en mangas de jersey con aspecto de marinero, quedó metido entre nosotros, y mi antagonista, en su furia ciega, soltó uno de sus *swings* sobre la oreja del recién llegado. «¡Ahora verás!», aulló el marinero, y en un instante él se estaba ocupando de todo el asunto. Yo agarré mi bastón, que había caído entre la multitud, y logré salir por detrás, bastante desaliñado, pero muy contento de no acabar muy mal parado. Por los gritos que pude seguir oyendo bastante después de haber llegado a la puerta de mi pensión, deduje que aún se estaba librando una buena batalla.

Ya ves, ha sido el más puro golpe de suerte del mundo que mi primera aparición pública en Birchespool no fuera en el banquillo de los acusados de un juzgado de guardia. No habría tenido a nadie que respondiese por mí, de haber sido arrestado, y me habría quedado al nivel de mi adversario. Me atrevería a decir que piensas que hice bien el idiota, pero no sé de qué otra forma podría haber actuado. Lo único que lamento ahora es mi soledad. ¡No sabes lo afortunado que eres, con tu esposa y tu hijo!

Después de todo, veo cada vez más claro que tanto hombres como mujeres somos criaturas incompletas, fragmentarias y mutiladas mientras permanecen en soltería. Cualquier cosa que hagan para convencerse de que su estado es el más feliz, siguen llenos de vagas inquietudes, de inconcretas y difusas insatisfacciones, y tienden a los caminos angostos y a los pensamientos egoístas. En soledad cada uno es un ser a medio hacer, y cada instinto y sentimiento anhela la mitad que le falta. Juntos forman un todo

completo y simétrico, siendo la mente de uno la más fuerte allí donde la del otro necesita refuerzo. A menudo pienso que, si nuestras almas sobreviven a la muerte (y yo creo que lo hacen, aunque baso mi creencia en fundamentos muy distintos de los tuyos), cada alma masculina tendrá una femenina unida o mezclada con ella para completarla y darle simetría. Así pensaba el viejo mormón, como recordarás, que lo empleaba como argumento a favor de su credo. «No podéis llevaros vuestras acciones en ferrocarriles al otro mundo», decía. «Pero con nuestras esposas e hijos podemos tener un buen comienzo en el mundo por venir».

Me atrevería a decir que te sonríes al leer esto en este instante, desde la atalaya de tus dos años de matrimonio. Pasará mucho tiempo antes de que yo pueda poner en práctica mis teorías.

Bueno, adiós, querido amigo. Como dije al comienzo de mi carta, ya solo pensar en ti me hace bien, y ahora más que nunca, mientras me hallo solo en una ciudad extraña con muy dudosas perspectivas y un futuro incierto. Diferimos tanto como los dos polos tú yo, y lo hemos hecho desde que te conozco. Tú eres leal a tu fe; yo a mi razón (tú a la fe de tu familia, yo a mis propias ideas), pero nuestra amistad demuestra que lo verdaderamente esencial en el hombre, y su afinidad con otros, depende de cosas muy distintas de sus ideas sobre cuestiones abstractas. Sea como sea, puedo decir con todo mi corazón que desearía haberte visto con esa vieja mazorca de maíz entre los dientes, sentado en el desvencijado sillón de cuero americano de la pensión con su horrible antimacasar en el respaldo. Es muy amable por tu parte decirme lo mucho que te interesan mis anodinas aventuras, pues de no saber que es así, jamás me habría aventurado a castigarte con ninguna. Mi futuro está ahora envuelto en completa oscuridad, pero resulta obvio que lo primero que debo hacer es encontrar una casa apropiada, y la segunda engatusar al propietario para que me deje tomar posesión de ella sin fianza. A eso me dedicaré mañana por la mañana, y ya sabrás del resultado de mi búsqueda. ¿Sabes que el otro día tuve noticias nada menos que de Archie McLagan? Por supuesto, era una carta para pedir dinero prestado. Podrás juzgar por ti mismo lo lejos que me hallo de una situación idónea para prescindir de dinero alguno, pero en un gesto impulsivo le envié diez chelines de los que ahora, en frío, lamento amargamente haberme desprendido. Con mis mejores deseos para ti y para los tuyos, para tu ciudad, tu Estado, y tu gran país, tuyo siempre.

XI.
Oakley Villas, Birchespool,
29 de mayo de 1882.

Birchespool es verdaderamente un lugar delicioso, querido Bertie, y yo debería conocerlo ya un poco, pues habré recorrido un buen centenar de millas por sus calles durante los últimos siete días. Sus fuentes minerales estuvieron de moda hará algo más de un siglo, y conserva numerosas huellas de su pasado aristocrático que conllevan cierta elegancia también, igual que una condesa expatriada podría lucir el gastado vestido que una vez hubiera hecho crujir en Versalles. Evito los nuevos suburbios que rugen con sus fábricas sobresalientes y su creciente prosperidad, y vivo en la extraña, saludable y vieja ciudad del pasado. La oleada de la moda hace mucho que pasó por ella, pero ha dejado detrás un depósito de monótona respetabilidad. En la calle principal pueden verse los largos apagavelas de acero sobre las verjas, donde los muchachos encargados de iluminar a los transeúntes solían colocar sus linternas en lugar de golpear las velas contra el suelo, como era la costumbre en los barrios de no tan alto copete. Hay bordillos muy altos también, para que *lady* Cactus o la señora Altiveces pudiera bajarse de su carruaje o su silla de manos sin ensuciar sus delicados zapatos de raso. Lo que me hace pensar en qué inestable compuesto químico es el hombre. Aquí los componentes constantes permanecen como siempre, en tanto que los reactivos se han dividido en hidrógeno y oxígeno y en nitrógeno y carbón, con trazas de hierro, sílice y fósforo. Una bandeja de sustancias químicas y tres cubos de agua: ¡esa es la materia prima de *milady* la de la silla de manos! Resulta un curioso retrato de doble faz. De un lado, los galanes de alta cuna, las damas remilgadas, los cortesanos intrigantes que maquinan y porfían por obtener cada uno su propio objetivo mezquino. Luego un salto de cien años. ¿Qué queda en el rincón de la vieja cripta? ¡Margarina y colesterina, carbonatos, sulfatos y tomaínas! Nos apartamos de todo ello con aversión, y a medida que

seguimos andando nos llevamos con nosotros aquello mismo de lo que huimos.

Pero, eso sí, Bertie, yo siento el mayor respeto por el cuerpo humano, y sostengo que ha sido indebidamente despreciado y calumniado por toda clase de teólogos: «nuestros groseros límites» y «nuestro miserable barro mortal» son expresiones que en mi opinión participan más de la blasfemia que de la piedad. No es halagar al Creador despreciar Su obra. Cualquiera que sea la teoría o creencia que alberguemos en cuanto al alma, no creo que pueda haber duda de que el cuerpo es inmortal. La materia puede transformarse (en este caso sería una retransformación), pero jamás destruirse. Si un cometa golpeara este glóbulo nuestro y lo convirtiera en un billón de pedazos que se esparcieran por todo el sistema solar; si su aliento de fuego lamiese la superficie de la tierra hasta pelarla igual que una naranja, aun así, transcurridos cien millones de años, cada mínima partícula de nuestros cuerpos continuaría existiendo (bajo otras formas y combinaciones, cierto es, pero seguirían ahí los mismos átomos que ahora forman en el dedo índice con que escribo estas palabras). Igual que un niño construye una pared con ladrillos de madera, y luego los esparce sobre la mesa, y a continuación una torre, y los vuelve a esparcir.

¿Pero qué hay, entonces, de nuestra individualidad? A menudo me pregunto si algo de ese legado permanecerá en nuestros átomos; si el polvo de Johnnie Munro conservará para siempre algo de él separable del de Bertie Swanborough. Yo creo que es posible que *sí* quedemos impresos nosotros mismos en las unidades de nuestra estructura. Hay hechos que tienden a demostrar que cada pequeña célula orgánica de la que está compuesto un ser humano contiene en su microcosmos una completa miniatura del individuo del que forma parte. El óvulo mismo del que todos hemos sido generados, como sabes, es demasiado pequeño para poder ser atravesado por la punta de una fina aguja, y, sin embargo, en ese estrecho globo se halla toda la potencialidad no solo de reproducir los rasgos de dos individuos, sino incluso de sus más pequeños hábitos y pensamientos. Bien, pues, si una sola célula contiene tanto, tal vez una sola molécula o un solo átomo posea más de lo que pensamos.

¿Has tenido alguna experiencia directa de quistes dermatoides? Nosotros tuvimos una en la consulta de Cullingworth justo antes de caer él enfermo, y a los dos nos entusiasmó. Me parecen una de esas pequeñísimas rendijas por las que podemos ver muy hondo en los procesos de la Naturaleza. En aquel caso, el individuo, que era empleado en la oficina de correos, vino a nosotros con

una hinchazón sobre la ceja. La abrimos bajo la impresión de que se trataba de un absceso, pero encontramos en su interior algo de pelo y una rudimentaria mandíbula con dientes. Sabrás que tales casos son bastante comunes en cirugía y que no hay museo patológico que no muestre algún ejemplo.

Pero ¿qué podemos deducir de ello? Tan asombroso fenómeno ha de tener un significado profundo. Y creo que ese solo puede ser que cada célula del cuerpo posee en sí mima la capacidad latente de reproducir a todo el individuo y, que, ocasionalmente, bajo ciertas circunstancias especiales (algún oscuro estímulo nervioso o vascular) una de esas unidades de estructura microscópica hace un desastrado intento en esa dirección.

Pero, cielo santo, ¿a dónde he ido a parar? Todo esto viene de las farolas y los bordillos de Birchespool. ¡Y yo que me había sentado a escribir una carta tan práctica! Te doy permiso para ser tan dogmático y didáctico como quieras a cambio. Cullingworth dice que mi cabeza es como una cápsula a punto de estallar liberando todas sus semillas. Pobres semillas, por otra parte (me temo). Pero quizá alguna de ellas pueda alojarse en algún lugar, si lo quiere el Destino.

Te escribí por última vez la noche que llegué aquí. A la mañana siguiente puse manos a la obra. Te sorprendería (al menos, a mí me sorprendió) ver hasta qué punto puedo ser metódico y práctico. Antes de nada fui caminando hasta la oficina de correos y compré un enorme mapa de la ciudad que me costó un chelín. Regresé y lo sujeté a la mesa de la pensión. Hecho esto, empecé a estudiarlo, y a organizarme una serie de paseos en el transcurso de los cuales iría recorriendo todas las calles de la ciudad. Solía desayunar, salir hacia las diez, caminar hasta la una, tomar un almuerzo barato (puedo arreglármelas con tres peniques), caminar hasta las cuatro, regresar y anotar los resultados. En mi mapa puse una cruz sobre cada casa vacía y un círculo alrededor de cada médico. Así que, transcurrido ese tiempo, tuve un completo trazado del lugar que me permitía ver de un solo vistazo dónde había alguna brecha posible y qué oposición encontraría en cada punto.

Entretanto, había reclutado a un aliado que no esperaba. La segunda noche, la hija de la propietaria de la pensión me entregó solemnemente la tarjeta de visita del inquilino que ocupaba la habitación de abajo. En ella se leía: «Capitán Whitehall». Y, a continuación, debajo, entre paréntesis, «Transporte armado». Al dorso de la tarjeta habían escrito: «El capitán Whitehall (Transporte armado) envía sus saludos al Dr. Munro, y estaría encantado de cenar en su compañía a las 8:30». A esto respondí: «el Dr.

Munro envía sus saludos al capitán Whitehall (Transporte armado), y estará encantado de aceptar su invitación». De lo que «Transporte armado» pudiera significar yo no tenía la menor idea, pero me pareció bien incluirlo, puesto que él parecía querer mostrarse tan minucioso.

Al bajar, encontré a una figura de curioso aspecto con bata gris y cordón púrpura. Era un hombre de cierta edad (con el pelo aún no muy blanco, pero sí pasado el color ratón). Su barba y su bigote, en cambio, eran de un castaño amarillento, y tenía todo el rostro acribillado de arrugas, enjuto, pero hinchado, con bolsas colgantes bajo sus singulares ojos azules.

«Por Dios, señor doctor Munro», dijo al estrechar mi mano. «Es muy amabílismo por su parte aceptar una invitación informal. ¡Por Dios que lo es!».

Esta expresión resultó ser una muy típica, pues casi siempre empezaba y terminaba las frases con un juramento, mientras que en el centro de las mismas destacaba, por lo general, una suave cortesía. Tan regular era su fórmula que puedo omitirla desde ahora y que la supongas cada vez que lo haga hablar. Pero algún destello aquí y allá te lo recordará de vez en cuando.

«Tengo por costumbre, señor doctor Munro, hacer amistad con mis vecinos para toda la vida. Y extraños vecinos he tenido. Por Dios, señor, que tan humilde como usted me ve, me he sentado con un general a mi derecha y un almirante a mi izquierda, con los pies mirando a un embajador británico. Eso fue cuando comandé el transporte armado *Hegira* en el mar Negro en el 55. Se desató el gran temporal en la bahía de Balaclava, señor, y no quedó ni siquiera algo que poder usar de mondadientes».

Había un fuerte olor a *whisky* en la habitación, y una botella descorchada sobre la repisa de la chimenea. El capitán mismo hablaba con una curiosa tartamudez que atribuí al principio a un defecto natural, pero su forma de tambalearse mientras se volvía a su sillón me demostró que ya se había tomado bebido todo el que le había dado tiempo.

«No me queda mucho que ofrecerle, señor doctor Munro. Un muslo de… pato y una bienvenida de marino. No de la Armada Real, señor, aunque tengo… mejores modales que muchos que sí lo son. No, señor, no enseño falsos colores y no pongo las iniciales A. R. a continuación de mi nombre, ¡pero sirvo a la reina, por Dios! ¡No tengo nada de marino mercante! ¡Tome un trago, señor! Es del bueno, y le aseguro que he bebido suficiente como para conocer la diferencia».

Bien, pues lo cierto es que, en el transcurso de la cena, me entusiasmé entre el licor y la comida, y se lo acabé contando todo acerca de mis planes e

intenciones a mi nuevo conocido. No me había dado cuenta de lo solo que estaba hasta que descubrí el placer de la conversación. Él lo escuchó todo con gran simpatía, y para mi horror apuró un vaso hasta arriba de *whisky* puro para brindar por mi éxito. Tan entusiasmado estaba que nada pude hacer para impedir que vaciara un segundo vaso.

«¡Lo conseguirá, señor doctor Munro!», exclamó. «Reconozco a un hombre cuando lo veo, y usted lo conseguirá. ¡Aquí tiene mi mano, señor! ¡Estoy con usted! No debe avergonzarle estrecharla, que por Dios que ha estado abierta al humilde y cerrada al soberbio desde que fui capaz de mamar leche. Sí, señor, será usted un buen compañero de tripulación, y estoy… contento de tenerlo en mi popa».

Durante el resto de la noche su delirante idea fija fue que yo había entrado a servir bajo su mando, y me estuvo dictando interminables excursos inconexos acerca de la disciplina del barco, sin dejar de dirigirse a mí como «señor doctor Munro». Al final, su conversación se me hizo insoportable: un joven borracho es odioso, pero un viejo borracho es sin duda la cosa más repugnante del mundo. Sentimos que el color blanco de los cabellos, como el de la montaña, debería dignificar la altura alcanzada. Me levanté y le di las buenas noches con una última impresión de él recostado en su bata, con el trozo final empapado de un cigarro en la boca, la barba sucia de *whisky* y sus ojos medio vidriosos que me miraban de lado con la malicia de un sátiro. Tuve que salir a la calle y pasear durante casi media hora hasta despejarme lo suficiente para irme a la cama.

No quería volver a ver a mi vecino, pero este apareció cuando estaba sentado ante mi desayuno oliendo a bar y rezumando olor a *whisky* rancio por cada poro.

«Buenos días, señor doctor Munro», me dijo tendiendo una mano crispada. «¡Lo felicito, señor! Parece usted fresco… Mi cabeza parece una juguetería. Tuvimos una noche muy agradable y tranquila, y yo no tomé nada que pudiera sentarme mal, pero es la… atmósfera relajante de este sitio. No la soporto. El año pasado me ponía los pelos de punta. Supongo que está usted buscando casa».

«Empezaré en cuanto termine de desayunar».

«Yo me tomo un maldito interés por todo. Quizá pensará usted que es una… impertinencia, pero así es cómo soy. Mientras me quede vapor lanzaré el cable a todo aquel que necesite un remolque. Le diré lo que haré, señor doctor Munro. Yo tomaré un rumbo y usted el otro, y le haré saber si encuentro algo que pueda servirle».

No parecía haber alternativa posible entre llevarlo conmigo o dejarlo ir por su cuenta; así que solo pude darle las gracias y concederle carta blanca. Todas las noches volvía, borracho, por lo general, creo que habiendo recorrido sus diez o quince millas tan concienzudamente como yo. Y me venía con las más grotescas sugerencias.

En una ocasión llegó a iniciar verdaderas negociaciones con el propietario de una tienda enorme, que había sido la de un vendedor de aceite de colza, con un mostrador de unos sesenta pies de largo. Su argumento era que conocía a un tabernero al que le había ido muy bien un poco más abajo en la otra acera. El pobre viejo «transporte armado» trabajó tan duro que no pude evitar sentirme conmovido y agradecido, pero yo deseaba de corazón que abandonara, pues era un agente espantoso, y nunca sabía qué paso extravagante podía ser el que diera en mi nombre. Me presentó a otros dos individuos, uno de ellos una criatura de aspecto singular llamada Turpey, que se les arreglaba como podía con una pensión de inválido tras haber perdido, siendo un experimentado guardiamarina, la vista de un ojo y el uso de un brazo a causa de las heridas recibidas en algún *pah* impronunciable durante la guerra Maorí. El otro era un hombre de semblante triste y aspecto poético (entendí que de buena cuna), del que había renegado su familia después de fugarse con la cocinera. Se llamaba Carr, y su principal peculiaridad era ser tan regular en sus irregularidades que siempre podía adivinar la hora del día por el estado de ofuscación en que se hallaba. Ladeaba la cabeza, evaluaba sus síntomas, y entonces te decía la hora con casi total exactitud. Cualquier bebida inusual lo hacía indisponerse, sin embargo, y si acelerabas el paso por la mañana, solía desvestirse e irse a dormir hacia la hora del té con la absoluta convicción de que todos los relojes se habían vuelto locos. Estos dos raros seres desamparados se contaban entre las embarcaciones a las que el viejo Whitehall había «lanzado el cable», según sus propias palabras, y hasta mucho después de que me hubiera ido a dormir podía seguir oyendo el tintinear de sus vasos y el golpear de sus pipas contra el guardafuego en la habitación de abajo.

Pues, bien, cuando hube terminado mi mapa de casas vacías y médicos, descubrí que estaba disponible una villa que, sin lugar a dudas, era con diferencia la más apropiada para mi propósito. En primer lugar era bastante económica por cuarenta libras, o cincuenta con impuestos incluidos. La fachada tenía buen aspecto. No contaba con jardín. Tenía el barrio pudiente a un lado y el más humilde al otro. Por último, se hallaba casi en la intersección de cuatro calles, una de las cuales era una arteria principal de la ciudad. En

suma, si hubiera pedido una casa para mi propósito, difícilmente habría conseguido una mejor, e iba lleno de temor a que alguien se me adelantara en llegar al agente. Me di prisa e irrumpí en la oficina con una precipitación que sobresaltó bastante al tímido empleado que había dentro.

Sus respuestas, sin embargo, fueron tranquilizadoras. La casa seguía disponible. No podía ocuparla todavía, pero podía tomar posesión. Debía firmar un contrato de un año de alquiler, y lo habitual era pagar un trimestre de renta por adelantado.

No sé si cambié un poco de color.

«¡Por adelantado!», dije tan negligentemente como pude.

«Es lo habitual».

«¿Servirían referencias?».

«Bueno, eso depende, por supuesto, de las referencias».

«No es que importe demasiado», dije. (¡Dios me perdone!). «Sin embargo, si con eso basta para firmar, puedo pagar el trimestre lo mismo en el momento que después».

«¿Qué nombres daría usted?», preguntó.

Mi corazón dio un vuelco, pues supe que todo estaba arreglado. Mi tío, como sabes, obtuvo su título de caballero en Artillería, y aunque yo apenas lo conocía, supe que era el hombre que podía sacarme de aquel aprieto.

«Tengo a mí tío, *sir* Alexander Munro, en Lismore House, Dublín», dije. «Estará encantado de responder por mí, al igual que mi amigo el doctor Cullingworth de Bradfield».

Lo rendí con ambos cañonazos. Pude verlo en sus ojos y en la curva de su espalda.

«Estoy seguro de que eso será muy satisfactorio», dijo. «Si es tan amable de firmar el contrato…».

Así lo hice, y crucé de este modo el Rubicón. La suerte estaba echada. Sea lo que tenga que ser, el número 1 de Oakley Villas será mío durante doce meses.

«¿Querría ya la llave?».

Casi se la arrebaté de las manos. Entonces salí corriendo a tomar posesión de mi propiedad. Jamás olvidaré lo que sentí, querido Bertie, cuando la llave chasqueó en la cerradura y la puerta se abrió. Era mi propia casa… ¡Toda para mí! Volví a cerrar la puerta; el rumor de la calle se extinguió, y tuve, en aquel vestíbulo vacío y cubierto de polvo, una reconfortante sensación de privacidad que no había tenido nunca hasta entonces. Era la primera vez en toda mi vida que me encontraba bajo un techo que no hubiera pagado otro.

Entonces me dediqué a ir de habitación en habitación con una deliciosa sensación de descubrimiento. Había dos en la planta baja, de dieciséis pies cuadrados cada una, y descubrí con satisfacción que el papel pintado de las paredes estaba en buenas condiciones. La delantera serviría de consulta y la otra de sala de espera; no me detuve a reflexionar cuál era la más idónea para cada cosa. No cabía en mí de dicha, e iba dando un paso de baile en cada habitación a modo de inauguración oficial.

Luego bajé por una escalera de caracol de madera hasta el sótano, donde había una cocina y una trascocina con escasa luz y suelo de asfalto. Cuando entré en esta última me quedé mirando a mi alrededor. En todas las esquinas me sonreían montones de mandíbulas humanas. ¡El lugar era un Gólgota! Bajo aquella media luz el efecto era sepulcral. Pero cuando me acerqué y cogí una de ellas el misterio se desvaneció. Eran de escayola; los restos que había dejado atrás un dentista que había sido el último inquilino. Una visión bienvenida fue la de una enorme cómoda de madera con cajones y un excelente armario en el rincón. Solo faltaban una mesa y una silla para tener una habitación amueblada.

Luego volví a subir hasta la primera planta. Había otros dos apartamentos de buen tamaño allí. Uno sería mi dormitorio y otro una habitación de desahogo. Y luego había una segunda planta con dos más. Uno para el criado, cuando lo tuviera, y otro para huéspedes.

Desde las ventanas tenía vistas de la ondulante espalda gris de la ciudad con el ajetreo de las verdes copas de los árboles. Hacía un día ventoso, y las nubes surcaban los cielos rápidamente con esporádicos vislumbres de azul. No sé cómo fue, pero mientras permanecía mirando a través de los sucios cristales de las habitaciones vacías, una repentina sensación de mi propia individualidad y de mi responsabilidad hacia algún alto poder se apoderó de mí con una intensidad abrumadora. Estaba allí a punto de abrir un nuevo capítulo de mi vida. ¿Cuál sería su final? Tenía fuerza, tenía dones. ¿Qué iba a hacer con ellos? El mundo todo, la calle, los coches, las casas parecían desvanecerse, y una figura minúscula y la inefable Guía del Universo se hallaron por un instante frente a frente. Yo estaba de rodillas (como si me hubieran lanzado contra mi propia voluntad). Y no pude encontrar las palabras. Solo vagos anhelos y emociones y un sincero deseo de ofrecer mi hombro a la gran rueda del mundo. ¿Qué podía decir? Toda oración me parece basada en la idea de que Dios es un hombre magnificado (de que Él necesita que le pidan, y lo alaben, y le den las gracias). ¿Debería el diente de la rueda chirriar alabanzas al Ingeniero? Mejor trabajar más fuerte y chirriar

menos. Pero lo cierto es (lo confieso), que sí intenté poner en palabras la agitación de mi alma. Quise que fuera una oración, pero cuando consideré después los «suponiendo que» y los «en caso de» que la salpicaban, creo debió de resultar más bien una especie de documento legal. Aun así, me sentía más sereno y feliz cuando bajaba de nuevo las escaleras.

Te cuento esto, Bertie, porque, aunque pongo la razón por encima de la emoción no querría que pensaras que no estoy también abierto a ataques de esta última. Siento que lo que digo sobre la religión es demasiado frío y académico. Siento que debería haber algo más cálido, dulce y reconfortante. Pero si se me pide que pague el precio de creer que es verdad algo contra lo que todo lo más cercano al teólogo que hay en mí protesta, entonces me están vendiendo tus opiáceos demasiado caros. Yo soy voluntario de la «vana esperanza de Dios», y seguiré en la brecha mientras pueda pensar que sigo la bandera de la verdad.

Mis dos siguientes preocupaciones fueron proveerme de medicinas y muebles. Las primeras estaba seguro de poder conseguirlas a largo crédito, mientras que los segundos estaba absolutamente decidido a que no me hicieran endeudarme. Escribí a la Compañía de Boticarios dando los nombres de Cullingworth y de mi padre y encargando tinturas, infusiones, píldoras, polvos, ungüentos y botes por valor de doce libras. Cullingworth debía de ser (pensé) uno de sus mejores clientes, de modo que sabía que mi encargo sería atendido con prontitud.

Quedaba aún la cuestión más seria del mobiliario. Calculé que una vez que hubiera pagado mi alojamiento podría, sin vaciar por completo mi bolsa, gastar cuatro libras en muebles (no una gran cantidad para una villa de considerable tamaño). Ello me dejaría unos pocos chelines para salir adelante, y, antes de que se hubieran agotado, llegaría el dinero de Cullingworth. Esas libras, sin embargo, serían necesarias para la renta, así que apenas podía contar con ellas en la medida en que lo requerían mis necesidades inmediatas. Descubrí en las columnas del *Birchespool Post* que iba a celebrarse una venta de muebles esa tarde, y me dirigí a la sala de subastas acompañado, muy en contra de mi voluntad, por el capitán Whitehall, que estaba muy borracho y afectuoso.

«Por Dios, señor doctor Munro, que soy el hombre con el que puede contar. No soy más que un viejo marino, señor, con quizá más licor dentro que seso, pero soy servidor de la Reina, y toco mi pensión cada primer día de la nueva estación. No me las doy de ser de la A. R., pero tampoco soy del servicio mercante. Y, aquí estoy, pudriéndome con mis pensiones, pero por

Dios, señor doctor Munro, que transportaría a siete mil malolientes turcos desde Varna a la bahía de Balaclava. Estoy a su lado, doctor Munro, y arreglaremos esto».

Llegamos al salón de subastas y nos quedamos al borde de la muchedumbre esperando nuestra oportunidad. Enseguida salió una mesita en muy buen estado. Hice un gesto y la obtuve por nueve chelines. Luego vinieron tres sillas de aspecto curioso, de madera negra y asientos de mimbre. Cuatro chelines pagué por ellas. Luego un paragüero por cuatro con seis peniques. Esto último fue un mero lujo, pero la labor me iba animando. Salió también un lote de cortinas reunidas en un solo atado. Alguien ofreció cinco chelines. La mirada del subastador me buscó e hice un gesto. Mío de nuevo por cinco con seis peniques. Luego compré un cuadro de tapiz rojo por media corona, una pequeña cama de hierro por nueve chelines, tres acuarelas («Primavera», «Tocando el banjo» y «Castillo de Windsor») por cinco chelines, un pequeño guardafuego por media corona, un juego de tocador por cinco chelines, otra mesa muy pequeña con tablero cuadrado por tres con seis peniques. Cada vez que yo pujaba por algo, Whitehall levantaba en el aire su bastón de endrino, cosa que llegué a sorprenderlo haciendo en mi nombre cuando yo no tenía intención de comprar. Por poco escapé de tener que pagas catorce con seis peniques por un guacamayo embalsamado en una vitrina.

«Podría colgarlo en su vestíbulo, señor doctor Munro», dijo cuando protesté.

«Tendría que colgarme yo mismo en mi vestíbulo si gastara mi dinero de esa forma», dije. «Tengo todo lo que puedo permitirme y debo parar».

Cuando la subasta acabó, pagué mi cuenta e hice que cargaran mis artículos en un carro, y el mozo de cuerda se encargó de llevármelos por dos chelines. Descubrí que había sobrestimado el coste del mobiliario, pues el gasto total fue poco más de tres libras. Caminamos de vuelta a Oakley Villas, y orgullosamente deposité todas mis pertenencias en el vestíbulo. Y entonces vino otra de esas extraordinarias muestras de generosidad de las clases más humildes. El mozo de cuerda, después de haberle pagado, volvió a su carro y regresó con una enorme estera de estopa, la cosa más fea en la que hubiera puesto los ojos en mi vida. La extendió dentro de mi casa, ante la puerta, y luego, sin mediar una palabra, rechazando cualquier protesta o tentativa de agradecimiento, despareció en la noche con su carro.

A la mañana siguiente volví a mi casa (¡*mi* casa!) definitivamente, después de haber pagado a la dueña de la pensión. Su cuenta resultó mayor de lo que yo esperaba, pues solo había desayunado y tomado el té, «cenando

fuera» siempre, como ella decía con solemnidad. No obstante, fue un alivio para mí dejarla saldada y dirigirme con mi caja a Oakley Villas. Un ferretero había fijado mi placa en la verja por media corona la noche antes, y allí estaba, refulgiendo al sol, cuando llegué. Me produjo cierta timidez contemplarla, y entré rápidamente en la casa con la sensación de que había un rostro en cada ventana de la calle.

Pero, una vez dentro, había tanto que hacer que no sabía por dónde empezar. Compré una escoba de uno con nueve peniques y me puse a trabajar. Observarás que soy preciso con las pequeñas sumas, pues justo ahí se encuentra la clave de todo. En el patio encontré un cubo de zinc con un agujero que resultó de lo más útil, pues con su ayuda me las arreglé para sacar todas las mandíbulas que había amontonadas en mi cocina. Entonces, con mi nueva escoba, mi abrigo colgado de un brazo de la lámpara de gas y las mangas de la camisa al codo, limpié las habitaciones bajas y el vestíbulo, arrastrando los desechos hacia el patio. Después hice lo mismo en la planta de arriba, con el resultado de varias yardas cuadradas de polvo que volvieron a caer el vestíbulo y deshicieron todo mi trabajo de limpieza previo. Esto fue desalentador; pero, al menos, me enseñó a empezar por el punto más lejano en el futuro. Cuando terminé, estaba tan acalorado y sucio como si hubiera jugado la mitad de un partido de fútbol. Pensé en nuestra prolija limpiadora en casa, y comprendí el extraordinario adiestramiento que ella debía de tener.

Luego vino la colocación de los muebles. El vestíbulo resultó fácil de manejar, pues los tablones eran de color oscuro y tenían buen aspecto por sí solos. Mi esterilla de estopa y mi paragüero eran los únicos objetos en él, pero compré tres colgadores por seis peniques, y los sujeté al lado, completando el efecto al colocar en ellos mis dos sombreros. Por último, como la extensión del suelo desnudo era deprimente, fijé una de mis cortinas hacia la mitad, doblándola hacia atrás, de modo que le daba una especie de aspecto oriental y evocaba una vaga idea de la existencia de habitaciones al otro lado. El efecto era excelente, y yo me sentí muy orgulloso de él.

De ahí pasé al punto más importante de todos (el arreglo de mi sala de consulta). Mi experiencia con Cullingworth me había enseñado al menos una cosa: que a los pacientes no les importa lo más mínimo tu casa si creen que puedes curarlos. Una vez introducida en sus cabezas esa idea, puedes vivir en el compartimento vacante de un establo y redactar tus recetas sobre el pesebre. Pero, aun así, siendo esta como iba a ser durante muchos días la única habitación amueblada de mi casa, merecía la pena algo de planificación para sacarle todo el partido posible.

Extendí mi tapiz rojo en el centro, y lo sujeté al suelo con unos clavos con cabeza cobriza. Parecía más pequeño de lo que esperaba, como una diminuta isla roja en un océano de madera de pino o un sello postal en medio de un sobre. En el centro coloqué mi mesa, con tres volúmenes médicos a un lado y mi estetoscopio y el estuche con compartimentos al otro. Una de las sillas iba con la mesa, por supuesto. Y luego pasé los siguientes diez minutos tratando de decidir si las otras dos quedaban mejor juntas (como un denso bloque de sillas, por así decirlo) o esparcidas de modo que la mirada azarosa se hiciese la idea de que había muchas. Finalmente, coloqué una a la derecha y otra enfrente de la mesa. Luego puse el guardafuego y clavé «Primavera», «Los músicos tocando el banjo» y «El castillo de Windsor» a tres de las paredes, con la promesa mental de que la primera media corona que me sobrara la emplearía en comprar un cuadro para la cuarta. En la ventana coloqué mi mesita cuadrada, y armonicé sobre ella una fotografía con soporte de marfil y un lujoso marco que había traído en mi baúl. Finalmente, encontré un par de cortinas de color marrón oscuro entre el lote que compré en la subasta, y las coloqué de forma que entrase una luz tenue en la habitación que bajará la tonalidad de todo y diera la impresión de que los rincones oscuros estaban amueblados. Cuando hube terminado mi trabajo, verdaderamente no creía que nadie pudiera adivinar que el contenido total de aquella habitación no ascendía a más de treinta chelines.

Entonces empujé mi cama de acero hasta el piso de arriba y la fijé en la habitación que desde el principio había elegido como mi alcoba. Encontré un viejo cajón de embalaje en el patio (un vestigio de la mudanza de mi predecesor) que hizo las veces de estupendo soporte para mi palangana y mi jarro. Cuando todo estuvo fijado paseé, henchido de orgullo, por mis habitaciones, dando un toque aquí y otro allá hasta que todo estuvo perfecto. Desearía que mi madre lo viera (aunque, pensándolo bien, mejor que no; pues sé que lo primero que haría sería calentar galones de agua y limpiar con piedra pómez todo el lugar, del desván hasta el sótano, y ya sé, por mi corta experiencia, lo que eso significa).

Bien, hasta aquí he llegado por el momento. ¡Qué cosas tan triviales, difícilmente de interés para más de tres almas bajo el cielo! Pero me agrada escribirte en la medida en que tengo la seguridad de que te gusta lo que lees. Da, por favor, mis más cariñosos recuerdos a tu esposa, y a Camelford también, si por casualidad te lo encuentras. Estaba en el Mississippi la última vez que supe de él.

XII.
Oakley Villas, Birchespool,
5 de junio de 1882.

Una vez tomadas todas esas disposiciones que describía con tan penosa prolijidad en mi última carta, querido Bertie, me senté en la silla de mi estudio y extendí toda mi riqueza terrena sobre la mesa ante de mí. Me quedé asombrado al mirarla (tres medias coronas, un florín y cuatro monedas de seis peniques en total). Esperaba haber sabido ya de Cullingworth, pero al menos sabía que siempre estaba allí, respaldándome, como un amigo en quien podía confiar. Inmediatamente después de haber cerrado el trato de la casa, yo le había escrito una carta extensa en la que le decía que me había comprometido a permanecer en ella durante un año, pero asegurándole que estaba muy seguro de que con la ayuda que me había prometido sería capaz de salir adelante fácilmente. Describí la situación ventajosa de la casa, y le di todos los detalles acerca de la renta y la vecindad. Estaba seguro de que aquella carta obtendría una respuesta suya que contendría mi giro semanal. Y, sobre una cosa estaba decidido, por encima de todo. Cualesquiera que fuesen las penalidades que me aguardaran por delante, me enfrentaría a ellas sin ayuda de casa. Sabía, por supuesto, que mi madre vendería hasta sus gafas de oro para ayudarme, y que ningún recuerdo de nuestra reciente desavenencia la habría hecho dudarlo. Pero, aun así, ya sabes que un hombre tiene su amor propio, y yo no quería actuar en contra de su criterio y luego correr a ella pidiéndole ayuda.

Pasé en mi casa todo el día, con esa omnipresente sensación de privacidad y novedad que me había entusiasmado en cuanto cerré la puerta de la calle tras de mí. Por la tarde salí y compré una hogaza de pan, media libra de té («barreduras del té», lo llaman, y cuesta ocho peniques), un hervidor de estaño (cinco peniques), una libra de azúcar, una lata de leche suiza, y una lata de paté de carne americano. A menudo había oído a mi madre quejarse de los gastos domésticos, y ahora empecé a entender lo que quería decir. Dos con

nueve peniques desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, pero al menos tenía suficiente para mantenerme durante algunos días.

Había un conveniente brazo de lámpara de gas en la habitación trasera. Clavé un trozo de madera en la pared justo por encima, y así hice un brazo del que podía colgar mi pequeño hervidor y calentarlo sobre el fuego. El atractivo de la idea era que no habría coste inmediato, y muchas cosas habrían ocurrido antes de que tuviera que pagar la factura del gas. La habitación trasera se convirtió así en cocina y comedor. El único mobiliario consistía en mi sombrerera, que hacía las veces de armario, de mesa y de silla. Mis comestibles eran almacenados en su interior, y cuando quería comer no tenía más que sacarlos y ponerlos a la vista, dejando espacio para sentarme yo junto a ellos.

Fue al irme a mi dormitorio cuando me di cuenta de los descuidos que había cometido en mi mobiliario. No había colchón, almohada ni ropa de cama. Mi mente había estado tan centrada en lo esencial para la consulta que no había dedicado un solo pensamiento a mis necesidades particulares. Dormí aquella noche sobre los hierros de mi cama y me levanté como un San Lorenzo de la parrilla. Mi segunda muda de ropa, junto con los *Principios de Medicina* de Bristowe hicieron una excelente almohada, y en una templada noche de junio a cualquiera le basta para taparse con su abrigo. No me gustaba la ropa de cama de segunda mano, y decidí, hasta que pudiera comprármela nueva, hacerme una almohada de paja y utilizar mis dos mudas de ropa en las noches más frías. Dos días después, sin embargo, el problema se resolvió de la manera más lujosa con la llegada de una gran caja de estaño marrón de mi madre que fue tan bienvenida para mí y llegó tan caída del cielo como el naufragio del barco español para Robinson Crusoe. Había en ella dos pares de gruesas mantas, dos sábanas, una colcha, una almohada, un taburete plegable, dos garras de oso embalsamadas (¡de entre todas las cosas del mundo!), dos jarrones de terracota, una cubretetera, dos cuadros enmarcados, varios libros, un tintero ornamental y varios antimacasares y manteles de color. Hasta que no tienes tu propia mesa con superficie de pino y patas de caoba no entiendes el verdadero sentido profundo de una tela ornamental. Justo encima de este tesoro llegó un enorme cesto de la Sociedad de Boticarios con las medicinas que había pedido. Cuando fueron colocados en línea, los botes se extendían por todo el lado derecho del comedor y por la mitad del otro. Al caminar por mi casa y observar mis diversas posesiones, empecé a sentirme menos radical en mis ideas, y a pensar que tal vez podría haber algo de razón en el derecho a la propiedad privada, después de todo.

Así que incrementé mis pertenencias de un modo extraordinario. Y me fabriqué un excelente colchón con algo de arpillera y la paja con que los botes habían sido empaquetados.

Además, con las tres contraventanas que pertenecían a la habitación, armé una consola muy efectiva para mi cubículo, de la que, una vez cubierta con una tela roja y adornada con las garras de oso, ningún paciente podría haber dicho nada en contra de que pudiese haberme costado veinte guineas. Hice todas estas cosas con el corazón ligero y alegre antes de recibir el golpe paralizante del que tendré que hablarte ahora.

Por supuesto, era evidente desde el principio que un criado quedaba fuera de cuestión. No podía ofrecer manutención a ninguno, y mucho menos pagarlo, y no tenía mobiliario de cocina. Tenía que abrir yo mismo la puerta a mis pacientes (y dejar que estos pensaran lo que quisieran de ello). Tengo que fregar mi propio plato y barrer mi puerta, y todas estas cosas he de hacerlas concienzudamente, pues he de mostrar al público una buena apariencia. Tampoco había gran dificultad en eso, ya que podía hacerlo al amparo de la noche. Pero recibí una sugerencia de mi madre que simplificó inmensamente las cosas. Me escribió para decirme que, si lo deseaba, podía enviarme a mi hermano pequeño Paul para que me hiciese compañía. Le respondí entusiasmado que estaba de acuerdo. Era un muchacho robusto y alegre de nueve años capaz (yo lo sabía) de compartir alegremente momentos duros conmigo y, si llegaban a serlo demasiado, siempre podía devolverlo a casa. Faltaban algunas semanas hasta que pudiera venir, pero pensar en él me alegraba. Además de servirme de compañía, habría mil maneras en que podría serme útil.

¿Y quién crees que apareció al segundo día sino el capitán Whitehall? Yo estaba en la habitación trasera, calculando cuántas rodajas podían salir de una libra de paté de carne cuando sonó mi timbre, y solo tuve tiempo de cerrar la boca para que el corazón no se me saliese por ella.

¡Cómo resonó aquel timbre en la casa vacía! Vi quién era, no obstante, cuando salí al vestíbulo, pues los cristales intermedios de mi puerta están velados, de manera que siempre pueda estudiar la silueta de mis visitantes antes de acortar distancias.

Aún no estaba seguro de si odiaba o apreciaba a aquel hombre. Era la mezcla más extraordinaria de caridad y embriaguez, lascivia y sacrificio con la que me hubiera tropezado jamás. Pero trajo consigo a la casa un algo de alegría y esperanza por el que no podía estarle más que agradecido. Traía un enorme paquete de papel de estraza bajo el brazo que desenvolvió sobre mi

mesa para mostrar un gran jarro marrón. Lo depositó en el centro de la repisa de mi chimenea.

«Me permitirá, señor doctor Munro, colocar esta nadería en su habitación. Es lava, señor; lava del Vesubio, y está hecho en Nápoles. Por Dios que pensará usted que está vacío, señor doctor Munro. Pero está lleno de mis mejores deseos, y cuando consiga tener la mejor consulta de esta ciudad, señalará usted a ese jarrón y podrá contar que se lo regaló el capitán de un transporte armado que lo apoyó desde el principio».

Te digo, Bertie, que se me saltaron las lágrimas, y apenas fui capaz de articular un par de palabras de agradecimiento. ¡Qué distintas cualidades se mezclan en el alma humana! No era la acción en sí, ni las palabras, sino la mirada casi femenina en los ojos de aquel viejo bohemio, roto y borracho (la compasión y el anhelo de compasión que leí allí). Pero solo durante un instante, pues volvió a adoptar su dureza de siempre enseguida, y regresó a su habitual osadía y a sus modales medio desafiantes.

«Hay otra cosa, señor. Llevo algún tiempo pensando en pedir su opinión médica. Me gustaría ponerme en sus manos, si quisiera usted examinarme».

«¿Qué le ocurre?», pregunté.

«Señor doctor Munro, soy un museo andante. Podría escribir lo que *no* me ocurre al dorso de una… tarjeta de visita», dijo. «Si hay alguna afección que tenga especial interés en estudiar, solo tiene que venir a mí, señor, y ver lo que puedo hacer por usted. No todo el mundo puede decir que ha tenido el cólera tres veces y se ha curado él solo a base de pimiento rojo y *brandy*. Si uno puede poner a los… pequeños gérmenes a estornudar, pronto lo dejan tranquilo. Esa es mi teoría sobre el cólera, y debería usted tomar nota sobre ella, señor doctor Munro, pues llevé como compañeros de tripulación a cincuenta hombres muertos cuando comandaba el transporte armado *Hegira* en el mar Negro, y sé… bien de lo que hablo».

Lleno las frases de Whitehall de puntos suspensivos porque percibo lo inútil que resulta tratar de reproducir su energía y variedad. Me sorprendió al desnudarse, pues tenía todo el cuerpo cubierto de un completo panorama de tatuajes, con una gran Venus azul justo encima del corazón.

«Puede usted llamar», dijo cuando comencé a percutirle el pecho. «Pero estoy… seguro de que no hay nadie en casa. Todos han ido a visitarse unos a otros. *Sir* John Hutton hizo un intento hace algunos años. “¿Pero dónde está tu hígado, hombre?”, dijo. “Parece que alguien te hubiera molido a palos”, dijo. “Nada está en su sitio”. “Excepto mi corazón, *sir* John”, le respondí. “Sí, por Dios que ese nunca perderá sus amarres mientras le quede un latido”».

Pues, bien, lo examiné, y descubrí que su propia descripción no estaba muy lejos de la verdad. Fui minuciosamente de la cabeza a los pies, y no era muchas las cosas quedaban en el estado en que la naturaleza las había creado. Tenía regurgitación mitral, cirrosis del hígado, enfermedad de Bright, un bazo agrandado, una hidropesía incipiente. Le dicté una conferencia sobre la necesidad de moderación, si es que no de la total abstinencia, pero me temo que mis palabras no causaron impresión en él. Se reía por lo bajo y hacía una especie de cloqueo con la garganta durante todo el tiempo que estuve hablando; aunque si se trataba de asentimiento o de protesta no sé decirlo.

Sacó su bolsa cuando hubo terminado, y le rogué que considerase mi pequeño servicio como un pequeñísimo acto de amistad. Pero esto no funcionó en absoluto, y parecía tan decidido que me vi obligado a ceder.

«Mi tarifa son cinco chelines, entonces; puesto que insiste usted en convertirlo en una cuestión de negocios».

«Señor doctor Munro —estalló—, he sido examinado por hombres a los que no habría arrojado un cubo de agua si hubieran estado ardiendo y nunca les pagué menos de una guinea; ahora que he dado con un caballero y un amigo, que me aspen si pago un cuarto de penique menos».

Así que, tras mucha discusión, todo terminó con el amable tipo marchándose tras dejar un soberano y un chelín al filo de mi mesa. El dinero me quemó al tocarlo, pues sabía que su pensión no era grande, pero, puesto que no tenía más remedio que aceptarlo, era innegable que me resultaba de extraordinaria utilidad. Salí y gasté seis chelines en un jergón nuevo que iría debajo del colchón de paja sobre mi cama. Ya iba, como ves, alcanzando un nivel de enervante lujo en mi organización doméstica, y solo podía apaciguar mi conciencia recordándome a mí mismo que el pequeño Paul tendría que dormir conmigo cuando llegara.

Pero no he llegado aún al final de la visita de Whitehall. Cuando volví, tomé el hermoso jarrón de lava, y en el interior encontré su tarjeta. Al dorso, se leía escrito: «Ya ha entrado usted en acción, señor. Su destino será hundirse o nadar, pero nunca rendirse. Muera usted agarrado a su último tablón o llegue a puerto con su enseña ondeando en el palo».

¿No era bonito? Se me agitó la sangre, y las palabras resonaron igual que un toque de corneta en mi cabeza. Fortalecían mi ánimo, y se acercaba el momento en que toda la fortaleza de ánimo que pudiera reunir me haría falta. Las copié y colgué a un lado de la repisa de mi chimenea. Al otro coloqué una breve cita que me atrevería a decir que te resulta tan familiar como a mí. «De un modo u otro, toda la luz, la energía y la virtud sale de nosotros mismos y

va indefectiblemente al tesoro de Dios, viviendo y actuando allí para la eternidad. Nada se pierde (ni un solo átomo de nosotros)». Esa es una frase religiosa intelectualmente satisfactoria y, por tanto, con profundidad moral.

Y esta última cita me lleva a mi segundo visitante. ¡Semejante cola tuvimos! Sé que cometo un error hablándote de esto, pues sé que tus simpatías no estarán de mi parte, pero, al menos, tendrá el buen efecto de hacerte volcar tu enfado en una carta de protesta y polémica que me agradará como ninguna otra cosa.

Pues, bien, la segunda persona a la que dejé pasar por mi puerta fue el coadjutor de la parroquia de la High Church (o, al menos, yo deduje lo de la High Church por su cuello y por la cruz que colgaba de la cadena de su reloj). Parecía un excelente individuo honorable y viril (en realidad, la honestidad me obliga a admitir que nunca he encontrado al coadjutor insípido de salón de té fuera de las páginas del *Punch*). Como grupo, creo que podría compararse muy bien en masculinidad (no digo en inteligencia) con el de muchos jóvenes abogados y médicos. Pero, aun así, no le tengo afición al clero. Igual que el algodón, que es por sí misma la sustancia más inocua del mundo, se vuelve peligroso al ser bañado en ácido nítrico, así el más apacible de los mortales es digno de ser temido una vez empapado de una religión sectaria. Si alberga cualquier rencor o rigidez dentro de sí, lo sacará a la superficie. Así que yo no estaba en absoluto loco de alegría por mi visita, aunque confío en haberla recibido con la cortesía debida. La rápida mirada de sorpresa que lanzó a su alrededor al entrar en mi sala de consulta me dijo que no era lo que él esperaba.

«Verá usted, el vicario lleva fuera dos años, y tenemos que ocuparnos de todo en su ausencia», explicó. «Su pecho es débil y no soporta el clima de Birchespool. Yo vivo justo enfrente, y al ver colocada su placa, pensé en pasar a darle la bienvenida a nuestra parroquia».

Le dije que le agradecía mucho su atención. Y, si se hubiera detenido ahí, todo habría ido bien y habríamos tenido una breve charla agradable. Pero supongo que su sentido del deber lo que no se lo permitió.

«Confío —dijo— en que le veremos en St. Joseph’s».

No tuve más remedio que explicarle que no era probable.

«¿Católico?», preguntó en un tono no antipático.

Moví la cabeza; pero nada iba a desalentarlo.

«¡No será un inconformista!», exclamó con un repentino endurecimiento de su rostro amable.

Moví la cabeza de nuevo.

«¡Ah, entonces alguien un poco relajado… Un poco remiso!», dijo bromeando y con una expresión de alivio. «A los profesionales les ocurre. Tienen demasiadas distracciones. Al menos, usted permanecerá firme, sin duda, a las verdades fundamentales del cristianismo, ¿me equivoco?».

«Creo en lo más profundo de mi corazón —respondí— que su Fundador fue el mejor y más hermoso de todos los personajes que han dejado testimonio en la historia de este planeta».

Pero, en lugar de calmarlo, mi conciliadora respuesta pareció entenderse como un desafío.

«Confío en que su fe vaya más allá de eso», respondió con severidad. «Sin duda estará usted dispuesto a admitir que Él fue una encarnación de la divinidad».

Comencé a sentirme como el viejo tejón en su agujero que tiene ganas de arañar el negro hocico ansioso por sacarlo de él.

«¿No piensa usted que si Él no hubiera sido más que un frágil mortal como cualquiera de nosotros, Su vida adquiere un significado mucho más profundo? Se convierte entonces en un modelo con el que podríamos trabajar. Si, por el contrario, Él hubiera sido de una naturaleza intrínsecamente distinta a la nuestra, entonces su Existencia pierde sentido, puesto que Él y nosotros partimos de bases diferentes. A mi mente le resulta obvio que tal suposición arrebata la belleza y la moral de Su vida. Si Él era divino, entonces *no podía* pecar, y ese es el final de la cuestión. Nosotros, que no somos divinos, y podemos pecar, tenemos poco que aprender de una vida como esa».

«Él triunfó sobre el pecado», dijo mi visitante como si un pasaje o una frase pudiese ser un argumento.

«¡Un triunfo fácil!», dije. «Recordará usted a aquel emperador romano que solía bajar a la arena armado hasta los dientes y enfrentarse a algún pobre diablo con solo una espada de plomo que se doblaría de un empujón. Según su teoría sobre la vida del Maestro, Él se habría enfrentado a las tentaciones del mundo con esa idéntica ventaja de que resultaría inofensivas armas de plomo para él, y no los poderosos enemigos que nosotros encontramos. Mi simpatía por Él es tan fuerte cuando pienso en Su debilidad como cuando pienso en Su sabiduría y Su virtud. Me llega más profundamente, supongo, pues yo también soy débil».

«¿Sería usted tan amable de decirme que le parece débil en Su conducta?», preguntó mi visita con tirantez.

«Pues los rasgos más humanos (*débil* quizá no sea en absoluto la palabra que debería haber empleado). Su reprensión a los sabatarios, Su violencia

contra los charlatanes, Su estallido contra los Fariseos, Su petulancia algo insensata hacia la higuera por no dar fruto en la estación impropia del año, Su muy humano sentimiento hacia el ama de casa que iba y venía mientras Él hablaba, Su satisfacción por que el ungüento se le aplicara a él en lugar de ser destinado al pobre, Su dudar de sí mismo en el momento crítico… Estas cosas son las que me hacen comprender y amar al hombre».

«¿Es usted, entonces, un unitario, o quizá un simple deísta?», dijo el coadjutor con un rubor combativo.

«Puede etiquetarme como le plazca», respondí (y para entonces me temo que había llevado mi sermón demasiado lejos). «No pretendo saber qué es la verdad, pues es infinita, y yo finito, pero sé particularmente bien lo que *no* lo es. No es verdad que la religión alcanzase su apogeo hace mil novecientos años y que debamos para siempre retrotraernos a lo que fue escrito y dicho por entonces. No, señor; la religión es algo vivo y vital, que sigue creciendo y actuando, capaz de extensión y desarrollo infinitos, como todos los demás campos del pensamiento. Fueron muchas las verdades eternas pronunciadas en tiempos antiguos que nos han sido entregadas en un libro, algunas de cuyas partes pueden, desde luego, llamarse sagradas. Pero aún quedan otras por revelarse, y si las rechazamos por no hallarse en esas páginas, estaríamos actuando con el mismo juicio que el científico que no tuviera en cuenta el análisis espectral de Kirschoff porque no existe mención a él en Alberto Magno. Un profeta moderno podría vestir abrigo de velarte y escribir en las revistas, pero no por ello dejaría de ser el pequeño conducto por el que fluye un poco de líquido del embalse de la verdad. ¡Mire esto!», exclamé levantando y leyendo mi texto de Carlyle. «No viene de ningún profeta hebreo, sino de un contribuyente de Chelsea. Él y Emerson se cuentan también entre los profetas. El Todopoderoso no ha dicho Su última palabra a la raza humana, y Él puede hablar a través de un escocés o de un vecino de Nueva Inglaterra tanto como a través de un judío. La Biblia, señor, es un libro que sale por entregas y *Continuará* y no *Finis* es lo que está escrito al final de ella».

Mi visita había estado mostrando todos los signos posibles de aguda incomodidad durante este largo discurso mío. Al fin, se puso en pie bruscamente y tomó su sombrero de la mesa.

«Sus opiniones son sumamente peligrosas, señor», dijo. «Es mi deber decírselo. Usted no cree en nada».

«En nada que limite el poder de la bondad del Todopoderoso», respondí.

«Usted ha elaborado todo eso a partir de su propia soberbia espiritual y su autosuficiencia», dijo él acaloradamente. «¿Por qué no se vuelve hacia esa Divinidad cuyo nombre usa? ¿Por qué no se humilla ante Él?».

«¿Cómo sabe que no lo hago?».

«Ha dicho usted mismo que nunca va a la iglesia».

«Llevo mi propia iglesia conmigo debajo de mi sombrero», dije. «No se hace una escalera hasta el cielo con mortero y ladrillos. Yo creo, con su Maestro, que el mejor templo es el corazón humano. Lamento ver que usted no está de acuerdo con Él en ese punto».

Quizá no estuvo bien por mi parte decir eso. Podría haberme defendido sin contraatacar. Pero, en cualquier caso, tuvo el efecto de poner fin a una conversación que se estaba volviendo agobiante. Mi visita estaba demasiado indignada como para responder, y salió con arrogancia de la habitación sin decir una palabra. Desde mi ventana, pude verlo caminar por la calle, una pequeña criatura negra y furiosa, muy acalorada y preocupada por no poder medir el universo entero con su escuadra y su compás de bolsillo.

Piensa en ello, y piensa en lo que es él. ¡Un átomo entre átomos detenido en el punto de encuentro de dos eternidades! Pero ¿quién soy yo, un átomo hermano, para juzgarlo?

Después de todo, reconozco que quizá habría sido mejor escuchar lo que él tenía que decirme sin revelar mis propias opiniones. Pero, por otro lado, la verdad *debe* ser tan amplia como el universo que ha de explicar, y por tanto mucho más amplia que cualquier cosa que el hombre pueda concebir. Una protesta contra el pensamiento sectario ha de ser siempre una aspiración a la verdad. ¿Quién puede atreverse a reclamar un monopolio del Todopoderoso? Sería una insolencia por parte de un sistema solar, y en cambio lo hace cada día un centenar de pequeñas camarillas de aficionados al misterio. Ahí está la verdadera impiedad.

Bien, el resultado de todo esto es, querido Bertie, que he empezado mi consulta haciendo un enemigo del hombre que, de toda la parroquia, más capacidad de perjudicarme posee. Sé lo que mi padre pensaría, si se enterara.

Y ahora llego al gran acontecimiento de esta mañana, por el que aún tengo entrecortada la respiración. Ese villano de Cullingworth ha cortado amarras conmigo y me ha dejado a mi suerte a la deriva.

Mi correo llega a las ocho de la mañana, y suelo recoger las cartas y llevármelas a la cama para leerlas. Solo hubo una esta mañana, con su extraña e inconfundible caligrafía en la dirección. Estaba seguro, por supuesto, de que

se trataba del giro prometido, y la abrí con una placentera sensación de expectación. Copio a continuación lo que leí:

> Cuando la doncella arreglaba tu habitación después de tu partida, encontró unos trozos de papel arrugado que había en la chimenea. Viendo mi nombre en ellos, se los llevó, cumpliendo su deber, a su señora, que los pegó y descubrió que formaban una carta que tu madre te dirigía, donde se refería a mí en los más viles términos, como «estafador en la ruina» o «ese Cullingworth sin escrúpulos». Solo puedo decir que no daba crédito a que hubieras sido partícipe de semejante correspondencia mientras eras huésped de nuestro techo, y que nos negamos a seguir teniendo cualquier tipo de relación contigo.

¿No era un excelente comienzo de mañana tras haber establecido una consulta y alquilado una casa por un año con unos pocos chelines en el bolsillo respaldado por su promesa? He dejado de fumar por economía, pero he sentido que la situación era merecedora de una pipa, así que me he bajado de la cama, he reunido un montoncito de restos de tabaco que quedaban en el forro de mi bolsillo y me lo he fumado todo. Ese salvavidas del que he estado hablando tan confiadamente ha estallado y me ha dejado pataleando como puedo en aguas muy profundas. Leo la nota una y otra vez, y a pesar de todo el dilema, no puedo evitar reírme de la mezcla de mezquindad y estupidez del asunto. El cuadro de mis anfitriones afanados en pegar la carta destruida de su huésped ausente me resulta de lo más divertido. Y lo más absurdo de todo es que, sin duda, hasta un niño podría ver que el ataque de mi madre era en respuesta a mi defensa. ¿Por qué íbamos a escribir a dúo diciendo los dos lo mismo? Bueno, estoy aún muy confuso acerca de todo, y no tengo la menor idea de lo que voy a hacer (es más probable que muera agarrado a mi última tabla antes de llegar a puerto con mi enseña en el palo mayor). Debo reflexionar y contarte el resultado de todo. Pero, venga lo que tenga que venir, una cosa es segura, y es que, en la alegría y en la adversidad, seré siempre tu querido y charlatán amigo.

XIII.
Oakley Villas, Birchespool, 12 de junio de 1882.

Cuando te escribí por última vez, querido Bertie, aún tenía entrecortada la respiración, igual que un bacalao en un banco de arena, tras mi ruptura definitiva con Cullingworth. Solo el hecho de ponerlo todo en negro sobre blanco pareció servirme para aclarar las cosas, y me sentía de mucho mejor ánimo para cuando había terminado mi carta. Estaba escribiendo la dirección en el sobre (¡observa con qué continuidad narrativa sabes de mis andanzas!) cuando una llamada al timbre me hizo saltar de mis babuchas. A través del cristal observé que había un individuo de aspecto respetable con barba y sombrero de copa. Era un paciente. ¡*Tenía que ser* un paciente! Entonces me di cuenta por primera vez de lo distinto que tratar al paciente de otro (como había hecho con Horton) o trabajar en una ramificación de una consulta ajena (como había hecho con Cullingworth) y tener que enfrentarte a un completo desconocido por tu cuenta. Había estado deseando tener uno. Y ahora que había llegado sentí por un instante que no quería abrir la puerta. Pero, por supuesto, solo fue un momento de debilidad. Respondí al timbre, me temo, con un aire de indiferencia bastante hipócrita, como si por casualidad me hubiese encontrado en ese momento en el vestíbulo y no me hubiera preocupado en molestar a la doncella haciéndola subir las escaleras.

«¿El doctor Stark Munro?», preguntó.

«Pase, por favor», respondí indicándole con un gesto de la mano la sala de consulta. Era ese tipo de persona pomposa, de pisada fuerte y voz engolada, pero a mí se me antojaba un ángel caído del cielo. Estaba nervioso, y, al mismo tiempo, tan asustado de que él notase mi nerviosismo y perdiera confianza en mí que acabé en la deriva de una ingeniosidad extravagante. Tomó asiento cuando lo invité y dejó oír una tos ronca.

«Ah —dije, pues siempre me he enorgullecido de ser rápido en el diagnóstico—, bronquial, por lo que percibo; estos catarros de verano son un

poco complicados».

«Sí», dijo. «Llevo padeciéndolo algún tiempo».

«Con escasa atención y tratamiento», sugerí.

No pareció contento, y gruñó y movió la cabeza.

«No es por eso por lo que he venido», dijo.

«¿No?». El corazón se me heló.

«No, doctor».

Sacó un cuaderno abultado. «Se trata de una pequeña suma pendiente en el contador».

Tú te reirás, Bertie, pero para mí no era cuestión de risa. Quería ocho con seis peniques por algo que el último inquilino había hecho o dejado de hacer. De lo contrario, la compañía retiraría el contador del gas. ¡Qué difícilmente podía haber sospechado que la alternativa que me presentaba era pagar más de la mitad de mi capital o dejar de cocinar mi comida! Finalmente, lo apacigüé con la promesa de que me ocuparía del asunto, y así escapé por el momento, bastante sobresaltado, pero aún solvente. Me dio cumplida información acerca del estado de sus tuberías (las suyas, no las de la compañía de gas) antes de marcharse. Pero yo ya había perdido considerable interés en la cuestión desde que supe que lo trataba su mutualidad.

Ese fue el primer incidente de la mañana. El segundo vino inmediatamente después. Sonó de nuevo el timbre, y desde mi puesto de observación vi que un carro gitano del que colgaban cestos y sillas de mimbre se había detenido en la puerta. Dos o tres personas parecían esperar fuera. Entendí que querían que les comprara alguna mercancía, así que simplemente abrí la puerta alrededor de tres pulgadas, dije un «no, gracias» y cerré. Parecieron no oírme, pues llamaron de nuevo, ante lo cual yo abrí más la puerta esta vez y hablé más decididamente. Imagina mi sorpresa cuando volvieron a llamar. Abrí de par en par y estaba a punto de preguntarles qué pretendían con su insolencia cuando uno de los miembros de aquel pequeño grupo en mi portal dijo: «Si fuera tan amable, señor, se trata del bebé». No se ha visto cambio semejante (de inquilino indignado a profesional). «Por favor, pase, señora», dije con mi estilo más cortés, y todos entraron (el marido, el hermano, la esposa y el niño). Este último se encontraba en la fase inicial del sarampión. Eran personas pobres y marginadas, y parecían no tener ni seis peniques, de modo que mi petición de honorarios al final de la consulta terminó, primero, con que les di la medicina a cambio de nada y, por último, con que añadí cinco peniques en monedas de cobre, que era todo el cambio que tenía. Unos cuantos pacientes más y soy un hombre arruinado.

Sin embargo, los dos incidentes unidos han tenido el efecto de absorber mi atención y atenuar el golpe que había recibido con la carta de Cullingworth. Me hizo reír pensar que el aparente intruso había resultado ser un paciente y el aparente paciente un intruso. Así que volví a leer, en un estado mental mucho más juicioso, el precioso documento para decidir lo que haría.

Y aquí viene mi primera verdadera inmersión en las profundidades del carácter de Cullingworth. Comencé intentando recordar cómo había roto las cartas de mi madre, pues no es habitual en mí destruir papeles de esa forma. Muchas veces he sido objeto de bromas por cómo permito que se me acumulen hasta que el peso en mis bolsillos se vuelve insoportable. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que no había hecho nada por el estilo; así que, finalmente, saqué la chaqueta de estar en casa que solía llevar en Bradfield, y examiné los fajos de cartas que contenía. ¡Allí estaba, Bertie! La primera que abrí era prácticamente idéntica a la que Cullingworth citaba, donde mi madre lo describía en términos tan contundentes.

Aquello me hizo sentarme y resoplar. Creo ser uno de los hombres menos suspicaces sobre la tierra, y por cierta disposición a una relajada indolencia ni siquiera pienso nunca en la posibilidad de que aquellos con los que trato intenten engañarme. No se me ocurre. Pero déjame por una vez seguir esa línea de pensamiento (déjame tener la prueba de que existe razón para la sospecha), y entonces toda fe desaparece por completo de mí. Ahora podía ver una explicación a muchas de las cosas que me habían desconcertado en Bradfield. Aquellos repentinos ataques de mal humor, la ocasional animosidad mal disimulada de Cullingworth, ¿no coincidían con la llegada de cada una de las cartas de mi madre? Estaba convencido de que así era. Él, entonces, las había leído (las leyó de los bolsillos de la chaqueta de estar en casa que yo solía dejar descuidadamente en el vestíbulo cuando me ponía la de profesional para salir). Recordaba, por ejemplo, cómo al final de su enfermedad había cambiado súbitamente el mismo día en que había llegado la última carta de mi madre. Sí, estaba seguro de que las había leído desde el principio.

Pero una traición aún más oscura y profunda había más allá de eso. Si las había leído, y si había sido lo bastante insensato como para pensar que yo estaba actuando de forma desleal con él, ¿por qué no lo había dicho en aquel momento? ¿Por qué se había contentado con reproches velados y discusiones sobre trivialidades, respondiendo, además, con sonrisas forzadas cuando yo le había preguntado directamente qué ocurría? Una razón obvia era que no podía

confesar su agravio sin contar también cómo había obtenido su información. Pero conocía lo bastante los recursos de Cullingworth como para adivinar que fácilmente habría podido resolver una dificultad como esa. De hecho, en esta última carta la había *resuelto* con su cuento acerca de la chimenea y la doncella. Debía de haber tenido alguna otra razón más poderosa para contenerse. A medida que reconsideraba el curso de nuestras relaciones, me iba convenciendo que su plan era mantenerme engañado con promesas hasta que yo me hubiera comprometido, y entonces abandonarme, de modo que no me quedara otro recurso que vérmelas con mis acreedores; justamente aquello de lo que mi madre lo había acusado a él.

Pero, en tal caso, tenía que haber estado planeándolo todo casi desde el principio de mi estancia con él, pues las cartas de mi madre que estigmatizaban su conducta habían comenzado muy pronto. Durante algún tiempo habría estado indeciso sobre cómo proceder. Luego se había inventado la excusa (que, en su momento, me pareció, si lo recuerdas, bastante insuficiente) sobre el leve descenso semanal en la consulta para sacarme de ella. Su siguiente movimiento fue persuadirme de empezar por mi cuenta, y como ello iba a ser imposible sin dinero, me había alentado con la promesa de un pequeño préstamo cada semana. Recordé cómo me había dicho que no temiera encargar muebles y otras cosas, pues los comerciantes conceden amplio crédito a los que comienzan un negocio, y yo siempre podía acudir a él en caso necesario. Sabía muy bien por su propia experiencia que el propietario exigiría al menos un año de fianza. Y luego esperó para hacer explotar su mina a que yo le escribiera diciéndole que me había comprometido definitivamente, a lo que a vuelta de correo respondió con la carta en que rompía relaciones. Fue un proceso de engaño tan largo y elaborado que por primera vez sentí algo parecido al miedo al pensar en Cullingworth. Era como si bajo la apariencia y el disfraz de un hombre hubiera entrevisto súbitamente algo infrahumano; algo tan fuera de mi horizonte de pensamiento que me hacía sentir impotente.

Bueno, le escribí una breve nota (solo una nota breve, pero afilada). Le decía que su carta había sido un motivo de satisfacción para mí, pues eliminaba la única causa de desavenencia que había existido nunca entre mi madre y yo. Ella siempre lo había tenido por un sinvergüenza, y yo siempre lo había defendido. Pero me veía obligado a reconocer ahora que ella había tenido razón desde el primer momento. Dije lo suficiente para mostrarle que había descubierto todo su plan, y concluí asegurándole que, si pensaba que me había hecho daño alguno, había cometido un gran error, pues tenía todas

las razones para creer que, sin pretenderlo, me había obligado a encontrar el trabajo que yo más deseaba.

Tras esta pequeña bravuconada me sentí mejor, y reconsideré el punto en que me hallaba. Estaba solo en una ciudad extraña, sin contactos, con menos de una libra en mi bolsillo y sin posibilidad de liberarme de mis responsabilidades adquiridas. No tenía a nadie en absoluto a quien pedir ayuda, pues todas mis cartas recientes de casa me habían dado cuenta de la terrible situación allí. La salud de mi pobre padre y sus ingresos iban menguando a la par. Pero por otra parte encontré también algunos puntos a mi favor. Era joven. Tenía fuerza. Me habían educado con severidad y estaba preparado para afrontar penalidades. Era bueno en mi trabajo y creía que podría irme bien con mis pacientes. Mi casa era excelente para mi propósito y ya la había amueblado con lo esencial. La partida aún no se había jugado. Me puse en pie de un salto, apreté el puño y juré a la lámpara del techo que jamás la abandonaría hasta que tuviera que pedir socorro por la ventana.

Durante los tres días siguientes no hubo una sola llamada al timbre ni nada que se le pareciera. Nadie podría estar más aislado de sus semejantes. Solía entretenerme en sentarme arriba, en las escaleras, y contar cuántos viandantes se detenían a mirar mi placa. En cierta ocasión (un sábado por la mañana) conté hasta cien en una hora, y a menudo podía ver por cómo miraban sobre sus hombros al caminar que estaban pensando o hablando del nuevo médico.

Esto solía animarme y hacerme sentir que algo estaba funcionando.

Todas las noches entre las nueve y las diez me escapaba hacer mi modesta compra, habiendo ya preparado mi *menú* para el día siguiente. Suelo volver con una hogaza de pan, un papel de pescado frito o un paquete de salchichas de cerdo. Entonces, cuando me parece que todo está lo bastante tranquilo, salgo y barro mi puerta con mi escoba, apoyándola contra la pared y mirando meditabundo a las estrellas cada vez que alguien pasa. Aún más tarde saco mi abrillantador, mi paño y mi cuero de gamuza, y te aseguro que si la consulta brillase como mi placa, barrería la ciudad.

¿Y quién crees que fue la persona que rompió aquel periodo de silencio? Pues nada menos que el rufián con el que había peleado bajo la farola. Es afilador, al parecer, y llamó para saber si podía darle trabajo. No pude evitar sonreír al abrir la puerta y ver quién era. Él no mostró señales de reconocerme, lo que tampoco es digno de asombro.

La siguiente en llegar fue una verdadera paciente fiable, si bien una muy modesta. Era una vieja doncella un poco anémica, diría que hipocondríaca

crónica, que probablemente ya habría pasado por todos los médicos de la ciudad, y estaba deseosa de probar la novedad. No sé si quedó satisfecha. Dijo que volvería el miércoles, pero desvió la mirada al decirlo. Uno y seis peniques fue todo lo que pudo pagar, pero muy bienvenidos que fueron. Puedo vivir durante tres días con uno y seis peniques.

Creo que he llevado la economía al extremo. Sin duda, durante breves periodos, me las he arreglado para vivir con un par de peniques al día, pero lo que voy a hacer ahora no es un esfuerzo puntual, sino mi modo de vida habitual durante varios meses por venir. Mi té, mi azúcar y mi leche (suiza) suman en conjunto un penique diario. La hogaza son dos peniques y tres cuartos de penique, y consumo una al día. Mi cena consiste en alternancia en un tercio de libra de beicon cocinada sobre el gas (dos peniques y medio), o dos salchichas (dos peniques), o dos piezas de pescado frito (dos peniques), o un cuarto de una lata de ocho peniques de carne de vaca de Chicago (dos peniques). Cualquiera de estas cosas, con la debida asignación de pan y agua, hace una comida de lo más sustanciosa. La mantequilla la he descartado por el momento. Mi pensión completa actual no llega a los seis peniques diarios, pero soy un mecenas de la literatura hasta el punto de gastar medio penique al día en un periódico vespertino, pues con los hechos sucediéndose tan apresuradamente en Alejandría, no puedo soportar quedarme sin noticias. Aun así, a menudo me reprocho ese medio penique, pues, si saliera por las noches a mirar los carteles, podría ahorrármelo y seguir teniendo una idea general de lo que sucede. Claro que medio penique cada noche suena a muy poca cosa, ¡pero piensa en un chelín al mes! ¡Quizá me imaginas exangüe y debilitado por esta dieta! Estoy delgado, es verdad, pero en toda mi vida no me he sentido más en forma. Tan lleno de energía estoy que a veces me pongo en marcha a las diez de la noche y camino a paso rápido hasta las dos o las tres de la mañana. No me atrevo a salir durante el día por miedo a perder algún paciente. He pedido a mi madre que no me envíe al pequeño Paul todavía, hasta ver más despejado el camino.

El viejo Whitehall vino a verme el otro día. El objeto de su visita era invitarme a cenar, y el objeto de la cena inaugurar mi consulta. Si yo fuera el hijo del amable viejo, no se interesaría más vivamente por mi futuro.

«Por Dios, señor doctor Munro», dijo. «Se lo he dicho a todo aquel… en Birchespool que sufre de algo. Tendrá un montón de pacientes de aquí a una semana. Está Fraser, que tiene algo de las estrellas del coñac Martell. Va a venir. Y está Saunders, que no habla de otra cosa más que de su bazo. ¡Estoy ya harto de su… bazo! Pero se lo dije. ¡Y está la herida de Turpey! Este clima

húmedo le produce hormigueo, y su cirujano no sabe hacer nada más que untársela con vaselina. Aquí lo tendrás. Y está Carr, que está bebiendo para matarse. No es mucho de médicos, pero quizá venga también».

Todo el día siguiente estuvo yendo y viniendo a preguntarme cosas sobre la cena. ¿Deberíamos poner sopa clara o rabo de buey? ¿No creía que el Borgoña era mejor que el Jerez y que el Oporto? El día posterior era el de la celebración en sí, y llegó con un boletín justo después del desayuno. Los platos se cocinarían en una confitería cercana. El hijo de la propietaria vendría a servirlos como camarero. Lamenté ver que Whitehall ya arrastraba y juntaba las palabras, y había estado a todas luces preparándose a conciencia. Pero volvió a pasar a primera hora de la tarde para decirme lo bien que lo pasaríamos. Fulano de Tal hablaba bien, y no se qué otro cantaría una canción. Había llegado para entonces a un punto en el que me aventuré (en calidad de consejero médico) a advertirle.

«No es el licor, señor doctor Munro», dijo con seriedad. «Es la… atmósfera relajante de esta ciudad. Pero iré a casa y me acostaré, y estaré tan fresco como una rosa cuando dé la bienvenida a mis invitados».

Pero la excitación del inminente evento debió de ser demasiado para él. Cuando llegué a la siete menos cinco, Turpey, el teniente herido, salió a mi encuentro en el vestíbulo con semblante de mal agüero.

«Whitehall está fatal», dijo.

«¿Qué le pasa?».

«Ciego, sin habla y paralítico. Venga a verlo».

La mesa de su habitación estaba perfectamente puesta para la cena, y había varios decantadores y una enorme tarta fría sobre el aparador. En el sofá yacía nuestro desdichado anfitrión con la cabeza hacia atrás, la barba bifurcada apuntando a la cornisa y un vaso de *whisky* a medio terminar junto a él sobre la silla. Todas nuestras sacudidas y gritos fueron inútiles para interrumpir aquella plácida borrachera.

«¿Qué vamos a hacer?», dijo Turpey respirando entrecortadamente.

«No debemos dejar que haga una exhibición. Llevémonoslo mejor antes de que nadie más llegue».

Así que nos los llevamos, todo espirales y curvas como si fuera una pitón muerta, y lo depositamos en su cama. Cuando volvimos, otros tres invitados habían llegado.

«Seguro que lamentará saber que Whitehall no se encuentra muy bien», dijo Turpey. «El doctor Munro ha pensado que será mejor que no baje».

«En realidad, le he ordenado guardar cama», dije.

«En ese caso propongo que pidamos al señor Turpey que actúe como nuestro anfitrión», dijo uno de los recién llegados; en lo que todos estuvimos de acuerdo inmediatamente.

Enseguida llegaron los otros hombres, pero ni rastro de la cena. Estuvimos esperando durante un cuarto de ahora, pero nada apareció. Llamamos a la propietaria, pero no pudo darnos información alguna.

«El capitán Whitehall la pidió a una confitería, señor», dijo en respuesta al interrogatorio del teniente. «No me dijo cuál. Podría ser cualquiera entre cuatro o cinco. Solo dijo que todo vendría preparado y que yo debía hornear una tarta de manzana».

Pasó otro cuarto de hora, y todos estábamos hambrientos. Era evidente que Whitehall había cometido algún error. Comenzamos a dirigir los ojos a la tarta de manzana, como hacen los tripulantes de un barco con el grumete en las historias de naufragios. Un hombre grande y velludo con un ancla tatuada en la mano se levantó y colocó la tarta delante de Turpey.

«¿Qué les parece, caballeros? ¿Debería empezar a servir?».

Todos nos acercamos a la mesa con una decisión que hizo superfluas las palabras. En cuestión de cinco minutos el plato de la tarta estaba tan limpio como cuando el cocinero lo vio por primera vez. Y nuestra mala suerte se desvaneció con la tarta. Un minuto después, el hijo de la propietaria entraba con la sopa, y cabeza de bacalao, *roast beef*, carne de ciervo y *pudding* helado en el debido orden. Se había tratado de un malentendido acerca de la hora. Pero dimos buena cuenta de todo, a pesar del curioso aperitivo con que empezamos, y resultó una cena tan placentera y entretenida como pocas veces he tenido.

«Siento haberme quedado tan fuera de combate, señor doctor Munro», dijo Whitehall a la mañana siguiente. «Necesito una región montañosa y una atmósfera vigorizante, y no un… campo de cróquet como este. Bueno, estoy… contento de oír que lo pasaron bien, caballeros, y espero que lo encontraran todo de su agrado».

Le aseguramos que así fue, pero no tuve valor para contarle lo de la tarta de manzana.

Te cuento estas cosas triviales, querido Bertie, solo para mostrarte que no me abate mi suerte, y que mi vida no está del todo en clave menor a pesar de mi rara situación. Pero, volviendo a cosas más serias: me alegró mucho recibir tu carta y leer todas tus acusaciones contra la ciencia dogmática. No me imagines retorciéndome por lo que dices, pues estoy de acuerdo casi con cada palabra tuya.

El hombre que afirma que no podemos saber nada es, en mi opinión, tan insensato como el que insiste en que todo nos ha sido revelado divinamente. No conozco nada más insoportable que el tipo de científico complaciente que sabe con mucha exactitud todo lo que sabe, pero carece de suficiente imaginación para entender qué mota insignificante supone su pequeña acumulación de erudición dudosa comparada con la inmensidad de nuestra ignorancia. Es la persona que cree que el universo puede explicarse mediante leyes. ¡Como si una ley no requiriese construcción al igual que el mundo! El movimiento de un motor puede explicarse mediante las leyes de las física, pero ellas no han creado la presencia previa de un ingeniero menos obvio. Aun así, en este mundo, parte del hermoso equilibrio de las cosas depende del hecho de que cada vez que tenemos a un fanático exagerado de cualquier tipo, su oponente exacto surge de inmediato para neutralizarlo. Tienes a un mameluco: ahí salta un cruzado. Tienes a un feniano: ahí salta un orangista. Cada fuerza tiene su retroceso. Y de este modo esos científicos más empecinados han de enfrentarse a esos caballeros que aún creen que el mundo fue creado en año 4004 a. C.

Después de todo, la verdadera ciencia ha de ser sinónimo de religión, pues la ciencia es el conocimiento de hechos, y hechos son todo lo que tenemos para deducir qué somos y por qué estamos aquí. Cuanto más indagamos en los métodos que arrojan resultados, más magnífico y maravilloso se vuelve el gran poder invisible que se halla detrás, el poder que hace que el sistema solar se desplace sin rumbo a salvo por el espacio y que ajusta la longitud del probóscide de los insectos a la profundidad de la flor melífera. ¿Qué es esa inteligencia central? Puedes dotar a tu científico dogmático de un microscopio potentísimo y de un telescopio con espéculo de seis pies, pero ni cerca ni lejos podrá hallar una sola huella de ese gran poder impulsor.

¿Qué diríamos de un hombre al que presentan un hermoso cuadro y que, habiéndose convencido a sí mismo de que la descripción que le han dado sobre la pintura del cuadro es incorrecta, de inmediato concluye que nadie lo ha pintado o, por lo menos, afirma que no tiene modo posible de saber si un artista lo ha creado o no? Esto es, me parece, un buen resumen de la postura de algunos de los agnósticos más extremos. «¿Acaso no es la mera existencia del cuadro en sí prueba de que un hábil artista ha estado afanado en él?», podría uno preguntar. «Pues, no», dice el objetor. «Es posible que el cuadro se creara a sí mismo con la ayuda de ciertas leyes. Además, cuando el cuadro me fue presentado por primera vez, me aseguraron que había sido creado en una semana, pero, al examinarlo, pude decir con certeza que había llevado un

tiempo considerable componerlo. Por lo tanto opino que resulta cuestionable que alguien lo haya pintado».

Dejando esta exagerada precaución científica a un lado y la fe a otro como cosas igualmente indefendibles, queda la clara línea de razonamiento de que un universo implica la existencia de un artífice universal, y que podemos deducir de ello algunos de Sus atributos, Su poder, Su sabiduría, Su previsión de las necesidades más pequeñas, Su dotación de lujos para Sus criaturas. Por otra parte, no seamos tan hipócritas como para eludir el misterio que hay en el dolor, en la crueldad, en todo lo que parece constituir un agravio a Su obra. Lo mejor que podemos decir sobre ellos es que tal vez no sean tan malos como parecen, y que quizá conduzcan a un más alto fin. Para todos los filósofos las voces de los niños maltratados y los animales torturados son las más difíciles de responder.

¡Adiós, viejo amigo! Es muy grato pensar que, al menos en algo, estamos de acuerdo.

XIV.
Oakley Villas, Birchespool,
15 de enero de 1883.

Me escribes en tono de reproche, querido Bertie, y me dices que la ausencia ha de haber debilitado nuestra amistad, pues no te he enviado una sola línea durante siete largos meses. La auténtica verdad es que no he tenido valor para escribirte hasta poder contarte algo alegre, y algo alegre ha tardado muchísimo en llegar. En este momento solo puedo decir que los bordes de la nube quizá hayan adelgazado un poco.

Verás por la dirección de esta carta que aún mantengo la posición, pero la lucha ha sido terrible, y ha habido ocasiones en que el último tablón del que habló el viejo Whitehall parecía escarparse de mi abrazo. Había subido y bajado con la marea, a veces con algo de dinero, a veces sin él. En los mejores momentos vivía con austeridad, en los peores estaba cerca de pasar hambre. He vivido durante todo un día con un la corteza de una hogaza de pan mientras tenía diez libras en plata en el cajón de mi mesa. Pero esas diez libras habían sido reunidas con las mayores penalidades para mi trimestre de renta, y habría soportado un cinturón de cuero ajustado durante veinticuatro horas antes de tocarlas. Durante dos días no pude comprar ni un sello para enviar una carta. Me había sonreído al leer sobre las privaciones de nuestros compañeros en Egipto. Sus insuficientes víveres habrían sido un banquete para mí. Pero ¿qué más da cómo obtengas el carbón, el nitrógeno y el oxígeno mientras los consigas? La guarnición de la villa de Oakley ha pasado lo peor y no habla de rendirse.

No es que no haya tenido pacientes. Han venido tantos como se podía esperar. Algunos, como aquella vieja doncella primera, jamás regresaron. Imagino que un médico que abría su propia puerta no se ganó su confianza. Otros se han convertido en encendidos partidarios. Pero casi todos son gente muy pobre, y cuando consideras lo importante que son uno y seis peniques para sumar las quince libras que he de encontrar cada trimestre para pagar la

renta, los impuestos, el gas y el agua, entenderás que eso equivale incluso a cierto éxito, aunque aún me resulta difícil encontrar algo en mi baúl que me sirva de despensa. Sea como sea, muchacho, he pagado dos trimestres, y entro en el tercero con mi coraje intacto. He perdido algunos kilos, pero no mi valor.

Tengo un recuerdo más bien vago de cuándo fue la última vez que te escribí. Imagino que debió de ser unos quince días después de la ruptura con Cullingworth. Es difícil saber por dónde empezar cuando uno tiene que contar tantas cosas, desconectadas entre sí y en sí mismas triviales, pero cada una de las cuales supuso una enorme amenaza al encontrarme con ellas, aunque parezcan pequeñas ahora que han quedado tan lejos a popa. Como he mencionado a Cullingworth, quizá también pueda decir primero lo poco que hay que decir sobre él. Respondí a su carta de la manera en que ya creo haberte descrito. No esperaba volver a saber de él, pero mi nota, evidentemente, debió de escocerle, y recibí un brusco mensaje en el que decía que si yo hubiera querido que creyera en mi «buena fe» (lo que quiera que significara eso para él), le habría devuelto el dinero recibido durante el tiempo que estuve en Bradfield. A esto respondí que la suma ascendía a unas doce libras; que aún conservaba la nota en la que él me había garantizado trescientas libras si me trasladaba a Bradfield; que el balance a mi favor era de doscientas ochenta y dos libras, y que a menos que recibiera un cheque a vuelta de correo, pondría el asunto en manos de mi abogado. Esto puso fin a nuestra correspondencia.

Pero hubo otro incidente. Cierto día, después de llevar pasando consulta alrededor de dos meses, observé a un hombre con barba de aspecto anodino que deambulaba al otro lado de la calle. Por la tarde de nuevo era visible desde la ventana de mi sala de consulta. Cuando volví a verlo allí a la mañana siguiente, levantó mis sospechas, que se convirtieron en certidumbres cuando, un par de días después, salí de la casa de un paciente de una calle pobre, y vi al mismo individuo mirando una verdulería al otro lado. Caminé hasta el final de la calle, me quedé esperando en la esquina, y le salí al encuentro cuando se apresuró a seguirme.

«Puede volver con el doctor Cullingworth y decirle que yo me ocupo de mis propios asuntos», dije. «Si sigue espiándome, usted sabrá lo que hace».

Se turbó y sonrojó, pero seguí caminando y no volví a verlo. No había nadie más en el mundo con motivo alguno para querer saber exactamente lo que yo hacía excepto Cullingworth, y el silencio del hombre bastó por sí

mismo para demostrar que no me equivocaba. No he vuelto a saber nada de Cullingworth desde entonces.

Recibí una carta de mi tío en Artillería, *sir* Alexander Munro, poco después de mi comienzo, donde me decía que había sabido de mis andanzas a través de mi madre, y que esperaba tener noticias de mi éxito. Él es, como creo que sabes, un ferviente metodista, como toda la familia de mi padre, y me dijo que el más importante pastor metodista de la ciudad era un viejo amigo suyo; que había sabido por él que no había aquí ningún médico metodista y que, siendo yo de familia metodista, si le llevaba la carta de presentación que me adjuntaba al pastor, sin ninguna duda podría serme ventajoso. Lo estuve considerando, Bertie, y me pareció que sería caer bastante bajo utilizar a una organización religiosa en mi beneficio cuando yo las condenaba a todas en abstracto. Era una poderosa tentación, pero destruí la carta.

He tenido un par de golpes de suerte con casos de accidente. Uno (de una importancia inmensa para mí) fue el de un tendero llamado Haywood, que sufrió un ataque en la puerta de su tienda. Yo pasaba por allí cuando me dirigía a ver a un pobre peón con fiebre tifoidea. Créeme que vi mi oportunidad, entré rápidamente, traté al hombre, calme a la esposa, hice cosquillas al niño y me gané a toda la familia. El hombre sufría esos ataques periódicamente, y acordamos que yo lo trataría y haríamos balance de nuestras facturas. Era un pacto malsano por medio del cual un ataque suyo significaba mantequilla y beicon para mí, mientras que un periodo de salud para Haywood me devolvía al pan seco y a las salchichas de cerdo. Sin embargo, me permitía ahorrar para la renta muchos chelines que de otro modo se me habrían ido en comida. Al final el pobre hombre murió, y así acabó nuestro acuerdo, en cualquier caso.

Dos pequeños accidentes ocurrieron cerca de mi puerta (que era un cruce concurrido), y aunque saqué bastante poco de ellos, corrí a la oficina del periódico en cada ocasión, y tuve la satisfacción de ver en la edición vespertina que «el conductor, aunque con numerosas contusiones, no había sufrido heridas graves, según había dictaminado el doctor Stark Munro, de Oakley Villas». Como Cullingworth solía decir, ya es bastante difícil para un médico joven conseguir que su nombre obtenga alguna publicidad, y debe aprovechar las más pequeñas oportunidades. Quizá los padres de la profesión moverían la cabeza ante semejantes procedimientos cuando se trata de un pequeño diario de provincias, pero nunca he encontrado a ninguno reacio a

ver su propio nombre añadido al informe sobre cualquier hombre de estado enfermo en el *Times*.

Y luego vino otro accidente más grave. Esto sería unos dos meses después de comenzar, aunque ya me resulta difícil colocar las cosas en su debido orden. Un abogado de la ciudad llamado Dickson pasaba a caballo junto a mi ventana cuando el animal se encabritó y cayó sobre él. Yo estaba comiendo salchichas de cerdo en la habitación trasera en ese momento, pero oí el ruido y corrí hasta la puerta a tiempo de encontrarme con la muchedumbre que se lo llevaba. Entraron como una riada en mi casa, atestaron mi vestíbulo, ensuciaron mi sala de consulta e incluso consiguieron abrirse camino hasta colarse en mi habitación trasera, que hallaron amueblada elegantemente con una maleta, un trozo de pan y una salchicha fría.

Pero en aquel momento yo no pensaba en otra cosa salvo en mi paciente, que gemía de una forma terrible. Vi que sus costillas estaban bien, examiné sus articulaciones, palpé brazos y piernas y concluí que no había fractura ni dislocación. Aunque se había hecho tanto daño que le resultaba extraordinariamente doloroso estar sentado o caminar. Pedí un coche abierto, así pues, y lo llevé a su casa; yo sentado en mi actitud más profesional, y el de pie mientras yo lo sostenía. El coche recorrió un paseo, y la multitud lo seguía, con la gente asomándose a las ventanas, de modo que no se podía concebir anuncio publicitario más glorioso. Parecía la avanzada de un circo. Ya en su casa, sin embargo, la etiqueta profesional exigía que yo trasladase el caso al médico de la familia, lo que hice con toda la elegancia posible, aunque no sin un resto de esperanza en que el viejo médico ya de sobra establecido pudiera decir: «Se ha ocupado usted tan bien de mi paciente, doctor Munro, que ni soñaría yo apartarlo de sus manos». Pero, todo lo contrario, me lo arrebató con avidez, y yo me retiré no sin haberme llevado algún merito, una excelente publicidad y una guinea.

Estos son algunos de los puntos de interés que destacan sobre la monotonía de mi vida (bastante pequeños, como ves, pero incluso una duna de arena parece importante en Holanda). En general, es un recuento terriblemente sórdido de chelines ganados y gastados; de escarbar aquí y allá con una hoja de papel azul siempre nueva revoloteando sobre mí, cada vez que el recaudador de impuestos me la deja alegremente, que tanto lastre me supone. La ironía de tener que pagar el impuesto de beneficencia siempre me hacía gracia. Yo debía más bien haberlo recibido. En tres ocasiones críticas empeñé mi reloj, y tres veces me recuperé y pude rescatarlo. Pero ¿cómo voy a conseguir que te interesen los detalles de semejante carrera? Si una hermosa

condesa hubiera tenido la amabilidad de deslizarme una mondadura de naranja bajo la puerta, o el comerciante más importante de la ciudad hubiera salvado la vida gracias a un gran logro por mi parte, o si me hubieran llamado en mitad de la noche para atender a alguna persona anónima en una casa solitaria con una espléndida remuneración por mi silencio, entonces habría tenido algo digno de tu atención. Pero los largos meses que he pasado tomando el pulso a la limpiadora y escuchando la sibilancia de los pulmones del tendero proporcionan poca cosa que no sea monótona y aburrida. No se me han aparecido ángeles en el camino.

¡Pero, espera! Hubo uno que sí. Un día me despertó el timbre a las seis de la mañana, y, arrastrándome hasta el ángulo de la escalera, vi a través del cristal a un caballero corpulento con sombrero de copa esperando. Muy nervioso, con mil hipótesis atropellándose en mi cabeza, volví corriendo a ponerme alguna ropa, bajé a toda prisa, abrí la puerta, y me encontré a la luz grisácea de la mañana con el rostro de Horton. El buen hombre había venido desde Merton en un tren de recreo, y había estado viajando toda la noche. Llevaba un paraguas bajo el brazo y dos grandes cestos de rafia en cada mano que contenían una pierna de cordero en fiambre, media docena de cervezas, una botella de Oporto y toda clase de empanadas y viandas. Pasamos un día espléndido juntos, y cuando reanudó su excursión por la noche, dejó a un hombre mucho más alegre que el que había encontrado.

Hablando de alegría, me entendiste mal, Bertie, si piensas (como parece) que tengo una visión pesimista de las cosas. Es cierto que descarto ciertos consuelos que tú posees, porque no soy capaz de convencerme a mí mismo de que son genuinos. Pero, en este mundo, al menos, veo una razón inmensa de esperanza, y en cuanto al siguiente estoy seguro de que será para mejor. De la aniquilación a la beatificación, estoy dispuesto a adaptarme a cualquiera que sea el secreto designio del gran Planificador.

Pero hay muchas cosas en el horizonte de este mundo para hacer cantar al corazón de un hombre. El bien se eleva y el mal se hunde, igual que el aceite y el agua en una botella. La raza progresa. Hay muchas menos convicciones criminales. Hay mucha más educación. El pueblo peca menos y piensa más. Cuando me encuentro a algún individuo de aspecto brutal, a menudo pienso que tanto él como su tipo pronto habrán quedado tan extintos como el alca gigante. No estoy seguro de que en interés de las ciencias no debamos encurtir a unos cuantos especímenes de Bill Sykes para mostrar a los hijos de nuestros hijos qué clase de persona era.

Y cuanto más progresamos más tendemos a progresar. Avanzamos no en progresión aritmética, sino geométrica. Obtenemos un interés compuesto de todo el capital del conocimiento y la virtud que se ha ido acumulando desde el amanecer de los tiempos. Unos ocho mil años se supone que transcurrieron entre el hombre del Paleolítico y el del Neolítico. Y en todo ese tiempo solo aprendió a afilar el pedernal en lugar de astillarlo. Pero ¿cuántos cambios no ha habido a en el transcurso de las vidas de nuestros padres? El ferrocarril y el telégrafo, el cloroformo y la electricidad aplicada. En diez años se avanza ahora más que antes en mil, no tanto porque nuestros intelectos sean mejores como porque la luz que ya poseemos nos muestra el camino a más cosas. El hombre primitivo daba tumbos esforzando la vista y con pasos lentos e inciertos. Ahora caminamos vigorosamente hacia nuestro desconocido destino.

¡Y me pregunto cuál será ese destino! Quiero decir, por supuesto, por lo que concierne a este mundo. Desde que el hombre empezó a tallar jeroglíficos sobre un óstracon o a garabatear con sepia en un papiro ha debido preguntárselo igual que nosotros nos lo preguntamos hoy. Supongo que *sabemos* poco más que ellos. Tenemos un arco dado de unos tres mil años desde el que calcular el curso que seguirán nuestros descendientes, pero ese arco es tan pequeño en comparación con las vastas edades que la Providencia emplea en obrar sus designios, que nuestras deducciones a partir de él me parece que han de ser inciertas. ¿Será la civilización inundada por la barbarie? Ya sucedió una vez, cuando los civilizados no eran más que pequeñas motas de luz en medio de la oscuridad. Pero ¿qué podría, por ejemplo, quebrantar el gran país en el que vives? No, nuestra civilización perdurará y se hará más compleja. El hombre habitará en el aire y bajo el agua. La medicina preventiva se desarrollará hasta un punto en que la vejez se convertirá en la única causa de muerte. La educación y un esquema más socialista de la sociedad acabarán con el crimen. Las razas angloparlantes se unirán con centro en los Estados Unidos. Poco a poco, los estados europeos seguirán su ejemplo. La guerra se hará infrecuente, pero más terrible. Las formas de la religión serán abandonadas, pero la esencia se mantendrá, de manera que un solo credo universal abrazará toda la tierra civilizada, y predicará la fe en ese poder central que seguirá siendo entonces tan desconocido como ahora. Ese es mi horóscopo, y tras eso el sistema solar estará maduro para la cosecha. Aunque Bertie Swanborough y Stark Munro estarán volando con el viendo Oeste y ensuciando los cristales de las cuidadosas amas de casa mucho antes de que la mitad de todas estas cosas lleguen a suceder.

Y luego el hombre mismo cambiará, por supuesto. Los dientes están desapareciendo rápidamente. Solo tienes que contar las placas de dentistas que hay en Birchespool para estar seguro de eso. Y el pelo también. Y la vista. Instintivamente, cuando pensamos en el tipo del joven más avanzado, lo imaginamos calvo y con gafas de doble cristal. Yo soy un animal absoluto, y mi única muestra de avance es que dos de mis dientes interiores están desapareciendo. Por otra parte, hay alguna evidencia a favor del desarrollo de un sexto sentido de percepción. Si yo lo tuviera en este momento, sabría que estás muy harto de todas mis generalizaciones y mi dogmatismo.

Y la verdad es que debe de haber algo de dogmatismo en ellos cuando comenzamos a sentar leyes sobre el futuro, pues, ¿cómo sabemos que no hay fases de la naturaleza por llegarnos sobre las que aún no nos hemos formado ningún concepto? Después de todo, unos pocos segundos son una fracción más larga de un día que una vida media lo es del periodo que sabemos que el mundo lleva existiendo. Si un hombre solo viviera durante unos segundos de plena luz del día, al igual que su hijo y el hijo de su hijo, ¿qué les dirían sus experiencias sumadas al cabo de un centenar de generaciones sobre el fenómeno que llamamos noche? Del mismo modo ni toda nuestra historia ni todo nuestro conocimiento son garantía de que nuestra tierra no esté destinada a experiencias sobre las que carecemos aún de toda idea.

Pero, para descender del universo al zumbido de mosquito de mi propia existencia, creo que ya te he contado todo lo que podría interesarte sobre los primeros seis meses de mi aventura. Hacia el final de ese periodo llegó mi hermanito Paul. ¡Y es el mejor de los compañeros! Comparte las incomodidades de la escasez de mi casa con el espíritu más alegre, me arranca de mis más negros estados de ánimo, me acompaña en largos paseos, se interesa por todo lo que me interesa (yo siempre le hablo igual que si tuviera mi edad), y está dispuesto a echar una mano en lo que sea, desde limpiar botas a llevar medicinas. Su única disipación consiste en recortar y en comprar (en las raras ocasiones en que tenemos superávit) soldaditos de plomo. Alguna vez he traído a un paciente a la sala de consulta y he encontrado un torrente de caballería, infantería y artillería desparramado sobre la mesa. Yo mismo he sido atacado, mientras me hallaba escribiendo en silencio, y he levantado la vista para encontrar filas de fusileros avanzando hacia mí, columnas de infantería en reserva y una tropa de caballería por mi flanco, mientras que una batería de espingardas de guisantes al filo de mi diccionario médico ha barrido toda mi posición con la cara redonda y sonriente de su general detrás de todo. No sé cuántos regimientos tiene en periodo de paz, pero si algún

grave conflicto estallara, estoy convencido de cada hoja de papel de esta casa se levantaría en armas.

Una mañana tuve una gran idea cuyo resultado ha revolucionado nuestra economía doméstica. Fue en el momento en que acabó lo peor, y cuando habíamos podido volver incluso a la mantequilla y a algún tabaco ocasional, con una visita diaria del lechero, cosa de la que dan ganas de presumir cuando uno no ha estado acostumbrado a ella.

«Paul, muchacho —dije— ya veo el modo de conseguir toda una plantilla de sirvientes para esta casa a cambio de nada».

Él pareció complacido, pero no asombrado. Tiene tal fe ciega en mis capacidades que, si de repente, hubiera afirmado que veía el modo de apartar a la reina Victoria del trono y sentarme yo en él, habría venido sin dudarlo en mi ayuda como cómplice.

Tomé un papel y escribí: «Se alquila sótano a cambio de servicio. Contacto: Oakley Villas, 1».

«Ve, Paul —dije—. Corre a la oficina del *Evening News* y paga un chelín por tres inserciones».

No hicieron falta tres inserciones. Con una habría bastado. Media hora después de que saliera la primera edición, ya tenía al primer candidato llamando a mi timbre, y durante el resto de la tarde Paul no dejó de atenderlos casi sin interrupción. Yo estaba preparado desde el principio para negociar, pero a medida que fuimos viendo que la demanda crecía, nuestras exigencias subieron y subieron: delantales blancos, atuendo apropiado para abrir la puerta, encargarse de hacer las camas y limpiar las botas, cocinar. Y nos fuimos volviendo cada vez más rigurosos. De este modo, finalmente, hicimos nuestra elección. Una tal señorita Wotton, que pidió permiso para llevar a su hermana con ella. Era una persona de rostro duro y maneras bruscas cuya presencia en casa de un soltero no era susceptible de causar escándalo. Su nariz era por sí misma un certificado de virtud. Ella iba a llevar sus propios muebles al sótano, y yo iba a dejarles a ella y a su hermana una de las dos habitaciones de la planta superior como dormitorio.

Se mudaron pocos días después. Yo estaba fuera en aquel momento, y el primer indicio que tuve de su presencia fue encontrarme a tres perritos en mi vestíbulo cuando volví. La llamé a capítulo y le expliqué que aquello era un incumplimiento de contrato y que yo no tenía la intención de regentar un casa de fieras. Ella suplicó insistentemente por sus perritos, que, al parecer, eran una madre y sus dos hijas pertenecientes a alguna rara raza; de modo que acabé cediendo en la cuestión. La otra hermana parecía llevar una especie de

existencia troglodita subterránea, pues, aunque a veces la vislumbraba por algún rincón, pasó todo un mes hasta que pude haber dado fe de su existencia en un juzgado.

Durante un tiempo el acuerdo funcionó bien. Luego llegaron las complicaciones. Una mañana, al bajar más temprano de lo habitual, vi a un hombrecillo con barba quitando la cadena interior de mi puerta. Lo capturé antes de que pudiera abrirla. «Pero, bueno —dije—, ¿qué es esto?».

«Si no le importa, señor —dijo—, soy el marido de la señorita Wotton».

Terribles dudas sobre mi sirvienta pasaron por mi mente, pero pensé en su nariz y me tranquilicé. Unas preguntas lo revelaron todo. Era una mujer casada. Las pruebas fueron presentadas con solemnidad. Su esposo era marinero. Se había presentado como señorita porque había pensado que era más probable que aceptaran a una sirvienta sin cargas familiares. Su marido había vuelto a casa inesperadamente tras un largo viaje, y había llegado la noche anterior. Y, luego (una trama dentro de otra) resultó que la otra mujer no era su hermana, sino una amiga de nombre señorita Williams. Había pensado que era más probable que aceptara a dos hermanas antes que a dos amigas. Y así todos llegamos a saber quién era la otra, y tras concederle a Jack permiso para quedarse, asigné la otra habitación superior a la señorita Williams. De la más absoluta soledad parecí pasar rápidamente a regentar una pensión improvisada.

Era una inagotable fuente de regocijo contemplar el paso de la procesión de camino a sus habitaciones por la noche. Primero pasaba un perro; luego la señorita Williams con una vela; luego Jack; luego otro perro y, por último, la señora Wotton, con su vela en una mano y otro perro bajo el brazo. Jack pasó con nosotros tres semanas, y como lo hice limpiar con piedra pómez toda la casa dos veces por semana hasta que las tablas estuvieron como las del puesto de mando de un barco, ganamos algo a cambio de su alojamiento.

Para entonces, al encontrarme con unos cuantos chelines de sobra y sin gastos inminentes, dispuse una bodega en forma de tonel de cuatro galones y medio de cerveza con la firme resolución de que jamás se tocara salvo en días de fiesta, o cuando hubiese que atender a invitados.

Poco después Jack volvió al mar, y tras su marcha hubo varias furiosas disputas entre las mujeres en el sótano que llenaron la casa de reproches y afiladas réplicas de tiple. Finalmente, una noche, la señorita Williams (la más tranquila de las dos) vino a anunciarme entre sollozos que debía irse. La señora Wotton le hacía la vida insoportable, dijo. Estaba decidida a

independizarse, y había acondicionado una tiendecita en un barrio pobre de la ciudad. Se iba ya, de inmediato, a tomar posesión de ella.

Lo sentí, porque me gustaba la señorita Williams, y dije unas palabras a propósito. Ella llegó hasta la puerta del vestíbulo, y luego volvió corriendo a la sala de consulta. «¡Tómese un trago de su cerveza!», exclamó, y desapareció.

Sonó como una especie de imprecación en argot. Si hubiera dicho «¡Oh, remánguese bien!», me habría sorprendido menos. Y, entonces, de repente, las palabras adquirieron en mi mente un terrible significado y corrí a la bodega. El barril estaba inclinado hacia adelante sobre sus soportes. Lo golpeé y resonó como un tambor. Giré el grifo y no cayó ni una gota. Corramos un velo sobre la lamentable escena. Baste decir que la señora Wotton obtuvo su despido allí mismo, y que al día siguiente Paul y yo volvimos a encontrarnos solos en la casa vacía.

Pero nos habíamos ablandado con el lujo. Ya no éramos capaces de arreglárnoslas sin servicio (y especialmente, ahora, en el invierno, cuando había que encender fuegos, la tarea más penosa que un hombre puede emprender). Pensé en la tranquila señorita Williams, y fui a buscarla a su tienda. Ella mostró su deseo de aceptar, pues veía que así podría liberarse de su renta, pero el problema estaba en sus existencias. Aquello sonó formidable al principio, pero cuando supe que todo ascendía a once chelines, no me pareció algo insuperable. En media hora mi reloj estaba empeñado y el asunto resuelto. Regresé con una excelente ama de llaves, y con una cesta de cerillas suecas de mala calidad, cordones de botas, trozos de grafito y figuritas de azúcar mayor de lo que habría creído posible conseguir por ese dinero. Así nos hemos asentado, y espero que tengamos por delante un periodo de paz relativa.

Adiós, viejo amigo, y no pienses nunca que me olvido de ti. Leo y releo con avidez tus cartas. Creo que conservo hasta la última línea que alguna vez me hayas escrito. Superas a Paley cada vez. Me alegro mucho de que salieras con bien de ese negocio de la cervecería. Durante algún tiempo llegué a temer de verdad que, o bien perdieras tu dinero, o arriesgaras aún más en las acciones. No puedo más que agradecerte tu generoso ofrecimiento de ese cheque en blanco.

Es maravillo que hayas vuelto con tanta facilidad a tu vida americana después de tu paréntesis en Inglaterra. Como tú mismo dices, no obstante, no se trata de un cambio, sino tan solo de una variación, pues la idea raíz es la misma en ambos países. ¿No es extraño cómo los dos grandes hermanos han

sido conducidos al desencuentro mutuo? A un hombre se le castiga por escribir un libelo privado (aquí, el menos), aunque las consecuencias solo puedan ser leves. Pero se puede perpetrar un libelo internacional, que constituye una ofensa nefasta y de amplio alcance, y no existe ley en el mundo que lo castigue. Piensa en la despreciable pandilla de periodistas y escritores de sátiras que siempre pintan al inglés como un altanero que no pronuncia las haches y al americano como un ordinario que escupe. Si algún millonario pudiera ofrecerles un viaje alrededor del mundo tendríamos algún descanso (y si el barco se fuera a pique a mitad de camino, más descanso tendríamos aún). Y piensa en vuestros políticos cazadores de votos con sus campañas torturadoras, y en nuestros directores de los arrogantes semanarios con su inane tono de superioridad. ¡Si fueran todos a bordo, qué peso nos quitaríamos de encima! Una vez más, adiós, y ¡buena suerte!

XV.
Oakley Villas, Birchespool,
3 de agosto de 1883.

¿Crees que existe la casualidad? Explosiva frase con la que empezar una carta, pero te ruego que eches la vista atrás a tu propia vida, y me digas si verdaderamente crees que somos caprichos de la suerte. Sabes lo a menudo que tomamos esta calle o aquella, que aceptamos o rechazamos una invitación que pueden desviar hacia otro cauce todo el curso de nuestras vidas. ¿Somos meras hojas agitadas por el viento en una u otra dirección, o somos más bien, con toda certeza, agentes libres incesantemente conducidos a un fin definido y predeterminado? Confieso que a medida que avanzo en la vida, me voy sintiendo más y más convencido de ese fatalismo hacia el que siempre he tenido inclinación.

Míralo de esta forma. Sabemos que muchos de los hechos permanentes del universo *no* son casuales. No es casual que los cuerpos celestes oscilen apartados unos de otros; que la semilla esté provista del aparato que la llevará hasta la tierra propicia; que la criatura se adapte a su medio. Muéstrame una ballena con su abrigo de grasa y no necesitaré más pruebas de un plan. Pero, lógicamente, tal como yo lo veo, o *todo* ha de ser plan o todo ha de ser casualidad. No veo cómo puede uno trazar una línea que divida en dos el universo y decir que todo lo de la derecha es casualidad y todo lo de la izquierda está predeterminado. Tendrías entonces que admitir que cosas que parecen de la misma clase están en realidad divididas por un abismo infranqueable, y que las más bajas están planificadas, mientras que las más altas no. Te verías, por ejemplo, obligado a admitir que el número de las articulaciones en la pata trasera de una pulga ha implicado la directa supervisión del Creador, mientras que la desgracia que ha matado a mil personas en un teatro dependió de un poco de cera derramada en el suelo y fue un error imprevisto en la cadena de la vida. A mí esto me parece inconcebible.

Es un argumento muy superficial decir que, si un hombre sostiene las ideas de un fatalista, dejará en consecuencia de luchar, y esperará resignadamente lo que quiera que el destino le depare. El objetor olvida que entre las cosas dispuestas por el destino está que nosotros, los de sangre norteña, *no tenemos más remedio* que luchar y *no podemos* sentarnos con las manos cruzadas. Pero, cuando un hombre ha luchado, cuando ha hecho todo lo que sabía hacer, y cuando, a pesar de ello, algo se le escapa, dejémosle esperar diez años antes de decir que es una desgracia. Será parte, entonces, de la línea principal de su destino, y estará obrando con un fin. Un hombre pierde su fortuna; gana honestidad. Pierde la vista; gana espiritualidad. La muchacha pierde su belleza y se vuelve más compasiva. Creemos que nos vamos abriendo camino con bravura, pero hay una gran Mano en las nuestras durante todo el tiempo.

Te preguntarás qué me ha llevado a esta reflexión. Se trata solo de que me parece ver todo eso en cada acción de mi propia vida. Pero, como de costumbre, he empezado alegremente por un apéndice, así que volveré e intentaré comenzar mi crónica en la medida de lo posible donde la dejé la última vez. En primer lugar, debo decir que las nubes que estaban adelgazando entonces llegaron a romperse poco después. Durante los últimos meses no hemos perdido de vista el sol ni una vez sola.

Recordarás que nosotros (Paul y yo) acabábamos de contratar a una tal señorita Williams para que viniera a ocuparse de la casa. Tenía la sensación de que, en base al principio del alojamiento en el sótano, yo carecía de control suficiente, por lo que ahora llegamos a un acuerdo más formal según el cual una suma (aunque, ay, absurdamente pequeña) le sería entregada a cambio de sus servicios. Podría haber sido de diez veces su valor, pues nadie ha tenido sirviente mejor ni más leal que ella. Nuestra suerte pareció cambiar desde el momento en que volvió a nuestra casa.

Poco a poco, semana tras semana y mes tras mes, la consulta comenzó a crecer y a consolidarse. Había periodos en los que el timbre no sonaba ni una sola vez, y parecía que todo nuestro trabajo había sido en vano… Pero luego llegaban otros días en los que hasta ocho y diez nombres aparecían en mi libro mayor. Te preguntarás de dónde venían. Algunos del viejo Whitehall y su círculo de bohemios. Otros de casos de accidentes. Otros de recién llegados a la ciudad que llegaban hasta mí sin rumbo fijo. Un superintendente de seguros me dio unos cuantos para examinarlos, y ello fue de gran ayuda. Pero, sobre todo, aprendí algo que susurraría al oído de todo aquel que comienza, como yo he hecho, siendo un extraño en un lugar extraño. No hay

que creer que los pacientes vendrán hasta ti. Hay que ir en su busca. Puedes sentarte en tu silla en tu consulta hasta que esta se rompa bajo tu peso, pero sin participación en sociedad, no lograrás progreso alguno. La manera de efectiva consiste en salir, mezclarse por todas partes con la gente, dejar que te conozcan. Regresarás muchas veces y un ama de llaves te dirá en tono reprobatorio que alguien ha pasado a buscarte en tu ausencia. ¡No importa! Vuelve a salir. Un ruidoso concierto donde te encontrarás con ochenta personas será mejor para ti que el paciente al que podrías haber visto en casa. A mí me llevó algún tiempo darme cuenta, pero ahora hablo por experiencia propia.

Sin embargo, hay un gran «sin embargo» en el caso. Siempre has de saber guardar la compostura. Y, a menos que estés seguro (absolutamente seguro) de que puedes hacerlo, lo mejor sería no salir de casa. No debes relajarte un solo instante. Debes recordar cuál es tu propósito de estar allí. Debes inspirar respeto. Sé amistoso, amable, sociable, simpático (lo que desees), pero conserva el tono y el porte de un caballero. Si puedes hacer que te respeten y te tengan simpatía, tendrás en cada club y en cada sociedad a la que te unas nueva introducción a tu consulta. ¡Pero, ten cuidado con la bebida! ¡Por encima de todo ten cuidado con la bebida! Tus compañeros se la perdonarán entre sí, pero nunca a un hombre que desea que pongan la vida de otro en sus manos. Un desliz es fatal; medio desliz, peligroso. Conviértelo en tu norma de vida y síguela a pesar de desafíos y persuasores. A la mañana siguiente contará a tu favor.

Y, por supuesto, no hablo solo de celebraciones meramente sociales: literarias, de debate, políticas, sociales, deportivas, todas son herramientas en tus manos. Debes mostrar lo buen hombre que eres. Debes lanzarte a cada una de ellas con energía y convicción. Pronto te encontrarás en el comité (posiblemente como secretario, o incluso ocupando la silla presidencial). Y no trabajes de mala gana cuando la recompensa sea remota o indirecta. Esos son los peldaños que nos hacen ascender.

Así fue cómo yo, cuando hube obtenido cierta posición, me puse a trabajar para aumentarla. Me uní a esto. Me uní a lo otro. Me abrí paso en todas direcciones. Volví a hacer deporte con gran beneficio para mi salud, y descubrí que la de la consulta se beneficiaba de ello tan como la mía. Mi marca de críquet de la temporada ha sido buena, con una media de 20 con el bate y 9 con la pelota.

Hay que admitir, no obstante, que este sistema de salir en busca de mis pacientes y dejar mi sala de consulta vacía podría haber sido menos exitosa de

no ser por mi tesoro de ama de llaves. Es un prodigio de discreción, y el modo en que jura en falso por su alma por el bien de la consulta es un peso constante sobre mi conciencia. Es una mujer alta, delgada, de rostro grave y actitud imponente. Su ficción habitual, más implícita que expresa (afectando que se trata de algo tan universalmente sabido que resultaría absurdo decirlo con palabras) es que estoy tan abrumado por las necesidades de mi enorme consulta que cualquiera que desee venir a verme ha de acordar la cita con gran exactitud y mucha antelación.

«¡Vaya!», le dice a cualquier solicitante. «Ha tenido que salir a toda prisa otra vez. Si hubiera venido usted hace media hora podría haberle dedicado un minuto. No he visto una cosa igual» (en tono de confidencia). «Entre usted y yo, no creo que pueda resistirlo mucho tiempo. Un día no podrá más. Pero, pase, y veré lo que puedo hacer por usted».

Y, entonces, después de haber asegurado al paciente en la consulta, va en busca del pequeño Paul.

«Corra a la cancha de bolos, señorito Paul», dice. «Encontrará al doctor allí, me parece. Solo dígale que hay un paciente esperándolo».

En tales entrevistas ella parece inspirarles una especie de silencioso temor, como si hubieran encontrado el camino a algún sanctasanctórum. Mi aparición real es bastante anticlimática tras la introducción de la señorita Williams.

Otro de sus recursos consiste en concertar citas con una extrema precisión de tiempo, mientras yo en ese momento me hallo desbordado de trabajo (en un partido de críquet).

«¡Veamos!», dice mirando la lista. «Estará libre a las ocho y siete minutos de esta tarde. Sí, podría ocuparse entonces. No tiene a nadie desde las ocho y siete hasta las ocho y cuarto». Y, así, a la hora señalada, tendré a mi paciente entrando precipitadamente en mi consulta con el mismo aspecto del hombre que pide su cuenco de sopa caliente en una estación. Si supiera que es, probablemente, el único paciente que ha abierto mi puerta esa tarde, no tendría tanta prisa ni estimaría tanto mi consejo.

Me he encontrado con una paciente curiosa que me ha sido de gran ayuda. Es una viuda de aspecto majestuoso de nombre Turner, la figura más deprimentemente respetable, como la hermana mayor y menos frívola de la señora Grundy. Vive en una casa pequeña con una pequeña criada a la misma escala. Bien, pues, cada dos meses, aproximadamente, de repente empieza a beber de forma desaforada durante una semana más o menos. Lo que termina tan abruptamente como comenzó, pero mientras dura llega a conocimiento de

los vecinos. Chilla, aúlla, canta, persigue a la criada y lanza platos por la ventana a los transeúntes. Por supuesto, no tiene nada de divertido, y sí mucho de patético, pero, aun así, resulta difícil no reír ante el absurdo contraste entre sus actos y su apariencia. Me llamaron a mí accidentalmente la primera vez, pero pronto adquirí cierto control sobre ella, de manera que los vecinos mandan llamarme en el momento en que la loza empieza a salir por la ventana. Es bastante solvente, por lo que sus pequeñas extravagancias me son de ayuda con mi renta. Y posee, además, un buen número de jarrones, estatuas y cuadros curiosos, una selección de los cuales me obsequia en el transcurso de cada unos de sus ataques, insistiendo en que me los lleve de inmediato. Por lo que salgo tambaleándome de la casa igual que si fuera uno de los generales de Napoleón abandonando Italia. La anciana es bastante metódica, no obstante, y en cuanto se recupera me envía a un mozo de cuerda con una nota cortés para decirme que estaría encantada de que le devolviera sus cuadros.

Pero ya he llegado al punto en que puedo mostrarte lo que quiero decir al hablar de destino. El médico que vive junto a mí (su nombre es Porter) es una persona amable, y, sabiendo que había tenido que vérmelas con una empinada cuesta arriba, me ha echado una mano en varias ocasiones. Cierto día, hará unas tres semanas, llegó a mi consulta después del desayuno.

«¿Podría acompañarme a una visita médica?», preguntó.

«Lo haré encantado».

«Tengo mi carruaje fuera».

Me contó algo sobre el caso por el camino. Se trataba de un muchacho joven, hijo único, que llevaba algún tiempo sufriendo síntomas nerviosos, y, últimamente, un fuerte dolor de cabeza. «Su familia vive en casa de un paciente mío, el general Wainwright», dijo Porter. «A él no le gustan los síntomas, y pienso que querría una segunda opinión».

Llegamos a la casa, una muy grande con su propio terreno, y mantuvimos una conversación preliminar con el soldado indio de rostro moreno y pelo blanco que era su propietario. Estaba explicando la responsabilidad que sentía, pues el paciente era su sobrino, cuando una señora entró en la habitación. «Es mi hermana, la señora La Force —dijo—, la madre del caballero al que ustedes vienen a ver».

La reconocí al instante. La había conocido en una ocasión anterior, y en curiosas circunstancias. [El doctor Stark Munro procede aquí a relatar de nuevo como conoció a los La Force, habiendo olvidado, evidentemente, que ya lo había hecho en la carta VI]. Cuando nos presentaron, pude darme cuenta

de que no me relacionaba con el joven doctor del tren. Y no me extraña, pues he empezado a dejarme barba con la esperanza de parecer un poco mayor. Ella, naturalmente, era toda ansiedad con su hijo, y la acompañamos arriba (Porter y yo) para echarle un vistazo. ¡Pobre muchacho! Parecía más enfermo y amarillento que la última vez que lo había visto. Los dos dimos nuestro parecer, estuvimos de acuerdo en la naturaleza crónica de su dolencia, y, finalmente, nos marchamos sin que yo recordara a la señora La Force nuestro encuentro previo.

Bien, pues la cuestión podría haber quedado ahí. Pero aproximadamente tres días después, ¿quiénes crees que aparecieron en mi consulta sino la señora La Force y su hija? Me pareció que esta última me miró un par de veces cuando su madre nos presentó, como si conservara algún recuerdo de mi rostro, pero, evidentemente, no podía acordarse de dónde lo había visto, y yo no dije nada para ayudarla. Las dos parecían muy alteradas. Las lágrimas sin duda rebosaban de los ojos de la muchacha y sus labios temblaban.

«Hemos venido a usted, doctor Munro, con gran angustia», dijo la señora La Force. «Nos gustaría mucho recibir su consejo».

«Me coloca usted en una difícil posición, señora La Force», dije. «Lo cierto es que los considero pacientes del doctor Porter, y sería un incumplimiento de la etiqueta por mi parte mantener cualquier comunicación con ustedes que no sea a través de él».

«Ha sido él quien nos ha enviado aquí», respondió ella.

«Oh, eso lo cambia todo por completo».

«Él dice que ya no puede hacer nada por nosotros, y que tal vez usted sí podría».

«Por favor, díganme qué desean que haga».

La mujer se dispuso a explicarlo valerosamente, pero el esfuerzo de poner en palabras sus preocupaciones pareció hacérselas más evidentes, y de repente empezó a balbucear y a encontrar dificultades para expresarse. Su hija se inclinó sobre ella y la besó con los más hermosos pequeños espasmos de amor y compasión.

«Yo se lo diré, doctor», dijo. «Mi pobre madre está casi exhausta. Fred… O sea, mi hermano, está peor. Se ha vuelto muy ruidoso, y no se calma».

«Y mi hermano, el general —continuó la señora La Force—, naturalmente no esperaba esto cuando nos ofreció su casa, y, siendo un hombre nervioso, resulta muy difícil para él. En realidad, no puede continuar allí. Él mismo lo dice».

«¿Pero qué va a hacer madre?», exclamó la muchacha retomando de nuevo la historia. «Ningún hotel ni pensión nos aceptaría mientras el pobre Fred siga así. Y no tenemos valor para enviarlo a un asilo. Mi tío no nos dejará quedarnos más tiempo, y no tenemos ningún sitio a dónde ir». Sus ojos grises trataban de parecer valientes, pero las comisuras hacia abajo de su boca la delataban.

Me levanté y empecé a pasear por la habitación, tratando de reflexionar sobre todo.

«Lo que quería preguntarle era si tal vez conocía a algún doctor o algún establecimiento privado que aceptara casos como este. De manera que pudiéramos ver a Fred casi a diario. La cuestión es que debería ser aceptado de inmediato, pues mi hermano ha llegado verdaderamente al límite de su paciencia», dijo la señora La Force.

Toqué el timbre para llamar a mi ama de llaves.

«Señorita Williams —dije—, ¿cree usted que podríamos tener preparada una habitación para que esta noche la ocupase un caballero enfermo?».

Nunca había admirado tanto el maravilloso dominio de sí misma de aquella mujer.

«Claro, podría fácilmente, señor, si los pacientes me dejaran hacer. Pero, con ese timbre sonando treinta veces en cada hora resulta difícil decir lo que puede hacer una».

Este comentario suyo con sus divertidas maneras hizo que las damas se echaran a reír, y todo el asunto pareció más leve y sencillo. Prometí tener lista la habitación para las ocho. La señora La Force acordó traer a su hijo hacia esa hora, y ambas damas se deshicieron en agradecimientos que no merecía, ya que, después de todo, era una cuestión de negocio, y un paciente interno era justo lo que yo necesitaba. Había podido asegurarle a la señora La Force que había tenido un caso similar a mi cuidado antes (refiriéndome, por supuesto, al pobre «Jimmy», el hijo de lord Saltire). La señorita Williams las acompañó hasta la puerta, y tuvo ocasión de susurrarles que era maravilloso cómo yo me había ocupado de todo, y que me hallaba a punto de subir a mi coche.

Pese a la improvisación, logramos tenerlo todo listo a tiempo. Alfombra, cama, utensilios de baño, cortinas… Todo llegó a la vez y fue siendo colocado en su lugar gracias a los esfuerzos sumados de la señorita Williams y Paul y a los míos propios. A las ocho en punto llegó un coche y yo conduje a Fred hasta su habitación. En cuanto lo miré me di cuenta de que estaba

mucho peor que cuando lo había visto en compañía del doctor Porter. La enfermedad cerebral crónica se había agravado repentinamente.

Tenía la mirada enloquecida, las mejillas rojas, los labios ligeramente separados de los dientes. Su temperatura era de casi 39 grados y musitaba para sí continuamente sin prestar atención a mis preguntas. Se hizo evidente para mí al primer vistazo que la responsabilidad que acababa de asumir no era pequeña.

Sin embargo, solo podía intentar hacerlo lo mejor posible. Lo desvestí y lo metí sin problemas en la cama mientras la señorita preparaba algo de tapioca para darle de cenar. No quiso comer nada, y como pareció más dispuesto a dormir, habiéndolo visto calmarse, lo dejamos a solas. Su habitación era contigua a la mía, y como el muro era delgado, yo podía oír el menor movimiento. Dos o tres veces musitó algo y gruñó, pero finalmente quedó en silenció, y yo pude dormir.

A las tres de la mañana, me despertó un estruendo terrible. Saltando de mi cama, corrí a la otra habitación. El pobre Fred estaba de pie con su camisón largo, mostrando su pequeña patética figura a la luz grisácea del alba. Había volcado su aguamanil (con qué objeto solo podría decirlo su mente confundida), y todo el lugar era una ciénaga de agua salpicada de islas de trozos de loza. Fui a por él y lo devolví a la cama (el cuerpo le brillaba a través del camisón, y miraba a su alrededor con ojos enloquecidos). Era a todas luces imposible dejarlo solo, así que pasé el resto de la noche dando cabezadas y temblando en el sofá. No, no era, desde luego, una sinecura lo que había asumido.

Por la mañana fui ver a la señora La Force y le hice un informe. Su hermano había recuperado la serenidad ahora que el paciente se había ido. Al parecer tenía la Cruz Victoria, y había estado en una de aquellas pequeñas guarniciones que sostuvieron Lucknow durante el torbellino infernal del motín. Y ahora una puerta que se abría de improviso lo hacía ponerse a temblar, y unas pinzas que se caían le provocaban palpitaciones. ¿No somos los seres más extraños?

Fred estuvo un poco mejor durante el día, e incluso de una manera vaga pareció reconocer a su hermana, que le trajo flores por la tarde. Al anochecer, su temperatura llegó a 38.6 y entró en una especie de estupor. Dio la casualidad de que el doctor Porter vino hacia la hora de la cena, y le pedí que subiera a echar un vistazo a mi paciente. Así lo hizo, y lo encontramos plácidamente adormecido. Difícilmente pensarías que aquel pequeño

incidente quizá fuera uno de los más cruciales de mi vida. Fue la mayor casualidad del mundo que Porter subiera.

Fred estaba tomando su medicina con un poco de cloral para entonces. Lo último que le di fue su dosis habitual nocturna, y luego, como parecía dormir plácidamente, me fui a mi habitación en busca de un descanso que necesitaba desesperadamente. No me levanté hasta las ocho de la mañana, cuando me despertaron el tintineo de una cuchara sobre un platillo y los pasos de la señorita Williams junto a mi puerta. Llevaba la tapioca que yo había ordenado dos noches antes. La oí abrir la puerta, y un instante después el corazón se me salía por la boca cuando ella daba un grito ronco, y su taza y su plato se estrellaban contra el suelo. Acto seguido, entró en mi dormitorio con la cara convulsionada de terror.

«¡Dios mío!», exclamó. «¡Ha muerto!».

Tomé mi bata y corrí a la habitación contigua.

El pobrecillo Fred estaba tumbado de lado en su cama e inequívocamente muerto. Parecía como si se hubiera levantado y hubiera caído hacia atrás. Su rostro era tan tranquilo y sonriente que apenas habría podido reconocer los mismos rasgos preocupados y consumidos por la fiebre del día anterior. Hay una gran promesa, me parece, en los rostros de los muertos. Dicen que no es más que la relajación *post mortem* de los músculos, pero esa es una de las cuestiones en las que me gustaría que la ciencia estuviera equivocada.

La señorita Williams y yo permanecimos cinco minutos sin decir una palabra, silenciados por la presencia de aquel hecho supremo. Luego lo colocamos derecho y lo cubrimos con una sábana. Ella se arrodilló, rezó y estuvo sollozando, mientras que yo me senté en la cama con la fría mano en la mía. Y en ese momento el corazón se me heló al recordar que me correspondía a mí dar la noticia a su madre.

Esta la recibió admirablemente. Estaban los tres desayunando cuando llegué: el general, la señora La Force y la hija. De algún modo supieron todo cuanto tenía que decirles nada más verme. Y en su solidaridad femenina, toda su compasión fue para mí, por el impacto que había sufrido y la perturbación en mi casa. Pasé de ser el que iba a consolar a convertirme en el consolado. Estuvimos hablando durante más de una hora, explicándoles todo lo que confiaba en que no necesitaba explicación: que, pues, el pobre muchacho no podía decirme sus síntomas, era difícil para mí saber el peligro inmediato que corría. No había duda de que el descenso de la temperatura y la quietud en las que tanto Porter como yo vimos un signo de mejoría eran en realidad el principio del fin.

La señora La Force me pidió que me ocupara de todo: las formalidades, el registro y el funeral. Era miércoles, y pensamos que lo mejor sería celebrar el entierro el viernes. Volví a toda prisa, así pues, sin saber qué hacer primero, y encontré al viejo Whitehall esperándome en mi consulta, con aspecto muy gallardo y una camelia en el ojal. ¡Ni un órgano en su sitio, pero una camelia en el ojal!

Te diré en confianza que no me alegré de verlo, pues no estaba de humor para su compañía, pero había tenido noticia de todo lo ocurrido a través de la señorita Williams, y había venido para quedarse. Solo entonces advertí cuánta amabilidad y delicadeza de caballero quedaban tras el velo de ordinariez y obscenidad tras el que se ocultaba tan a menudo.

«Iré con usted, señor doctor Munro. Hay ocasiones en que no está mal la compañía. No abriré la boca a menos que lo desee, señor, pero soy un hombre desocupado, y me gustaría que tuviera la amabilidad de permitirme acompañarlo».

Así lo hizo, y me resultó muy útil. Parecía saberlo todo acerca del procedimiento. «¡He enterrado a dos esposas, señor doctor Munro!». Firmé el certificado yo mismo, lo llevé al registro, obtuve el permiso para el entierro, se lo llevé al asistente parroquial, acordé una hora, luego fui a la funeraria, y después volvía a mi consulta. Lo recuerdo todo como una especie de pesadilla solo aliviada por la figura de mi viejo bohemio con su chaqueta de marino, su bastón de endrino, su rostro arrugado e hinchado y su camelia.

Para resumir, el funeral fue tal como se planeó, con el general Wainwright, Whitehall y yo como únicos asistentes. El capitán nunca había conocido en vida a Fred, pero quiso «estar hasta el final, señor», y así me hizo compañía. Este se celebró a las ocho de la mañana, y no habían dado las diez cuando nos hallábamos de vuelta en Oakley Villas. Un hombre fornido con poblados bigotes estaba esperándonos en la puerta.

«¿Es usted el doctor Munro, señor?», preguntó.

«Lo soy».

«Soy detective de la oficina local. Sigo órdenes de investigar la reciente muerte de un joven en su casa».

¡Fue como si cayera un rayo! Si parecer incómodo es un signo de culpabilidad, yo debí de parecer un villano confeso. Fue absolutamente inesperado. Pero confío en haber recuperado de inmediato mi autodominio.

«¡Pase, por favor!», dije. «Pongo totalmente a su disposición cualquier información que pueda proporcionarle. ¿Tiene alguna objeción a que esté presente mi amigo el capitán Whitehall?».

«En absoluto».

De manera que entramos lo dos con aquel pájaro de mal agüero. Aunque era, a pesar de todo, un hombre de tacto y modales agradables.

«Por supuesto, doctor Munro, es usted de sobra conocido en esta ciudad para que nadie se tome en serio el asunto. Pero lo cierto es que hemos recibido una carta anónima esta mañana que dice que el joven había muerto ayer e iba a ser enterrado hoy a una hora inusitada, y que las circunstancias eran sospechosas», dijo.

«Murió antes de ayer. Ha sido enterrado a las ocho de hoy», expliqué, y entonces le conté toda la historia desde el principio. Él escuchó atentamente y tomó un par de notas.

«¿Quién firmó el certificado?», preguntó.

«Yo», respondí.

Él alzó las cejas levemente.

«¿No hay entonces nadie que pueda corroborar su testimonio?», dijo.

«Oh, sí, el doctor Porter lo vio la noche en que murió. Él lo sabe todo sobre el caso».

El detective cerró su bloc de notas con un chasquido.

«Hemos terminado, doctor Munro», dijo. «Por supuesto, he de ver al doctor Porter como mero formalismo, pero si su opinión concuerda con la de usted, tan solo puedo pedirle disculpas por la intrusión».

«Y hay una cosa más, señor detective», dijo Whitehall furioso. «No soy un hombre rico, señor, solo el… capitán con media paga de un transporte armado, pero por Dios, señor, que le daría este sombrero lleno de dólares por saber el nombre del… canalla que escribió esa carta anónima, señor. Por… señor, ahí sí que tiene usted un verdadero caso del que ocuparse». Y agitó violentamente su bastón de endrino.

Así terminó el triste asunto, Bertie. ¡Pero de qué insignificantes casualidades dependen nuestras fortunas! Si Porter no lo hubiera visto aquella noche, es más que probable que hubiese habido una exhumación. Y, entonces, bueno, habría habido cloral en el cuerpo; había ciertos intereses económicos que *dependían* de la muerte del muchacho… Un abogado agresivo habría conseguido tener un caso. Y, comoquiera que fuese, el primer soplo de sospecha habría hecho que el viento se llevase por delante mi pequeña consulta que empezaba a crecer. ¡Qué terribles cosas acechan en cada revuelta del camino de la Vida, dispuestas a caer sobre nosotros a nuestro paso!

¡Así que partes de viaje! Bien, no volveré a escribirte hasta que sepa que has vuelto de las Islas, y para entonces espero tener algo más alegre de lo que

hablarte.

XVI.
Oakley Villas, Birchespool,
4 de noviembre de 1884.

Tengo enfrente la ventana de mi estudio mientras escribo, Bertie. Nubes de color pizarra con bordes deshilachados surcan lentamente el cielo. Entre ellas hay una que deja vislumbrar nubes más altas de un gris más claro. Puedo oír el suave murmullo de la lluvia arrancando una nota más alta en el camino de grava y una más baja entre las hojas. A veces cae vertical y densa, hasta que el aire se llena de un delicado tono gris, y hasta medio pie por encima del suelo el rebotar de un millón de pequeñas gotas forma una especie de neblina. Luego, sin el menor cambio en las nubes, la lluvia cesa de nuevo. Los charcos se alinean en mi camino y se acumulan en la calzada con su superficie moteada por las gotas que aún caen. Aquí sentado puedo oler el denso perfume de la tierra mojada, y veo cómo resplandecen los arbustos de laurel donde la luz les da de soslayo. La verja de fuera brilla como si estuviera recién barnizada, y a lo largo del borde inferior del barrote más alto cuelga una hilera de claras gotas enormes.

Esto es lo mejor que noviembre sabe hacer por nosotros en esta pequeña isla empapada. Tú, que estarás sentado entre las últimas glorias de un otoño americano, probablemente pensarás que ha de ser deprimente. Pero no te equivoques, muchacho. Puedes recorrer Estados Unidos desde Detroit hasta el Golfo de México, y no encontrarás un hombre más feliz que este. ¿Qué crees que tengo en este momento en mi sala de consulta? ¿Un escritorio? ¿Una estantería? No, sé que ya has adivinado mi secreto. Ella está sentada en mi gran sillón. Y es la mejor, la más encantadora y la más dulce muchachita de Inglaterra.

Sí, llevo ya seis meses casado (el almanaque dice que han sido meses, aunque yo diría que solo han pasado unas semanas). Debería, por supuesto, haber enviado pastel y tarjetas, pero tenía la idea de que aún no habías regresado de las Islas. Ha pasado todo un año desde la última vez que te

escribí, pero ¿qué puedes esperar cuando no das una dirección concretar? He pensado en ti y he hablado de ti muchas veces.

Diría que con la perspicacia de un hombre mayor y casado, también habrás adivinado ya quién es la dama. No hay duda de que a través de un instinto sin nombre sabemos más sobre nuestro futuro de lo que creemos saber. Recuerdo, por ejemplo, que hace años el nombre de Bradfield solía evocarme una familiaridad sin motivo al oírlo, y, desde entonces, como sabes, el curso de mi vida me ha llevado hasta él. De la misma manera la primera vez que vi a Winnie La Force en el vagón de tren, antes de haberme dirigido a ella o de saber su nombre, despertó en mí una simpatía y un interés inexplicables. ¿No has tenido alguna experiencia de ese tipo en tu vida? ¿O fue, simplemente, que ella era dulce y tímida, y de ese modo hizo una llamada silenciosa a todo lo que había en mí de caballeroso y servicial? En cualquier caso, fui consciente de ello, y volví a serlo una y otra vez cada vez que me encontraba con ella. ¡Cuánta razón llevaba aquel escritor ruso que dijo que quien ama a una mujer sabe más de todas las mujeres que aquel que ha tenido relaciones pasajeras con un millar! Yo pensaba que sabía algo sobre las mujeres. Supongo que todo estudiante de Medicina lo piensa. Pero ahora puedo ver que en realidad no sabía nada. Mi conocimiento era superficial. No conocía el alma de la mujer, ese don supremo que la Providencia ha otorgado al hombre y que, si no lo degradamos, resalta todo cuanto hay de bueno en nosotros. No sabía cómo el amor de una mujer puede teñir de generosidad la vida entera de un hombre y cada uno de sus actos. No sabía lo fácil que es ser noble cuando alguien da por sentado que lo somos; ni qué amplia e interesante se vuelve la vida cuando se contempla a través de cuatro ojos en lugar de dos. Como ves, tenía mucho que aprender. Pero creo que lo he aprendido.

Era lógico que la muerte del pobre Fred La Force me llevara a intimar con la familia. Fue en verdad la fría mano que apreté aquella mañana sentado junto a su lecho la que me condujo a mi felicidad. Los visité con frecuencia, y a menudo hicimos juntos pequeñas excursiones. Luego mi querida madre vino a pasar conmigo una temporada, e hizo que la señorita Williams se volviera gris buscando polvo en toda clase de rincones inauditos o avanzando en medio de un silencio terrible con una escoba en una mano y una pala en la otra para atacar una tela de araña que había localizado en la bodega de la cerveza. Su presencia me permitió devolver algo de la hospitalidad que había recibido de las La Force, y nos acercó aún más.

Yo aún no les había recordado nuestro encuentro previo. Pero una noche la conversación condujo a la clarividencia, y la señora La Force estaba expresando su más absoluta incredulidad. Le pedí prestado su anillo, y, sosteniéndolo contra mi frente, fingí estar escrutando su pasado.

«La veo en un vagón de tren», dije. «Lleva una pluma roja en su sombrero. La señorita La Force va vestida con alguna prenda oscura. Hay un joven allí. Es tan poco delicado como para dirigirse a su hija como Winnie antes incluso de haber sido…».

«Oh, madre», exclamó. «¡Por supuesto que es él! Su rostro me atormentaba y no era capaz de recordar dónde lo había visto».

Bueno, hay cosas de las que no hablamos con otro hombre, ni siquiera cuando nos conocemos mutuamente tan bien como tú y yo. ¿Para qué hacerlo, cuando lo más absorbente para nosotros son esos paulatinos y sutiles avances de la amistad a la intimidad, y de la intimidad a algo aún más sagrado, de lo que apenas se puede escribir, y mucho menos haciéndolo interesante para los demás? Llegó la hora en que ellas debían dejar Birchespool, y mi madre y yo fuimos de visita para despedirnos la noche anterior. A Winnie y a mí nos dejaron un instante a solas.

«¿Cuándo volverán a Birchespool?», pregunté.

«Madre no lo sabe».

«¿Querrá venir pronto y convertirse en mi esposa?».

Llevaba toda la tarde dando vueltas en la cabeza a la mejor manera de llegar a ello y a cómo decirlo con esmero… ¡Y mira el triste resultado! Bueno, pero quizá lo que sentía en mi corazón logró abrirse camino incluso a través de aquellas imprudentes palabras. Solo había alguien para juzgarlo, y ella fue de esa opinión.

Yo estaba tan absorto en mis propios pensamientos que llegué caminando hasta Oakley Villas con mi madre antes de abrir la boca. «Mamá —dije finalmente—, le he propuesto matrimonio a Winnie La Force, y ha aceptado».

«Hijo mío —dijo—, eres un verdadero Packenham». Y así supe que la aprobación de mi madre llegaba al punto del entusiasmo. Pasaron días (tuve para ello que expresar mi preferencia por la tranquilidad y el polvo bajo la librería frente a la pulcritud y el ajetreo) hasta que la querida anciana percibió en mí huellas de los Munro.

La fecha en principio fijada para la boda fue seis meses después, pero poco a poco fuimos acercándola a cinco y a cuatro meses. Mis ingresos habían ascendido a unas doscientas setenta libras por entonces, y Winnie se había mostrado de acuerdo, con una sonrisa algo enigmática, en que

podríamos arreglárnoslas muy bien con ellas (más aún cuando el matrimonio solía aumentar la clientela de un médico). La razón de su sonrisa se hizo más aparente cuando, unas semanas antes de la fecha, recibí un documento azul de lo más pomposo donde «Brown & Woodhouse, abogados de la en adelante mencionada como Winifred La Force» declaraban una sorprendente serie de cosas empleando para ello un inglés notablemente malo. Su significado, eliminados todos los «en tanto que» y los «antedichos» era que Winnie tenía unas cien al año para ella sola. Aquello no me hizo amarla ni un solo ápice más de lo que la amaba, pero no seré tan absurdo como para decir que no me alegré, o para negar que volvió nuestro matrimonio mucho más fácil de lo que habría sido de otra manera.

El pobre Whitehall llegó la mañana de la ceremonia. Venía tambaleándose bajo el peso de un hermoso gabinete japonés que había traído desde su pensión. Le había pedido que viniera conmigo a la iglesia, y el anciano caballero estaba radiante con su corbata de seda y su chaleco blanco. Entre nosotros, te diré que me había tenido algo intranquilo que la emoción acabara pudiendo con él, como había ocurrido en aquella cena, pero nada más ejemplar que su conducta y apariencia en esta ocasión. Yo lo había presentado a Winnie unos días antes.

«Me perdonará si le digo, señor doctor Munro, que es usted un… individuo afortunado», dijo. «Ha metido usted la mano en la bolsa y ha sacado la anguila a la primera, como puede ver cualquiera con medio ojo en la cara. Yo he hecho tres intentos, y he pescado una serpiente en cada uno. Si hubiera tenido a mi lado a una buena mujer, señor doctor Munro, quizá no sería hoy este arruinado capitán de transporte armado con media paga».

«Pensé que usted se había casado dos veces, capitán».

«Tres, señor. Enterré a dos de ellas. La otra vive en Bruselas. Bueno, estaré en la iglesia, señor doctor Munro, y puede usted apostar a que nadie habrá allí que le desee más que yo lo mejor».

Pero hubo allí muchos que me desearon bien. Todos mis pacientes se habían enterado y llenaban los bancos con aspecto preocupantemente saludable. Mi vecino el doctor Porter también estaba allí prestándome su apoyo, y el viejo general Wainwright fue quien llevó a Winnie al altar. Mi madre, la señora La Force y la señorita Williams ocupaban el primer banco, y lejos, al fondo de la iglesia, distinguí la barba bifurcada y el rostro arrugado de Whitehall, y junto a él al teniente herido, al hombre que huyó con la cocinera, y toda una fila de aquellos raros bohemios que seguían su suerte. Luego, cuando se pronunciaron los votos y las formalidades humanas hombre

intentaron santificar lo que ya era divino, caminamos entre los sones de la «Marcha nupcial» hacia la sacristía, donde mi querida madre aliviaba la tensión del momento firmando el registro en el lugar equivocado, de manera que parecía que era ella la que acaba de casarse con el clérigo. Y, a continuación, entre felicitaciones y rostros amables, nos dirigimos juntos, con su mano en mi brazo, a los escalones de la iglesia, y vimos la calle familiar que se extendía ante nosotros. Pero no era esa calle la que aparecía a mis ojos, sino el camino de nuestras vidas; esa senda más amplia sobre la que pisaban ahora nuestros pies, tan grata de transitar, y, a pesar de todo, envuelto su curso por la niebla. ¿Sería larga o breve? ¿Sería cuesta arriba o cuesta abajo? Ojalá que, al menos para ella, fuera dulce, si el amor de un hombre podía conseguirlo.

Pasamos fuera unas semanas, en la isla de Man, y luego volvimos a Oakley Villas, donde la señorita Williams nos esperaba en una casa en la que ni mi madre habría sido capaz de encontrar polvo, y con toda una serie de alentadoras leyendas sobre multitudes de pacientes que, en mi ausencia, bloqueaban la calle. Realmente hubo un considerable aumento en mi consulta, y durante más o menos los últimos seis meses, sin llegar a estar verdaderamente agobiado, en todo momento he tenido bastante de lo que ocuparme. Mi clientela es humilde, y tengo que trabajar duro por unos pequeños honorarios, pero sigo estudiando y asistiendo al hospital local, y mantengo mis conocimientos al día para estar así preparado para mi puesto cuando llegue. Hay veces en que quizá lamento no poder desempeñar un papel en algo mayor que esto, pero mi felicidad es completa, y si el destino no guarda otra utilidad para mí, me hallo ahora de corazón satisfecho de vivir y morir donde estoy.

Te preguntarás, quizá, cómo llevamos mi esposa y yo la cuestión religiosa. Bien, pues cada uno sigue su camino. ¿Por qué iba yo a hacer proselitismo? En aras de la verdad abstracta jamás le arrebataría su fe infantil, que a ella le sirve para hacerle la vida más fácil y luminosa. Habré hecho que me malinterpretes en estas cartas argumentativas si has leído en ellas encono alguno contra los credos ortodoxos. Lejos de decir que sean todos falsos, expresaría mi postura mejor decir que todos son verdaderos. La Providencia no los habría empleado de no ser los mejores instrumentos disponibles, y, en ese sentido, divinos. Que sean definitivos es lo que niego. Un credo más universal ocupará su lugar cuando la mente del hombre esté lista para ello, y creo que este será un credo fundamentado en esas líneas de verdad absoluta y demostrable que he indicado. Pero los viejos credos siguen siendo los más

apropiados para ciertas mentes y ciertas edades. Si son lo bastante buenos para que la Providencia los use, serán lo bastante buenos para que nosotros los toleremos. Solo tenemos que aguardar a la supervivencia del más verdadero. Si ha parecido que decía cualquier cosa agresiva contra ellos, iba dirigida a quienes desean limitar el favor del Todopoderoso a su pequeña camarilla, o a quienes desean construir una Muralla China alrededor de la religión, sin la asimilación de nuevas verdades ni expectativas de expansión en el futuro. Es con estos con quienes los pioneros del progreso no pueden tener tregua. En cuanto a mi esposa, pensaría en interrumpir sus inocentes oraciones tanto como ella pensaría en llevarse los libros de filosofía de la mesa de mi estudio. No es ella mujer de miras estrechas, pero si uno pudiera encaramarse a la más alta cumbre de la amplitud de miras, sin duda vería desde allí que incluso las más estrechas cumplen también su misión.

Hace alrededor de un año tuve noticias de Cullingworth a través de Smeaton, que jugaba en el mismo equipo de fútbol en la Universidad, y que había ido a visitarme estando de paso por Bradfield. Su relato no fue favorable. La consulta había decaído considerablemente. La gente, sin duda, se había acostumbrado a sus excentricidades, y estas habían dejado de impresionarla. Además, se habían llevado a cabo un par de investigaciones forenses que habían hecho cundir la impresión de que era temerario en el empleo de drogas poderosas. Si el forense hubiera visto los centenares de curas que Cullingworth había logrado mediante esa misma temeridad, habría estado menos seguro de sus objeciones. Pero, como entenderás, los médicos rivales de C. no estaban dispuestos a cubrirlo de ninguna manera. Nunca le tuvieron demasiada consideración.

Aparte de este declive de su consulta, sentí saber que Cullingworth había vuelto a mostrar nuevos signos de esa curiosa vena suspicaz que siempre me había parecido su rasgo más desequilibrado. Toda su disposición hacia mí había sido un ejemplo de ello, pero hasta donde soy capaz de recordar había sido una característica suya. Incluso en aquellos primeros tiempos en que vivían en cuatro pequeñas habitaciones sobre una tienda de ultramarinos, recuerdo que él ya insistía en rellenar con resina cada rendija de un dormitorio por temor a una alguna infección imaginaria. Lo atormentaba, asimismo, un perpetuo temor a los fisgones que solía hacerlo correr a la puerta y abrirla de par en par en medio de una conversación, lanzándose al pasillo con la idea de capturar a alguien en el acto. Recuerdo que una vez fue a la doncella con la bandeja del té a la que logró atrapar, y veo aún su cara de asombro en medio de una aureola de tazas y terrones de azúcar que volaban.

Smeaton me dice que ahora imagina que alguien conspira para envenenarlo con cobre. Y asegura que ver a Cullingworth comer es el espectáculo más peregrino. Pues se sienta con un sofisticado aparato y un sinfín de retortas y botes junto a él con los que prueba muestras de todos los platos. No pude evitar reírme ante la descripción de Smeaton, pero era una risa con amargura en el fondo. De entre todas las ruinas la más triste es la de un buen hombre.

Pensé que nunca volvería a ver a Cullingworth, pero el destino nos hizo encontrarnos. Y la verdad es que siempre tuve un sentimiento de simpatía hacia él, a pesar de albergar la impresión de que me utilizaba. Por lo que muchas veces me había preguntado si, de tenerlo delante, lo tomaría del cuello o de la mano. Te interesará saber lo que en verdad ocurrió.

Un día, hará cosa de una semana, yo empezaba mi ronda cuando llegó un muchacho con una nota. Casi me quedé sin aliento al ver aquella caligrafía familiar y comprender que Cullingworth estaba en Birchespool. Llamé a Winnie y la leímos juntos.

> Querido Munro —decía—, James se aloja aquí por unos días. Estamos a punto de marcharnos de Inglaterra. Le gustaría mucho poder charlar por los viejos tiempos antes de irse.
>
> Atentamente,
>
> HETTY CULLINGWORTH

La letra y el estilo de la dirección eran las suyas, así que, evidentemente, se trataba de una de esas pequeñas muestras de rara malicia transparente tan característica de él al ponerla en boca de su esposa para no exponerse a un rechazo directo. La dirección, curiosamente era la de la misma Cadogan Terrace donde yo me había alojado, pero dos puertas más arriba.

La verdad es que era reacio a acudir ir, pero Winnie estaba por completo a favor de la paz y el perdón. Las mujeres que no piden nada nunca lo consiguen todo, y así mi dulce mujercita siempre se sale con la suya. Media hora después me hallaba en Cadogan Terrace con sentimientos muy mezclados, pero con predominio de los más amables. Intentaba pensar que el trato que me había dado Cullingworth había sido patológico, el producto de una mente enferma. Si un hombre delirante me había atacado, no debía enfadarme con él. Esa debía ser mi manera de verlo.

Si Cullingworth aún guardaba algún resentimiento, lo ocultó de la manera más admirable. Pero ya sabía por experiencia que aquel vozarrón cordial y aquellas maneras suyas de John Bull *podían* ocultar muchas cosas. Su esposa

era más transparente, y pude leer en sus labios apretados y en sus fríos ojos grises que por lo menos ella seguía firme en la vieja rencilla. Cullingworth había cambiado poco y parecía tan optimista y animado como de costumbre.

«¡Suena como una trucha, muchacho!», dijo tamborileándose el pecho con las manos. «Jugué con el London Scottish en su primer partido de la temporada la semana pasada, y estuve en el campo desde el primer pitido hasta el último. Ya no soy tan rápido en el *sprint*… (Aunque tú también sabes de lo que hablo, ¿eh, Munro?). Pero sigo dando trabajo duro en la delantera. Fue el último partido en mucho tiempo, pues me marcho a Sudamérica la semana que viene».

«¿Has dejado Bradfield definitivamente?».

«¡Demasiado provinciano, muchacho! ¿De qué le sirve una consulta de pueblo y ganar aproximadamente tres mil al año a un hombre que necesita espacio? Mi cabeza sobresalía por un extremo de Bradfield y mis pies por el otro. ¡Si no había espacio ni siquiera para Hetty en aquel lugar; mucho menos para mí! Voy a dedicarme a la vista, muchacho. Se puede hacer una fortuna con la vista. Cualquiera pagaría a regañadientes media corona por curarse el pecho o la garganta, pero daría hasta su último dólar por su vista. Hay también dinero en el oído, pero la vista es una mina de oro».

«¿Qué?», dije. «¿En Sudamérica?».

«Justamente en Sudamérica», exclamó recorriendo con sus rápidos pasos la deslucida habitación. «Mira, muchacho. Hay un inmenso continente desde el ecuador hasta los *icebergs*, y en todo él ni un solo hombre capaz de corregir un astigmatismo. ¿Qué saben de moderna cirugía ocular y refracción? Demonios, no saben mucho de esas cosas ni en las provincias de Inglaterra, y mucho menos en Brasil. Hay una fila que da la vuelta a todo el continente de millonarios estrábicos sentados con su dinero en las manos esperando un oculista. ¿Qué te parece, eh, Munro? ¡Demonios, volveré y me compraré Bradfield, y se la daré de propina a un camarero!».

«¿Entonces tienes intención de asentarte en una gran ciudad?».

«¡Una ciudad! ¿De qué iba a servirme a mí una ciudad? Voy allí para exprimir el continente. Voy a explotar una población y luego otra. Enviaré a un agente a la siguiente para anunciar mi llegada. "Aquí tiene la oportunidad de cambiar su vida", dirá él. "No tiene que volver a Europa. Europa viene a usted. Estrabismos, cataratas, iritis, refracciones, lo que desee. ¡Aquí está el gran *signor* Cullingworth, completamente al día y listo para todo!". Ellos vienen, por supuesto, en multitudes, y luego llego yo y me llevo el dinero. ¡Este es mi equipaje!». Señaló dos grandes cestos en un rincón de la

habitación. «Eso son lentes, muchachos, cóncavas y convexas, centenares de ellas. Pruebo un ojo, lo dejo arreglado y lo despacho a voces. Luego cargo un barco y me vuelvo a casa, a menos que decida comprarme uno de sus pequeños estados y gobernarlo».

Ni que decir tiene que sonaba absurdo tal como lo decía, pero pronto pude ver que había calculado los detalles, y que sus visiones tenían un lado muy práctico.

«Exploto Bahía», decía. «Mi agente va preparando Pernambuco. Cuando Bahía esté exprimida hasta la última gota, me traslado a Pernambuco, y entonces el agente embarca con destino a Montevideo. Así iremos haciendo el camino y dejando atrás una estela de gafas. Todo funcionará como un reloj».

«Te hará falta hablar español», dije.

«Tonterías. No requiere una palabra de español meter un cuchillo en el ojo de un hombre. Todo lo que me hará falta decir es: “Al contado: no se fía”. Eso es todo el español que necesito».

Mantuvimos una larga e interesante charla acerca de todo lo que nos había ocurrido a ambos sin mencionar, no obstante, nuestra pasada disputa. Él no quería admitir que había dejado Bradfield ni por el declive de su consulta ni por ninguna otra razón que no fuese que encontraba el lugar demasiado pequeño. Su invención de la pantalla de persianas había recibido, según él, el informe favorable de una de las primeras empresas privadas de construcción de barcos en el Clyde, y tenía todas las probabilidades de que la adoptaran.

«En cuanto al imán, lo siento mucho por mi país», dijo. «Pero el dominio marítimo se le ha terminado. Tendré que dejar que la cosa se vaya con los alemanes. No es culpa mía. No deberán culparme a mí cuando llegue el enfrentamiento. Le ofrecí la cosa al Ministerio de Marina, y podría haber conseguido que hasta un comité escolar lo entendiera en la mitad del tiempo que ellos. ¡Qué cartas, Munro! Una locura. Cuando llegue la guerra y yo enseñe esas cartas, colgarán a alguien. Preguntas sobre esto; preguntas sobre lo otro. Por último, me preguntaron a qué tenía intención de asegurar mi imán. Respondí que a cualquier objeto sólido impenetrable, como por ejemplo la cabeza de un oficial del Ministerio de Marina. Y, bueno, eso puso fin a todo. Me escribieron con sus felicitaciones y diciéndome que me devolverían mi artefacto. Yo les respondí con mis felicitaciones y enviándolos al diablo. Y así termina un incidente histórico importante, ¿no te parece, eh, Munro?».

Nos despedimos muy amigos, aunque imagino que con reservas por ambas partes. Su último consejo fue que me marchara de Birchespool.

«¡Puedes hacerlo mejor! ¡Puedes hacerlo mejor, muchacho!», dijo. «Mira alrededor del mundo, y, cuando veas un pequeño agujero, salta con los pies por delante. Son muchísimos para quien está siempre preparado».

Y estas fueron las últimas palabras de Cullingworth, y también la última vez que lo vería, pues emprendió casi de inmediato su extraña aventura. Debió de tener éxito. Es un hombre al que nada puede frenar. Le deseo suerte y sigo teniendo hacia él un sentimiento de simpatía, pero desconfío de él en lo más profundo de mí, y me es muy grato pensar que el Atlántico nos separa.

Bueno, querido Bertie, una feliz y tranquila, si no muy ambiciosa existencia se extiende ante nosotros. Los dos nos hallamos en nuestro vigésimo quinto año de vida, y supongo que, sin presunción, podemos calcular que tenemos otros treinta y cinco por delante. Puedo anticipar el paulatino aumento de la rutina en el trabajo, el círculo de amigos más amplio, la identificación con este o aquel movimiento local, tal vez con un asiento en la Junta o al menos en el Ayuntamiento en mis últimos años. No es un programa muy deslumbrante, ¿verdad? Pero está a mi alcance, y no veo ningún otro. Me encantaría de verdad que el mundo siguiera necesitando tan poco de mí para ser mejor. Pero incluso en este pequeño escenario tenemos dos bandos también, y algo ha de suponer el peso de uno en la balanza de la amplitud, la tolerancia, la caridad, la templanza, la paz y la bondad con el hombre y los animales. No todos podemos hacer grandes cosas, pero incluso las pequeñas cuentan.

Así que adiós, querido amigo, y recuerda que cuando vengas a Inglaterra harás con tu presencia más luminosa nuestra casa. Ahora que tengo tu dirección, te escribiré de nuevo en unas semanas. Mis más cordiales saludos a la señora Swanborough.

Tuyo siempre,

J. STARK MUNRO

[Esta es la última carta de mi pobre amigo que iba a recibir. Partió para pasar la Navidad de aquel año (1884) con su familia, y durante el viaje se vio envuelto en el fatal accidente ferroviario de Sittingfleet; el expreso chocó contra un tren de carga que esperaba en la estación. El doctor y la señora Munro eran los únicos ocupantes del vagón contiguo a la locomotora y fallecieron en el acto, al igual que el guardafrenos y otro pasajero. Fue el final que tanto él como su esposa habrían querido, y nadie que los conociera podría lamentar que ninguno dos hubiera sobrevivido para tener que llorar al otro. La

póliza de seguros de él fue suficiente para dejar cubiertas las necesidades de su familia, que, debido por la enfermedad de su padre, era el único asunto terreno que podría haberle causado preocupación. H. S.].



ARTHUR CONAN DOYLE (1859-1930) además del creador de Sherlock Holmes, una de las criaturas de ficción más exitosas de la literatura occidental, fue un autor prolífico cuya obra incluye relatos de ciencia ficción, novela histórica, teatro y poesía. Aunque dejó algunos escritos directamente autobiográficos, como *Memories and Adventures* (1924), todas sus creaciones tuvieron también una estrecha relación con sus experiencias vitales, especialmente con su matrimonio, su carrera profesional como médico y su relación con la ciencia, como se pone de manifiesto en su novela epistolar *Stark Munro Letters*.

Notas

[1] Tomamos todas las citas de la edición en castellano: Arthur Conan Doyle, *Memorias y aventuras* (trad. de Bernardo Moreno Carrillo), Madrid, Valdemar, 2015. <<

ÍNDICE